

Algo
my
Grande



Kattie Black



ALGO MUY GRANDE

Kattie Black

©DirtyBooks, septiembre de 2017

Portada: Kattie Black

Algo muy grande de Kattie Black está registrada bajo una licencia Creative Commons. No se permite la distribución, comercialización, reproducción ni el uso en obras derivadas sin permiso expreso de la autora o los editores.

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

A Beka, con mis mejores deseos para su nueva etapa: ¡eres una guerrera,
nunca te rindas!

A Marta , por su inestimable amistad y ayuda.

A P.L . porque sabe hacer magia y siempre la comparto conmigo.

A R.P. por su apoyo e inspiración.

Capítulo 1

Amber y Eric

Amber

¿Es de noche ya? No, aún no es de noche.

El sol se está poniendo todavía al otro lado del West Side. Desde la ventana de mi habitación se ve la puesta de sol super guay, y todo Central Park. Menudas vistas, ¿eh? Pues claro. Papá compró este ático por mí, después de todo. Así que mi habitación es la mejor orientada y la más grande del dúplex. Incluso tengo mi propia terraza para tomar el sol en verano.

Echo una mirada a la cansina puesta de sol —¡qué pesada!— y vuelvo delante del espejo, poniéndome otra capa de rímel. Desde mi iMac suena la música de Ed Sheeran. Estoy tan entusiasmada que no puedo dejar de moverme y bailar.

El tiempo a veces pasa demasiado lento, ¿no creéis?

Sobre todo cuando tienes una cita importante.

No, no es con un chico. ¡Es mejor aún! Hoy al fin, mi padre va a tener tiempo para mí. Vamos a ir a cenar, luego a ver una película y con un poco de suerte, le convenceré para ir a bailar.

De pronto noto que se me resbala el cepillo de la máscara de pestañas. Una oscura mancha negra se extiende debajo de mi ojo. ¡Parezco un jugador de rugby!

—Aggggh, mierda... —Qué torpe soy. Con tanto meneío he vuelto a mancharme la cara con el rímel. Cojo una toallita desmaquilladora para limpiar el estropicio—. A este paso no voy a estar lista a tiempo.

Pongo toda mi voluntad en mantenerme quieta, siguiendo el ritmo de la música con los pies mientras me vuelvo a repasar las pestañas. Se me abre la boca, formando una “O”. ¿Por qué pasará eso? Es imposible maquillarse los ojos sin abrir la boca. ¿Cómo se lo montarán las arañas? Con la de ojos que tienen que pintarse, seguro que se pasan el día con la boca abierta.

Bueno, al fin he terminado con esto. Me sonrío a mí misma en el espejo y poso, frunciendo los labios con aire sensual.

—Qué guapa estoy.

No es que sea una creída. Es que es verdad. Soy pelirroja natural, tengo los ojos verdes y muy bonitos y una cara preciosa. También tengo buen cuerpo, soy delgada y con las suficientes tetas para ser popular. No soy muy alta, vale, pero ¿para qué existen los tacones? Me he cepillado el pelo a fondo y mis ondas naturales de sirena me caen sobre los hombros. He resaltado el verde de mis ojos con la sombra color tierra y ahora parece que tienen luz. Maquillarme no se me da mal. Esto lo he copiado de un tutorial de YouTube y me ha quedado bien.

—Estás buenísima, Amber —me digo a mí misma. Luego parpadeo y me hago un gesto en el espejo, en plan «oh, para ya»—. Lo sé, nena, como siempre.

Ya que no me lo dice nadie, me lo tengo que decir yo. Me pongo en pie justo cuando empieza a sonar mi canción favorita y me dirijo al armario, moviendo el culo y canturreando.

—*Girl you know I want your love, your love was handmade for somebody like me*[\[1\]](#)...

Me encanta esta canción de Ed Sheeran. En realidad me gustan todas sus canciones, pero este último disco me vuelve loca.

Las vacaciones de primavera empezaron ayer, por eso estoy en casa y no en el campus. ¿Sabéis lo que significa eso? ¡Sí! ¡Fiesta! Durante dos semanas no tendré que pisar la universidad, y no pienso abrir un libro hasta que toque volver. Estoy contenta por las vacaciones, pero sobre todo por mi noche padre-hija.

Papá pasa muy poco tiempo conmigo últimamente. Sus negocios son muy estresantes y le tienen siempre ocupado. Pero eso no me parece que sea excusa, así que antes de venir a casa por las vacaciones y eso, le dije que esto tenía que cambiar. No es para tanto. Solo le pido que ejerza de padre de vez en cuando. Pensé que íbamos a discutir, pero no fue así. Papá lo ha entendido y ha dicho que sí, que cambiará y que volverá a pasar tiempo conmigo como antes. Eso me hace más feliz que las vacaciones. Pero las dos cosas juntas son la bomba. ¡La bomba!

Estoy buscando la ropa que voy a ponerme cuando vibra el iPhone. Un silbidito me avisa de que tengo un mensaje. Salto sobre mi enorme cama *king size* rodeada de luces festivas, aparto la tablet, el portátil y unos cuantos peluches y me tumbo para leer el chat, bajo la atenta mirada del poster de Justin Bieber que tengo en el techo.

Ostras. Cincuenta y siete mensajes.

—No saben vivir sin mí, qué estrés. A ver... ¿Jason? Paso. Ya hemos

hablado de esto, Jason. —Miro por encima las notificaciones y sonrío al ver el grupo de mis amigas lleno de mensajes—. Qué pesadas sois —digo para mí misma, aunque no es en serio. Con lo que yo las quiero.

Empiezo a leer. Están hablando de la fiesta. La fiesta de primavera, la que da inicio a las vacaciones.

Durante un rato me echo unas risas con las ocurrencias de Verónica y Sue. La verdad es que son geniales.

Verónica y Sue son mis mejores amigas. No nos hemos separado nunca, incluso hemos elegido la misma universidad y las mismas carreras. Es nuestro pacto de lealtad absoluta, que dura desde que estudiábamos primaria en el mismo colegio. Las tres estamos cursando la carrera de relaciones públicas, que es la que salió elegida de entre la lista de «carreras fáciles con las que conseguir un título universitario» que hicimos en el insti.

La universidad es... bueno, no está mal. Me gusta. Prefiero estar estudiando a tener que pensar ya a qué voy a dedicar el resto de mi vida. Así tengo más tiempo para aclararme las ideas. Verónica es la más lista de las tres, ella ya tiene claro su objetivo: trabajar para Hilton Hotels & Resorts. Sue dice que cuando acabe la carrera va a montar su propio gabinete de comunicación. Yo... bueno aún tengo tiempo para decidirlo. Estoy entre ser actriz, modelo, piloto de aviones, astronauta e *influencer*. Todo eso me gusta, pero no soy capaz de elegir.

Vuelvo a centrar mi atención en el chat. Nica y Sue han subido fotos de los vestidos que se van a poner y están esperando a que cuelgue el mío.

Hola chicas

No voy a ir, he hecho planes con mi padre

Ya sabéis que tiene poco tiempo :P

Sue

Tía, haces más planes con tu padre que con tu novio

Hay más días

Cámbiale la cita a tu padre

¿De qué novio hablas?

No voy a cambiarle nada a mi padre

Ya me cuesta suficiente convencerle de que hagamos algo juntos

Verónica

Siempre hacéis cosas juntos, yo al mío ni le veo

¿Y de qué novio va a hablar?

¿Qué pasa con Jason?

Sue

Hablo de Jason :P

No es mi novio

No tengo nada con él

Sue

¿Y aquella noche en el Bronze qué?

Me enrollé con él porque estaba aburrida

Y borracha

XD

Verónica

Pobre chaval, es buena gente :(

Ya sería hora de que intentases algo serio y sentases la cabeza

Sue

Eso

A ver si me vas a quitar el título de zorra

Podría ser la más zorra si quisiera

Y mejor que ninguna, además

Pero no me apetece :)

De pronto, llaman a la puerta y me da un salto el corazón. Dejo el móvil y me siento en la cama, arreglándome el pelo en un gesto instintivo. ¡Seguro que es papá, que ya está aquí! Estoy deseando saber qué película vamos a ver y a qué restaurante va a llevarme. Pero cuando se abre la puerta no es la cara de mi padre la que veo, sino el rostro de Rosita.

—Amber, cielo, ¿qué querrás cenar esta noche?

¿Está de coña?

Rosita tiene cincuenta años, el pelo largo y cano recogido en una trenza y el culo absurdamente grande. No entiendo cómo puede sentarse en el sillón donde lee cada noche. Si casi no cabe. Y la cosa va a peor cada año. Es ecuatoriana, o peruana, nunca me acuerdo. Lleva toda la vida trabajando para nosotros, me ha visto crecer al mismo tiempo que yo he visto crecer su culo. Es quien siempre me ha cuidado, más que papá... e infinitamente más que mamá.

—¿Ha llegado ya mi padre?

—No, ha llamado para decir que no le esperes. Vendrá tarde.

La miro con los ojos muy abiertos. «¿Qué? ¿Cómo que no...?».

Lo asimilo poco a poco, y una ira sorda se extiende dentro de mí. ¡No me lo puedo creer! No, no es verdad... ¡lo peor es que no me cuesta nada creerlo! ¡Donovan O'Connell es un hombre demasiado ocupado y no ha sido capaz de arañar algo de tiempo para su hija!

¡Me lo había prometido!

«No va a venir».

Maldita sea. No debí haberme hecho ilusiones. Al fin y al cabo su palabra no tiene más valor que el tiempo conmigo para él, por lo visto. Me quedo sentada en la cama, mirando a la asistenta, incapaz de reaccionar. Comienzo a ver borroso porque se me empañan los ojos.

«No va a venir», es todo cuanto puedo pensar.

Soy una estúpida. Claro que no va a hacerlo. Ni siquiera ha tenido el detalle de avisarme a mí directamente. No, ha preferido llamar a casa y dejarle el marrón a la asistenta.

Rosita ha visto mi cara y entra. Cuando era pequeña se sentaba a mi lado y me consolaba, porque sí, como imaginaréis, esto sucedía muy a menudo. Pero ya no soy una cría. Por eso, cuando Rosita viene con su cara de pena me levanto y aprieto los dientes, conteniendo las estúpidas lágrimas y apartando sus manos

cuando intenta abrazarme.

—Ay, mi niña...

—No, déjame.

No me va a hacer llorar. Se acabó. Le di una última oportunidad a papá y la ha tirado a la basura, así que se terminó. Se terminó la niña buena que habla las cosas y es razonable y se queda llorando a moco tendido mientras espera que papá vuelva. He sido buena hasta ahora, he sido demasiado razonable, y por eso Donovan cree que puede hacer y deshacer las promesas que le hace a su hija a su antojo. Pues ya no más.

—No voy a cenar, Rosita.

—Pero, Amber... seguro que cuando vuelva te lleva a ver una película.

—No, cuando vuelva ya será tarde. Teníamos un trato, pero él solo cumple los tratos con sus clientes —le digo airada mientras me pongo la chaqueta—. Yo solo soy su hija, ¿no?

—Debes entender que hay compromisos...

—¡No! El compromiso lo tenía conmigo. ¡Y no te pongas de su parte!

—No me pongo de su parte —dice ella con paciencia—, solo quiero que comprendas...

—No hay nada que comprender. Cena tú sola, Rosita. Yo ya no tengo hambre.

—¿Y adónde vas? —pregunta con preocupación. A la pobre le va a dar algo, se lleva la mano al pecho, pero yo estoy peor. ¡No sé por qué dramatiza tanto! ¡A ella no la han traicionado como a mí!

—Me voy con mis amigas —miento, y parece que se lo cree, porque suspira de alivio y viene a ponerme bien la chaqueta—. Había cancelado mis planes con ellas para salir con papá.

—No se lo tengas en cuenta...

Que te lo has creído. Que se lo ha creído él. Nunca se lo he tenido en cuenta. Me ha dejado plantada tantas veces que ya debería estar acostumbrada a la continua decepción. Rosita cree que lo voy a dejar pasar, así que la dejo creerlo. Pongo mi mejor cara de pena y cojo el bolso y el móvil. Mientras llamo al ascensor, marco el número del taxi y doy mi dirección a la telefonista.

No, Donovan O'Connell. Ahora sí que la has cagado. Esta vez no me voy a

quedar llorando, te vas a enterar de lo que vale un peine.

...

El taxi me deja ante la torre de oficinas. Todo el edificio es de mi padre, tiene treinta plantas y en algunas ventanas aún hay luces encendidas. «Encima de *malqueda* eres un explotador, papá. Si me dedicases más tiempo a mí y a tu vida seguro que hasta tus empleados serían más felices».

Estoy de los nervios, súper enfadada. Cuando entro, el recepcionista me reconoce y se alarma al verme la cara. Ni siquiera me paro a saludarle, enfilo directamente hacia los ascensores.

—¡Señorita O’Connell! ¡Su padre está reunido, no puede interrumpirle!

—¡Y tanto que puedo!

¿Cómo sabrá lo que pretendo? Bueno, supongo que no hay que ser un lumbreras. Cuando me miro en el espejo del ascensor, al cerrarse las puertas dejando al recepcionista al otro lado con su cara de memo, me doy cuenta de que tengo una expresión de psicópata que ni la de *Asesinos natos*. Me arreglo el pelo y me limpio otra mancha del maldito rímel. No vuelvo a comprarlo de esta marca, vaya birria.

El repiqueteo de mis tacones suena furioso cuando salgo del ascensor. Piso con fuerza, para que me oiga llegar y sepa lo cabreada que estoy. La puerta de la sala de juntas permanece cerrada, pero veo la luz y las siluetas tras las cristaleras cubiertas por esas cutres persianillas de las oficinas. Le dije a mi padre que cambiara aquello por algo más moderno, pero para variar me ignoró. Las cosas le irían mucho mejor si me hiciera caso, estoy segura, pero no me toma en serio, ese es el maldito problema. Que no me toma en serio. Se cree que aún soy una niña y puede hacer y deshacer a su antojo sin consecuencias. Ja.

Cuando abro la puerta me aseguro de ser todo lo brusca que puedo. El aire que provoca mi gesto me revuelve el pelo. Ahora debería sonar una canción de Beyoncé, pero solo suena en mi cabeza. Qué pena. En la sala se hace un silencio mortal. Un montón de tipos con los caretos muy serios se vuelven hacia mí. Todos van trajeados y no parecen estar teniendo un buen día, aunque no me extraña, esas reuniones deben ser un coñazo. No me fijo demasiado en ellos, la mayoría están medio calvos y gordos, menos dos. Hay un par de tipos que parecen más jóvenes y son inquietantemente iguales. Los dos vuelven la cabeza al mismo tiempo y me miran con una media sonrisa que me eriza el vello de la nuca. Por un momento me pregunto quiénes son, pero enseguida paso de ellos y vuelvo el rostro hacia mi padre, que está de pie al otro extremo de la larga mesa

oval. Él me mira. Primero con cara de incredulidad y luego con una furia fría que destella en sus ojos. Conozco esa expresión. Es la que pone cuando algo le molesta, pero es demasiado elegante para cabrearse delante de todos.

—¿Qué estás...? —empieza a decir. Pero no le dejo terminar.

Estoy furiosa, me acerco a la mesa y golpeo el cristal al otro extremo. Todos nos miran, pero me da igual. Quiero que todos sepan lo mal padre que es.

—Me hiciste una promesa.

—Sal de aquí —responde con sequedad. Ese brillo en su mirada se vuelve más afilado, creo que nunca le he visto tan no-cabreado. Bah. Que se fastidie, se lo merece.

—¡No! Hoy teníamos noche padre-hija. Sabías que era importante para mí, pero has preferido quedarte aquí con tus amigos importantes.

Mi padre palidece. Puedo notar cómo aprieta los dientes. Le estoy abochornando delante de sus clientes, sí. Pero es su culpa, por mal padre. Yo solo quiero que lo vean para que luego no rompa su palabra con tanta ligereza. Todos me miran, y me crezco, aunque el único que parece cabreado es mi padre. Los gemelos siniestros se están cubriendo la boca para reírse. Serán imbéciles, ¿qué les hace tanta gracia?

—Ahora vas a...

Mi padre ha abandonado su lugar en la reunión y viene hacia mí a grandes zancadas, no me deja terminar, se me traban las palabras. Nunca he visto esa expresión en su rostro. Está furioso de verdad, crispado, con los ojos centelleando. Mis alarmas se disparan. Hay algo en él que me da miedo. Me agarra del brazo y me arrastra hacia el pasillo, y un calor abrasador me sube desde el estómago. Estoy muy enfadada, y asustada, y no me gusta que me sujete así. Nunca lo ha hecho.

—¡Suéltame!

—¿Qué te crees que estás haciendo, Amber? ¡No puedes aparecer aquí sin avisar! ¡¿En qué estás pensando?!

A papá nunca le ha gustado que venga por las oficinas, pero nunca me ha tratado así. Nunca le he visto tan enfadado. ¡Ni siquiera parece él! Es... es un desconocido. Y nunca, nunca me ha hecho daño, jamás en su vida. Pero ahora sus dedos son un cepo en mi brazo y me está zarandeando mientras me grita. Algo que tampoco había hecho hasta ahora.

—¿Que no puedo aparecer aquí? ¡Yo no puedo aparecer aquí, pero tú sí puedes dejarme tirada continuamente! ¡Tú sí puedes tratarme como si fuera un canario al que alimentas y rascas la cabeza de vez en cuando! ¡Eres mi padre! ¡No hay derecho! —grito incapaz de argumentar con claridad. Estoy forcejeando con él pero no me suelta.

—¡Deja de decir tonterías! ¡¿Es que no puedes pensar más que en ti misma?! ¡¿No te das cuenta de lo que has hecho?!

«¿Lo que he hecho? ¿Lo que he hecho yo?». De nuevo siento una oleada de calor que me ahoga. Las lágrimas se agolpan tras mis ojos y una sensación terrible de rechazo se apodera de mí.

—¡¡Me estás haciendo daño!! —grito, casi sollozando.

Quiero echarme a llorar, pero no lo hago. Al contrario, aprieto los dientes y le empujo con fuerza. Mi padre me suelta al instante, frunciendo el ceño como si él mismo se hubiese sorprendido.

—Amber...

—¡Vete a la mierda!

Me doy la vuelta y me voy corriendo, asfixiada por mis propias emociones. El ascensor está abierto y mi padre se ha quedado de pie en el pasillo sin saber cómo reaccionar. Cuando lo hace ya es demasiado tarde y las puertas se han cerrado. Le oigo llamarme al otro lado. Durante un momento, mientras el marcador luminoso indica la cuenta atrás, enumerando los pisos que estoy bajando, siento ganas de derrumbarme y llorar como una niña. Cierro los ojos con fuerza y respiro hondo. ¡Esto es horrible!

Al salir del edificio, el taxi sigue esperándome. Sabía que no volvería a casa con papá. Sabía que no iba a dejar sus negocios para cumplir con su maldita promesa, pero no esperaba que se pusiera así.

Sus ojos furiosos siguen en mi cabeza cuando vuelvo a casa, con esa expresión que le ha hecho parecer un desconocido. Esta vez no detengo las lágrimas mientras me froto el brazo. Ya no me duele, no ha sido para tanto, pero mientras me zarandeaba, con esa mirada tan llena de rabia, llegué a pensar que podría herirme, y nunca le había creído capaz. Esa violencia en sus gestos, ese rostro...

¿Podrías hacerlo, papá? ¿Podrías hacerme daño? En realidad siempre me lo haces. Ni siquiera te das cuenta. Y te da igual.

Eric

—¿Te sabes el chiste del loro y el negro?

Suzanne sonríe pacientemente a Harold y responde:

—No, no me lo s e.

Es mentira. Joder, si me lo s e hasta yo, que nunca escucho a Harold. El puto gordo siempre tiene que contar el mismo chiste.

Aclaración: no tengo nada en contra de los gordos. Pero sí tengo mucho en contra de los gilipollas. Harold es con diferencia el tío más gilipollas que conozco. Y he conocido a muchos.

—Es un negro que entra a un bar con un loro en el hombro,  vale?

Estoy tomando una cerveza en la barra. Ellos est n al otro extremo, con sus gilipolleces. En la radio suena Blackberry Smoke, una banda de rock sureño. Mientras, afuera empiezan a encenderse las luces de la ciudad. Hoy me apetecía beber y estar solo, pero estos tres han tenido que aparecer. Me molesta. No me gusta. El Easy Rider es *mi* bar. No es que sea el dueño, pero lo siento parte de mí. Vengo aquí desde que regres  a casa de Afganistán, hace ya unos cuantos años. Tienen mi cerveza favorita, la Samuel Adams de grifo. Además, Suzanne sabe tirarla bien. Es una de tantas cosas que sabe hacer. Por eso vengo. Por ella y por la cerveza. Todo lo demás me sobra, especialmente estos tres.

—...y el camarero le dice: «Hey,  de dónde has sacado eso?».

Las risas babosas de Bill y Jack resuenan por encima de la música. Yo fijo la vista en Suzie mientras tamborileo con los dedos sobre mi vaso de pinta a medio terminar. Me devuelve una mirada cómplice. También está hasta los huevos de estos tíos, se lo noto en los ojos, pero sonríe y coquetea con ellos. Bueno. Al menos sacar  una buena propina.

Así es la vida.

Suzanne es la dueña del Easy Rider. Lo hered  de su tío, un viejo motero. Es menuda, de pechos grandes y ojos oscuros, astutos. Tiene sangre hispana, aunque su piel sea más blanca que la mía, y ha vivido mucho. Más que yo, pese a que le saco varios años. Ella no ha estado en la guerra pero se cri  con un padre borracho y una madre drogadicta. Eso te curte más que pegar tiros en el desierto, pienso. Hace que el espíritu se temple de una manera especial. Crea supervivientes. Personas protegidas. Con el corazón de kevlar. Capaz de estirarse. De resistir casi todo.

Casi.

—Y el loro responde: «De África, tío. Allí hay un montón».

Los tres genios rompen en carcajadas, aporreando la mesa. En serio... Estoy quemadísimo de ese puto chiste. Es que ni siquiera es gracioso. Me da pena Suzie. Lo que tiene que aguantar, joder.

Doy otro trago, resignado, cuando el imbécil de Harold me mira. Siento sus ojos sobre mí, pero antes he notado su atención. Son cosas que noto. Me doy cuenta de cuándo alguien va a hablarme. Sobre todo cuando ese alguien es un imbécil que me la quiere liar.

—¿A ti qué te pasa, *hunky*[2]? ¿No te hace gracia?

«Uno». Cuento mentalmente. Mantengo la calma. Ni siquiera le miro.

—Dedícate a lo tuyo y déjame tranquilo.

—¿Que me dedique a lo mío? ¿Y qué es lo mío si puede saberse, gitano?

«Dos».

—Contar chistes de mierda y beberte lo que sea que estás bebiendo.

Gitano. Es lo mejor que puede hacer. No es que la palabra me ofenda. No soy gitano, pero si lo fuera no me importaría. Sé que lo está haciendo para joder. La intención es lo que cuenta, y la suya es provocarme. La verdad es que si no le entro al trapo es por Suzie, que ya está empezando a ponerse tensa.

—Vamos, déjale en paz, Harold. ¿Te pongo otra?

—No, no, espera un momento. Espera un momento. —El gordo viene hacia mí, poniéndose a mi lado. Me llega su olor a sudor rancio y tabaco. Las putas con las que se acuesta deberían cobrarle un extra por cerdo. Espero que lo hagan —. Oye, te estoy hablando. ¿Es que no te han enseñado educación, eh?

Harold me clava el dedo índice en el brazo.

«Tres».

Le aparto el dedo mientras él sigue quejándose, pero vuelve a ponérmelo en el hombro.

—¡Que te estoy hablando, maldita sea!

—¡Harold, para ya! No montes jaleo, por favor.

Suzanne alarga la mano sobre la barra para cogerle por la muñeca. Entonces el muy cabrón la agarra del pelo.

—¡Cállate! ¡Tú siempre estás igual! ¿Por qué defiendes al *hijoputa*, eh? ¿Es que te lo estás tir...?

Harold no puede terminar la frase. Yo ya me he cansado de contar. Me doy la vuelta y antes de que se dé cuenta le hago una llave y le estrello la cara contra la barra, con una mano en su nuca, la otra en su muñeca, el brazo retorcido a la espalda y mi rodilla en sus riñones.

—¡Aaaah! ¡Pero qué coño...!

Se supone que tengo que contar hasta diez, es lo que me ha dicho mi psiquiatra. Que no me meta en broncas. Que cuente hasta diez. Que mantenga la calma. Pero este imbécil se merece una hostia desde el «uno», y todos en este bar lo sabemos.

Harold grita. Bill da un paso atrás. Jack empieza a exclamar «tío, tío, tío». La única que no monta un espectáculo lamentable es Suzie, que se frota la muñeca y mira con desprecio a Harold.

—Pídele disculpas —ordeno al gordo.

—¡Vete a la mierda, hijo de...! ¡Aaaah! ¡Aaah! ¡Vale! ¡Vale!

Estos sacos de mierda son todos iguales. Escoria barriobajera. No, en realidad no. Conozco a la escoria barriobajera y los hay que hasta tienen honor. He tenido a algunos como compañeros y valían cien veces más que este trozo de carne.

—No te oigo.

—¡Perdona, joder!

—A mí no. A ella.

Le agarro del pelo y le obligo a levantar la cabeza para que mire a Suzie.

—Eric, no es necesario —interviene Suzanne—. Déjale ya. No pasa nada, son gajes del oficio.

—Me la suda —replico secamente—. Díselo, Harold.

—¡Perdona!

Le suelto, y el capullo vuelve a su esquina, a varios pasos de mí. Bill y Jack corren a su lado. Le preguntan cómo está. Sí, claro. Ahora. Antes, cuando le he agarrado, le han dejado solo. No han tardado nada en retroceder. Vaya amigos de mierda. Aunque no es que él se merezca más. Es una ley natural: la basura siempre se amontona.

—Gracias, Eric. Pero no tienes que hacer eso, ¿entiendes?

No respondo a Suzanne. Ni siquiera la miro. Sé que no *tengo* que hacerlo. Aunque me lo agradece, sé que a ella no le gusta. Pero me da igual. Es lo correcto, ¿no? Joder, alguien tiene que hacer lo correcto. Además, esos tíos me ponen de mala hostia.

—¿A mí tampoco vas a responderme? —dice Suzie. No la estoy mirando directamente pero por el tono de su voz, sé que su boca se curva en una sonrisa.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que lo entiendo? Vale. Lo entiendo.

Suzie ríe.

—No has tenido un buen día, ¿no?

Sin saber por qué, sonrío a medias.

—Malo no es la palabra. Más bien aburrido.

Es la verdad. Hace tiempo que no me sale ningún trabajo de lo mío, así que estoy gastando dinero y haciendo algunas chapuzas con la madera. Mi padre era carpintero. Sí, como el padre de Jesucristo. Debe ser lo único que tenemos en común, eso y el pelo largo. Yo no sé caminar sobre el agua ni multiplicar panes. Aunque las hostias con mi cuerpo sí que las doy.

—Se me ocurren muchas formas de solucionar eso.

La sonrisa de la camarera se vuelve melosa. Peligro. Vamos, Suzie... No me hagas esto. No te lo hagas a ti.

Su mirada pícara se mantiene enganchada a mis ojos como un imán. Yo bajo la vista y doy un trago de cerveza. Intento que mi sonrisa no sea demasiado alentadora. Pero no lo puedo evitar. Hay una parte de mí a la que no le importaría caer en la tentación.

Una parte.

—Teníamos un acuerdo sobre eso.

—A lo mejor no estoy hablando de lo que tú crees —dice, marchándose al otro extremo de la barra. Un cliente la reclama. Mientras camina contoneando las caderas me mira por encima del hombro.

Y una mierda que no. Claro que está hablando de *lo que yo creo*.

Sigo bebiendo mi cerveza, con la esperanza de que Suzie no vuelva a sacar el tema. Pero no tengo tanta suerte. Después de atender a Bill, regresa frente a mí y me pone un chupito de whisky. Se sirve otro para ella.

—Se supone que no bebes estando de servicio —le digo arqueando la ceja.
Ella ríe.

—Los camareros no «estamos de servicio», grandullón. Nosotros simplemente trabajamos.

—Como sea.

—Hoy puedo hacer una excepción... ya que tú estás por aquí, y tan dispuesto a defenderme... —Me sonrío otra vez. Veo el deseo en sus ojos. Es una sombra perezosa, una invitación—. Por curiosidad, ¿a qué crees que me refería? —me pregunta.

Me bebo el trago con ella, sin brindar.

—Suzie, para con eso. En serio.

—¿Te molesta que flirtee contigo? Nunca te había molestado antes.

Ella cruza los brazos en la barra y se inclina hacia mí.

—No me molesta. No quiero que tengas problemas. Y ya sabes que te traigo problemas.

—Me gustan los problemas.

Su sonrisa se ensancha aún más. Tiene los labios gruesos y pintados de rojo. La nariz chata, de botón. Largas pestañas negras. No, no es que esté casada. Es que yo soy un tipo complicado. Una vez, hace algún tiempo, cuando medio salíamos o algo así, la hice llorar. No recuerdo por qué. Nada grave en realidad. No la llamé... algún gesto distante... no estoy seguro. No puedo acordarme. En cierto modo fue una gilipollez, pero para ella era importante. ¿Cómo se define qué es grave y qué no lo es? A veces no hace falta golpear a alguien para hacer daño. Yo le hice daño sin querer. Luego volvimos a ser amigos, pero no quiero que vuelva a pasar. Ella, sin embargo, parece asumir el riesgo, pero a mí no me vale.

—No, no te gustan. Lo que pasa es que estás tan acostumbrada a ellos que crees que van de serie en la vida.

—¿Y no es así?

—No debería serlo.

Suzie no pierde la sonrisa. Apoya la barbilla en una mano.

—Con esa forma de pensar y esa actitud caballerosa solo consigues que tenga más ganas.

Esa frase tan directa me arranca una carcajada, a mi pesar. Me paso la mano por la cara.

—Cóbrame esto, mujer. Me voy a ir antes de que sigas dándole vueltas a esa mala idea. Además, tengo que sacar al perro.

—Como quieras. Pero antes de irte, ¿me puedes hacer un favor? —La miro interrogativamente—. ¿Puedes subirme otro barril? Este ya está terminado.

—Claro.

Me levanto del taburete y paso antes por el baño. Suzanne ha puesto a Johnny Cash. Le encanta Johnny Cash. Echo una meada y me lavo las manos antes de bajar a la trastienda. No es la primera vez que estoy aquí, así que ya conozco su diseño. No soy arquitecto pero si vas a poner unas malditas escaleras que bajan a una habitación a oscuras, joder... coloca un interruptor en la entrada.

La trastienda del Easy Rider es un sótano, algo muy poco práctico. Subir y bajar los bidones y las cajas es incómodo, por decirlo suavemente. Suzanne es fuerte, pero acabará jorobada a este paso. Al llegar abajo doy la luz y me acerco a los bidones. Al lado hay una pila de cajas frente a varios estantes. Sacos de frutos secos. Bolsas de patatas fritas. Un par de escobas.

Voy a coger el barril cuando escucho pasos a mi espalda. Suzanne viene hacia mí. Y como en la guerra, ya sé lo que va a pasar.

—Suzanne... —Pronuncio su nombre mientras ella me rodea con los brazos—. Suzanne... —Su boca me sella los labios y tengo que sujetarla de los hombros para apartarla—. Dijimos que no volveríamos a esto.

—Ya, ya lo sé.

Pero no la he apartado lo suficiente. Ella vuelve a abalanzarse sobre mí. Su lengua sabe a whisky, siento su cuerpo mullido y apetecible contra el mío. Maldita sea. No aprendo. Sus manos están calientes. Muy calientes. Separan las solapas de mi chaqueta de cuero y me despojan de ella. Luego se meten por debajo del borde de mi camiseta. Sus uñas me acarician. Su boca exigente necesita una respuesta... y se la doy. Siento que mi voluntad flaquea.

—Solo esta vez —dice ella.

A la mierda.

—Solo esta vez —repito yo—. Y luego nunca más. ¿Entendido?

—Entendido.

Luego ya no decimos nada. Suzie jadea y se muerde el puño mientras le

doy lo que tanto parece necesitar, sujetándola casi a pulso con su espalda contra la pared, las piernas levantadas y los pechos fuera de la camisa abierta. Cuando ella termina, yo no aguanto mucho más.

Minutos después, mientras me abrocho los pantalones, aún recuperando el aliento, veo en su mirada satisfecha la verdad: No va a ser solo esta vez.

Salgo del bar un rato después. Estoy menos aburrido, eso es cierto. También menos asqueado. Hasta encuentro el suficiente optimismo para despedirme de Harold, por muy capullo que sea.

Al salir miro el cielo nocturno, las luces de los semáforos, el tráfico incesante. Camino hacia la moto, que tengo aparcada en una esquina, y conduzco hacia mi piso en Brooklyn. No me he despedido de Suzanne, pero esto ha sido un adiós. Tiene que ser así. Es lo mejor.

Ha sido agradable, pero no puedo caer otra vez en lo mismo. Suzanne es genial, una tía cojonuda, pero yo le gusto más a ella que ella a mí. Y eso nunca termina bien.

Mientras voy hacia casa, no pienso en Suzanne sino en Harold. Puto seboso racista. Una parte de mí se ha quedado con las ganas de pegarle una paliza. Pero bueno, seguro que habrá más ocasiones. Como vuelva a insultarme, le meteré un palo de billar por el culo.

La idea me hace sonreír. Merecerá la pena. Sobre todo cuando se lo cuente a mi psiquiatra.

Me muero por ver la cara que pone.

Capítulo 2

La huida

Amber

Rosita ya está en la cama cuando llego a casa. El taxi sigue esperándome, con el taxímetro corriendo. No me importa, no voy a pasar demasiado tiempo aquí. Tengo que irme antes de que vuelva mi padre. No quiero estar en la misma casa que él, no quiero respirar el mismo aire que él. Es más, no quiero volver a verle jamás.

Ahora lo entiendo todo. Entiendo por qué mi madre se largó, a ella le hacía aún menos caso que a mí. Mamá le hizo elegir entre ella y sus negocios y, ¡sorpresa!, ya os imaginaréis lo que papá eligió. En su vida no hay espacio para nada más, así que es absurdo seguir aquí, rogando por que se dé cuenta de que existo. Ha tenido años de sobra para eso.

Paso de puntillas junto a la puerta de la habitación de Rosita para no despertarla. Me meto en mi habitación y abro los armarios sacando la maleta para embutir dentro toda mi ropa. Quiero irme, y no sé dónde, pero me da igual. No tardo en darme cuenta de que mi vida no cabe en esta maleta, por grande que sea, así que empiezo a sacar cosas e intento llevarme lo básico: los vestidos, seis pares de pantalones, las camisetas de tirantes, los *leggings*, tres pares de zapatos de tacón, unas botas, las deportivas, el maquillaje, los jabones, el cepillo, la *tablet*, el portátil, las chaquetas... Cuando termino, intento cerrarla pero ni siquiera sentándome sobre ella lo logro. Mierda, tengo que elegir, y no puedo pasarme la noche con esto. Mi padre acabará llegando y me pillaré. Al final sacrifico dos pares de zapatos, una chaqueta y parte del maquillaje. No me gusta tener que hacerlo, pero al fin consigo cerrarla. Bueno, podré volver a comprarlos allá donde vaya. No es que piense irme al Nepal ni a ningún sitio así, sin civilización ni maquillaje.

Bien, ya está. He metido parte de mi vida en esta maleta y solo tengo que decidir el rumbo.

Mamá es el primer pensamiento que viene a mi cabeza. Me gustaría llamarla llorando y decirle que lo siento por todo el tiempo que llevo sin hablar con ella, decirle que entiendo que dejase a papá porque es un cretino integral. Pero luego pienso en que estará ocupada con su nueva vida de lesbiana en

Malibú, haciendo meditación, vestida con una túnica cutre con su novia en la playa, o en alguna de sus extrañas movidas.

A veces pienso que todos esos cambios radicales en su vida solo son un intento por borrarnos a nosotros, a papá y a mí, como si nunca hubiéramos existido. ¿Cómo va a ser bollera? Es absurdo. Debe tener una crisis de identidad o algo así, la crisis de los cincuenta, que debe ser como la edad del pavo pero con arrugas. No tengo nada en contra de las lesbianas, ¡pero es que es mi madre! No puedo plantearme que tenga siquiera sexualidad, es como anti natura. Me cuesta aceptarlo, y no quiero conocer a su novia. No, no puedo irme con ellas. ¿Qué iba a hacer ahí en medio? Sería realmente incómodo.

Bajo las escaleras, tirando de la maleta con cuidado para que Rosita no despierte. Lo único que me falta ahora es pelearme con ella. Mientras bajo en el ascensor, retocándome el maquillaje en el enorme espejo, me acuerdo de Leona. Se fue a vivir a San Francisco con su familia cuando terminamos la secundaria, su padre era funcionario y no quería seguir viviendo en Nueva York tras su jubilación. Ella y yo prometimos no perder el contacto, y no lo hicimos. La tengo en Facebook, en WhatsApp y ha venido un par de veces a visitarme a Nueva York, así que es hora de devolverle la visita. Seguro que se alegra, y además, con ella no pensaré en toda esta mierda que me está pasando, ni en el idiota de mi padre. Si me voy es para no seguir amargándome, estoy harta.

—¿Dónde será esta vez, señorita? —El taxista me mira a través del retrovisor. Debe estar contento con la cantidad que marca el taxímetro, porque veo una sonrisa asomar de la comisura de su boca.

—Al aeropuerto.

El tipo sonrío más. No me extraña, el aeropuerto no está cerca, pero llevo suficiente dinero encima, y la tarjeta oro que me dió papá y de la que pienso sacar todo el dinero que pueda antes de tomar el avión. Voy a saquearla, pero esta vez en serio, para que se fastidie.

...

El viaje hasta San Francisco lo paso escuchando música y dormitando mientras pienso en lo desgraciada que soy. No he dicho nada a mis amigas, ni pienso decírselo. Además, ellas se habrán pasado la noche borrachas y para cuando llego a San Francisco aún deben estar dormidas. No tengo mensajes suyos, pero sí varias llamadas perdidas de mi padre y mensajes en nuestro chat. Los dejo en visto sin siquiera leerlos, para que se fastidie, y silencio el móvil mientras salgo del aeropuerto. Que sufra, que se lamente ahora que me ha

perdido.

El sol está saliendo cuando tomo un taxi y me dirijo al Orchard Hotel. Reservo una de las habitaciones más caras y pago con la tarjeta. El dinero que he sacado de la cuenta de papá me lo reservo para las necesidades del día a día: comprar ropa, maquillaje y dar propinas. Una vez me he tirado sobre la enorme cama, marco el número de Leona en el móvil.

—¡Hola, Leona! ¿Adivinas qué? —la acoso antes de que pueda saludarme.

—¿Amber? Tía... son las seis y media... aún me quedaba un rato de...

—¡Estoy en San Francisco! —la corto. Ya sé que la he despertado, pero seguro que ahora deja de importarle.

—¿En San Francisco? ¿Qué haces aquí?

—¿Es que no te alegras?

Me siento sobre la cama. Toda mi emoción se me baja a los pies. A lo mejor Leona no quiere verme. De pronto me siento insegura. Tal vez me he equivocado viniendo aquí, y debería haberme ido a China o a Japón, total, para estar sola de todas formas...

La voz de Leona suena adormilada pero sorprendida al otro lado.

—¡No! Claro que me alegro.

—Pues no pareces muy entusiasmada.

—Es porque me acabas de despertar, no seas tonta. ¿Dónde estás?

—Estoy en el Orchard Hotel.

—¿En serio? ¿Habéis venido de vacaciones?

—No, me he escapado de casa. —Hay un pequeño silencio al otro lado.

—¿Qué ha pasado, Amber? ¿Está todo bien?

Leona y yo hablamos poco desde que se fue de Nueva York, pero es de ese tipo de amistades que a pesar de la distancia y de pasar temporadas sin hablar te responden al teléfono como si te hubieran visto el día anterior. Era de las pocas que no solo estaban para la juerga y los regalos en el instituto. Aunque su familia fuera tan humilde, ella nunca estuvo a mi lado por el interés. Acordarme de eso me hace recuperar el ánimo.

—No, no estoy bien. He discutido con mi padre... ha sido muy desagradable, Leona, y muy decepcionante. Incluso me ha pegado. —Bueno, eso es mentira, pero quiero darle más pena, para enfatizar la gravedad de la situación

—. No sabía dónde ir y he pensado en ti, por eso he venido a San Francisco.

—Siento escuchar eso, Amber.

—Era cuestión de tiempo, mi padre es un capullo pero no lo quería ver. En fin... —suspiro—, ¿vienes a pasar unos días conmigo? He reservado la habitación más grande, y va a invitar mi padre.

—Estás loca, tía, ¿hablas en serio? —se ríe—. Claro que voy, y así me cuentas con detalle qué es lo que ha pasado.

—¡Genial! Sabía que no ibas a fallarme.

Leona no va a dejarme tirada como una colilla. Sé que el hotel es un gran incentivo, pero ella se preocupa por mí, lo sé. Tengo buenos recuerdos con ella en el colegio. Una vez, en mi cumpleaños, me escapé a su casa porque mi padre no vino a la fiesta a la que prometió venir. La historia se repite, siempre ha sido un cretino y yo una estúpida, dándole oportunidades que nunca ha aprovechado. Bah. Se acabó. Ahora voy a divertirme.

—Estoy allí enseguida, ¡pide un buen desayuno!

Mi amiga cumple con su palabra. A las nueve de la mañana ya está conmigo, tirada sobre la cama sin zapatos, comiendo helados y dulces franceses y bebiendo café y batidos. No salimos a la ciudad, nos quedamos pidiendo cosas al servicio de habitaciones: les hacemos traernos vestidos, maquillaje y zapatos, y nos pasamos la tarde sacándonos fotos con trajes de noche espectaculares que luego devolveremos. He sacado dinero suficiente para que me hagan la pelota un rato, y si me falta, volveré a echar mano de la tarjeta y me iré a otro sitio. Aunque no sé si mi padre va a buscarme. Quizá no lo haga. Después de todo, si como sospecho ya no me quiere, tal vez es un alivio para él no tener que ocuparse más de mí.

—¿Por qué habéis discutido? —me pregunta Leona mientras la maquillo. Está sentada delante del tocador, con un vestido rojo de lentejuelas que no nos pondríamos en la vida, pero que le sienta genial a su piel oscura. Es guapísima, la condenada. Se parece a Rihanna, con esos labios llenos y esos ojos enormes y almendrados... siempre me ha gustado maquillarla.

—Me hizo una promesa y no la mantuvo. No es la primera vez, pero sí la última. Cancelé mis planes en la fiesta de la universidad para estar con él y ni siquiera se presentó, ¿sabes? Vino la asistenta a decirme que íbamos a cenar solas esa noche. ¿Te lo puedes creer? Fui a buscarle a la estúpida reunión en la que estaba y le canté las cuarenta, ¿y sabes qué? Comenzó a zarandearme como un energúmeno.

Leona suspira y me mira con seriedad. Está pensando que mi padre es un capullo, y tiene toda la razón, pero siempre ha sido muy diplomática para hablar así.

—Tu padre nunca ha hecho eso. Lo de cancelarte los planes sí, me refiero a tratarte de esa forma... Puede que estuviera nervioso pero no es excusa...

—¡Es muy injusto, Leona! Yo siempre he estado ahí para él, pero estoy cansada de sentir que sobro en su vida, que soy un estorbo en sus negocios. Son lo único que le importa.

—Deberías hablar con él de eso.

—Ya lo he hecho, y me ha tratado como a una muñeca de trapo. Ya estoy harta de hablar. Ahora tendrá que atenerse a las consecuencias. No puede ir por la vida tratando así a la gente.

—Bueno, tienes unos días para pensártelo y aclarar las ideas.

—Tengo el resto de mi vida —digo dramáticamente—. Aceptemos la realidad. Ya no tengo familia, Leona. Mi madre está en Malibú con su novia y no quiere saber nada, y a mi padre solo le importan los negocios.

Suspiro y me siento en la silla frente a ella. Leona me coge las manos con un gesto cariñoso.

—Bueno, Amber... ahora mismo no debes tomar decisiones, pero si crees que lo mejor es irse de casa, tendrás que buscar un trabajo y dejar los estudios durante un tiempo. ¿Es eso lo que quieres hacer?

¿Dejar los estudios? Al cuerno los malditos estudios. ¡Mi padre ya no me quiere! Cuando pienso en esa idea, que se hace cada vez más real en mi cabeza, una sensación desagradable me aprieta el corazón, a la que también contribuye la expectativa de buscarme un trabajo en San Francisco. No es que sea una vaga. No me importa trabajar. He emprendido muchas cosas desde los diecisiete, pero siempre las he dejado a medias porque no me llenaban o porque me daba cuenta de que no eran para mí... pero trabajar *para otros* es otra cosa. Es horrible, es angustiante, y era algo a lo que no quería llegar. Sin embargo, voy a tener que pasar por ese mal trago en algún momento, al menos hasta que encuentre la forma de subsistir por mí misma.

«¡Aaaaagh! ¡Te odio, papá! Todo esto es por tu culpa. Si tan solo me demostrases que te importo un poco, no tendría que estar aquí, pensando en fabricarme una vida desde cero y lejos de casa».

Fuerzo una sonrisa y asiento con fingido entusiasmo. Pero una vez tomada la decisión, la negatividad se disipa. Pronto comienza a parecerme mejor idea. ¡Hay muchas cosas que podría hacer! Me imagino, por ejemplo, sirviendo en algún *diner* en patines, como en las películas.

—Sí, buscaré un trabajo. ¡Seguro que soy una camarera genial!

—Si no, siempre puedes vender tus bragas —se ríe.

—¿Qué dices?

—¿No lo sabes? Resulta que hay unos hombres a los que...

Terminamos la noche riéndonos y buscando en Internet páginas de vendedoras de bragas usadas. Solo lo hacemos por las risas, no pienso caer tan bajo como para venderle mis preciadas bragas a nadie, y mucho menos usadas... solo de imaginarme al tipo de tíos que deben comprar esas cosas me dan arcadas. Y no las usan precisamente para enmarcarlas, ¡ugh!

De madrugada caemos rendidas en la cama después de haber bailado toda la noche en la habitación, recordando los viejos éxitos de nuestras infancias. Nos dormimos con los vestidos de noche puestos y el rímel emborronado por las lágrimas de risa, deseando que ese instante de felicidad no termine nunca, como cuando éramos niñas. Echando de menos aquellos tiempos en los que no existía la decepción.

Eric

Tengo el sueño ligero. Muy ligero. No es a causa de la guerra, siempre ha sido así. En Afganistán eso me vino muy bien. El estrés postraumático vino después, y me trajo, además, las pesadillas de mierda y una cierta inclinación a la violencia. Pero lo de despertarme con cualquier cosa lo he tenido toda mi vida. Así que cuando suena el móvil lo cojo enseguida, espabilándome de inmediato, como si ni siquiera hubiera dormido en realidad. Miro la pantalla antes de descolgar.

—Stanford. ¿Qué ocurre?

—Buenos días, Mesz. Disculpa las horas, ¿te he despertado?

Peluso se estira encima de mis piernas, bostezando. Me mira con adoración durante un segundo y luego sale corriendo a por su hueso de plástico.

—No —miento—. Dime.

Sigo al perro con la mirada. Es como una enorme bola de lana gris con la

nariz negra. Regresa con el hueso y empieza a empujarlo contra mi mano.

—Verás, el jefe tiene un asunto de urgencia y me ha pedido que te localice. Quiere hablar contigo, no quiere ver a nadie más.

Las palabras de Patrick me hacen fruncir el ceño.

—Explícate —le pido mientras me levanto. Le lanzo el hueso al perro y aparto las cortinas. No hace mucho que ha amanecido. La luz de la mañana es gris y apagada y hay un poco de niebla.

—No tengo mucho que decir. Ya sabes que por teléfono...

—Entiendo. En ese caso dime dónde tengo que ir. —Patrick no responde. Supongo que le preocupa estar pinchado, así que se lo pongo fácil—: ¿Donde la última vez?

—Sí —responde con alivio—. Donde la última vez.

—De acuerdo. Dame cuarenta minutos.

—Perfecto, Mesz. Y gracias.

—De nada.

Presiono el botón de colgar y me quedo mirando la pantalla un momento, intrigado. Patrick Stanford es el hombre de confianza de Donovan O'Connell, que a su vez es uno de los tipos más poderosos de Nueva York. La mafia irlandesa siempre ha tenido fama de brutal, pero O'Connell tiene algo diferente. No se emborracha. Es educado. Cosas como el honor o la palabra no se han pervertido en él. Por alguna razón, me cae bien. Tiene a su gente bien enseñada, además. «Por favor», «gracias» y todo eso. Paga lo que vale un trabajo, nunca regatea y respeta mis límites.

Aún tengo tiempo, así que enciendo la radio, pongo la cafetera al fuego y saludo a Peluso adecuadamente, rascándole las orejas.

—¿Qué tal te va, colega? ¿Has dormido bien?

—Guau.

—¿Tienes hambre?

Me responde yendo a por su plato y trayéndolo en la boca para soltarlo a mis pies.

Peluso es un perro lanudo, de tamaño mediano, que encontré en la calle hace un par de meses. Se vino conmigo por alguna razón, así que le dejé quedarse. Un par de días después le llevé al veterinario. Me dijo que era un cruce

de Smith-nosequé con nosecuántos y que estaba sano, pero muy deprimido. Me explicó que se trataba de un perro abandonado y me preguntó si iba a quedármelo. Dije que sí, claro. ¿Qué iba a decir? Le puso unas vacunas, me hizo una cartilla con su nombre y me regaló un saco de pienso. Le pregunté si tenía que llevarle a un psicólogo para perros o algo, por el tema de la depresión, pero me aclaró que no, que solo necesitaba comer bien y volver a tener un hogar. Ahora el cabrón de Peluso vive como un rey. Ya ha superado la depresión y se está poniendo gordo.

Me doy una ducha rápida para despejarme aún más las ideas. A continuación me bebo el café ardiendo, sin azúcar, y bajo a darle una vuelta al perro para que suelte una meada y juegue un rato. Es curioso cómo te cambia la vida esto de tener mascota. Antes las mañanas me parecían muy aburridas. Ahora he empezado a encontrarles la gracia.

Media hora después, cojo la moto y conduzco a través del imposible tráfico de Nueva York hasta The Red Rose. El nombre del local no es muy original, es cierto. Pero tampoco le hace falta. Es lo que es. Un local de licores, música *country* y trapicheos, muy frecuentado por moteros y jugadores. Paso directamente hacia la trastienda, sin aceptar el trago que me ofrece Sally desde la barra, saludándola rápidamente con la mano. Ella me sigue con los ojos, mirándome como si fuera una golosina. Qué se le va a hacer. Uno acaba acostumbrándose a esas cosas.

Delante de la trastienda hay un tío alto, gordo y rapado al que no conozco.

—Soy Eric Meszaros. El señor O’Connell me está esperando.

El *puerta* asiente y me hace un gesto con la mano, desapareciendo en el interior. Sale unos segundos después y me pide que le acompañe.

Avanzamos por un corredor bastante ancho, con la pared tapizada y algunos luminosos de bar junto a fotografías antiguas. La mayoría son en blanco y negro: estrellas del béisbol, gente jugando al billar y grupos de hombres trajeados sonriendo a la cámara. A pesar de que el sitio tiene pinta de lo que es, un antro de corrupción, en este lugar me siento seguro. El ambiente es ligero y relajado, algo atípico en las guaridas de los mafiosos de Nueva York. Normalmente parecen una maldita bomba a punto de explotar. Pero aquí hay algo diferente. Aquí hay *orden*.

—Pase, por favor.

El tipo calvo me abre una puerta que hay al fondo del pasillo. Le agradezco con la cabeza. Me gusta que O’Connell tenga a su gente tan bien enseñada.

Educación. Equilibrio. Normas. Así es como funcionan bien las cosas.

Al entrar al despacho me encuentro a Patrick Stanford terminando de recibir órdenes de su jefe. Ambos se dan la vuelta para mirarme. Les hago un gesto de saludo, llevándome dos dedos a la frente y espero pacientemente apoyado en la pared a que terminen. Patrick asiente mientras Donovan le da instrucciones. Le está diciendo algo sobre cancelar una tarjeta y cambiar los teléfonos.

Patrick es rubio, se peina hacia atrás y tiene un aire militar que me agrada. En sus ojos hay franqueza. O'Connell es pelirrojo, de ojos grandes. Tiene las pestañas tan claras que no se le ven, y eso hace su mirada aún más fría y sus ojos más saltones. Es elegante, aunque suele vestir con vaqueros y chaqueta de sastre, como si no quisiera parecer demasiado serio. Ese efecto se va a la mierda en cuanto abre la boca, porque en realidad es un tipo al que nadie en su sano juicio se tomaría a broma. Un aura de autoridad le rodea. Aquí, en su territorio, es una especie de rey y eso es lo que parece. Pero yo sé que es como cualquiera de nosotros. Tan humano como cualquiera. Igual de sensible a un balazo en la cabeza.

Al salir de la habitación, Patrick me da una palmada en el hombro y me sonrío. Yo respondo de igual manera y me cruzo de brazos, esperando a que Donovan me diga algo.

Pero no dice nada. Se queda ahí plantado, con una cara de preocupación que no le he visto nunca. Después se dirige a su silla, suspirando como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Se deja caer en ella y finalmente me mira. Lo hace con una expresión casi frágil que me hace pensar que este tío no es el mismo Donovan O'Connell que solía conocer.

—Gracias por venir tan pronto, Eric.

—No hay problema.

—Siéntate, por favor —me invita. Le hago caso, tomando asiento en la silla de cuero que hay delante de su escritorio. El despacho de Donovan parece el de un abogado o un médico. Tiene estanterías llenas de libros, un par de diplomas en la pared y uno de esos protectores de cuero para el escritorio. Ningún pc de sobremesa, nada de tecnología moderna—. ¿Puedo ofrecerte algo? Whisky, bourbon...

—No, gracias.

Donovan asiente y se echa hacia delante, mirándome. Entrelaza los dedos de las manos.

—Dime, ¿qué tal estás? Hace casi un año que no nos vemos. ¿Cómo te ha ido en este tiempo?

Tomo aire y pienso unos segundos antes de hablar. No quiero que lo que voy a decir suene mal, cosa que requiere algo de atención por mi parte. Normalmente no pienso mucho antes de abrir la boca. Pero con Donovan me gusta tener esa deferencia.

—Agradezco el interés, señor O’Connell, pero Patrick me dijo que usted tenía un problema urgente. No es necesario que se tome tantas molestias. Solo dígame qué ocurre.

La expresión de Donovan se relaja y sonrío a medias, dejando caer los hombros, que mantenía rectos y tensos.

—Tienes razón. En realidad es un alivio, así que vamos al grano. —Se echa hacia atrás en la silla—. Como bien dices, tengo un problema urgente, y por extraño que te parezca, solo puedo contar contigo para esto.

—¿De qué se trata?

—Antes de pronunciar una sílaba más, necesito tu palabra de confidencialidad absoluta.

—La tiene.

Donovan guarda silencio, estudiándome con sus ojos gélidos. Luego asiente.

—Es mi hija Amber. Ha desaparecido. —Antes de que pueda preguntar, él me da los detalles—. Se marchó anteayer por la noche, por su propia voluntad. He rastreado los movimientos de la tarjeta de crédito y sé que está en San Francisco, en el hotel Orchard. Pero también sé que no va a venir por su propio pie.

Una vez he escuchado sus palabras, decido que es mejor no hacer preguntas. Está claro que esto es un asunto personal. Y a mí no me importan sus movidas familiares.

—Entonces... ¿quiere que la traiga de vuelta? —deduzco.

—Sí.

Por un momento me quedo en silencio, extrañado.

—¿Y para eso me necesita a mí? ¿No puede enviar a cualquiera de sus hombres?

—No. Tengo a los Kovalenko encima, esperando cualquier atisbo de debilidad para mordirme como perros rabiosos. Si envío gente a San Francisco, se enterarán de que algo está ocurriendo. Eso si no lo saben ya. —Le miro, intrigado por sus últimas palabras—. Ayer, a mi hija le dio por aparecer en una reunión en la que ellos estaban presentes. Montó una escena digna de teleserie. —Percibo la tensión en su mandíbula y un destello de ira en sus ojos—. Me ha puesto en evidencia, y para colmo, les ha hecho saber que tengo una hija. —Es cierto. Yo tampoco sabía que Donovan tuviera familia—. No es momento de ir a la guerra con los rusos, no todavía. Así que comprenderás que todo esto me está causando muchas molestias. No puedo mostrar mis puntos débiles. Esto tiene que gestionarlo alguien de fuera.

—Ya. Entiendo por qué me ha llamado, pero...

—San Francisco es de los Petrov, aliados de los Kovalenko. Existe la posibilidad de que descubran que Amber está allí. Incluso puede que ya lo sepan. Sí, solo es una posibilidad, pero si eso ocurre, mi hija necesitará estar protegida. Para este trabajo hace falta alguien independiente, desligado de mi organización, pero en quien pueda confiar. Y tú eres el único que responde a esos dos requisitos, Eric. —O’Connell vuelve a inclinarse hacia delante en el escritorio y me mira con intensidad. Habla con mucha calma, exponiendo claramente las ideas, pero hay algo en él que me hace pensar que esa tranquilidad es solo aparente—. No te he hecho llamar solo para que traigas de vuelta a Amber... pero, de todo corazón, espero que eso sea lo único que tengas que hacer. Quiera Dios que nada se tuerza. Si le tocan un pelo...

—De acuerdo.

Bien. Así que este es el trabajo. Hacer de niñera de una cría que se ha escapado de casa tras montarle una escena a su padre en una reunión de mafiosos. En fin. No sé qué cara he puesto, pero el señor O’Connell vuelve a dedicarme una de sus inquietantes medias sonrisas.

—¿Todo esto te parece una gilipollez?

Bueno... Diría que sí, pero no quiero deprimirle más. Me encojo de hombros.

—Los adolescentes son complicados. Y qué sé yo de familias.

—Hablas como si fueras huérfano. Por cierto, ¿qué hay de tu padre y tu hermana?

Que un tipo como O’Connell te pregunte por la familia podría ser peligroso para otros. A mí me parece normal. Mi padre y Donovan se conocían,

prácticamente crecieron juntos. Sé que su interés es genuino.

—Están en California. Hace tiempo que no les veo.

—Entiendo.

Hay un momento de silencio. Me da la impresión de que Donovan quiere abrirme en canal y leer mis entrañas. Antes de que empiece a indagar sobre cosas de las que no quiero hablar, me centro en la misión.

—No conozco a su hija. ¿Puede proporcionarme una fotografía?

—Más que eso.

O'Connell abre el cajón del escritorio y saca una carpeta de cartón azul. La despliega delante de mí y veo un dossier de veinte páginas sobre la tal Amber. Es una ficha de espionaje completa. Intento disimular mi sorpresa mientras me pregunto si la ha hecho él mismo o ha encargado a sus hombres que recojan la información. Entonces veo las fotos y comprendo la preocupación de Donovan.

La maldita niña... de niña no tiene nada.

Levanto una de las fotografías. Ella está tumbada sobre el césped, posando. Lleva una camiseta blanca de tirantes. Su pelo rojo se abre sobre la hierba como una anémona. Tiene los brazos cruzados, haciendo que sus pechos se aprieten el uno contra el otro, destacando inapropiadamente.

—Pensaba que era más joven.

—No digas nada más —me espeta Donovan, quitándome la foto de las manos—. Ten, aquí tienes el contrato.

Miro el papel durante un momento, pensativo. Por supuesto, es un contrato falso. En él no figura que yo vaya a ir a rescatar a su hija, pone que voy a fabricarle muebles. Cojo la pluma y finjo que leo la letra pequeña, como siempre, mientras medito acerca de la conveniencia o no de toda esta mierda.

¿La verdad?, tengo un mal presentimiento sobre esto. No sé por qué. Es como en aquella misión en Kandahar. La misma sensación pegajosa, de haber fracasado antes de empezar.

Una voz interior me dice: «no lo hagas».

Pero pienso en la chica. Y en los Kovalenko y los Petrov. Esos tíos no se andan con tonterías. No dudan en cortar dedos, manos y pies. No la matarán, claro. Es una buena pieza de cambio. Pero la chavala es como un caramelo en la puerta de un colegio. Si ha sido tan estúpida como para interrumpir una reunión de la mafia, lo mejor que le puede ocurrir es que la secuestren. Lo peor... En lo

peor no quiero ni pensar.

«Donovan encontrará a otra persona. No tengo por qué hacerlo yo».

Mientras lo pienso, ya estoy firmando.

A la mierda. Hay que hacer lo correcto, ¿no? Para ser sinceros, pocas veces he tenido a mi alcance misiones tan correctas como esta. No hay que extorsionar a nadie. No hay que dar palizas, ni robar, ni amenazar. Se trata de proteger a una chica que está en peligro. Qué demonios... No puede haber nada de malo en esto. Así que intento apartar de mí esa oscura sensación y enfocarme en la tarea.

—Ni siquiera has mirado la cifra —me dice O’Connell cuando le devuelvo el contrato. Su voz suena distante.

—No hace falta. Usted siempre paga bien.

—Lo haré. Te daré un millón si la encuentras antes que ellos. —Hace una pausa dramática. Supongo que quiere impresionarme pero yo no hago ningún gesto. Un millón. Bien. No sé qué demonios voy a hacer con un millón de pavos, pero ya lo pensaré cuando los tenga—. Los gastos van aparte. He preparado una tarjeta de crédito a tu nombre y cien mil en efectivo para lo que necesites.

—De acuerdo. De las armas me encargo yo. Pero sí necesitaré un contacto allí donde comprarlas, bien surtido, y un transporte para moverme por San Francisco.

—Habla con Patrick. Él te proporcionará todo lo que necesites.

—De acuerdo. Le tendré informado —digo levantándome.

—Supongo que no hace falta que te lo aclare, pero los teléfonos...

—Sí, no se preocupe.

Donovan asiente. Confía en mí. Y lo cierto es que yo también confío en él. Me acompaña a la puerta. Luego me estrecha la mano y me mira gravemente. Dadas las circunstancias, es comprensible que esté tan serio. De pronto me pone la otra mano en el hombro y un extraño fuego brilla en sus ojos.

—Encuéntrala antes que ellos. Tráela a casa, Eric.

—La encontraré —le digo. Es todo cuanto puedo garantizarle.

Donovan vuelve a asentir con la cabeza y me abre la puerta con una sonrisa fría.

Salgo con el dossier bajo el brazo y paro en una de las mesas del bar, donde Patrick está bebiendo una cerveza. Doy un par de golpecitos sobre la tabla,

sacándole de su ensimismamiento.

—Necesito algunas cosas.

Patrick se sobresalta un poco pero enseguida se pone en acción. Toma nota de todos mis requerimientos y me asegura que me enviará los billetes de avión a mi correo electrónico, así como la reserva de una moto en un concesionario de San Francisco y el contacto para la venta de armas. Luego nos despedimos. Esta vez me detengo un momento para tomar un trago en la barra y charlar un poco con Sally. Cuando me marchó, siento su mirada fija sobre mí de nuevo, con hambre. Yo también estoy hambriento, pero en un sentido bien diferente. Paro a comer algo en un *diner* de Brooklyn y al fin, vuelvo a casa antes de mediodía.

Apenas he estado fuera unas horas, pero mi perro me saluda como si me hubiera ido hace diez años.

—¿Qué hay, colega?

Le doy unas palmaditas y juego un rato con él. La idea es tomar el vuelo esta misma noche, así que tengo solo unas cuantas horas para preparar mi equipaje, estudiar el dossier de la pelirroja y colocar a Peluso con mi vecino Stewart. No me hace ni puñetera gracia dejarle, pero con suerte solo serán un par de días. Trato de explicárselo al perro, que como es natural, no entiende nada. Él solo quiere que le tire el hueso y que luchemos por él. Bendito animal. A veces me da envidia.

Cuando los dos estamos ya cansados, le cojo en brazos y nos sentamos en el sofá, hojeando la información acerca de Amber O'Connell. En realidad, con una foto sencilla me habría bastado, pero aquí hay todo un reportaje.

—Pelirroja... —Chasqueo la lengua—. ¿Por qué tenía que ser pelirroja?

—¿Guau?

—Nada, no me hagas caso.

La chica es fotogénica. Sobre todo teniendo en cuenta que las imágenes están tomadas a escondidas. Aparece paseando con amigas, yendo de compras, comiendo helado... Siempre sale bien.

—Donovan es un padre un poco psicópata. Aunque, bien pensado, si yo tuviera una hija así también la pondría bajo seguimiento.

Peluso se muestra de acuerdo con otro ladrido y luego estornuda.

—Aquí está su número de móvil. Podemos rastrearla con el viejo programa de las Fuerzas Armadas. ¿Qué opinas? ¿Crees que funcionará aún?

Estoy comprobando que todavía tengo esa mierda instalada en mi Smartphone y que la contraseña funciona cuando recibo el aviso de Paddy: Ya tengo los billetes en mi correo. Perfecto. Voy a mi habitación y saco una mochila negra, no muy grande. Guardo en ella tres mudas limpias, camiseta y vaqueros de repuesto, un neceser de viaje y el pequeño botiquín portátil que conservo con todo tipo de drogas militares, desinfectante, hilo de sutura, penicilina y demás. Añado algunas barritas energéticas y varios libros. Después valoro hasta qué punto soy un paranoico. Quizá voy un poco demasiado preparado. Son solo dos malditos días. Dos días haciendo de niñera. ¿De verdad necesito hilo de sutura? ¿Barritas energéticas? Ni que fuera a quedarme tirado en una jodida isla. Luego decido que le pueden dar por culo. Sí, soy un paranoico, y qué. Nunca se está demasiado preparado. Así que a la mierda, me lo llevo todo.

Tras comprobar que lo tengo todo listo, lleno una bolsa con las cosas del perro.

—Hora de despedirnos, Peluso.

Él me mira con tanta desolación que llego a plantearme la posibilidad de llevarlo conmigo pero lo descarto rápidamente. No quiero ponerle en peligro.

—No estés triste, antes de que te des cuenta habré vuelto. —Le pongo la correa y salgo de casa con ella en una mano y con la mochila al hombro—. No te deprimas, ¿me oyes? No te estoy abandonando. Solo me voy de viaje un par de días.

Le miro con preocupación. La verdad es que no parece deprimido. Pero yo que sé. No entiendo de perros, y no quiero que sufra.

Cuando llego frente a la puerta de mi vecino, pulso el timbre brevemente. Stewart abre y me muestra una amable sonrisa.

—¡Eric, hola! ¿Qué tal estás?

—Hola, Stewart. ¿Puedes cuidarme al perro un par de días?

El hombre sonrío más y se inclina para acariciar a Peluso, que salta y mueve la cola emocionado.

—Claro. Me hará mucha compañía.

—No te lo comas, ¿eh?

Stewart levanta el rostro para mirarme con exasperación.

—Deberías mejorar tus bromas. Empiezan a apestar de lejos.

Es verdad que el chiste es viejo y no tiene mucha gracia pero yo me estoy

riendo igual. Stewart es descendiente de inmigrantes chinos. Siempre estamos tirándonos puyas absurdas sobre nuestros abuelos. Yo me meto con los chinos y él con los húngaros, aunque no se le da muy bien. Que si camisas sudadas, que si bigotes... A veces se equivoca y me hace chistes de turcos pero me da igual. Yo le río la gracia o me pongo digno, según el día.

La diferencia entre él y el imbécil de Harold es que Stewart es un buen hombre. Por eso puedo hacer este tipo de bromas de mierda con él. Tiene cincuenta años, es viudo y está solo, con su triste pensión de policía de segunda. Tuvo que retirarse por problemas de salud mental. Depresión, creo. Perdió a muchos amigos. Pero me tiene a mí. Y ahora, también a Peluso.

—Ten, este es el pienso. Tiene que bajar tres veces al día a mear y a darse una vuelta. Este es su hueso. Y este su juguete. Esta es su manta. Ah, no le des azúcar ni gambas, ¿eh? Ponle buena música, nada de basura. Y no le mimes demasiado.

—¿Que no le mime yo? Me parece que soy el menor de sus problemas. — Stewart ríe mientras va cogiendo todo lo que le doy y dejándolo en el mueble del recibidor—. ¿Cuántos días serán?

—Dos o tres, como mucho.

—De acuerdo.

—¿Te va mal?

—No, no. En absoluto. Oye, ¿y cómo es que te vas? ¿Vas a ver a alguna chica?

Yo levanto las cejas.

—Sí.

—¡Me alegro! Espero que sea una buena chica. Recuerda, lo importante es eso, que tenga buen corazón. No te dejes llevar por las apariencias.

—Sí, sí. Gracias, Stewart.

Le doy un abrazo y le palmeo la espalda. Luego me despido de Peluso. La puerta se cierra y le escucho lloriquear mientras bajo deprisa las escaleras. Al oírle siento algo angustioso en el pecho, como si me asfixiara. Joder. ¿Esto es lo que pasa cuando dejas entrar a alguien en tu vida? Maldito Peluso.

Un par de horas más tarde, cruzo los Estados Unidos volando en primera clase, rodeado de nubes enrojadas por la luz del sol poniente. Consigo abstraerme de la añoranza por mi perro leyendo a Joe Hill. Pero lo que no me

abandona es esa extraña sensación de peligro que me ha acompañado desde que firmé el contrato en el Red Rose.

Capítulo 3

San Francisco

Amber

El tiempo con Leona está siendo genial. Ayer nos pasamos el día de compras, pude reponer el maquillaje que tuve que dejar atrás porque no cabía en mi maleta y compré un par de vestidos y zapatos. Luego comimos en uno de los mejores restaurantes de San Francisco y nos pusimos a reventar de marisco. Por la noche salimos de fiesta a los garitos de ambiente para bailar como locas sin que nadie nos babosera y volvimos al hotel a las tantas de la madrugada, riéndonos y recordando nuestras primeras juergas del instituto, cuando Leona se refugiaba en mi casa para que sus padres no supieran que se había pillado una cogorza. El muy ocupado señor O'Connell nunca se daba cuenta de cuándo se quedaban mis amigas a dormir en mi habitación. No estaba en casa cuando llegábamos, y si estaba, estaba durmiendo lo poco que podía dormir antes de volver al trabajo. Ahora somos libres de ir y venir sin nadie que nos controle y pillarnos los pedos que queramos. La verdad es que le estoy cogiendo el gusto a esto de no tener que pensar en nadie más que en mí. Ya era hora.

—¿Te está gustando San Francisco? —me pregunta Leona mientras mordisquea el sándwich de helado de mantecado que está comiéndose.

Son las once de la mañana y estamos desayunando en la cafetería del hotel, en una terraza llena de jardineras a rebosar de preciosas flores de colores. Nos han servido pastas y dulces, pero Leona es una adicta a los helados; es algo que no ha cambiado nada en ella.

—¡Es maravilloso! Me encantan sus tiendas, y la comida es riquísima, sobre todo los helados, ¿verdad? Espero que nunca nos cambie el metabolismo y nos pongamos culonas porque no quiero dejar de comer como una cerda en mi vida.

Leona se ríe y le brillan los ojos. Ella también está a gusto conmigo, creo que su vida aquí no es como era en Nueva York y al estar juntas es como si el tiempo volviera atrás.

—¿Y qué si te pones culona? Mejor, más protección para tus huesitos. Además, los culos molan.

—Eso lo dices porque ya ves tu futuro.

—Lo veo en mi madre y en mi abuela todos los días —se ríe.

—Es por culpa de los dulces de tu abuela. ¡Dios, cómo los echo de menos! Siempre traías una bolsa de *muffins* escondida en la mochila y nos los comíamos en clase sin que se dieran cuenta, ¿te acuerdas?

—¡Claro que me acuerdo! Mi abuela no se explicaba cómo se terminaban tan rápido.

Nos reímos, pero la risa de Leona de pronto me parece triste cuando se calla y se limpia los dedos en una servilleta. Suspira y observa las vistas de los edificios que hay bajo la terraza con un aire un poco ausente. ¿En qué estará pensando? No me gusta que esté mal, así que pienso en un buen plan para distraerla de lo que sea.

—¿Vamos al Golden Gate Park?

—¿Eh? —Vuelve a prestarme atención, saliendo de sus pensamientos—. No, no puedo... Hoy tengo comida familiar.

—¡Oh! Genial, iremos a tu casa a comer.

Leona frunce el ceño, incómoda. Oh, oh... no sé qué he dicho pero parece haberle molestado.

—Verás, Amber... las cosas en casa están un poco complicadas y...

—Vale, no pasa nada, comeré yo sola. Podemos ir por la tarde y visitar...

—No, Amber —me corta. Se ha puesto muy seria y no me gusta la forma en la que me mira. ¿Qué demonios le pasa?—. Lo hemos pasado muy bien pero yo tengo que irme ya. Tengo asuntos que atender.

—¿Por qué no te independizas? —le suelto de pronto. Ella también lo está pasando mal con su familia, solo hay que verla—. Podríamos irnos tú y yo, alquilar un piso y vivir juntas. Siempre nos hemos llevado genial, nos gustan las mismas cosas y estaríamos muy bien compartiendo piso, ¿no crees?

Mi amiga suspira y pone los ojos en blanco. ¿Por qué hace eso? Ni que hubiera dicho una locura. Además, ya tiene edad para independizarse.

—Sabes que eso no es posible. Yo aún estoy estudiando.

—Yo también, pero no importa.

—¿Cómo que no importa? ¿Y cómo vamos a pagar un alquiler? No voy a dejar de estudiar para irme a lo loco. Y tú ni siquiera tienes un trabajo. ¿Te crees que te va a caer del cielo?

—No, pero yo sé hacer muchas cosas, encontraré algo.

—¿Qué sabes hacer? Estás siempre metida en cosas que no terminas, Amber.

No me puedo creer que Leona me esté diciendo esto. La miro boquiabierta, intentando encontrar una réplica. ¿Pero qué voy a responderle? Es verdad que he hecho muchas cosas y no he terminado ninguna, pero eso no significa que no pueda centrarme en un trabajo o esforzarme.

—Quédate al menos unos días más, tenemos dinero de sobra para quedarnos en el hotel.

—Ya te he dicho que tengo cosas que hacer, y Amber... tú deberías poner los pies en la tierra. Te lo digo como amiga y porque te quiero. Sabes que siempre puedes contar conmigo pero todo esto... —Hace una pausa, suspira. ¿Qué mosca le ha picado? ¿Por qué se comporta como si fuera mi madre?—. Esta aventura está muy bien para aclarar las ideas y tomar distancia. Una vez lo hayas hecho, deberías volver a tu casa, arreglar las cosas con tu padre y seguir con tu vida. No puedes tomar decisiones así, a lo loco, ni mandar tu futuro al traste por una pataleta.

—¿Una pataleta? ¿Te parece una pataleta lo que estoy haciendo?

—Sinceramente, sí —me responde con firmeza. Yo no me lo puedo creer. ¿Cómo puede ser tan insensible una amiga?

—Claro... para ti es fácil, tienes una familia unida, todos te quieren y siempre te han apoyado, ¿cómo vas a entender lo que es que un padre te ignore y te repudie? No tienes ningún derecho a juzgarme —le suelto enfadada.

—¿Ah, sí? ¿Para mí es fácil? —Los ojos de Leona se encienden—. Te quiero, Amber, pero a veces eres... ¿No te das cuenta de que solo miras por ti?

—¡Eso no es cierto!

—¡Sí lo es! Desde que has llegado no has hecho más que lloriquear sobre tu padre y tu familia. Ni te has molestado en preguntar por la mía, o en interesarte por cómo puedo estar yo. ¿Acaso te haces una idea de lo que estamos pasando nosotros? No, claro que no. Pues te aseguro que tengo bastantes problemas propios como para estar aguantando tus reproches. Haz lo que quieras con tu vida. Yo me largo ahora mismo.

El pelo rizado de Leona se agita haciendo honor a su nombre cuando se levanta. Nunca la he visto tan enfadada, y yo nunca he estado tan enfadada con ella como lo estoy ahora. Me está tratando injustamente, pero ya estoy

comenzando a acostumbrarme. Por lo visto estoy rodeada de gente falsa y sin corazón.

—¡Eres una traidora! —le suelto, poniéndome en pie yo también y tirando la servilleta sobre la mesa con mala leche.

Leona se cuelga el bolso del hombro y me mira con reproche. El resto de clientes de la terraza nos mira.

—Y tú una malcriada. Adiós.

Y así es como, al final, Leona me deja tirada como una colilla, bamboleando su enorme culo negro hacia la salida con aire agresivo. Se debe creer Beyoncé. ¿Cómo puede hacerme esto? Ahora lo veo claro. Todo lo que yo pensaba sobre ella es mentira, le ha faltado tiempo para abandonarme después de habérselo pasado en grande a mi costa y haberse puesto ciega de marisco con el dinero de mi padre.

—*I ti ini milcriidi. Idiis* —le digo a la nada, gesticulando como una negra. Mierda, he tardado demasiado en reaccionar y me miran como si fuera retrasada, porque Leona ya no está—. ¡¿Y vosotros qué miráis?!

La gente vuelve a sus asuntos cuando les lanzo una mirada furibunda. Cojo mi bolso y me largo, dejando el desayuno a medias. Ya no tengo hambre, la estúpida de Leona me ha fastidiado el día. Ah, no... no vas a quitarme el hambre también, maldita traidora. Regreso sobre mis pasos y meto los croissants en el bolso, mordiendo uno con furia antes de salir taconeando con mis botines de la terraza.

—Que te has creído que me vas a amargar el día. ¿Malcriada yo? ¡Ja! Cuando tenga mi propia mansión te haré tragar las palabras. Serás estúpida.

Nadie le rompe los planes a Amber O'Connell. Si Leona no quiere venir conmigo, me iré yo sola. Que le den. Que se amargue con su familia comiendo *muffins* y engordando ese trasero de mesa camilla que le espera.

...

Son las seis de la tarde y estoy comiéndome los croissants sentada en un banco del Golden Gate Park. Sola. Llorando. Es horrible. Es deprimente. Y lo peor es que por encima de todo, es patético. Cuando pienso en mi imagen comiendo sola y llorando, un acceso de llanto me sube por la garganta, contribuyendo a este drama que no parece tener fin. Debería dejar de comer, pero con el disgusto por culpa de la traidora de Leona no he probado bocado en todo el día, y ahora me muero de hambre. De hambre y tristeza, una

combinación que no debería existir. Lo único que tengo son estos cochinos bollos que me metí en el bolso. Podría ir a cualquier puesto y comprarme algo, pero tengo el rimel corrido y doy asco y pena. No quiero que nadie me vea así.

Me siento sola y abandonada. Traicionada. Mi amiga me ha dado la espalda en el peor momento de mi vida. Estoy hecha un lío, ¿debería volver a casa? ¿Debería quedarme aquí y comenzar desde cero? No lo sé, ahora mismo solo puedo pensar en comer y llorar mi miseria.

Mientras mastico a dos carrillos, con las mejillas empapadas de lágrimas, saco el móvil y lo enciendo. Las notificaciones empiezan a sonar. Miro el chat de mis amigas sin demasiado interés. Se pasaron el día hablando de la fiesta de primavera que yo me perdí por culpa de mi padre, y solo esta mañana han comenzado a preguntar por mí. Estúpidas. Ni se han dado cuenta de lo callada que estoy, seguro que ni se imaginan lo mal que lo estoy pasando. Y puede que no les importe después de todo. No quiero decirles nada, si ellas también me tratan como lo ha hecho Leona, me moriré.

Al final abro el chat de mi padre, que marca cuarenta y ocho notificaciones en rojo. También hay un montón de llamadas perdidas de él.

Papu

¿Dónde estás?

Ponte al teléfono, Amber.

Llevo todo el día llamándote.

Tenemos que hablar.

No te comportes así, hablemos.

Amber, dime si estás bien.

Voy a enviar a alguien a buscarte.

Hay un montón de mensajes más en nuestro chat. Es evidente que está preocupado, y eso me consuela. Sí, soy una bruja, pero se lo tiene merecido. En ninguno de sus tropecientos mensajes veo una sola palabra de disculpa por haberme tratado como lo hizo. No, el señor O'Connell tiene un orgullo más grande que su torre de oficinas. Es un capullo, es un maldito egoísta, y un mal padre, y estoy harta de él. Estoy harta de todo el mundo.

Me limpio las lágrimas de los ojos en un arrebato y me levanto. Ante mí, tengo un estanque cristalino, precioso. Un montón de palomas salen en desbandada cuando me acerco a la orilla y tiro el móvil al agua con rabia, dando

una patada a la hierba.

—¡Que os den a todos! —El corazón me salta en el pecho al ver el móvil hundirse lentamente y de pronto entro en pánico—. ¡No, mierda! ¡Amber! ¡El iPhone! ¡Mierda, mierda, mierda!

Sin pensármelo, me meto en el agua hasta las rodillas y recupero el móvil. ¿Qué culpa tendrá él de esto? El precipicio que se ha abierto a mis pies por un momento parece cerrarse cuando estrecho el aparato contra mi pecho.

—¡Eh, señorita! ¿Qué está haciendo?

Vuelvo la mirada, dando un respingo. Un guardia de seguridad viene hacia mí, un tipo negro, enorme, con una porra y una pistola en el cinturón. El corazón me da un salto y comienzo a pensar que va a detenerme, que pasaré la noche en el calabozo, que llamarán a mi padre y todo se terminará de ir al traste. Salgo del lago a toda prisa y echo a correr, con el ridículo *ñif, ñif*, de los botines encharcados marcando mis pasos y salpicando agua a mi alrededor, mientras el señor grita improperios a mis espaldas.

—¡Está prohibido entrar en el lago!

Creo que en mi vida he corrido tan rápido. La gente que pasea por el parque me mira raro cuando cruzo a toda prisa por su lado, como si fuera una loca. Ni me doy cuenta de cuándo he dejado atrás al guardia, o del momento en que he salido del parque. Me detengo para tomar aire en un semáforo y miro al cielo. Ya está oscureciendo. Debería volver al hotel, pero no tengo ni idea de dónde estoy. Intento encender el móvil para abrir el GPS, pero no responde, aún gotea el agua del estanque y cuando pienso que se ha roto me vuelven a dar unas horribles ganas de llorar. Tengo un aspecto penoso, no quiero parar a nadie para preguntarle por el hotel, así que miro alrededor e intento situarme. Sí, creo que reconozco este lugar. Solo tengo que girar a la derecha dos manzanas más adelante, así que sigo por la acera mientras se hace de noche.

...

Nunca me he orientado muy bien. Hace rato que debería haber llegado al hotel, pero no ha sido así. Creo que estoy dando vueltas, y no tengo valor para parar a nadie y preguntar. Se ha hecho completamente de noche, y ya no es mi aspecto el que me preocupa, sino el de la gente que hay en la calle, a mi alrededor. Miro atrás y me doy cuenta de que ni siquiera sé dónde está el parque. El móvil sigue sin responder. Me lo guardo bien, porque las pintas de la gente que hay en los portales no me gustan, solo me falta que me roben para terminar de arreglarme el día y plantearme el suicidio seriamente. Estoy perdida en San

Francisco, en plena noche, sola y abandonada por todos, traicionada por mi mejor amiga y rechazada por mi padre. Nunca me he encontrado en una situación así. Ni siquiera parecida. Nunca he estado tan sola. Y tengo miedo.

Todas las pelis que he visto sobre chicas abandonadas y traicionadas que se pierden en la ciudad acababan bien. Pero claro, porque ellas tienen a alguien que va a buscarlas. Su padre, los tipos de *Mentes Criminales*, o el chico del instituto que siempre se había fijado en ella y al que ella había ignorado. Mi padre no vendrá. Los de *Mentes Criminales*, tampoco. Pienso en Henry, un compañero de la universidad que bebe los vientos por mí. No, no me imagino a Henry apareciendo en un coche y rescatándome. Y aunque lo hiciera, no le besaría. Así que estoy sola. Sola de verdad.

A medida que avanzo me voy dando cuenta de más detalles desagradables, en especial del olor que brota de las esquinas. Huele como el baño de los chicos de la facultad, pero peor, como si hubieran estado meses cerrados sin limpiarse. Me llevo la mano a la boca e intento respirar por la nariz, no quiero pillar nada.

Las luces ya se han encendido, pero eso hace parecer las calles aún más siniestras. La luz blanca de las farolas enfatiza la oscuridad en los portales y en los callejones. Para colmo cada vez hay menos gente. Unos tíos están fumando en un portal y me miran de manera muy desagradable cuando paso. Comienzan a decirme cosas. Al escucharles, camino más deprisa. Tengo que salir de aquí, y no sé cómo. Estoy totalmente perdida y mi móvil no funciona. Y con el aspecto que tengo, me parece que nadie va a querer ayudarme ahora.

De pronto, al final de una calle me parece ver otra más ancha con un cartel que me resulta familiar. Intento acelerar el paso hacia allí, pero estoy tan cansada que tengo que pararme un momento y apoyarme en la pared. Entonces escucho el sonido de un motor desacelerando hasta que las luces del coche quedan a mi espalda. Veo mi sombra alargarse en la acera. El miedo que crece dentro de mí es diferente a todo lo que he sentido antes. Es frío, cosquilleante y me pone alerta.

«Solo querrá aparcar —pienso aterrorizada, tratando de convencerme—. Solo es eso, quiere aparcar y ya está. No seas tonta, Amber...».

Pero no lo hace. El coche sigue moviéndose detrás de mí, avanzando lo suficiente para colocarse a mi lado sin detenerse. Dentro, un tipo calvo baja la ventanilla.

—¡Ey, niña! ¿Qué haces sola por aquí?

Me doy la vuelta para mirarle pero no me detengo. Hay algo en sus ojos que me asusta de verdad, y no está solo en el coche. Veo que hace un gesto hacia los

asientos de atrás.

Sé que algo horrible va a pasar. Lo sé. Pero estoy paralizada.

—Es ella —le oigo decir.

Solo entonces, cuando escucho el chasquido de las puertas del coche al abrirse, todo mi cuerpo reacciona. Echo a correr sin pensarlo, con el corazón en la garganta. Corro y corro calle abajo, con todas mis fuerzas.

—¡Tras ella! ¡Deprisa!

«No, no, no, ¡no!». Estoy desesperada. Mierda. ¡Me quieren secuestrar! Mi cabeza es una jaula de grillos, miles de pensamientos se confunden a causa del pánico mientras el ruido del motor se hace más fuerte a mi espalda. No tengo nada que hacer. No puedo correr más que un maldito coche.

Y entonces, una única luz aparece frente a mí, un faro redondo y blanco. Oigo un rugido estruendoso y el chirrido de las ruedas de una moto al derrapar sobre el asfalto. La moto pasa por mi lado y acaba frenando a mi espalda, interponiéndose entre mi cuerpo y el vehículo de mis perseguidores. Los tipos frenan en seco y veo al calvo bajar del coche empuñando un arma.

—¡Sube! —me grita una voz grave.

El hombre que conduce la moto me está hablando. Lleva una chaqueta de cuero negro y ha sacado algo metálico y oscuro. ¡Está apuntando al calvo con una pistola!

—¿Me has oído?

Me he quedado petrificada. Todo parece ir a cámara lenta. El motorista apenas me dirige la mirada, sin dejar de apuntar al calvo del coche. Es moreno, el pelo largo le cae hasta los hombros más anchos que he visto jamás. Lleva la parte de delante recogida en una coleta en la nuca. Un cigarro cuelga de sus labios y su mirada salvaje y peligrosa se dirige al conductor del coche. Veo su perfil: la nariz perfecta, la barba de tres días, la mandíbula fuerte. Es como una aparición. Como si hubiera salido de una película. No es Henry, ni mi padre, ni un tipo de *Mentes Criminales*, pero...

—Joder, ¡sube a la moto! ¡Ahora! —Su voz retumba sobre las exclamaciones de los ocupantes del coche, grave y autoritaria. Mi cuerpo reacciona sin que yo pueda pensar en nada y le obedezco.

Me subo a la moto y me abrazo a su cintura, temblorosa. Estoy loca, estoy muy loca. No sé qué estoy haciendo. Esos hombres del coche iban a hacer algo

realmente malo conmigo, lo sé. Su voz, su forma de acecharme... no era normal. Pero el motorista es otra cosa, ¿no? Él me está salvando. Creo. Eso espero, porque no tengo otra elección y no voy a llegar muy lejos corriendo. Sin embargo no estoy tranquila del todo. Estoy subiéndome a la moto de un extraño y eso nunca es una buena idea.

Suelto un gritito cuando los tiros comienzan a sonar. El desconocido ha apuntado a las ruedas del coche y se ha cargado las dos del lateral. Cuando acelera y sale a toda prisa el sonido de más disparos silba a nuestro alrededor y yo me agarro a él con fuerza y cierro los ojos.

—¡Corre, corre! —le grito, al borde de un ataque de nervios.

Él no responde, el rugido potente de la moto hace eco entre los edificios y vibra con fuerza entre mis piernas. Las luces de las calles pasan a nuestro lado a toda prisa, ni siquiera puedo reconocer dónde estamos. Por primera vez en mi vida estoy rezando, no sé qué demonios está pasando ni por qué unos tíos armados me están siguiendo, pero lo único que quiero es alejarme de todo esto cuanto antes. Y mientras me aferro a la cintura del fornido motorista no puedo dejar de pensar en qué habré hecho en otras vidas para que el karma me trate así.

¿Podrá mejorar más este día de mierda?

Eric

Nunca he sido un tío afortunado. He estado en Las Vegas un par de veces y ha sido un desastre. Nunca me ha tocado nada en un sorteo. Me he llevado más de una bala perdida en combate. Pero parece ser que toda la suerte que no he tenido en mi vida la guardaba para hoy.

He encontrado a Amber O'Connell. Y de pura casualidad.

Apenas llevo dos horas en San Francisco. Después de reservar una habitación en el motel más concurrido y desapercibido de la ciudad, he venido hasta Chinatown para visitar al comerciante de armas con quien Patrick me puso en contacto. Luego pensaba acercarme a ese hotel de lujo en el que se suponía que estaba la chica. Pero no ha hecho falta: me la he encontrado en una de las calles más oscuras del barrio.

La he reconocido enseguida. El cabello rojo, la cara de porcelana. Solo que no estaba sonriendo ni parecía divertirse como en esas fotografías robadas que tanto he estudiado durante el vuelo. No, no sonreía. Iba caminando con más miedo que un cachorro en el foso de los cocodrilos. Y con razón. La perseguía

un coche con una matrícula falsa demasiado evidente hasta para mí. Se acercaron a ella. Amber aceleró el paso, tensa, asustada. Antes de que pudieran hacer nada, encañoné al hijoputa que conducía y me llevé a la chica de allí.

Ha habido algunos disparos. Nada importante. Ellos no tiraban a matar y yo tampoco. En un tiroteo urbano, los profesionales solo tiran a matar cuando se ha ordenado que alguien tiene que morir. Los homicidios sin sentido no traen nada bueno al crimen organizado. Es mejor llevar el asunto de forma civilizada. Es decir, reventándose las ruedas o disparándose a los brazos. Así son las cosas. Por eso prefiero ir en moto. Mejor movilidad en la ciudad, y es más difícil que te revienten la rueda.

El hecho es que he dejado parados a los hijos de puta y estoy dándole gas a la Harley para alcanzar una de las calles más abiertas. Luego daremos un rodeo y nos iremos al motel.

La chavala está sentada detrás de mí, abrazada a mi cintura. Por la fuerza con la que me aprieta, sé que está acojonada. Frenando en una bocacalle vacía, escupo los restos del cigarro y saco dos cascos de una de las alforjas de la moto. Me encajo el mío y le doy el otro.

—Ponte esto.

—¿Qué? No, no, no. Creo que me va a dar un ataque de ansiedad. ¡Casi me secuestran! Si me pongo eso no voy a poder respirar —dice con voz irregular.

Echo el pie a tierra y miro a la chica por encima de mi hombro. Sí, puede que lo del ataque de ansiedad sea verdad. Pero tendrá que superarlo.

—Póntelo.

No estoy acostumbrado a que me hagan repetir las cosas.

—Pero...

Joder.

—Esos tíos quieren secuestrarte —espeto con impaciencia—. Van a perseguirnos. Tu pelo es como una maldita señal luminosa. ¿Quieres eso? ¿Quieres que te disparen a la cabeza?

Sé que no le van a disparar a la cabeza. Además, en ese caso, el casco de moto no la protegería de nada. Pero quiero asustarla para que me obedezca. Y parece que funciona. Sus párpados se separan con alarma. Tiene los ojos verdes. Muy brillantes. Muy bonitos. Luego niega con la cabeza y obedece. Ya era hora. Vuelvo a arrancar el motor y derrapo en una esquina para cambiar de dirección,

por si los hijoputas están cerca. Hemos perdido demasiado tiempo con esta estupidez.

Giro hacia la callejuela del mercadillo. Es una calle larga y estrecha donde hay puestos de artesanía y comida asiática adornados con faroles rojos, dragones y toda clase de mierdas típicas. Está atestado de gente. Una moto puede pasar con facilidad. La gente se aparta y avanzamos lentos pero seguros hasta el final. Por el retrovisor veo que Amber se sujeta el casco con una mano. Le está grande. Mira alrededor, fascinada con el lugar. Es como un gato delante de algo brillante.

—Ni se te ocurra —le suelto.

Ella me mira sobresaltada.

—¿Ni se me ocurra qué?

—Bajar de la moto y perderte por aquí para comprar.

Las pupilas de Amber se dilatan.

—¡No pensaba hacer eso! —dice indignadísima.

—Mejor.

—¿Quién eres? ¿Y por qué me das órdenes, si puede saberse?

—Soy un amigo de tu padre.

—¿Te envía mi padre? —Atravesamos la calle y al fin puedo aumentar la velocidad. Giro hacia mi derecha y avanzo hacia una rotonda para volver a cambiar de sentido. Ella vuelve a preguntarme al cabo de un rato—: ¿Te envía mi padre? ¿Por qué no me respondes?

Porque es una pregunta estúpida, pienso. Estoy vigilando el tráfico e intentando evitar los semáforos en rojo. Paso unos minutos más callejeando por las vías exteriores de Chinatown y dejando un rastro caótico para nuestros perseguidores. Después, finalmente, tomo Pine Street para dirigirme al suroeste.

—¿Te envía mi padre o no? —insiste Amber.

Joder, qué pesada.

—Sí, me envía él.

—Oh, Dios mío.

Cuando llegamos al motel, dejo la moto en el garaje y guardo los cascos en las alforjas. El pelo de Amber se derrama sobre sus hombros. Está pálida y tiene la mirada perdida. Hay cercos de maquillaje oscuro emborronado en torno a sus ojos. Aún está aterrorizada y fija la vista en la nada mientras se mordisquea la

uña de un pulgar.

Tiene cara de cría, aunque su cuerpo desmiente esa apariencia infantil. Lleva la ropa mojada, de modo que los vaqueros se aprietan aún más contra su trasero pequeño y redondo, se ciñen alrededor de los muslos. El fino jersey de hilo rosa que lleva puesto está deshilachado. Se le pega al cuerpo. Sobre las curvas de sus pechos. Los miro. Se adivinan grandes y generosos.

Según el dossier, Amber tiene veintiún años. Ya tiene edad para beber, para votar, para ir a la cárcel. Ya tiene edad para que no sea delito mirarla como lo estoy haciendo. Y sin embargo, me siento culpable. Aparto la vista antes de que ella se dé cuenta de nada y la cojo del brazo. Suave pero firme. La guío hacia el exterior del garaje, casi arrastrándola, porque ella no colabora.

—¡Ay! ¿Dónde vamos?

—Al hotel.

—¿Estamos en el Orchard?

—No.

Siento su mirada sobre mí. Interrogante. Punzante. Luego indignada. Se revuelve bajo la presión de mis dedos.

—Suéltame, no pienso entrar aquí contigo. Ni siquiera sé quién eres.

—No necesitas saberlo.

Amber resopla, frenando en seco. Odio tratar con niños.

—¿Quién te ha educado a ti? —Se cruza de brazos. Sus pechos se juntan, como en aquella fotografía—. Apareces de la nada, me llevas por la fuerza en tu moto y me arrastras a un hotel de mala muerte sin darme ninguna explicación, ¿y tengo que aguantarme y seguirte sin hacer preguntas? ¿Eso en qué película pasa? Porque yo no la he visto.

—¿Prefieres que vuelva a dejarte donde te encontré? —respondo con fría calma.

Amber se lo piensa. Desvía los ojos verdes. Se aparta el pelo de la cara. Frota la punta de la lengua contra la comisura del labio y luego dice:

—Pues no, claro que no. Pero deberías llevarme al Orchard. Tengo habitación reservada allí para seis días. Así que vamos, vuelve a la moto y llévame de inmediato.

Levanto las cejas.

—¿Es una orden?

—Sí, claro. Eres uno de los hombres de mi padre, ¿no? Entonces también trabajas para mí.

Me quedo mirándola con frialdad. Ella finge que no está siendo intimidada, pero sé que siente la presión. Lo noto en su rápido parpadeo y en cómo traga saliva disimuladamente.

—Soy un amigo de tu padre, pero no soy uno de sus hombres. Yo voy por libre.

Amber palidece más.

—Pero dijiste que él te había enviado...

—Me ha pedido este favor, y lo haré. Pero no te equivoques. No soy ningún esbirro lameculos. A partir de ahora y hasta que nos separemos, se hace lo que yo digo. ¿Te ha quedado claro?

Los ojos de la chica vuelven a abrirse desproporcionadamente. Con la luz blanca y desagradable del garaje sus facciones parecen aún más pálidas. Su pelo más rojo. Sus ojos más verdes. Es casi fantasmal.

—¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡No soy una cualquiera, yo soy Amber O'Connell, ¿entiendes?! Mi padre es un gran empresario y cuando le diga cómo te has portado conmigo, él te...

—Me dará las gracias. Andando.

La agarro del brazo y tiro de ella. Estoy harto de esta pérdida de tiempo.

—¡Pero todas mis cosas están en el Orchard, y tengo una reserva de...!

—Los tipos que quieren matarte también están en el Orchard. ¿Te llevo?

De pronto se hace el silencio y la resistencia cede.

—No.

—Perfecto. Pues cierra el puto pico y vamos de una vez.

La chica camina a mi lado, de nuevo callada. Asustarla funciona. Aunque no me gusta. Pero da igual que me guste o no. Lo importante es el resultado.

Subimos por el ascensor hasta la recepción. Es uno de esos ascensores viejos, de madera, con una persiana espantosa y un espejo sucio. La recepción no es mucho mejor. Me acerco a la ventanilla, sin soltar el brazo de Amber, para pedirle la llave al tipo. Es un hombre delgado, con espesas cejas amarillas y mirada de hurón.

—¿Es mayor de edad? —me dice mientras busca mi llave.

No tiene que buscarla. Yo mismo la estoy viendo. El tipo solo quiere entrometerse y eso no me gusta.

—Sí. Es mayor de edad. La llave está en el casillero, a tu espalda —espeto.
El tipo la coge y duda un momento.

—Necesito ver el documento de identidad de su... amiga. No quiero problemas. Aquí no se puede follar con menores, somos un establecimiento respetable.

«Respetable, y una mierda», pienso yo. Pero antes de que pueda decir nada, Amber se me adelanta.

—¡¿Qué?! ¡No se confunda, señor! ¡Yo no soy su novia, ni tampoco una... una...! ¡Nadie va a hacer eso! Es un amigo de mi padre, ha venido a buscarme porque...

—Sí, sí, lo que tú digas. Muchas chicas vienen aquí con los amigos de sus padres, con sus tíos y con los productores de cine que las harán famosas, lo que tú digas. Pero tengo que ver tu identificación.

Cuando veo que ella saca el documento casi sin pensar, la tensión crece tanto en mí que siento deseos de darle una bofetada. Le agarro la mano a tiempo y le entrego cien pavos al tipo.

—Aquí tienes su identificación. ¿Qué pone ahí?

—Que tiene veintiuno —responde el recepcionista con una sonrisa turbia.

—Veo que sabes leer. Aquí tienes la mía. —Añado cien dólares más—. Si viene alguien preguntando por una chica pelirroja y un tío con una moto, no nos has visto.

—Yo nunca veo a nadie —replica el tipo con una risa asquerosa—, solo tengo ojos para Ben Franklin^[3].

Con eso me basta. Le suelto otro de cien sobre el mostrador y recojo la llave, marchándome con Amber escaleras arriba.

Ella parece indignada.

—Qué tipo más antipático. ¡¿Cómo ha podido insinuar algo tan horrible?! Ni que tuviera pinta de pilingui. Aunque es normal, tal y como me llevas, así a rastras... habrá pensado que somos una de esas horribles parejas que viven en una caravana y se pasan la vida fumando y bebiendo latas de cerveza, teniendo

hijos y sin ponerse el tinte en el pelo, con raíces de cuatro dedos. Oh, Dios mío... y mi móvil sin funcionar. Y los botines nuevos están para tirarlos. Deberíamos haber ido al Orchard. Si es cierto que esos hombres quieren matarme y que se encuentran allí, podrías haber entrado tú y recoger mi maleta. Con este aspecto, la gente va a pensar que soy lo peor. No puedo... ¡Oh, Dios mío! Esta no es nuestra habitación, ¿verdad? No puede ser. —Mientras ella habla y habla (¿no se va a callar nunca?) he abierto la puerta y la he hecho entrar de un suave empujón. Ahora parece más aterrorizada por la moqueta sucia que por los hombres que la perseguían en Chinatown.

—Lo es. Pasa de una vez.

La empujo un poco más y cierro la puerta a nuestra espalda.

—No hace falta que seas tan rudo, ¿sabes? ¿Dónde te has criado, en una perrera?

—Sí.

Amber hace una mueca desdeñosa ante mi respuesta, un gesto tan infantil que me desconcierta. No me extraña que el recepcionista haya desconfiado de su edad. Se comporta como una cría. Una cría mimada. Aunque eso ya lo había entrevisto en el dossier. Pero verlo en directo es aún peor.

La habitación del motel es pequeña y barata. Hay un sofá, una pequeña mesa con microondas y cafetera, papelera y dos camas individuales. Tras una puerta corrediza que no encaja muy bien están la ducha, el inodoro, el botiquín y un lavabo que pierde algo de agua. La pared está forrada con un papel viejo y sucio. En él cuelga un cuadro de una bailarina.

Y Amber está cada vez más escandalizada.

—Oh, Dios mío, esto... este... ¡Este OLOR! Huele a humedad, a pies y a cerveza rancia. —Camina a toda prisa hacia una de las camas y aparta la colcha, limpiándose las manos después—. Estas sábanas están grises. Y hay quemaduras en el sofá. —Corre las cortinas y mira hacia fuera, soltando un gritito ridículo—. ¡Hay un agujero en el cristal! No, no, no, de ninguna manera voy a quedarme aquí.

Se encamina hacia la puerta, dispuesta a marcharse. Alargo el brazo para cortar el paso y ella choca contra mí. Sus pechos, mullidos y cálidos, rebotan en los músculos de mi antebrazo. Ella separa los labios, da un respingo. Sus ojos verdes me miran con indignación.

—Oh, sí. Vas a quedarte aquí.

Amber aprieta los dientes. Sus ojos centellean.

—¡No puedes darme órdenes!

—Lo acabo de hacer.

—Pues no voy a obedecerlas.

—Eso me gustaría verlo.

La chica parece incrédula. Y enfadada.

—¡¿Cómo... cómo te atreves a tratarme así?! ¿Es que es imposible para ti ser amable? ¿No está en tu código genético? ¿Va en contra de tu religión? Hoy ha sido el peor día de mi vida, ¿sabes? ¡Mi padre me ha repudiado, mi mejor amiga me ha traicionado, se me ha caído el móvil al agua, un guardia casi me detiene y después me han perseguido los asesinos. Para colmo, tú me traes al motel más sórdido y horrible, y feo, y maloliente de todo San Francisco y todo el mundo es antipático! ¡¿Es que no puedes tener un poco de consideración?!

Levanto la ceja, insensible a sus dramas. Ya me imaginaba algo así cuando Donovan me dijo que había interrumpido su reunión para hacerle una escena. Todo cuanto sabía de Amber no presagiaba nada bueno. Y ahora que empiezo a conocerla, me doy cuenta de que es aún peor de lo que esperaba. Infantil. Caprichosa. Inconsciente. Consentida. En suma, insoportable.

—Para de quejarte —le digo con sequedad.

—¡Tengo razones para quejarme! ¡Me tratas fatal, ni siquiera te has presentado y me llevas de acá para allá con...!

—Soy Eric. Ya está, ya me he presentado. Ahora deja de molestar, voy a pedir la cena —digo cerrando la puerta de la habitación con llave e ignorándola.

Parece que va a quedarse callada por fin, pero no podía ser. Claro que no.

—Pide comida india. Pollo tandoori y...

—Voy a pedir comida china.

—¡Pero es que no me gusta!

—Pues entonces no comas —digo exasperado, girándome hacia ella mientras marco el número del restaurante en el móvil.

Amber se pone bizca, hace una mueca y repite con voz desdeñosa:

—*Pis intincis ni quimis...*

Después se va al baño y cierra de un portazo. Yo me quedo perplejo,

mirando la puerta tras la cual acaba de desaparecer, incrédulo. ¿En serio? ¿Lo que acabo de ver es *real*? ¿Esta idiota es la hija de Donovan?

Sí, desde luego es peor de lo que pensaba. Suspiro, resignado.

Que Dios me ayude.

Amber

No puedo creer que un tío pueda estar tan bueno y ser tan idiota al mismo tiempo.

Supongo que no se puede ser perfecto en esta vida, y menos siendo hombre. ¿Cómo puede ser tan desagradable? ¿Y cómo se le ha ocurrido venir aquí? Esto se parece demasiado a una película, pero de esas malas, de serie B. Los moteles como este me ponen los pelos de punta, me hacen pensar en psicópatas y en asesinatos. Nunca había estado en ninguno.

Eric se ha puesto a hablar por teléfono y está ignorándome. Mejor, así no tengo que aguantarle. No me gustan nada sus maneras barriobajeras. Ya podría haberme enviado papá a alguien mínimamente educado. Eso suponiendo que lo haya enviado mi padre, como dice.

Me meto en el baño. No quiero oírle más, y necesito pensar con claridad. Vuelvo a sacar el móvil y a intentar encenderlo, pero no responde. No tengo manera de contactar con papá para confirmar que el matón me está diciendo la verdad, y eso me pone nerviosa. Cuando me miro al espejo, el mundo se me termina de venir encima. Parezco una mendiga, tengo el rímel corrido y la ropa sucia, y unas horribles ojeras de cansancio bajo los ojos que me hacen pensar en una drogadicta. Estoy horrible. En mi vida he estado tan horrible y lo peor es que no tengo aquí el maquillaje para solucionarlo porque lo he dejado todo en el Orchard.

Abro los grifos de la pila y me echo a llorar, desconsolada. Para colmo, este baño da asco y la pila está sucia de óxido. El ruido del agua amortigua mis sollozos ahogados, no quiero que Eric me oiga y crea que soy una niña. Este es con diferencia el peor día de mi vida, y la única persona que ha venido a ayudarme es un maleducado insensible al que solo se le ocurre traerme a este lugar sórdido. Comienzo a arrepentirme de haberme ido de casa, de no haber respondido a las llamadas de papá. He sido una estúpida. Ahora podría estar en mi habitación, con mis cosas, tranquila, y sin nadie queriendo secuestrarme o hacerme vete a saber qué. No quiero ni pensarlo. Recordar la mirada del tipo del coche me pone los pelos de punta, me aterroriza. ¿Qué es lo que quieren de mí?

Supongo que tiene que ver con mi padre. No soy tonta, sé que está metido en cosas raras, pero no quiero saber nada de eso. Sin embargo, mi padre contaba con que algo así podría pasar. Por eso ha enviado a Eric... ¿no?

Me calmo un poco mientras me lavo la cara, pensando en papá. No tengo más remedio que confiar en que este hombre me esté diciendo la verdad. Y si es así... bueno, mi padre no enviaría jamás a nadie en quien no confiara para protegerme. Será un orgulloso de mierda y un malqueda, pero sé que se preocupa por mí, no permitiría que nadie me hiciera daño. Suspiro y me seco la cara frente al espejo. Tengo los ojos algo rojos y no puedo disimular con nada, así que espero unos instantes más, respirando profundamente mientras tomo decisiones y arreglo este estropicio tanto como puedo.

Cuando salgo del baño lo tengo decidido. No le pondré trabas a Eric e intentaré ser menos crítica. Al fin y al cabo, es la única persona que puede ayudarme ahora. Mi propósito está claro, pero es que no me lo pone fácil. Ahí está, tirado sobre una de las camas, sin camiseta, comiendo tallarines con palillos chinos directamente del recipiente mientras mira la tele. No ha tenido ni el detalle de esperarme. ¡Qué rabia me da su actitud, ni cómo me ignora! No puedo evitar mirarle los abdominales, que parecen cincelados sobre la piel de color canela, como si fueran de caramelo. Me hace pensar en bombones de tofe.

Maldito sea. ¿Se puede ser más... bruto? ¿Se puede estar más...? Sacudo la cabeza y pongo los brazos en jarras, mirándole con desaprobación. Está ahí como si no pasara nada. Como si mi vida no estuviera en peligro. ¡Ignorándome con persistencia!

—Al menos podrías haberme esperado para cenar.

Él me dirige una mirada mientras mastica, y vuelve a fijar sus intensos ojos en el televisor, impassible.

—No sufras. No voy a comerme tu parte.

—¡No se trata de eso! ¿De verdad eres tan...?

—Estabas encerrada en el baño, ¿qué esperabas?

—¡Que me esperases!

—Esto no es el puto Ritz. Tu comida está ahí —dice señalando otro recipiente de cartón que ha dejado frente a la tele, sin abrir.

—Sensibilidad ya está claro que no tienes, pero al menos, ¿educación? —Eric no dice nada, sigue mirando a la pantalla—. ¡¿Me estás oyendo?! Porque te estoy hablando, ¿o es que estás sordo?

He levantado la voz. Incluso he dado una patada al suelo. Pero él ni se inmuta.

—Si te crees que tus rabieta de niña pija van a tener algún efecto, vas lista.

—¿Rabieta? ¡No es una rabieta! ¡Es una cuestión de convivencia, de...!

—Mira, niña, hasta que te deje con tu padre esto es lo que hay: Paramos cuando yo diga. Comemos cuando yo diga, que será cuando se pueda. Y si te encierras en el baño, comes cuando salgas. Punto. Nadie te va a esperar, ¿entendido? —me corta. Se me acelera el corazón. Será... será...

—Eres un desagradable —le suelto. Se me va la mirada a sus abdominales. No puedo dejar de pensar en estúpidos caramelos de café. Si tuviera alguno se lo tiraría a la cara. Será capullo. Me esfuerzo en mirarle a los ojos, aunque esté pasando de mí—. Pues si eso es lo que hay, a lo mejor decido irme, ¿sabes?

—A lo mejor no —responde, y esta vez sí me mira, con esos ojos oscuros que me recuerdan a los de un lobo.

Se me aflojan las piernas. Me siento repentinamente débil, y por eso me cabreo más. ¿Que no? Pues se va a enterar. Sacudo la melena y me dirijo con garbo hasta la puerta, pero al tirar del pomo me encuentro con que está cerrada. Lo giro varias veces, nerviosa, y me vuelvo hacia él, mirándole con furia destructiva.

—¿Dónde está la llave?

Eric se señala el bolsillo de los pantalones con los palillos. Cuando bajo la vista me sube el calor a las mejillas. Estoy indignadísima. ¿Cómo puede ser tan chulo? No me está sonriendo pero veo un brillo en su mirada que me indica que se divierte mucho con esto.

—Dámela —le exijo.

—Cógela —responde sin más.

¿Qué? ¿Que la coja? ¿Pero cómo puede ser tan...? ¡Ja! Se cree que me va a asustar, por eso me mira arqueando una ceja, como si no le sorprendiera que me quede aquí de pie como un pasmarote. ¡Pues la lleva clara! Aprieto los labios y me acerco. No me da miedo, pero dudo un poco porque yo sí soy una persona educada y no voy metiéndole la mano en los bolsillos a la gente porque sí. Él debe pensar que estoy acojonada porque sonrío de medio lado con suficiencia. Animada por su idiotez, le meto la mano en el bolsillo de los tejanos. El corazón comienza a latirme más deprisa (por el enfado, por supuesto), cuando de pronto me agarra por la muñeca, incorporándose a medias, y comenzamos a forcejear.

Aunque me doy cuenta de que no me hace ningún daño. Da igual. No me voy a rendir. Yo tiro. Él tira. Los dos tiramos.

—¿Dificultades, pelirroja?

—¡Que te zurzan!

Intento meterle la otra mano en el estúpido bolsillo, pero de pronto Eric hace girar mi muñeca de una manera muy rara y me veo precipitada hacia él, sin haber conseguido la llave para largarme. Me tengo que apoyar en su pecho para no darme de morros contra su rostro. ¡Qué calor hace de pronto! Un perfume intenso y viril me golpea. Me mareo absurdamente y le miro, con la respiración agitada. Él ya no se ríe, tiene los ojos fijos en mí. Nunca los había visto tan de cerca. Son marrones, pero ahora me parecen rojizos, ardientes, y me fijo en sus labios. ¡¿Por qué?! ¡No lo sé! Siento su cuerpo debajo del mío, duro como la piedra, pero caliente y vivo. Nunca he tocado nada igual y estoy comenzando a agobiarme. Tengo mucho calor, y sed, y me está entrando el pánico.

—¡Suéltame! —le digo intentando liberarme de su agarre inútilmente—. ¡Me estás haciendo daño!

—No te estoy haciendo ningún daño. No seas quejica.

¡¿Quejica?! Le miro con indignación infinita.

—No sé cómo serán las perras con las que estás acostumbrado a tratar, pero yo soy una chica sensible y con clase. Así que, que no se te vuelva a ocurrir agarrarme así —le digo, con toda mi dignidad peligrando a causa del sofoco que tengo encima.

Él me mira fijamente, y de pronto suelta una risotada. ¡Se ríe en mi cara! ¡Literalmente! Y aunque es una risa franca y bonita, grave y muy masculina, hace que me enfade muchísimo más. Tanto que creo que me he puesto roja, porque me arden las mejillas. Nada sale de mi boca cuando él se incorpora y me aparta de su cuerpo con un gesto gentil. En realidad no me ha hecho daño, ni me lo está haciendo ahora al separarme de él.

—Imbécil —es lo único que soy capaz de articular antes de darme la vuelta para volver a encerrarme en el baño.

¿Qué-demonios-acaba-de-pasar?

Me apoyo en la puerta cerrada, con la mano sobre el corazón e intentando recuperar el ritmo de mi respiración. Cuando cierro los ojos veo los suyos, resplandeciendo, rojizos, fijos en mí y algo se retuerce en mi interior. Su risa resuena en mis oídos. Estoy enfadada, mucho. Eric me irrita, me... vale, no solo

me irrita... también me asusta, pero de un modo extraño... de un modo que *no da miedo*. Es difícil de explicar. Hay algo en él que me abrume, y no me gusta que se ría de mí. Me hace sentir pequeña, y frágil, y esa mirada tan penetrante... Nunca he tenido delante a un hombre así. No tiene nada que ver con Jason, ni con ninguno de los chicos que conozco. A su lado solo parecen críos intentando destacar burdamente.

No sé qué me está pasando. Debe ser la tensión, que está estallando de la peor manera, pero este calor que siento subirme desde el estómago no es solo enfado, ni miedo...

¡Creo que me he puesto cachonda! ¡Agh, me quiero morir!

Tengo que hacer un esfuerzo por dejar de pensar en esos abdominales, en sus ojos, en su olor. En esa voz poderosa que me afloja las piernas, porque esto ya es bastante humillante para mí.

Me vuelvo a mojar la cara y me abanico con las manos, intentando calmarme para que no me den taquicardias, pero el golpeteo en la puerta me sobresalta.

—¿Vas a salir a cenar?

Es Eric, claro, ¿quién iba a ser? El idiota de Eric. El imbécil y atractivo Eric.

Miro la puerta con enfado, como si le tuviera delante. Le imagino frente a mí, con esa mirada de sobrado que tiene, y los musculosos brazos cruzados delante del pecho desnudo. Con los abdominales de caramelo tensos y duros.

—¡No! —le digo, intentando que mi voz suene segura y lo suficientemente enfadada.

—Pues muy bien, no salgas.

—*Piis mii biin, ni silquis* —repito a la puerta, y le saco la lengua.

Luego me apoyo en el lavabo, desolada. No pienso volver ahí. Total, para que se ría de mí...

Eric

Nunca me han gustado los dramas. Eso no va conmigo. Me ponen nervioso primero y furioso después. Tampoco me gustan los niños. Si Amber fuera una niña, se podría achacar a eso su comportamiento. Pero para mi desgracia no lo es, tiene el cuerpo de una mujer, aunque su mentalidad esté varios años por

detrás, y hoy lo he sentido por completo cuando se ha aplastado sobre mí como una idiota intentando quitarme las llaves. Sus pechos llenos contra mi pecho. Su pelo perfumado, su piel suave. El olor a vainilla y galletas que parece envolverla. El calor que desprendía.

Eso también me pone nervioso. Pero al menos de eso puedo disfrutar.

Cuando se encierra en el baño como una tonta, tengo tiempo para descansar de ella. Me tumbo a mis anchas en la pequeña cama de la habitación y termino de cenar sosegadamente, viendo la televisión a medias mientras consulto en el móvil. Necesito saber dos cosas: Uno, si hay algún movimiento extraño de los aliados de Kovalenko aquí, en San Francisco. Dos, qué tal está mi perro. Estoy a punto de enviarle un mensaje a mi vecino cuando me asalta la duda. No estoy acostumbrado a preguntar por nadie mientras estoy fuera.

«No hay que pensar en la familia durante las misiones», me recuerdo a mí mismo. Intento apartar de mi pensamiento los recuerdos de Peluso, que pronto se ven sustituidos por otros más amargos. Recuerdo Afganistán. A Kamal. A mis padres y a mi hermana. Sobre todo, a mi hermana. Por un instante se me encoge el corazón como si alguien me hubiera golpeado en una herida antigua. Me repongo rápidamente dando un trago de cerveza y levantándome como un resorte para acercarme a la ventana y mirar al exterior.

Huyendo de los recuerdos, me concentro en la vigilancia y dejo pasar el tiempo. Los minutos transcurren pausados, llenos de silencio. No se puede escapar del pasado, solo a veces se le puede anestesiar. Por desgracia ahora está bien despierto. Intento que no me perturbe demasiado pero es como tratar de sujetar el agua entre los dedos. Cuando se vuelve demasiado doloroso, empiezo a plantearme si debería tomar una pastilla.

No. No lo haré.

Miro testarudamente a través de la ventana, resistiéndome a la avalancha de memorias que me desconcentran, agitan mi corazón y abren viejas heridas.

—Estos son los regalos de la guerra. Soledad, recuerdos y pastillas —dice Kamal en mi recuerdo, y luego sonrío con esa sonrisa suya que parecía una luna.

«Debí hacerle más caso. Siempre tuvo razón en todo».

—Claro que la tuve.

Suspiro. Espero no estar alucinando.

Aguanto un poco más mirando a través del cristal y después decido que ya está bien de torturarme. Ha pasado más de una hora, la televisión sigue

encendida. La caja de tallarines que pedí para Amber está cerrada sobre una de las mesillas de noche. En fin.

Armándome de paciencia, voy hasta la puerta del cuarto de baño y llamo con suavidad.

—Amber.

Nadie responde. Entrecierro los ojos y empiezo a pensar lo peor. ¿Y si la muy loca se ha largado por la ventana o algo así? No creo que esté tan mal de la cabeza, pero...

«Maldita sea».

—Amber, contesta.

Giro el pomo, empujando con el hombro con la idea de derribar la puerta si es necesario, pero esta cede de inmediato. La muy pardilla no ha corrido el cerrojo. Mejor para mí. Esperaba encontrarla enfurruñada en algún rincón del cuarto de baño, pero para mi sorpresa, se ha dormido. Está sentada junto a la bañera, con los brazos cruzados en el borde y la cara apoyada en ellos. Su respiración es larga y pausada.

Vuelvo a suspirar, frotándome el puente de la nariz con los dedos. Bien, que esté dormida es bueno. Eso significa que no va a *hablar*. Cuando me acerco, ni siquiera se mueve. Sigue respirando profundamente. La levanto entre los brazos, intentando molestarla lo menos posible. Si consigo que no se despierte podré tener la noche en paz.

—¿Papi?

Esa voz suave y casi infantil me provoca una sensación extraña que no me gusta. La miro de reojo. Se remueve en sueños, entre mis brazos.

—Tranquila. Sigue durmiendo.

—Eric.

La llevo hasta la cama y le quito el calzado antes de arroparla. Su pelo rojo resalta como la sangre sobre las sábanas.

—Eric, ¿de verdad te ha enviado mi padre?

Amber habla con tono somnoliento. La voz de la locutora de las noticias suena de fondo como un arrullo.

—Sí. Me ha enviado él. Está muy preocupado.

—No lo creo.

—Duérmete.

Apago la luz de la lamparilla. Voy a alejarme de la cama cuando de pronto, su mano se aferra a la mía. Esa sensación me destroza. Me precipita en espiral a un pozo de recuerdos aún más profundos. Sé lo que significa. Sé lo que quiere decir antes de que lo diga.

—¿Tú cuidarás de mí?

A veces, en las zonas de guerra, encuentras a alguien. Un niño, un anciano, una muchacha. Te cogen de la mano y te miran, y en sus ojos está esa misma pregunta. ¿Estaré a salvo? ¿Irán todo bien? Solo necesitan que les digas que sí. Da igual si al día siguiente encuentras sus cadáveres. En ese momento, sentirse seguros significa toda su vida.

—Sí, cuidaré de ti.

La tenue sonrisa de Amber parece de otro mundo. Veo brillar sus ojos entre las pestañas, un instante de verde resplandeciente. Luego cierra los párpados y vuelve a quedarse dormida.

Mirarla así me trae una extraña paz, de modo que me siento a su lado y me como su cena. No la ha probado y la comida no se tira.

Poco a poco, los recuerdos se marchan y vuelven a quedarse tan dormidos como Amber.

Capítulo 4

Tyrell

Amber

Abro los ojos. Hay luz en la habitación. Tengo la sábana sobre la cabeza y no sé muy bien dónde estoy, pero me da un poco igual, la verdad. Me quedo hecha una bolita, cerrando los párpados de nuevo.

Por las mañanas me gusta quedarme en la cama un rato, pensando en los sueños que he tenido para apuntarlos en mi diario de sueños. Es un registro de todas las cosas que sueñas, y hay que llevarlo al día para que sea efectivo. Dicen que al final acabas teniendo unos sueños lúcidos geniales y que hasta puedes controlarlos, pero yo nunca he logrado algo así... además hay que hacer unas movidas antes de dormir de las que nunca me acuerdo. Esta noche me habría gustado, porque he soñado con ese tipo calvo y los matones del coche y ha sido horrible. En mi sueño, Eric no llegaba a tiempo y me metían en el vehículo a la fuerza. Lo que pasaba después no quiero ni recordarlo. No voy a apuntar eso en mi diario, porque para colmo, ni siquiera lo llevo encima... lo cual me da mucha pena cuando me acuerdo del resto de sueños que también he tenido.

Me estiro debajo de las sábanas y busco con una mano sobre el colchón. El tejido es áspero y el color amarillento me recuerda que estoy en un motel de mala muerte. Anoche, cuando me cansé de esperar lo que fuera que estaba esperando, me senté junto a la bañera y me dormí allí, todo por no salir. Ahora estoy en la cama. ¿Cómo he llegado aquí? Tengo una imagen borrosa de Eric arrojándome y diciéndome que cuidará de mí. Creo que eso también fue un sueño, porque me sentí muy bien, y lo que pasó después... Bueno, lo que pasó después no hay duda de que fue producto de mi mente agotada y alterada. Eric me besaba y se metía debajo de las sábanas conmigo. Sus fuertes manos me quitaban la blusa y los pantalones y su boca... ¡Ay, su boca! El recuerdo vívido del roce intenso de su lengua me provoca un escalofrío y se me pone la piel de gallina. ¿De verdad ha sido un sueño? ¡Claro que ha sido un sueño! Aunque recuerdo claramente dónde estaban sus labios, el camino que trazaban sobre mi cuerpo... y el calor tan real en el que me deshacía cuando llegaba a...

Oh-Dios-mío.

Me estoy sofocando, y no me gusta que me ocurra esto con Eric. Es idiota,

es desagradable y nunca le permitiría hacerme esas cosas, por muy bueno que esté. Aparto las sábanas de un tirón y me froto los ojos. Estoy sola en la habitación, lo cual me alivia, porque ahora mismo no tengo ganas de verle ni la cara ni los abdominales, y tampoco de que él me vea con esta cara de zombie que seguro que tengo.

Me levanto, alisándome el pelo con las manos, y me dirijo al cuarto de baño, canturreando por lo bajo para animarme y quitarme de la cabeza los sueños raros. Al abrir la puerta, no me doy cuenta de que la mole imponente de Eric está al otro lado, y como estoy dormida, me doy de bruces contra él. El corazón me salta en el pecho y suelto un grito, dando un saltito hacia atrás por el sobresalto.

—¡Iih! ¿Es que no sabes usar el maldito cerrojo?

Estúpido. Idiota, ¿por qué no ha cerrado la puerta? ¡¿Y está desnudo?!

Sí. Oh-Dios-mío. Solo se cubre con la toalla ridícula atada a la cintura. Y no sirve de mucho, porque todos sus músculos están bien a la vista, mojados y relucientes. El sueño vuelve a mi cabeza y me esfuerzo en mirarle a la cara. Acabo de ver todos sus tatuajes y podría describirlos uno a uno con total detalle. Ojalá tuviera la misma cabeza para estudiar, estaría en la Nasa por lo menos.

El muy imbécil se ríe, como si no fuera suficiente, con ese sonido que parece el ronroneo de un tigre. Ningún chico que conozca tiene esa risa, ni esa voz, ni esos...

—Miedica —me dice con una sonrisa de chulo.

¡Será idiota! El muy engreído se cree que le tengo miedo.

Bueno, tengo miedo, pero no de él. Es que me está pasando algo muy raro. Yo soy una chica educada, refinada, con unos modales impecables, que no mira a los hombres como si fueran... comida. Y creo que estoy haciendo eso precisamente. Y él se está dando cuenta, porque no es tan idiota, y menos cuando se trata de su ego, por lo visto, porque mantiene esa sonrisa engreída en su boca.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta con descaro, y a mí empiezan a darme taquicardias.

—Pues no. Pareces un delincuente con tanto tatuaje —le respondo, poniendo cara de asco y desprecio. Porque es lo que siento, ¿no?

En realidad me gustaría sentir eso, y que de mi cabeza desapareciera la idea de chuparle los pectorales. ¿Cómo puedo estar pensando eso? Yo qué sé, no me culpéis, deberíais verle para entenderlo.

—Sí, seguro.

¡Engreído!

—Vístete de una vez, esas no son formas de estar delante de una señorita.

—Esas chorradas de señorita me las paso por los cojones, por si no te había quedado claro ya.

Parpadeo, ¿será posible? ¿Cómo puede ser tan bruto?

—Eres un grosero y un maleducado —Eric aparta la mirada de mí, y parece que una tensión invisible se afloja un poco. Me pone nerviosa, incluso cuando me ignora como ahora—. Bueno, ¿qué? Señor ex-presidiario, ¿o debería llamarte señor pandillero? ¿Vamos a desayunar comida china también? Porque el desayuno es la comida más importante y deberíamos comer variado, o acabaremos enfermado.

Él pasa por mi lado, dejando un rastro de olor a jabón y a algo que me da hambre. Le sigo con la mirada y me apoyo en el marco de la puerta mientras espero una respuesta. Él se seca el pelo con otra toalla y saca el paquete de tabaco de los pantalones tirados sobre la cama.

—No —dice al fin, poniéndose el cigarro entre los labios y encendiéndolo—. Si da tiempo, comeremos algo en el aeropuerto.

No me mira, se pone los boxers por debajo de la toalla, de la que apenas escapa la visión de un glúteo duro y bien torneado. Se me van los ojos y me quedo embobada. ¡Mierda! ¿Por qué estoy mirándole el culo? Yo no soy así, los chicos me miran a mí, no yo a ellos... Bueno, yo a ellos sí, pero con disimulo. Y sobre todo, a los de las revistas. Pero este tío me está pegando sus modales barriobajeros. ¡Me estoy convirtiendo en una cualquiera! Y cada minuto que paso con él es peor.

—¿Vamos a volver a casa? —pregunto, apartando la atención de su culo con *mucho* esfuerzo.

Él da una calada y asiente con la cabeza. Ugh. Prefería pensar en su culo que en la situación que estoy viviendo. Al acordarme de mi padre me siento fatal.

—Ummm... ¿Está papá enfadado? —pregunto con inseguridad.

Eric se vuelve hacia mí, abrochándose los vaqueros. Parece pensárselo. Frunce un poco el ceño.

—No lo sé. Pero sé que está preocupado.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por muchas razones.

—Dame una que pueda entender —le exijo, cansada de sus evasivas.

—Una que puedas entender, ¿eh? La suma que ha pagado para encontrarte, por ejemplo.

Me muerdo el labio inconscientemente. Ahora no sé si me siento bien o mal.

—¿Cuánto ha pagado? ¿Diez mil, quince mil? —le interrogo, titubeante.

—Un millón.

Casi se me cae la mandíbula al suelo.

¿Un millón? Oh-Dios-mío. ¡No me lo esperaba! Ni siquiera lo imaginaba. Es una locura. ¿Un millón de dólares por encontrarme? No sabía que papá tuviera tanto dinero como para ofrecer eso como recompensa. Recuerdo la reunión que interrumpí, los rostros serios de sus socios mirándome, las extrañas expresiones de algunos de ellos, las sonrisas turbias... No me di cuenta en ese momento, pero al recordarlo comienzo a sentir miedo por mi padre. ¿Y si le ocurre algo a él? ¿Y si por mi culpa tiene que pedir préstamos o favores? Vuelvo a mi cama y me siento, porque me parece que el suelo se ha vuelto blando e inestable. Una sensación de angustia me trepa por el esófago. Eric está vistiéndose y recogiendo las cosas. Es capaz de hacerlo mientras fuma sin quemar nada, con ese aire canalla de los tipos duros de las películas.

Le observo unos instantes, haciéndome preguntas sobre él. Sobre mi padre.

—¿De qué le conoces? —le pregunto al fin, apartándome un mechón de pelo de la cara.

Debo estar horrible, pero ahora eso me da igual, tengo un nudo en el estómago muy desagradable.

—¿A Donovan? —Asiento con la cabeza. Eric sigue—: He trabajado varias veces con él.

—¿En sus negocios, o como matón?

—¿Tú qué crees? —pregunta mirándome, expulsando una bocanada de humo mientras se calza las botas. Tiene una habilidad increíble para hablar con el cigarro en la boca.

—Matón.

—Soy mercenario, no matón. Voy por libre, pero he trabajado muchas veces para tu padre.

—¿Porque te paga bien?

Eric no responde de inmediato. La verdad es que parece pensar bastante todo lo que dice, menos cuando se trata de insultarme o hacerme enfadar, que entonces dice muchas tonterías.

—Paga bien, eso es cierto, pero la verdadera razón es que es un hombre de honor. Los tipos en su mundo no suelen ser así, y es algo que valoro. Tenemos una buena relación, de respeto mutuo.

Sé que casi no conozco a este tío y que todo indica que no es la clase de hombre del que una debería fiarse, pero que hable así de mi padre me hace sentir bien. La verdad es que hay algo en Eric que me hace sentir segura desde el principio, a pesar de todo. Ya, me ha salvado de unos mafiosos, y un millón de dólares es una suma que merece el esfuerzo de no hacerme daño. Pero se trata de otra cosa. Es como un aura que tiene, un aura de... no sé, de rectitud. Espero no equivocarme, porque está claro que no soy precisamente un as juzgando a los demás. «Aunque no me equivoqué con los tipos del coche», pienso. No. Con esos tenía claro que había algo malo. Algo peligroso. Peligroso de verdad.

—¿Quién quiere hacerme daño, Eric?

Sentada en la cama, agacho la cabeza, como esperando un golpe. No quiero saberlo, la verdad. Pero tengo que saberlo. ¡No puedo ir a ciegas!

—La mafia ucraniana.

—¿Qué? ¿Cómo que la mafia ucraniana? No puede ser, eso solo pasa en las películas.

Le miro, incrédula. No esperaba una respuesta tan clara, tan directa ni tan... tan espantosa. Esto cada vez se parece más a una película, sí, pero a una en la que no quiero estar.

—No, eso es la realidad. Te están buscando los Petrov y los hermanos Kovalenko.

—¿Los hermanos Kovalenko?

—Son enemigos de tu padre. Y muy jodidos. Gente peligrosa que no va con tonterías.

Tomo aire y lo aguanto en los pulmones. Una sensación fría y oscura me asalta, acompañada de un recuerdo. Hace dos... no, tres noches. En la reunión de

papá. Dos hombres idénticos.

—¿Tú les conoces? —pregunto a Eric.

—Sí.

—¿Cómo son?

—Pues... joder, no sé. Son gemelos, rubios...

—Rubios con los ojos azules, el rostro alargado y la mirada muy fría. Los dos con el mismo corte de pelo, corto y peinado a un lado... y visten igual.

Eric se ha quedado quieto tras ponerse la camiseta, mirándome con alarma. Aplasta el cigarro en el cenicero de la mesilla de noche con un gesto brusco y prácticamente se me echa encima al hablarme.

—¿Cómo demonios conoces su aspecto?

—Interrumpí una reunión de papá. Ellos estaban allí...

Ahora me estoy asustando de verdad. El nudo en mi estómago se cierra y se vuelve frío. Recuerdo muy bien la mirada de esos dos sobre mí, como si yo fuera un cervatillo herido ante dos hienas. Y sus sonrisas, por mucho que se las cubrieran con las manos, eran sucias. Siniestras.

—Joder. Ahora entiendo que tu padre me haya enviado a mí.

—¿Por qué lo ha hecho? Dímelo.

Eric parece dudar. Me observa como si estuviera valorando qué puede contarme y qué no. Ahora no me da vergüenza mostrarme débil o suplicante, solo quiero saber. Tengo que saber, aunque no quiera... porque son mi vida y la de papá las que están en juego.

—Tu padre está al borde de la guerra con los Kovalenko. Usarán todo lo que esté a su alcance para hacerle daño. Te usarán a ti. Ellos ni siquiera sabían que existías, pero se lo pusiste en bandeja al presentarte en esa reunión.

Me levanto, alterada y asustada. No me gusta que diga eso, yo no quería meter a mi padre en ningún lío, solo quería que se diera cuenta de las cosas, que supiera lo abandonada que me sentía. ¡Si lo hubiera sabido no habría hecho algo así!

—¡Yo no sabía nada de eso!

—¿No sabías qué?

—¡Nada! ¡No sabía nada de todo esto! De los Kova... Kova-lo-que-sea, ni de la guerra. ¿Cómo puede estar en guerra, qué clase de guerra?

—Eres la hija de Donovan —me dice entonces Eric con un tono de voz cortante, mirándome con dureza—. No te ha dicho nada para no involucrarte. Para protegerte y mantenerte alejada. Pero tú te has metido sola.

—¡Pero no lo sabía!

—¿Nunca te has preguntado a qué se dedica tu padre, o qué?

—Es inversor inmobiliario —digo.

Y no me lo creo ni yo. Otras veces me ha resultado más fácil engañarme a mí misma, engañar a los demás. Pero ahora, delante de Eric, todo se desmorona.

—Qué más da. Lo supieras o no, tenías dos opciones: no saber nada y no molestar, o saberlo todo y no molestar. En ninguna de esas dos opciones cabía el presentarse en medio de una reunión de mafiosos para ponerte una diana sobre la cabeza —me reprocha—. Tu padre no me dijo que los Kovalenko estaban en ese encuentro que interrumpiste. Ahora está claro que no vamos a tener ninguna ventaja para sacarte de aquí.

Siento cómo el enfado se une al miedo y el calor me sube a las mejillas. Tengo ganas de darle una torta, pero aprieto los puños y le miro levantando la barbilla.

—¡Deja de hablar como si lo hubiera arruinado todo! ¡Y no me digas lo que tengo que hacer! Y... y retira eso de mi padre ahora mismo, ¡no es ningún mafioso!

Él se limita a cruzarse de brazos y a mirarme como si fuera una cría. No puede retirarlo, porque los dos sabemos que es verdad, pero odio que me lo diga con ese descaro. Odio tener que enfrentarme a esta realidad. Hace mucho tiempo que sé que mi padre está metido en cosas turbias, pero no quiero tener nada que ver con esto. ¡Todo es su culpa! ¡Si no estuviera metido en ningún lío esto no estaría pasando!

—No voy a volver a casa —suelto con un siseo, y me doy la vuelta repentinamente.

Corro hacia la ventana, ya que la puerta estará cerrada. Antes de que pueda alcanzarla, las manos de Eric me agarran por los brazos y me dan la vuelta. No me hace ningún daño, pero por mucho que forcejee no consigo deshacerme de su agarre.

—¡Deja de actuar como una cría estúpida! —Le miro furiosa, tirando de sus brazos para que me suelte—. ¿Todo esto te parece una mierda? Estupendo. Bienvenida al mundo real. Ahora espabila y empieza a comportarte como una

persona normal.

—¡Si no me sueltas voy a gritar!

—Si gritas te juro que te pongo una mordaza —me espeta duramente—. Ahora promete que harás lo que yo diga y que vas a portarte bien.

Le respondo levantando mi dedo corazón.

—¡Vete al infierno! ¡Ya estoy harta de ti, de todos, de todo esto! ¡Me voy con mi madre!

Dios mío. Yo no hago estas cosas, pero... toda esta situación, las formas barriobajeras de Eric, el horrible enfado que tengo... Me siento traicionada por todos. Primero mi padre, luego Leona, ahora él... no puedo más, y solo quiero gritar y romper cosas. Estoy perdiendo el control, lo sé por los furiosos latidos de mi corazón y las terribles ganas de llorar y de emprenderla a golpes con todo.

—¡Estate quieta ya! —me grita. Su temperamento es aún peor que el mío—. ¿Qué, no te lo tomas en serio? Entonces tendré que darte unos azotes.

¿Qué demonios dice? ¿Está loco? Le empujo con todas mis fuerzas y le escupo, presa de un ataque de furia como no he sentido jamás.

—¡¡No te atreverás!!

No puedo creerme lo que está pasando. Eric no solo no se ha movido un milímetro, sino que me agarra con una facilidad vergonzosa y me echa sobre su hombro como si fuera un saco de heno.

—¡Maldito pueblerino sin modales! ¡Suéltame! ¡Paleta! ¡Inculto! ¡Descerebrado!

Se sienta en la cama y me coloca sobre su regazo, sujetándome con un brazo con tanta fuerza que no me puedo mover. Debo estar roja de la ira. El pelo me cae por delante de la cara y me cuesta respirar. Estoy a punto de estallar del enfado y por mucho que patalee el tío ni se inmuta. Le golpeo con los puños en la pierna y en el costado, pero a parte de constatar que está durísimo, no consigo ningún efecto, lo cual me enfada más.

—¿Te vas a comportar?

—¿Qué? ¡No te atrev... !

Se atreve.

El sonido del primer azote me hace dar un respingo. No duele, el ruido es más escandaloso que el golpe, pero es mi orgullo el que sale herido. Se me corta

la voz y se me acelera la respiración.

Esto es ridículo, y no puede estar pasando.

Lo peor de todo, lo que no puedo creer que esté ocurriendo es que... es que... Dios mío, me da hasta vergüenza pensarlo, pero mi cuerpo es un maldito traidor y el contacto de su mano contra mi trasero me está volviendo loca.

Estoy... me estoy poniendo a mil con esto, ¿entendéis? Porque yo no, yo ya no entiendo nada y me quiero morir ahora mismo.

—¿Vas a portarte bien, si o no?

—¡No! ¡Suéltame! ¡Imbécil! —le replico, furibunda.

¡Zas! Otro azote. Vuelvo a dar un respingo y a sacudirme sobre sus piernas. Le intento agarrar del brazo, pero él me agarra las muñecas.

Esto está afectando a mi cabeza, debo tener un ataque de nervios o algo, porque debería decirle que sí para que me dejara en paz y dejase de humillarme de esta manera. Pero mi cuerpo va a su bola. La parte positiva es que ya no soy capaz de pensar en el peligro que corremos, en que mi padre es un mafioso ni en el hecho de que todos me dan la espalda y nadie me entiende. Ahora solo puedo pensar en Eric y en lo mucho que le odio, y en el estúpido cosquilleo ardiente que me recorre.

—¿Vas a empezar a actuar como una adulta o seguimos?

—¡Maldito seas! —digo sofocada, tirando de sus manos e intentando morderle—. ¿Quién te has creído que eres? ¡Te voy a denunciar! ¡Se te va a caer el pelo! ¡Se lo diré a mi padre!

—Si tu padre te hubiera dado una buena zorra en el trasero en su momento no serías tan insoportable —me dice con desvergüenza. ¿Cómo puede tener la cara tan dura este tío?—. A falta de alguien mejor, seré yo quien tenga que hacerlo.

¡Zas! Otra vez, su mano poderosa contra mis nalgas. Es una palmada fuerte, y cuando retira la mano aún siento el calor sobre la tela del tejano, hormigueando, picándome. ¡Zas! Una más. Me muero de vergüenza.

—¡Para!

—No voy a parar hasta que no te comprometas. —Otro azote. Dios mío—. ¡Pórtate como es debido, maldita sea!

¡Zas!

Voy a tener que cambiarme después de esto. Y no tengo mudas aquí. Todo es horrible, y no consigo que me suelte por muchos rodillazos que le dé.

—¡Vale, vale! ¡Joder! —digo entre jadeos.

De pronto tengo miedo de que se dé cuenta de lo que me está pasando. ¿Qué va a pensar? No soy una fresca, ni una de esas pilinguis con las que seguro que va, y a las que les encantarán estos juegos turbios. ¡A mí no me gustan! ¡No me gustan! Me lo tengo que repetir mucho, porque la evidencia es muy distinta. ¡Pero mi voluntad es más fuerte!

Él se detiene. Al fin.

—¿Y bien?

—Me comportaré.

—¿Te comprometes?

—Me comprometo, ¡jolín! Te haré caso. Pero deja de hacer eso.

—¿A que no era tan difícil?

Con la misma facilidad con la que me ha cargado antes, ahora me agarra y me pone en pie. Me sujeta por los brazos; se ha dado cuenta de que estoy mareada y sofocada, pero le miro con toda la furia que soy capaz de reunir para que no piense ni por un momento lo que no es. ¡Porque estoy muy enfadada por lo que ha hecho, aunque mi cuerpo se haya puesto del revés! Sus ojos en cambio están brillando, burlones y con un fuego interior que me estremece. El muy... el muy...

Al fin me suelta, y parece que el aire me llena los pulmones y corre entre los dos. Me aparto y vuelvo a la ventana, frotándome el culo. Esta vez no me detiene. No voy a escaparme, no es que tenga a donde ir, pero tengo que dejar de mirarle o me volveré loca.

¡Maldito Eric!

Eric

—¿Falta mucho?

No me molesto en contestar. Es la quinta vez que Amber pregunta, y yo no soy el señor del tiempo, joder. El tráfico es bastante más tranquilo que ayer, pero aun así hay atascos cada pocos kilómetros y, claro, los semáforos.

—Eric, ¿falta mucho?

—Sí.

Voy aprendiendo cosas sobre Amber. Una, es difícil que se calle. Dos, darle respuestas no es garantía de que lo haga. Tres, sé que le gusto. Cuatro, le pone caliente que le den azotes en el trasero y la traten como a una niña.

El semáforo se vuelve verde y acelero, haciendo girar los manillares de la moto y adelantando a un par de coches. No soy de piedra, ni tampoco imbécil. No soy inmune a lo que está pasando. Me he dado cuenta de cómo me mira. Se le acelera la respiración con frecuencia, le brillan los ojos y se bloquea a menudo. No es porque me tenga miedo, creo que le gusto y me desea. No es una novedad, esas cosas me pasan de vez en cuando. El problema es que ella es pelirroja. Y tiene unos pechos increíbles. Es un poco joven, pero es exactamente la clase de mujer que podría hacerme perder la cabeza si se lo permitiera. Por supuesto, no se lo voy a permitir.

—Deberíamos haber ido por la otra calle.

—¿Qué otra calle?

Ella se pone a hablar y yo finjo que no la escucho por culpa del casco.

Sí, de acuerdo. Amber me gusta. Habría que estar ciego o ser homosexual para no fijarse en ella. Pero no va a pasar nada. Nada más de lo que ya ha ocurrido. Lo de los azotes... bueno, se los merecía. Eso es así. Necesitaba un correctivo. No es que yo no lo haya disfrutado. He tenido que parar porque me estaba empezando a afectar y no quiero que las cosas se pongan peligrosas entre nosotros. Amber es guapa, sí, pero está medio loca. Y además, y por encima de todo, es la hija del jefe. Es la hija de Donovan O'Connell, un hombre al que admiro y respeto, y a quien mi familia le debe mucho. No voy a cagarla por un calentón absurdo.

—Eric, ¿me estás escuchando? —dice ella de pronto, apretándose contra mi cuerpo. Siento sus tetas contra mi espalda como dos grandes y mullidos cojines. Maldita sea.

—La verdad es que no.

Refunfuña un poco pero no dice nada más. Aparte de agradables, los azotes han conseguido que Amber empiece a portarse bien. Eso es positivo para el encargo, pero también un poco aburrido, a decir verdad. Aun así, prefiero este aburrimiento a tener que bregar con ella como si fuese un estúpido pony salvaje.

—¿Falta mucho?

—Sí.

—¿Cuánto?

—Doce años, Amber.

—¿Doce años? Eres idiota. —Me coloco a un lado de la calle para evitar otro semáforo en rojo. Tengo prisa por llegar. No es seguro que estemos tanto tiempo a la vista, en la calle... pero además, me está poniendo la cabeza como un jodido avispero—. Si fuera verdad, cuando llegáramos sería una vieja y la ropa no me estaría bien. Así que habríamos hecho el viaje en balde. Con esto te quiero decir, señorito, que aceleres un poco. Además, tengo sed. ¿Tú no tienes sed? Quizá luego podríamos ir a beber algo...

Mientras sorteo a un autobús urbano pienso en las cosas que no odio de Amber, para contrarrestar su cháchara insufrible. Le quedan bien los pantalones cortos. Tiene un trasero estupendo, y la cintura estrecha y suave. Cuando intentó quitarme las llaves y la apreté contra mí, esperaba que se enfadara más o que se sintiera violentada, pero no fue así. El recuerdo de su tibieza y el sedoso tacto de su piel contra la mía es tan claro como el de los sonidos de los disparos en la guerra. No puedo evitar sonreír cuando recuerdo su expresión al toparnos en la puerta del baño. Sí, Amber me desea. Y yo también a ella. Sabía que sería un problema desde que vi su foto, pero no imaginaba que me lo fuera a poner tan difícil.

No importa. Por mucho que esta muchacha tonta e irritante encienda mi hambre, mantendré la situación controlada, por el bien de los dos. Es guapa, sí, es mi tipo... pero su edad mental y sus putas neuras no lo son.

«Y es la hija de Donovan. Sobre todo eso».

Tomo la última rotonda y tras unos pocos minutos llegamos al fin a las inmediaciones del hotel.

—¡Al fin! Deprisa, aparca, tenemos que... ¿dónde vas?

—No voy a aparcar aún.

Doy una vuelta de reconocimiento por la manzana, ignorando las protestas de la muchacha. Estoy observando uno a uno todos los posibles puntos de peligro, cada coche y a cada peatón, y la situación no es precisamente buena. Hay tres vehículos negros aparcados cerca de la puerta principal y otro en la lateral. Tienen los cristales tintados. Los ejecutivos no aparcan en la calle, así que solo queda una opción. Puede que no nos estén esperando a nosotros, no obstante...

—¡Eric! ¿Qué es lo que pasa?

—Deberíamos olvidarnos de tu maleta.

Siento que ella da un respingo a mi espalda. A continuación, recibo una palmada furiosa en el hombro.

—¿Qué?! Eric, creo que no lo has entendido. No estamos hablando del petate mugroso de un mendigo de Detroit, Michigan. Se trata de mi Samsonite. Dentro están mis más preciadas posesiones. ¡No podemos olvidarnos de ella! Para eso hemos venido, además. Yo te dije: «Necesito mi maleta», y tú dijiste, «no», y luego te convencí y dijiste: «De acuerdo, cogemos la maleta y nos vamos». ¿Es que no te acuerdas?

—Amber, no es seguro.

—¡Pero me diste tu palabra!

Me acerco a un pequeño recodo fuera de la vista del tráfico y echo el pie a tierra, mirando por encima de mi hombro como puedo, que es difícilmente por culpa del casco.

—Hay tres coches esperándonos. —Tengo que exagerar para que me deje tranquilo así que, aunque no estoy seguro de que sean los hombres de los Kovalenko, le pinto un panorama desastroso—. ¿Quieres que vengan a por nosotros en cuanto detenga la moto? ¿Quieres que te arrastren del pelo y te metan en uno de esos coches y te hagan quién sabe qué cosas? ¿Quieres que te utilicen y te maltraten para derrotar a tu padre, es eso?

—No. ¡No! ¡Basta! Me estás asustando.

Perfecto, porque esa es la idea.

—Bien, pues vámonos. Seguro que no tienes nada importante en la maleta.

—¡Claro que tengo cosas importantes! ¡Toda mi ropa! ¡Espera! ¿Qué haces?

Mientras ella protesta, yo he vuelto a ponerme en marcha y acelero poco a poco.

—Nos vamos al aeropuerto. Con un poco de suerte, podremos coger un vuelo a Nueva York hoy mismo.

—¡No! ¡Mi ropa! ¡No podemos dejarla allí! —gimotea ella.

—Cállate, puedes comprar ropa nueva.

—¿Sí? ¿Y dónde la vamos a llevar? ¿En el maletero mágico del fantástico sedán que *no* tenemos? ¡En esta estúpida moto no se puede llevar nada!

—Mira, Amber, me estás empezando a tocar los cojones.

—¡Ya está! ¡Ya salió el barriobajero! Si soy un problema tan grande déjame en el hotel y vete a fumar crack o lo que sea que haces en tus ratos libres, ya me las arreglaré —replica dramáticamente.

Resoplo, armándome de paciencia.

—No seas tonta. Si lo piensas te darás cuenta de que...

De pronto mis oídos empiezan a zumbar y ya no tengo tiempo para conversaciones absurdas. Veo venir el Audi antes siquiera de que derrape y percibo el peligro. Cambio de dirección bruscamente, pero las ventanillas se han bajado. Las balas empiezan a silbar. Una me impacta en el hombro y Amber grita.

Para mí es como si todo sucediera a cámara lenta. Saco el arma y disparo a las ruedas, confiando en que la hija del jefe no se asuste y salga corriendo. Por suerte no es así. Amber se agarra con más fuerza a mí, pero no se mueve. Cuando he reventado las cuatro ruedas, cambio de dirección y acelero bruscamente, dejando tras de mí unas cuantas maldiciones en ruso.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡¿Qué ha pasado?! ¡Nos querían matar!

—Tranquila. ¿Estás bien?

—¡¡¡Claro que no estoy bien!!! ¡Nos querían matar, Eric!

—Tranquila. Respira.

—Estoy respirando... creo...

—No nos querían matar —explico con mucha tranquilidad—. Tal vez solo a mí. A ti no te harán daño.

—¿Cómo lo sabes?

Los brazos de Amber me aprietan la cintura, sus manos se agarran como zarpas a mi camiseta. Su cuerpo ya no desprende calor. Está aterrorizada.

—Te necesitan viva para negociar con tu padre. No te van a disparar, Amber, te lo prometo.

Ella no dice nada más. Que guarde silencio ahora es un poco desolador. Normalmente siempre quiero que se calle la puta boca, no para de hablar. Pero sé que ahora está en silencio porque está muerta de miedo, y eso no me gusta. Sigo conduciendo a toda prisa hacia el aeropuerto. Tenemos que salir de esta maldita ciudad cuanto antes, devolver a Amber a casa y que su padre la encierre bajo

cuatro llaves. Es la única manera de terminar con esta historia. Pero no va a ser tan fácil.

—Nos están siguiendo —digo en voz alta. Enseguida me arrepiento de haberlo hecho. No quiero asustar más a Amber. Bueno. Tengo que informarla, en cualquier caso—. Escucha, no vamos a llegar al aeropuerto. Son carreteras muy abiertas. Nos seguirán la pista con facilidad y nos asaltarán en cuanto bajemos.

—¿Y qué vamos a hacer? —pregunta ella.

—No te preocupes. Tengo una idea.

Sigo conduciendo hasta llegar al siguiente cambio de sentido y doy la vuelta, regresando a la ciudad. Compruebo por el retrovisor que nuestros perseguidores aún están ahí. Son tenaces, pero como bien dijo Amber, nosotros no tenemos un sedán. Si quiero perderles tengo que colarme por las callejuelas de San Francisco y conozco el lugar perfecto.

...

—Este sitio es horrible. ¿Qué barrio es?

Conducimos a lo largo de calles llenas de moteles por horas, tiendas de comestibles, licorerías, restaurantes orientales, McDonalds y salas de cine para adultos. Las calles están sucias y mojadas. Los carteles luminosos están rotos o desgastados y sobre las aceras se amontonan los mendigos y la basura.

—Tenderloin^[4] —respondo con nostalgia.

—Vaya nombre. Aunque la verdad es que a más de uno le haría falta un buen filete.

Un sin techo cruza la calle sin mirar empujando su carrito lleno de porquerías. Tengo que dar un frenazo. El tío me insulta y yo le enseño el dedo corazón. El viejo sigue su camino. No sé si es viejo o solo lo parece, pero por aquí, la edad de la gente es difícil de determinar.

—¿Y qué se supone que hacemos aquí? —pregunta Amber.

Hace ya rato que hemos perdido a los hombres del coche negro. Me ha costado dar unas cuantas vueltas por callejones, pero ha salido bien. Aun así no quiero relajarme todavía.

—Vamos al Tyrell's.

—Estupendo, ¿y eso qué es? ¿Otro motel putrefacto? ¿Un salón de striptease? ¿O un puesto de perritos calientes donde trafican con droga?

—¿Qué dices, estás loca?

—He oído que en algunos puestos de perritos calientes lo hacen... Meten las papelinas de droga dentro de las salchichas.

Suspiro y no respondo. A veces es mejor no responderle. No entiendo de dónde saca esa imaginación. Conozco a niños de diez años menos ingenuos que ella. Aunque la mayoría son de Tenderloin. Amber ha nacido en un ambiente de privilegios, seguramente se desenvuelva como pez en el agua en su entorno, pero el mundo real es todo un misterio para ella. Eso me está quedando claro.

No tardamos en llegar adonde Tyrell. Subo la moto a la acera y la planto delante de la puerta del bar, inclinándome para abrirla con el codo. Apenas tengo que esforzarme porque Tyrell ya está saliendo, con cara de pocos amigos y un bate en la mano.

—¡Eh, tú! ¿Quién te has creído que eres? Saca esa moto de mi puerta ahora mismo o te...

—Hola, Tyrell. ¿Qué tal tu día?

Mi viejo camarada se detiene en seco y sus ojos se abren con sorpresa. Levanto la visera del casco para mirarle a los ojos. Está más mayor, tiene la oscura piel surcada de arrugas y los rizos salpicados de canas, pero sus ojos siguen siendo amables. Cuando sonrío, una larga fila de dientes largos e iguales iluminan su rostro.

—¡Hijo de puta! —exclama alegremente—. ¿Qué se te ha perdido aquí, cara de goulash?

—Venía buscándote, negro de mierda. —Con una risotada, Tyrell me abraza, casi haciéndome volcar la moto. Le aparto con el codo—. Estamos en apuros. ¿Puedo entrar?

—Claro. Mete a la princesa también. Y a la pelirroja.

Abre la puerta del local de par en par. Yo me bajo de la moto y Amber hace otro tanto, quedándose detrás de mí, con el enorme casco puesto. Empujo el vehículo al interior del bar, y una vez todos estamos dentro, Tyrell cierra la puerta y vuelve detrás de la barra, donde se pone a servir cervezas.

—Ha pasado mucho tiempo, Mesz. ¿Cómo te ha ido?

—No me ha ido mal. Hasta ahora.

—Esperemos que eso no cambie.

—Esperemos. —Amber carraspea. Nos hemos quitado los cascos y estamos

sentados en la barra. Aunque yo estoy tranquilo, ella parece una niña perdida y me mira con reservas—. Tyrell, esta es Amber.

—Hola, Amber. —Él le ofrece una cálida sonrisa y le da la mano. Amber la estrecha y parece relajarse un poco—. Encantado de conocerte.

—Igualmente, Tyrell.

—Es un amigo mío —explico a la chica. Luego miro a mi camarada—. Ella es una protegida.

Tyrell la mira, después a mí, y asiente con la cabeza.

—Entiendo. Voy a poner el cartel de cerrado. Aquí estaréis bien. No va a ocurrirte nada malo, señorita. —Las palabras de Tyrell parecen tener más efecto en Amber que cualquiera de mis esfuerzos, cosa que me tranquiliza. Lo importante es que ella se sienta segura y no haga gilipolleces. Y si Tyrell va a conseguirlo portándose como el puto Santa Claus, pues mejor para todos. En cualquier caso, Tyrell siempre ha sido bastante Santa Claus con todo el mundo—. ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí. Llevamos horas sin comer —dice abatida.

—Te prepararé unas tortitas.

—Perfecto —digo yo—. Mientras vosotros jugáis a la casita de chocolate, voy a hacer unas llamadas. Necesitaremos apoyo e información.

—Puedes ir a la trastienda —me indica Tyrell—. Pero no te entretengas. Tú también tienes que comer. No creas que no me he dado cuenta de la cara que tienes.

—¿Y qué cara se supone que tengo, mamá?

—Una cara horrible, como siempre. Y además, de hambre.

—Más quisieras tú tener mi cara, abuelo.

—Bah, vete al infierno, gitano.

—Y tú a recoger algodón.

Me voy a la trastienda como Tyrell me ha indicado y me siento en un barril de cerveza. Marco uno de mis números de apoyo con un lento suspiro. Da gusto estar entre amigos, aunque solo sea durante un momento.

Amber

El olor de las tortitas borra por completo la peste de cerveza rancia que impregna todo el bar, y es algo que mis fosas nasales agradecen. Tyrell me ha sentado en uno de los taburetes de la barra y me ha sacado un plato con cuatro tortitas, jugosas y bañadas en sirope, recién hechas. Huelen como el cielo, pero mi estómago se contrae cuando intento comerme el primer bocado, y me echo a temblar sin control. Eric está fuera, y la escopeta de Tyrell aún reposa sobre la barra. Mi cabeza intenta asimilar todo lo que ha pasado. Estoy tan asustada que ni siquiera tengo hambre. Lo nunca visto: hay unas suculentas tortitas ante mí y solo puedo temblar y aguantarme las ganas de llorar. Jamás me había sentido así delante de un desayuno. ¡Las tortitas son la felicidad! Pero no soy capaz de sentirme feliz ahora mismo.

—Come tranquila, no van a volver. Al menos por ahora, y necesitas recuperar fuerzas.

La voz de Tyrell me recuerda a Morgan Freeman, que a su vez, me recuerda a Dios, y eso es bastante tranquilizador.

Soy creyente, ¿sabéis? Como mi padre, que aunque sea un maldito mafioso, es muy católico. No voy a misa ni nada de eso, es un rollazo insufrible y los curas no están muy actualizados, pero creo en Dios. Creo que está ahí arriba y que nos cuida al menos un poquito. Me da por pensar, al mirar a Tyrell, que sería gracioso que Dios tuviera un bar de mala muerte como este, y una escopeta para espantar a los malos. Sería un gran argumento para una serie, pero no estoy tan flipada como para creerlo de verdad. Dios me tiene bastante abandonada ahora mismo, y si pudiera tenerle delante en estos momentos le cantarían las cuarenta por varias cosas. Si tiene cuentas con mi padre por mafioso, debería estar cobrándoselas a él.

—Esto es una locura. De un día para otro todo se ha vuelto del revés, el mundo se ha convertido en un lugar horrible y parece que todos quieren matarme.

—No pienses en eso.

Levanto la vista del plato para mirar a Tyrell. ¿Cómo no voy a pensar en eso? Tengo unas terribles ganas de llorar, sobre todo porque no puedo comerme las tortitas. Comer me consolaría un poco, pero ni eso puedo permitirme.

—Nunca había sido así, y estoy muy asustada —digo con voz quejumbrosa—. Ni siquiera tengo hambre.

—No debes tener miedo, Eric te devolverá sana y salva a casa. El mundo está lleno de hijos de puta como esos, pero tienes la suerte de tener a alguien

como él a tu lado.

—¿Cómo sabes que lo hará?

—Porque siempre lo hace, es Eric. —Lo dice con tanta naturalidad que sería fácil creerle.

Está al otro lado de la barra, y se apoya en ella mientras me habla, con su escopeta al lado. Su mirada es amable. No me conoce de nada, pero siento que se preocupa por mí, que realmente quiere que esté tranquila, no solo para que no le moleste.

—Agradezco que intentes calmarme, pero es una razón un poco floja. Hasta ahora lo único que me ha demostrado es que sabe decir muchos tacos, que tiene un gusto pésimo para los hoteles y que no tiene paciencia ni modales.

—Es un gran profesional, eso también te lo ha demostrado, ¿no? Si no, no estaríamos aquí hablando.

Asiento a medias. Eric ha evitado que me secuestren, pero nos queda mucho camino hasta casa. Demasiado.

—Tenía entendido que es un mercenario... un matón a sueldo. Esa gente no es especialista en proteger a nadie precisamente.

—Verás, Amber —dice acercándose a mí, confidente—, conozco a Eric desde hace muchos años, sé lo que me digo.

—¿Tú también eres un matón?

Tyrell se echa a reír y niega con la cabeza.

—No, no... yo soy un humilde empresario, pero hace años fui soldado. Estuve en la guerra de Afganistán, allí nos conocimos.

Se me cae el tenedor al plato y le miro con perplejidad.

—¿Qué? ¿Eric un soldado? Pensaba que a los soldados se les enseñaba disciplina y educación en sus academias. Seguro que le echaron por chulo y contestón.

La risa de Tyrell vuelve a sonar, tranquila. Empuja el plato hacia mí mientras sigue hablando, animándome a comer.

—No, no le echaron. Ni siquiera era un soldado raso como yo, era un SEAL, parte de una fuerza de élite de operaciones especiales del ejército.

Le miro sorprendida. Eso no lo había imaginado, pero después de ver lo que es capaz de hacer no me cuesta creerlo, a pesar de su comportamiento de ex-

presidiario.

—Oh-Dios-mío... ¿en serio? ¿Y estabais en la misma base?

—Sí, pero nos conocimos cuando le enviaron a salvar a mi unidad. Mis compañeros y yo fuimos hechos prisioneros por las fuerzas de la Yihad, iban a torturarnos, a grabar en vídeo nuestras ejecuciones... ya sabes, esas atrocidades que acostumbran a hacer esos cabrones.

—Eso es horrible, Tyrell —frunzo el ceño. Mi miedo me parece cada vez más ridículo—. Debiste pasarlo fatal.

—No fue fácil, esos cabrones están chiflados, pero no nos tuvieron demasiado tiempo.

—¡Eric os salvó!

—Sí, Eric y su equipo nos salvaron. Toda mi unidad volvió ilesa a la base, pero tres de los SEAL cayeron en combate. Solo Eric y uno de sus compañeros sobrevivieron, un chico llamado Kamal, hijo de inmigrantes indios.

—Qué fuerte...

Ni siquiera puedo imaginar lo que habrá visto en la guerra, y sin embargo aquí está, sin perder la sonrisa y tratando de consolar a una muchacha asustada. Debe pensar que soy idiota, igual que lo piensa Eric. Cuando quiero darme cuenta, animada por él, estoy cortando las tortitas y masticando el primer bocado mientras le escucho.

La mirada amable se le amarga un poco al continuar.

—Cuando regresaron a la base descubrieron que nos hicieron prisioneros a causa de una traición interna.

—¿Una traición? ¿Uno de tus compañeros os vendió?

—No... fueron los oficiales. Estoy seguro de que fue alguien de entre ellos. Los había muy racistas, unos auténticos hijos de puta capaces de joderte por no ser blanco, por muy americano que fueras. Usaron a Kamal como cabeza de turco, le acusaron de ser el espía y de habernos vendido al enemigo.

—¡Pero si él os salvó! No lo creeríais, ¿verdad?

—No, ni Eric, ni yo ni nadie de mi unidad. Kamal se dejó la piel por salvarnos, igual que lo hizo Eric, y se habrían dejado la vida como el resto.

—¿Qué pasó con él?

—Murió de un ataque al corazón, al poco de aquello y Eric dejó los SEAL.

No sé qué pasó exactamente, pero creo que se lo cargaron para silenciarle y Eric lo supo.

—Y es un hombre de honor... —digo al recordar la conversación que tuvimos en la habitación del motel. Tyrell asiente—. Entonces... Eric no es ningún matón, ni un macarra. Es un héroe de guerra —añado, impresionada.

Al reír los ojos de Tyrell brillan limpios otra vez.

—No te emociones... me temo que Eric puede ser todas esas cosas a la vez. Pero también es algo más, es buena persona, y tiene palabra. Si te ha dicho que te protegerá, lo hará.

Ya no tengo ganas de llorar. Todo es horrible, pero al menos no son los talibanes los que me persiguen. Aunque si esos locos de los Kovalenko me atrapan, tal vez tenga con qué compararlos. Prefiero no pensarlo, porque estoy volviendo a recuperar el apetito, animada por la integridad de Tyrell. Le creo, no sé si es por su voz de Dios, o porque necesito creerle con todas mis fuerzas. Mi padre confía en Eric, y él no confiaría en un macarra o un matón cualquiera para que me pusiera a salvo. Toda esta historia digna de película lo confirma. Es un hombre honorable y valiente, a pesar de su carácter de mil demonios y su nula educación, y tengo que estar a la altura de eso.

He comenzado a comer cuando Eric vuelve guardándose el móvil. Ha estado un buen rato en la puerta.

—Se han largado, pero llegar al aeropuerto va a ser imposible. Los hombres de Kovalenko están informados, y han puesto precio a tu cabeza. Todos quieren atraparte. Viva, eso sí.

Trago las tortitas. A punto he estado de atragantarme, pero pronto recupero la compostura y me pongo en pie delante de él. Al pensar en las palabras de Tyrell una nueva determinación nace en mí. No quiero que Eric se sienta decepcionado, ni que siga pensando que soy una pava y una miedica.

—No me da miedo, tú me protegerás. Y yo haré lo que tú me digas para ponértelo fácil —le suelto con toda mi decisión.

Se hace el silencio. Eric mira a Tyrell como si no comprendiera algo, o necesitase confirmar que he dicho lo que he dicho, y Tyrell asiente. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me toma en serio? No importa, no voy a dejar que eso me desanime. Tampoco su mirada desconfiada. Estoy hablando muy en serio.

—No seas duro con ella, Eric, es una buena chica.

—No soy duro con ella.

—Mentira —respondo, volviendo la mirada a Tyrell y adoptando mi mejor tono indignado—. Me ha dado unos azotes.

Tyrell se parte de la risa. Si no tuviera una risa tan agradable y no me recordase a Dios, le reprendería, porque no es algo de lo que reírse, debería estar diciéndole a Eric lo mal que está eso, pero le hace mucha gracia.

—Quedaos aquí unas horas más, hasta que las cosas vuelvan a la calma —dice cuando deja de partirse—. Luego lo mejor será que viajéis por carretera.

—Eso haremos —responde Eric, sentándose en el taburete junto al mío—. Tendré que dejar aquí la moto, y conseguir un coche.

—No te preocupes, yo me encargaré de eso. —A lo mejor Tyrell sí que es Dios, porque parece muy seguro de todo. Mientras le sirve una cerveza a Eric está sonriendo como si aquí no pasara nada, y eso me hace sentir más tranquila.

—Gracias, Tyrell —le digo al volverme a sentar para terminar las tortitas, y le dedico una sonrisa sincera. Es la persona más amable con la que me he topado últimamente—. Las tortitas están muy buenas.

—Sí, ¿eh? Especialidad de la casa.

Tyrell desaparece bajo el arco de la cocina y cuando sale deja un plato humeante delante de Eric con un par de huevos fritos, salchichas, patatas, bacon y unas alubias que tienen una pinta buenísima.

—Comed tranquilos. Haré un par de llamadas y en un par de horas tendréis ese coche.

Eric le mira con reconocimiento y asiente. Debe ser su forma de darle las gracias, o alguna clase de lenguaje entre machotes, porque Tyrell le palmea el hombro y se va como si hubieran zanjado alguna clase de conversación telepática. Qué raros son los tíos a veces. Aunque nunca he conocido tíos como estos, la verdad.

Yo me termino las tortitas y Eric se pone a comer con buen apetito. El tío es un pozo sin fondo, pero me imagino que un cuerpo como el suyo necesita mucho combustible para funcionar. Mientras mastica y traga los bocados acompañándolos con la cerveza, no deja de echar miradas hacia la puerta. Está tenso, lo veo en las líneas que se marcan en su cuello y en lo rígidos que tiene los brazos al apoyar los codos en la barra. Qué pena que se haya puesto la chaqueta, seguro que se le marcan todos los músculos de los brazos tatuados...

—No seas paranoico, Tyrell ha dicho que estemos tranquilos, no van a venir.

Él gruñe algo, volviendo la mirada hacia mí, pero ya no le escucho. Me doy cuenta de que Tyrell ha puesto la radio antes de irse cuando comienza a sonar Ed Sheeran y mis pies se mueven solos.

La música es mágica, ¿verdad? Se me ha acelerado hasta el corazón al escuchar el sonido de las primeras notas de *The shape of you*. Es como una señal de que todo va a salir bien, porque esta música no puede sonar en una tragedia, eso es así. Me levanto, sonriendo de oreja a oreja, y le agarro la mano a Eric, que me mira con el ceño fruncido y severo.

—¡Vamos! —le digo con entusiasmo—, ¡es mi canción favorita! *The club isn't the best place to find a lover*[\[5\]](#)... —comienzo a cantar.

Pero Eric es inamovible. Me mira con esos ojos afilados de lobo, quieto como una estatua, indiferente al maravilloso sonido de la música.

—Yo no bailo —dice secamente.

Le saco la lengua, soltándole la enorme manaza.

—*Yi ni biili* —le hago burla, y él chasquea la lengua, levantando una ceja—. Pues yo sí.

Me está mirando como si fuera tonta. Sé que lo piensa. De hecho me lo ha dicho claramente, pero ni su negativa ni esa mirada consiguen amargarme ahora. La música es como un bálsamo para mí y el mundo parece teñirse de otro color con la preciosa voz de Ed. No me importa lo que piense, y además, puedo hacer que piense otras cosas. Me aparto de la barra, moviendo las caderas y contoneándome al ritmo de la música. Llevo la misma ropa desde hace tres días. Tengo los vaqueros sucios, el suéter rosa deshilachado, holgado, deja ver uno de mis hombros al caerme por el brazo.

Eric ha dejado de comer y se ha acodado en la barra, girándose hacia mí. Su mirada ha cambiado por completo, y dentro de mí algo parece bullir como petasetas. Sé lo que estoy haciendo, aunque nunca lo he hecho para nadie. Me estoy moviendo para sus ojos, cuya mirada se ha vuelto física. Ya no me mira como si fuera idiota, aunque a veces toma un trago de cerveza, como si le fuera indiferente, pero hay un brillo intenso en sus ojos que le hace parecer un lobo al acecho.

I may be crazy, don't mind me

Say, boy, let's not talk too much[\[6\]](#)

Estoy nerviosa, y siento que las piernas me tiemblan, pero no puedo parar, aunque algo se esté derritiendo dentro de mí y el suelo se vuelva blando. La

música me empuja, y su mirada me atrae como si fuera parte de un hechizo. Todo es intenso y real: el peligro de muerte, los sucios barrios bajos, la sordidez de este bar, la música de Ed Sheeran en la radio. Me siento como una especie de musa, como Lana del Rey en uno de sus videoclips de motos y chicos malos de los que es peligroso enamorarse. Protagonista de una historia de película. Esto es una señal, es una señal de que terminará bien, de que Tyrell tiene razón.

Aunque ahora mismo me da igual el futuro. Eric me mira como si no existiera nada más en el mundo, y yo sigo moviéndome, seductora, estremecida por dentro, temblando por las emociones que nunca he sentido antes. No bailo para que los chicos me miren, no lo hago para que me deseen. Nunca. Lo hago porque lo necesito, porque no puedo detener mis pies cuando suena la música. Pero ahora no quiero que Eric deje de mirarme, no quiero que recuerde a mis perseguidores, ni que vuelva a mirar la puerta con alerta.

Le estoy seduciendo. Es el chico malo de la moto, y yo Lana del Rey, y todo terminará bien, porque ya no tengo miedo.

I'm in love with the shape of you

We push and pull like a magnet do

Although my heart is falling too

I'm in love with your body[\[7\]](#)

No tengo miedo, y me acerco a él, sonriendo mientras bailo al ritmo de la música. En mi interior el calor crece y tiembla, me pica en las mejillas, agradable y excitante. Las últimas notas se funden con la sintonía del canal de la radio y la voz del locutor, y ya no escucho nada más.

Eric está sentado en el taburete con las piernas abiertas y un codo apoyado en la barra, me mira fijamente. Estamos tan cerca que huelo su olor a gasolina y cuero, y una nota picante hace que algo se agite en mi estómago con una sensación parecida al hambre. Apoyo las manos en sus muslos y miro sus labios duros y delineados, varoniles... ¿qué pasará si los beso ahora?

Cuando vuelvo la mirada a sus ojos el fuego que hay en ellos me abrumba, y vuelve el calor dentro de mí más intenso.

—No juegues con fuego... —Su voz suena más grave, y aunque habla en un tono bajo parece llenar la habitación como el gruñido de un depredador. Nunca he escuchado nada tan sexy—, acabarás quemándote.

—A lo mejor lo que quiero es quemarme...—replico en un susurro. Oh-Dios-mío. No tenía ni idea de que fuera capaz de hacer esto. Le mantengo la

mirada, y siento la adrenalina correrme por las venas cuando sus ojos me queman.

—Eres la hija de Donovan —responde, bajando un segundo la mirada a mis labios.

—Sí, ¿y qué?

—Que no me lées. No quiero tener problemas con tu padre.

—No tienes por qué tenerlos... yo no voy a decir nada.

Siento la tensión de sus músculos bajo los dedos cuando se echa hacia adelante. Está tan cerca que casi puedo notar el calor de sus labios, y entreabro la boca sin darme cuenta. ¿A qué sabrán? Seguro que a caramelo tostado... o a café. Está dudando, lo veo en sus ojos, solo tendría que inclinarme hacia adelante para besarle y tal vez...

—No eres más que una cría —suelta de pronto, agarrándome por los brazos y apartándome de él al levantarse.

Todo el calor de la excitación creciente se convierte en enfado y me aparto con una sacudida brusca. No quiero que me toque, no tiene ningún derecho a tratarme así.

—Y tú un cobarde —le digo, cortante y enfadada.

La mirada que me lanza ya no tiene nada que ver con la de antes. Se vuelve fría y dura, como un arma. Me arrepiento de lo que he dicho al instante. Me hace sentir fatal que me mire así, como si me odiase, o deseara que desapareciese de su vista.

—Eric...

—He traído lo que me pediste —Tyrell irrumpe desde la puerta de la cocina, dejando una bolsa sobre la barra.

Eric no parece dispuesto a escucharme, se vuelve hacia él, y la presión de su mirada deja de hacerme sentir asfixiada. Se me ha encogido el estómago. Saca algo de la bolsa y me lo da con un mal gesto, sin mirarme.

—Ve al baño y ponte eso.

Es un bote de tinte. Tinte negro. Mis ojos se abren como platos al ver la etiqueta. Ni siquiera conozco la marca, ¡y es horrible!

—¿Qué? Es tinte negro, no pienso ponerme eso en el pelo.

—No recuerdo que nadie te haya preguntado —dice volviéndose hacia mí

con brusquedad.

—¡No pienso hacerlo! Me da igual que no me hayas preguntado, ¿quién te crees para darme órdenes?

—El tipo que te está salvando el culo y al que se lo estás poniendo jodido con tus gilipolleces.

—No es ninguna gilipollez, ¡ni siquiera sé de dónde has sacado esto!

—¿Y qué cojones importa?

—¡Importa! Me lo tengo que poner YO en el pelo, ¿entiendes? Y es mi pelo, no el tuyo.

—¿Esta es tu forma de obedecer?

—Pídeme cosas menos absurdas.

—Tenemos que pasar desapercibidos, y tu pelo es como un puto cartel luminoso. Te reconocerán a leguas, ¿eso te parece absurdo?

—No voy a hacerlo, no voy a teñirme el pelo. Como si tú llamas menos la atención con esos tatuajes y esa cara de querer prenderle fuego al mundo, ¿vas a maquillarte para disimular? ¿Te vas a teñir de rubio? Hazlo tú, seguro que así nadie te reconoce. Aunque bastaría con que cambiases de actitud y fueras un poco más educado, nadie sería capaz de reconocerte.

—Yo no soy la niña fugada a la que buscan, joder. Ponte el puto tinte y deja de discutir.

—No.

Dejo el tinte sobre la barra, dando un golpe con el bote contra la madera. Tyrell nos mira a uno y a otro como si estuviera en un partido de tenis. No se ríe, pero le brillan los ojos como si estuviera contándose un chiste a sí mismo a nuestra costa. Eric se echa hacia adelante y me señala con el dedo, en un ademán imperativo que me recuerda a papá cuando pierde los nervios y no sabe cómo hacer que le obedezca.

—Haz lo que te dé la gana. Estoy harto de hacer de niñera, no es mi jodido trabajo.

—¡Con lo que te pagan bien podrías hacerlo! —replico, indignada.

—No te aguanto más, nos vamos de aquí. Cuanto antes te entregue antes terminará este suplicio. —Se aparta de mí, dirigiéndose hacia la puerta del garaje a grandes zancadas—. Me tienes hasta los cojones. Joder.

Le oigo golpear algo, pero no me doy la vuelta, ni pienso hacerlo. Que se fastidie, no voy a ponerme esa cosa en el pelo y me da igual si no lo entiende. Ni siquiera me ha preguntado por qué no quiero o si tengo alguna idea mejor, el muy imbécil.

—En realidad es buena idea —dice Tyrell, que ha estado callado todo este rato, cogiendo el bote de tinte para echarle un ojo.

—No puedo hacerlo, Tyrell —suspiro, sentándome de nuevo en el taburete y colocándome bien el suéter sobre los hombros. La magia se ha roto, Eric lo ha dejado todo claro, y el bar mugroso me vuelve a parecer gris y mal oliente. Aunque Tyrell sigue pareciendo Morgan Freeman, y me mira en silencio, curioso —. Puede que te parezca infantil, pero es importante para mí... El color de mi pelo es una de las pocas cosas que tengo seguras sobre mí misma. Soy pelirroja, no hay ninguna duda que valga. Y además, me gusta serlo, es parte de mi identidad. Si me tiño el pelo... me da miedo terminar de perderme, y ahora mismo no tengo nada seguro. ¿Lo comprendes?

Tyrell se limita a sonreír. No sé si lo comprende, pero al menos no me juzga, ni me exige nada. Sale de detrás de la barra, cogiendo una gorra de los Yankees que tenía colgada del espejo del bar, y se planta delante de mí, recogéndome el pelo con un gesto tan suave que me hace pensar que tiene hijos. Cuando me pone la gorra, toda mi melena queda sujeta bajo ella, solo algunos mechones me caen por delante de la cara. Le sigo con la mirada cuando se mete en la trastienda y no tarda en salir con una chaqueta de béisbol que me pone sobre los hombros. Le miro mientras meto los brazos en las mangas, arropándome con la prenda.

—Es de mi hijo, pero le compraré otra.

—La cuidaré, Tyrell, te lo prometo.

Sí tiene un poquito de Dios, este hombre, porque me hace sentir segura, y es el único que me ha tratado bien hasta ahora. Me dan ganas de llorar, y en un arrebato, me abrazo a él y le estrujo. Es enorme, y le escucho reír con su voz de Morgan Freeman, mientras me palmea la espalda.

—Está bien, chiquilla, pronto estarás en casa.

Un claxon suena en la calle, y Tyrell se aparta de mí, empujándome con suavidad hacia la salida.

Eric me espera con el coche en marcha, las manos en el volante y la mirada fija en la carretera. Un cigarro cuelga entre sus labios. Me despido de Tyrell y subo en el asiento del copiloto, sin dirigirle una sola mirada. Entre nosotros no

hay más que un espeso y tenso silencio mientras abandonamos la ciudad de San Francisco.

Este viaje se me va a hacer largo, y solo quiero que termine y desaparecer de su vida.

Capítulo 5

En la carretera

Eric

Las horas al volante transcurren con una lentitud insoportable. Nunca me ha gustado conducir. Es algo que hay que hacer, sí. Y algo que sé hacer. Pero no lo disfruto. No soy de esos que sacan la mano por la ventanilla, o que se sienten libres en su coche. Montar un caballo salvaje en las estepas es ser libre. Saltar por un puto acantilado. Pero conducir un vehículo que pesa más que tú, que necesita gasolina para funcionar y que se puede estropear en cualquier momento no es libertad. Creemos que sí, porque de eso van los anuncios de coches. Pero es mentira. Como todos los anuncios.

Hemos abandonado el área urbana de San Francisco y pronto nos internamos en las tierras de los cañones. Atravesamos algunos kilómetros de tierra dorada y seca y después en el horizonte comienzan a pintarse los tonos verdes, intensos, de los grandes bosques. Aún falta casi una hora y media para llegar allí, pero es bueno saber que están esperando.

El silencio es opresivo. Estoy acostumbrado a los silencios, pero este es bastante amargo. Amber está en el asiento de al lado, con esa estúpida gorra de los Yankees y la cabeza apoyada en la ventanilla. La chaqueta le está grande. Su reflejo en el cristal me muestra un par de ojos desamparados. Maldita sea.

Me armo de voluntad y vuelvo la atención a la carretera. La última discusión ha sido la gota que ha colmado el vaso, por eso ahora es todo tan incómodo, pero me da igual. No me arrepiento de nada. Mi trabajo no es que ella esté feliz, es llevarla a salvo a casa. Mi trabajo no es ser simpático. Y desde luego, mi trabajo no es aguantar las chiquilladas de una cría consentida y caprichosa. Su vida está en juego, si ella quiere morir me parece bien, pero yo no voy a fracasar en mi tarea porque no sepa estar callada, obedecer o ponerse un maldito tinte para el pelo.

Abro y cierro los dedos sobre el volante. El ruido del motor es un ronroneo agradable y constante. Podría poner la radio, pero no lo voy a hacer. Ya he tenido bastante música por hoy.

La imagen de Amber bailando, acercándose a mí, mirándome con anhelo, vuelve a golpear mi mente como un violento mazazo.

Mierda. La niña ha intentado seducirme. ¿Te lo puedes creer?

Eso es lo que de verdad me pone de los nervios. No quiero tener problemas con Donovan. Amber está prohibida. Es demasiado joven. Además es una loca del coño. No está bien de la cabeza. Si fuera más mayor, o no fuera la maldita hija de mi jefe, me plantearía echarle un polvo para acabar de una vez con esta absurda tensión. Pero no puedo. Así que hay que cortar esto de raíz.

Niña tonta.

Estaba bailando para mí. No es la primera vez que ocurre algo como esto, pero sí es la primera vez que lo hace alguien tan tonta e inocente. La verdad es que sabe moverse, aunque se nota que no está acostumbrada a seducir a adultos. Pero esa inexperiencia es aún peor que lo de sus preciosas tetas, o que su pelo rojo. Amber me pone enfermo, en muchos sentidos. Pero tengo que sacarla de mi cabeza, o no podré hacer bien mi trabajo.

Suspiro. Me repito a mí mismo que es una cría. Es una cría ingenua, sí. La mayor parte del tiempo no sabe lo que hace, y tampoco sabía lo que hacía cuando se puso a coquetear así. ¿De quién coño era esa canción? ¿Justin Bieber? Lo cierto es que era espantosa. Pero a Amber le quedaba bien.

Al final, acabo poniendo la radio. El silencio nunca me ha importado, pero la presencia de Amber lo vuelve todo extraño y difícil.

Vuelvo a mirarla a través del retrovisor.

Solo es una cría.

—¿Tienes hambre?

Los ojos tristes de la muchacha siguen perdidos más allá del cristal de la ventanilla, contemplando el paisaje.

—No.

Me pregunto si debería decir algo más. Bah, al infierno. Bastante he hecho ya. No espero nada más por su parte, pero entonces su voz suave y dulce llega hasta mí.

—Siento haberte llamado cobarde.

¿A qué viene esto ahora?

—Vale —respondo.

—¿«Vale»? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Ella se gira en el asiento para mirarme, cruzándose de brazos. No debería

sentirme bien, pero así es. Me siento bien porque ha vuelto al mundo, conmigo. Aquí puedo protegerla. Ahí, dentro de su mente, en su extraño corazón al que no puedo ni debo llegar, Amber está sola... pero aquí no. Y aunque discutamos y sea insoportable, prefiero que esté aquí.

—¿Qué quieres que diga?

—Ah, pues no sé —dice exasperada—. Podrías disculparte tú también, por ejemplo. Sabes lo que es, ¿no?

—No tengo nada por lo que disculparme —digo flemático.

Ella toma aire con fuerza. Siento la rabia de su mirada contra mi rostro.

—¿Pero cómo tienes tanto morro? Llevas tratándome fatal desde que me conoces... y... ¡Me has dado azotes! Tienes que disculparte por eso.

—¿Ah, sí? Pues yo creo que tú deberías darme las gracias. Esos azotes te han venido muy bien. Y tampoco has sufrido tanto.

Me golpea con el puño en el hombro, pero tiene la fuerza de un pajarillo. Aun así, me irrita.

—¡Cómo te atreves! —exclama, colorada—. ¡Eres un matón orgulloso! ¡Yo que me he disculpado y quería arreglar las cosas...! Diga lo que diga Tyrell, eres un tirano insoportable.

Entrecierro los ojos. ¿Cómo?

—¿Qué es lo que dice Tyrell? —Amber parece dudar un momento. Alterno la mirada entre ella y la carretera. Está prácticamente vacía, apenas nos cruzamos con algún que otro camión y un par de coches familiares—. ¿Qué es lo que dice Tyrell, pregunto?

—Nada. Bueno, me contó de dónde os conocíais... y que estuviste en la guerra —responde al fin, apartando la mirada con un absurdo pudor que no comprendo—. Dice que eres un héroe.

—No soy ningún héroe.

—Ya. Eso creo yo.

No quiero pensar en eso. Los recuerdos siempre están ahí. Acechando. Son horribles, pero a veces lo echo de menos, esa es la triste verdad. Añoro los buenos tiempos. Y sobre todo, echo de menos a Kamal. Pero no es momento de volver ahí, es mejor no volver. No volver nunca. Todo eso tiene que quedar enterrado. ¿Por qué demonios le habrá contado Tyrell algo así? Ahora entiendo que se haya disculpado por llamarme cobarde. Niñata.

—Pues entonces todos de acuerdo —replico pisando el acelerador sin darme cuenta.

—¡Y ahora te enfadas! Si tienes algo que decir, dilo.

—No tengo nada que decir.

La sangre me hierve. Amber, Tyrell, Afganistán, ¿por qué no podemos estar tranquilos, maldita sea? Conducir en silencio.

—Pues yo sí. Eres un tirano y la música que tienes puesta es una mierda.

Alarga la mano y cambia la emisora con rebeldía.

—¡Estate quieta de una vez! —exclamo, volviendo a cambiarla.

Ella toca el botón. Yo toco el botón. Amber. Tyrell. Kamal. Afganistán.

—¡Eres insoportable, Eric!

Con un volantazo, salgo de la carretera y atravieso un camino de tierra que nos aparta de la circulación. Oigo las absurdas protestas de Amber de fondo, detrás del avispero que es mi mente. Creo verlo todo rojo cuando piso el freno con tanta brusquedad que la chica sale despedida hacia adelante, suerte que va sujeta con el cinturón. Salgo del coche y abro su puerta, arrancándola del asiento para sacarla del brazo.

—¡Para! ¡Para! ¡¿Qué demonios te pasa, qué estás haciendo?!

—Me tienes harto. Renuncio.

—¡¿Cómo que renuncias?!

—Le devolveré el dinero a tu padre y le diré que no te he encontrado. Me iré del país. Me da igual. ¡No pienso avanzar un kilómetro más contigo!

La cara de sorpresa de Amber es un poema. Sus ojos enormes están muy abiertos. Parece incrédula. A mí me cuesta respirar a causa de la ira contenida, y debo tener un aspecto amenazador, cuanto menos, pero ella no parece asustada de mí.

—¡No te atreverás! ¡No puedes dejarme aquí, en medio de la nada!

—Claro que puedo.

—¡No te atreverás! —grita ella, y de pronto, salta sobre mí, agarrándome con brazos y piernas. ¿Qué demonios está haciendo? ¿Es una llave?

—¡Quita de encima, loca!

—¡Tú sí que estás loco, maldito pirado! ¡Prometiste que me protegerías,

que contigo estaría a salvo, y ahora me quieres abandonar porque te he cambiado la radio! ¡Odio Metallica! ¡Y odio los sucios moteles! ¡Y he perdido mi Samsonite y me persiguen para hacerme cosas terribles, y tú me vas a dejar aquí, pues no! ¡Por encima de mi cadáver!

Intento forcejear con ella. Se le ha caído la gorra de los Yankees y la abundante melena rojiza ondea con cada uno de sus movimientos, cegándome. Tiene las mejillas encendidas, los labios muy rojos y sus ojos parecen desprender chispas de fuego verde. Cuando consigo apartarla de mí, la agarro de los brazos.

—¿Por qué demonios eres tan irracional?! —grito zarandeándola—. ¿Por qué no dejas de provocarme?! ¿Es que no puedes simplemente hacer lo que te dicen? ¡No estarías metida en este puñetero lío si hubieras hecho caso a tu padre, maldita pirada!

—¡Solo quiero ser yo misma! Tomar mis propias decisiones, aunque sean... locuras, como tú dices. ¡Al menos son mías!

La miro sin entender una mierda. Pero ella se mantiene firme. Valiente. Sus ojos brillan. Y no deja de pelear contra mi agarre. Es una digna hija de su padre, desde luego.

—No digas estupideces. Tienes una vida fácil, con todo lo que puedas desear. Muchas cosas son tuyas. Más de las que tiene la mayoría.

—¿Y crees que eso vale algo? —me replica impetuosa—. Mi madre se fue cuando tenía diez años. Solo veo a mi padre un par de veces, por vacaciones. ¡No sé quién soy! Ni siquiera sé lo que quiero hacer con mi vida... y tú me pides que parezca otra persona, que deje de ser así, que me tiña el pelo y sea obediente... y lo entiendo, pero no quiero desaparecer, Eric. ¿Sabes lo que es eso, tener miedo de desaparecer? ¿De no significar nada? Puede que lo sepas, tú has vivido muchas cosas. Ya sé que solo soy una cría, pero no puedes juzgarme. Tú no sabes lo que significa estar en mis zapatos. —Se detiene para tomar aire. Aunque supiera qué decir, no la interrumpiría. Ahora no. Durante las horas que hemos pasado juntos, Amber ha dicho muchas estupideces, pero ahora al fin está hablando con algo de sentido... y sus ojos brillan demasiado, como si estuviera a punto de llorar—. Cambiaría el maldito apartamento con vistas a Central Park por un solo día auténtico, ¿sabes? Cambiaría mi maleta y todo mi maquillaje por un momento de claridad en el que estar orgullosa de mí misma. Lo cambiaría todo por una vida normal, con mi padre... y con mi madre. Pero eso no podré tenerlo nunca. —Me mira intensamente, buscando comprensión—. Eric, si me tiño el pelo, estoy segura de que no me reconoceré en el espejo.

Dios mío. ¿Por qué tenía que ser pelirroja? ¿Y por qué tenía que estar tan loca?

Asiento con la cabeza, exhalando un suspiro.

—De acuerdo. Nada de tintes. Pero no te quites la gorra.

Ella sonríe. Debería soltarle los brazos, pero mis dedos aún están clavados sobre su piel.

—Hay algo más... —comienza ella.

—Suéltalo.

—Estoy enamorada de ti. Estoy totalmente loca por ti, como no lo he estado nunca... ni siquiera de Justin Bieber.

Por unos segundos me quedo quieto, inmóvil, congelado. Vuelvo a repetirme todo lo que he estado diciéndome en las últimas horas. Es la hija de Donovan. Solo es una cría. Es insufrible. Es tonta como una piedra. Es la hija de Donovan, maldita sea. Pero ahí están sus ojos, llamándome, anhelantes. Ahí está su boca entreabierta.

—Loca sí que estás. Como una puta cabra.

Y antes de poder evitarlo, la atraigo hacia mí y me apodero de su boca de una maldita vez.

Al infierno. Ya está bien. No me pagan lo bastante por esto.

Amber

Oh-Dios-mío. No sé qué he dicho. No me he podido controlar, y no sé por qué lo he dicho, pero... ¡qué más da!

Eric me está besando.

Eric. Me. Está. Besando.

Mi mente es un torbellino, y las palabras que han salido en torrente de mi boca se rompen con el contacto de sus labios, sin darme tiempo a que me arrepienta. No puedo reaccionar, mi cuerpo tiembla cuando me rodea con los brazos. Su boca no se parece a nada que haya probado antes. Los besos inexpertos y babosos de Jason se convierten en ceniza, arrasados por el fuego de los labios maduros y ásperos de Eric, que borran la huella de cualquier beso que me hayan dado antes. Me agarra en vilo, mis pies se levantan sobre el suelo y el tacto duro y caliente del capó en mi trasero me hace reaccionar.

Oh-Dios-mío.

Esto es como beber alcohol demasiado fuerte, comienzo a sentir cómo si me estuviera emborrachando. Le rodeo el cuello con los brazos y la cintura con las piernas, sin pensar, abriendo los labios para besarle más profundamente y dejarle explorar mi boca.

Siento la tensión en sus músculos bajo mis manos. Se transmite como una corriente eléctrica, erizándose la piel. El delicioso beso de Eric se vuelve más y más ansioso. Su lengua me roza los labios y un escalofrío me hace estremecer. Cuando se cuela hacia mi boca, profundizando, creo que me voy a derretir como un helado de fresa al sol.

El calor de su lengua es real. Cada gesto con el que me atrae hacia su cuerpo y me toca, apretándose el trasero y metiendo las manos bajo mi camisa interior. Sus caricias son terrenales, me anclan a este momento y a mí misma, como si conocieran mis secretos, todo lo que quiero, y lo pusieran ante mis ojos. Nunca he deseado nada con tanta intensidad, ni me he sentido tan segura entre las manos de nadie. El calor que despierta en mi estómago me coge por sorpresa. Al principio solo era un cosquilleo agradable y dulce, pero ahora es algo líquido que arde y se esparce por todo mi cuerpo y cuando llega a mi vientre se condensa y se agita como un animalillo hambriento.

¿Es esto lo que se siente? Creo que nunca he estado enamorada, creo que nunca me he sentido tan segura de estar viva.

Enredo mi lengua con la suya con valentía, inspirada por sus manos. Pego los pechos a sus pectorales y aprieto sus cabellos entre mis dedos. Sus manos son grandes y calientes. Sus caricias precisas son las de un hombre, un hombre con mayúsculas, que sabe lo que hace y lo que quiere. Despiertan sensaciones en mi cuerpo que jamás había sentido. Me toca como si fuera suya, como si supiera con toda certeza cómo hacerlo para enloquecerme. Y lo está consiguiendo. Siento el roce áspero de las yemas de sus dedos en mi vientre y no puedo contenerme. Le aprieto con las piernas contra mi cuerpo y deslizo las manos bajo su camiseta, recorriendo los músculos poderosos de su espalda con los dedos. El calor me hormiguea en las yemas. Recuerdo cada tatuaje en su piel, la impresionante desnudez con la que me topé al entrar en el baño del hotel mugroso, y un escalofrío me cruza la columna vertebral. Tengo sed, y hambre, y ganas de gritar pero solo un suspiro entrecortado se escapa de mis labios entre los besos. Nunca me han besado con el ansia con la que lo hace Eric, y lejos de asustarme la contención con la que me toca y me atrae hacia sí hace que el fuego en mi estómago se vuelva casi insoportable. Me siento capaz de todo. Es como

un animal salvaje encadenado, luchando contra sus instintos.

Su fuerza me hace sentir segura. No me avergüenzo de lo que he dicho, porque no puedo negarlo y es tan cierto como que el sol sale todos los días. A Eric no parece asustarle, es como si sus labios quisieran arrancar las palabras de los míos con cada gesto, ¿estará él enamorado? No, no es momento para preguntas. No quiero preguntarme nada, estoy harta de hacerme preguntas, y solo quiero sentir. Vivir.

Deslizo las manos hacia sus abdominales, el tacto de su piel es un poco áspero. Cuando me aparto de su boca para mirarle, resollando sobre sus labios, me doy cuenta de que el cielo está en llamas. Tras él, más allá de las laderas resacas de Nevada, el sol se está poniendo, es un disco rojo escondiéndose tras las montañas, tiñendo las nubes del resplandor del fuego. La luz recorta la silueta de Eric, parece que esté ardiendo, y sus ojos reflejan el brillo rojizo del cielo, arden y me miran como si fuera a devorarme.

Se arroja de nuevo sobre mí, tiro de él hacia mi cuerpo y mis manos le recorren con avidez. Entonces mis dedos resbalan en su hombro al contacto de una tela áspera, empapada de algo caliente y pegajoso. Es sangre. Dios mío, ¡es sangre!

A mi cabeza vuelven las imágenes del tiroteo y el corazón me salta en el pecho. Debió recibir un balazo entonces, pero yo estaba tan asustada que ni siquiera lo vi, ¿cómo no he podido darme cuenta? ¿Y cómo ha podido ocultarlo tan bien? Asustada, saco la mano de debajo de su ropa y le empujo, mirando la sangre roja y brillante en mis dedos y luego la mancha que se extiende en su camiseta, haciéndose más y más grande.

Eric me mira extrañado, ¡ni siquiera se ha dado cuenta!

—¡Eric! ¡Estás sangrando!

Se mira, sin apartar las manos de mi espalda.

—Ah, sí, eso parece.

—¿Qué? ¿Cómo que eso parece? ¿Cuándo te lo han hecho? ¡¿Cómo puedes estar tan tranquilo?!

—No es nada, me he vendado en el bar de Tyrell.

No sé si está acostumbrado a recibir tiros de esta manera, pero yo nunca he visto a nadie sangrar así, y me estoy poniendo muy nerviosa. La tranquilidad con la que se lo toma me pone muy nerviosa. Me quito sus manos de encima y le empujo, bajándome del capó y arreglándome la ropa apresuradamente. Él no me

lo impide, solo me sigue con la mirada, apartándose del coche.

—Hay que curarte eso, estás sangrando mucho. —Me sorprende la seguridad en mi voz, que ni siquiera me tiembla—. Y vas a acabar desangrándote, no lo podemos permitir. No lo puedo permitir. Tú no vas a morirte, y menos ahora.

Eric me mira cruzándose de brazos mientras me dirijo a la puerta del conductor.

—No me voy a desangrar.

—Tienes que curarte y descansar, o pillarás el tétanos, o algo peor.

Abro la puerta del coche y le lanzo una mirada de advertencia. Aprendí a hacer eso de mi madre, pero con él no parece que tenga mucho efecto, porque se descojona. Se pone a reír, y eso me pone aún más nerviosa.

—No voy a pillar el puto tétanos.

—¿Cómo vas a saberlo? ¿Te crees inmune a todo? Pues, ¡sorpresa! No lo eres. —Él sigue riéndose, así que me siento ante el volante y cierro la puerta de un golpe bien sonoro—. Sube al coche, Eric, pararemos en el primer motel que encontremos, no puedes ir por ahí desangrándote, a eso no eres inmune, seguro. Y además, lo vas a poner todo perdido y luego cuesta mucho sacar la sangre.

—Está bien —dice cuando le abro la puerta, estirándome sobre el asiento del copiloto. El capullo aún se está riendo cuando se sienta—. Para una vez que tienes una buena idea no voy a discutir.

—*Piri ini viz qui tiinis ini biini idii ni vii i disquitir* —Le saco la lengua, bizqueando con todo mi desprecio.

El sonido del motor ahoga su risa cuando arranco y pongo rumbo hacia Reno, apretando el acelerador a fondo.

...

Ya es de noche cuando detengo el coche en el aparcamiento del motel Sundance Inn. Un poco más al este las líneas de luces de la ciudad de Reno, con sus rascacielos y sus neones brillantes rompen la oscuridad monótona. Solo tendríamos que conducir media hora más y llegaríamos a la civilización, pero la verdad es que me siento más segura aquí, en este sitio asqueroso al que nadie en su sano juicio vendría por voluntad propia. Las letras del viejo rótulo que lo señala parpadean, y un tablero con letras negras medio despegadas nos avisa de que está abierto las veinticuatro horas.

—En la vida habría parado en un lugar como este si no fuera porque tu estado es crítico.

—Mi estado no es crítico, estoy perfectamente.

Le miro. Tiene ojeras, parece cansado, pero sigue ahí como si nada hubiera pasado, con la camiseta sucia de sangre por debajo de la chaqueta de cuero.

—Estás pálido, has perdido mucha sangre.

—Nada serio, he salido de peores.

—Claro, eres un tipo duro y eres inmortal, ¿no? —digo quitando las llaves del contacto y mirándole directamente. He conducido unos veinte minutos a toda velocidad, alarmada, y a Eric parece darle igual todo, ¿le estará llegando poca sangre a la cabeza?—. Tienes que comer y recuperar fuerzas. Eres un mercenario, tu vida es muy dura y no puedes hacer estas tonterías o acabarás con problemas de tiroides por los desajustes alimenticios.

—¿Qué estás diciendo?

—¡No lo sé! Estoy nerviosa.

—Pues no lo estés.

—Gracias, ya se me ha pasado —digo con tono irónico mientras bajo del coche y me pongo la gorra, recogíendome bien el cabello debajo de ella—. Menos mal que lo has dicho porque si no tendríamos que ir corriendo a por ansiolíticos. Pero ya me siento mucho mejor.

En recepción no hay nada que me sorprenda a estas alturas. Huele a cerveza y a humo de tabaco, las paredes hacen milenios que no han olido una capa de pintura y la única decoración que conocen es la costra de nicotina que las recubre. Un tipo de unos cincuenta años, con la coronilla calva y la camiseta llena de manchas de misteriosa procedencia nos mira como si le hubiéramos interrumpido en algo muy importante y vital. Cuando repara en mí su mirada se vuelve turbia y tengo que hacer de tripas corazón para no volver al coche y largarnos cuanto antes a algún lugar donde sepan, al menos, qué es el desodorante.

—Queremos una habitación para esta noche —le digo.

—Ya veo. Los hay con suerte, ¿eh? —me responde, o más bien le responde a Eric, como si yo no existiera, mirándole con complicidad.

Me dan ganas de darle una torta. Una muuuuy fuerte. O dos.

—Conserva la tuya y cállate —dice Eric.

Le detengo cuando va a sacar el dinero para pagar y dejo los veinte pavos que cuesta la habitación dando un golpe sobre la barra de madera, lanzándole una mirada asesina al recepcionista.

—Dame las llaves —le exijo.

El tipo asqueroso se ríe, como si estuviera viendo a un chihuahua gruñir o algo así, luego me lanza las llaves sobre la barra y las agarro, apretándolas con el puño. Se me sube la sangre a las mejillas, y no precisamente de vergüenza.

—Eres un tipo muy desa...

Eric tira de mi brazo, interrumpiéndome, y recuerdo que está mortalmente herido y necesita atención inmediata. Él es mucho más importante que cantarle las cuarenta a ese asqueroso, así que me voy, dejando atrás la risa del muy cerdo. Al menos no me ha hecho perder el tiempo pidiéndome el carnet.

Al abrir la puerta de la habitación, a la que se accede a través de una escalerilla y un pasillo exterior, me viene un olor desagradable, como a algo pudriéndose en la nevera. Me recuerda a los pisos de estudiantes, y eso que solo he estado en ellos de visita.

—Estoy segura de que si prendo fuego a este motel los gases de la basura acumulada harían que estallase como un castillo de fuego. Eso le daría calidad, al menos se convertiría en algo bonito y podríamos disfrutarlo. Y seguro que es la única manera de exterminar los gérmenes que debe haber aquí, quemándolo todo.

—El plan era no llamar la atención, ¿recuerdas?

—Déjame soñar.

Al encender las luces me arrepiento al instante. El suelo está cubierto de moqueta, amarillenta como las paredes sucias de nicotina y como las sábanas de las camas, desgastadas y viejas. Los muebles son de madera de chapa, no los han cambiado desde los años setenta, y siguen siendo tan horribles como lo fueron cuando los compraron.

—No entiendo qué le pasó a la gente en los setenta, ¿se pasaron con el LSD? ¿Por qué era todo tan horrible? No es tan difícil combinar colores, cualquiera sabe que el verde y el marrón es una buena combinación si quieres matar de aburrimiento a la gente. ¿Y eso de las sábanas? No estoy segura de que sea la decoración, creo que son manchas. Es absurdo, uno debería tener clara la diferencia entre manchas y decoración siempre, ¿no?

Eric me mira sin entender.

—Cálmate, solo es una habitación.

—No es la habitación... es que... —Miro alrededor, y cojo una de las sillas destartadas que hay apoyadas en la pared. Tiene manchas en el asiento, es asquerosa, espero que Eric no pille ninguna infección. Espero no pillarla yo por mirarla—. No importa. Ven.

Le agarro del brazo y le llevo hacia el baño, arrastrándoles a la silla y a él. Las baldosas que recubren las paredes del baño son de color... ¿adivináis? ¡Sí! Amarillo, a juego con la mugre.

—Siéntate —le digo obligándole a hacerlo. No sé si está extrañado o si se está cabreando, pero me da igual. Habrá sido un SEAL pero desde luego no sabe hacerse cargo de su propio bienestar, y alguien tiene que hacerlo.

—¿Has hecho esto antes? —me pregunta al sentarse en la cutre silla con una media sonrisa de canalla.

Cansado y débil me sigue pareciendo atractivo y peligroso, como un animal salvaje herido al que hay que tratar con cuidado. Sus tatuajes y sus poderosos músculos quedan expuestos cuando se quita la chaqueta y la camiseta, y también la venda empapada en sangre que le rodea el hombro por debajo de la axila.

—Sí, millones de veces —respondo con la misma seguridad con la que desato la venda y comienzo a quitársela, ignorando sus abdominales de dios griego. Me cuesta mi trabajo, aunque la situación es seria y terrible y Eric esté al borde de la muerte aunque disimule.

—Ya veo.

Mi mentira se desmonta sola cuando la venda sucia se me cae de las manos al dejar la herida al descubierto. Nunca he visto nada tan impresionante, tiene la piel desgarrada, abierta en pequeños jirones alrededor de la herida circular, y puedo ver la carne roja y sangrante. La mirada se me llena de puntos de colores y me tengo que apoyar en su brazo cuando lo levanta para que no me caiga.

Esto es vergonzoso. El moribundo es él, pero a mí acaba de bajármeme toda la sangre a los pies.

—Oh Dios mío, ha debido dolerte muchísimo...

—Menos de lo que parece. Amber, tengo hilo de sutura y desinfectante en la talega, tráelos aquí, lo haré yo mismo.

Asiento, apartándome de él. No puedo mirarle la herida. Se me ha revuelto el estómago y me siento fatal por no poder ayudarle. Cuando le traigo lo que me

ha pedido, sin embargo, no puedo evitar mirar cómo se limpia la herida y él mismo enhebra la aguja y comienza a coserse sin anestesia. Me tengo que sentar en el borde de la pequeña bañera, mareada, y me cubro la boca con las manos. Eric ni siquiera se queja, tiene el ceño fruncido y los dientes apretados, y tensa los músculos cada vez que pasa el hilo a través de la herida y tira, uniendo las partes desgarradas del balazo. Yo estaría gritando como una loca, seguramente me habría desmayado, pero él se cose sin que le tiemble la mano.

Ha recibido un balazo por mi culpa. Todo este desastre me hace sentir terriblemente avergonzada y culpable. No quiero ponerle las cosas difíciles a Eric, ya lo había decidido, pero que haya resultado herido por alejarme de esos energúmenos es demasiado. Me prometo para mis adentros que voy a ser menos quejica. No sé si voy a poder cumplirlo. Me gusta demasiado quejarme, a veces lo hago sin darme cuenta, es como una especie de hobby y además me desestresa. Lo haré lo mejor que pueda y siempre puedo comprarme una pelotita antiestrés o acariciar perritos o alguna de esas cosas.

—¿Te encuentras bien?

—Tengo mejor cara que tú ahora mismo. Mejor deja de mirar.

Y es verdad, él está ojeroso cuando termina y se pone en pie, sin siquiera trastabillar o parecer mareado. Yo estoy pálida y horrible como si llevase días sin dormir y fuera yo la que se hubiera desangrado.

—Necesito el maquillaje con urgencia.

—Sí, menudo drama —le oigo rezongar mientras sale del baño, y me planto rápidamente a su lado. No necesita ayuda, y me lo hace saber apartándome con un gesto de la mano.

Aun así me quedo vigilándole de cerca mientras va hasta la puerta y echa la llave. Cree que voy volver a intentar escapar.

—No hace falta que hagas eso, no voy a ir a ninguna parte. Aunque si necesitas algo sí tendré que ir... ¿necesitas algo?

Eric niega con la cabeza. Yo me doy cuenta de que estoy retorciendo mi suéter entre los dedos. No sé cómo ayudarle, me gustaría poder ser más útil, pero es difícil incluso saber si Eric está bien. Supongo que no se pondría en peligro a lo tonto por hacerse el duro, pero no acabo de fiarme.

Cuando se tumba en su cama yo me siento en la mía y me quedo mirándole. Se ha cubierto los ojos con un brazo y ya no dice nada más. Se queda muy quieto, y comienza a darme miedo que le pase algo. ¿Y si deja de respirar? ¿Y si

se muere y no me doy cuenta?

Le observo con atención y me fijo en su pecho desnudo, que sube y baja al compás de la respiración. No quiero hablarle por si le molesto, así que es la única manera de comprobar que sigue vivo y bien, saber que está respirando con normalidad. Durante un largo rato me quedo así, quieta, concentrada en el movimiento de su tórax hasta que comienzo a relajarme cuando el ritmo de su respiración se vuelve constante y profundo.

Se ha dormido, y yo debería hacer lo mismo, meterme en la cama y descansar, pero mi corazón aún late de manera anormal y hay algo apretándome el estómago. Estoy inquieta, y no puedo dejar de mirarle. Si me duermo, no podré asegurarme de que respira, y tampoco podré mirarle.

No es el mejor momento para pensar en esto, pero me gusta mirarle. Me gustan los dibujos que hay grabados sobre su piel y su color acaramelado y cálido. No sé el tiempo que paso distraída con sus tatuajes, mirando la calavera de macho cabrío que tiene en el pecho, y el sin fin de dibujos que la rodean, ¿qué es eso? Parece un atrapasueños... y un ave fénix. Deben tener un significado importante para él, ¿para qué se tatuaría si no? Quiero hacerle muchas preguntas, sobre sus tatuajes, sobre la guerra, sobre su vida y las cosas que le gustan. Ahora sé que yo le gusto, y un cosquilleo inquieto se despierta en mi estómago al recordar el beso que nos hemos dado sobre el capó del coche.

Sus labios saben a cerveza y tabaco, no a caramelo como había pensado. Son un poco amargos y dulces como la fruta madura, son duros y queman. ¿Pero a qué sabrá su pecho? Esa piel dorada parece cálida como el café, tiene el color del caramelo y me atrae irremediamente desde la primera vez que le vi solo cubierto por una ridícula toalla. Su vientre terso sube y baja en un movimiento hipnótico, y yo cada vez me siento más inquieta. No voy a poder dormir, y necesito resolver mis dudas antes de hacerlo así que me levanto y me acerco con mucho cuidado, sin hacer ruido.

Sus abdominales son impresionantes, perfectamente definidos, como si estuvieran esculpidos bajo la piel. ¿Sabrán a café y a caramelo? Miro a Eric a la cara, aún se cubre los ojos con el brazo y respira profundamente. Está dormido, y no parece que vaya a despertar, porque está agotado y débil. Me inclino, apoyándome con mucho cuidado en el colchón con una mano, y saco la lengua despacio, acercando la punta a sus abdominales. Cierro los ojos cuando la deslizo sobre la deliciosa piel, despacio, y siento cómo se me eriza el vello de la nuca.

—¿Qué demonios estás haciendo? —Su voz me sobresalta. Mi corazón

comienza a latir a mil por hora y le miro con los ojos muy abiertos, sin acertar a apartarme.

—Sabes a tofe...—respondo como una idiota. «¿A tofe? Amber... ¿en serio?».

Eric se incorpora a medias y me mira, despeinado y con el gesto somnoliento. Parece que tenga resaca o que haya fumado algo ilegal. Ese falso aire indefenso le hace parecer aún más peligroso, porque en su mirada, a pesar de la debilidad, chispea un fuego que me sacude de ansiedad.

—Ven aquí —me dice.

Oh-Dios-mío. ¿Quién podría desobedecer? Porque yo no.

Trepo sobre la cama y él me agarra del trasero con ambas manos, sentándome sobre sus caderas a horcajadas.

El cosquilleo en mi tripa se intensifica cuando nuestros labios se encuentran. Eric se apoya en el cabecero de la cama mientras sus enormes manos me aprietan el culo. El sabor de su boca me enloquece los sentidos. Ningún licor es tan potente como sus labios, que pronto me hacen sentir como si me hubiera bebido dos chupitos de tequila de una sentada: mareada, ardiendo por dentro e intrépida. El corazón me quiere escapar del pecho. El tacto áspero de sus manos es maravilloso. En mi cabeza suena la música de Lana del Rey, aunque ya no haya una puesta de sol increíble y estemos rodeados de sordidez.

La habitación asquerosa, las sábanas amarillentas y las paredes de nicotina se emborronan. Solo su boca existe, succionando mis labios, su lengua colándose entre ellos y saboreándome mientras me aprieta el trasero. El ardor con el que me tocaba sobre el capó del coche se ha atemperado, no es tan salvaje como entonces, pero sigue habiendo un animal agazapado bajo cada uno de sus gestos. A duras penas alcanzo a pensar que Eric está débil, que ha perdido demasiada sangre y que no deberíamos estar haciendo esto.

—Eric... estás...—digo en su boca, con un hilo de voz sofocado.

—Estoy perfectamente —me responde, y se hunde en mi boca con un gruñido grave, sin darme oportunidad de replicar.

Es mayorcito, ¿quién soy yo para decirle lo que tiene que hacer?

Mi cabeza deja de funcionar. El calor inunda mi cuerpo y ya no estamos en la habitación. No sé dónde estamos... En la playa dorada de un videoclip de la MTV, en algún lugar de donde no quiero marcharme jamás. Justo donde quiero estar, a pesar de todo. Las manos de Eric me recorren, abarcan mi cuerpo y el

roce áspero de sus palmas despierta escalofríos en mi piel cuando las desliza debajo de mi ropa. De pronto, con un tirón, me levanta el suéter y la camisa. Levanto las manos, arqueando las caderas contra su cuerpo, y me quedo en sujetador delante de él cuando las prendas vuelan por la habitación. Él me mira con los ojos turbios de deseo y debilidad al mismo tiempo, como si estuviera embriagado o le hubiera hechizado. Me toca el pelo, enredando los dedos en un mechón desordenado, y baja la mirada hacia mis pechos con descaro.

Sé lo que va a ocurrir, y voy a dejar que ocurra. Quiero que ocurra. Me siento tan alejada de todo, tan libre, que mi deseo es como una voz gritando en mi cabeza. No puedo escuchar nada más. Yo misma me arranco el sujetador y le agarro las manos, apretándolas contra mis pechos. Él no necesita más, los estrecha con ganas y me besa a conciencia. Su debilidad me permite tomarme mi tiempo en saborearle y grabarme cada sensación en la memoria.

Otro escalofrío me hace jadear entre los besos al convertirse en calor entre mis piernas. Estoy excitada, hasta el punto de que estoy comenzando a mojar mi ropa interior. Y por lo que noto entre las piernas de Eric, él también lo está. Su paquete ha crecido y tira de la tela de sus tejanos, presionando contra mí. No puedo soportarlo más, necesito saber qué esconde ahí, y le suelto los hombros, abriéndole con prisas el botón del pantalón y bajándole la cremallera. Él se tensa debajo de mi cuerpo, sus dedos se clavan en mis pechos y los desliza por mis costados hasta colarse bajo mi pantalón. Su gruñido se ahoga en mi boca, aunque creo que esta vez ha sido una risa, grave, lenta y tan sexy que me roba el aliento.

—Con cuidado, no vayas a volver a marearte por la impresión —murmura, sonriendo de medio lado como un canalla.

—¿Cómo puedes ser tan...?

Su actitud me vuelve loca. No termino la frase, porque él está mirándome como si lo supiera y eso me pone aún peor. Para castigarle por su insolencia meto la mano en sus pantalones de forma brusca y la cierro en la carne caliente de su sexo. Él da un leve respingo y su sonrisa se ensancha, y a mí se me para el aire en los pulmones. El tacto se vuelve cada vez más duro y caliente, palpita entre mis dedos, y cuando lo saco de la apretada prenda bajo la mirada con los ojos bien abiertos. La tersa piel de caramelo está surcada por suaves venas, es tan apetecible como la piel de su abdomen... y su tamaño... Ninguno de mis rollitos tenía guardada una sorpresa como esta. Eric se me ha quedado mirando, con las manos metidas en mis pantalones, apretándome el culo con ganas.

—¿Has hecho esto antes?

—¡Claro que sí! No soy ninguna niña.

Le vuelvo a besar, estrechando su sexo entre los dedos para provocarle otro gruñido satisfecho. Parece que mi respuesta le convence y la verdad es que jamás he estado con nadie como él, no solo porque la tenga grande y mis rollitos han sido poco más que “normalitos”, es que me besa y me toca con tanta seguridad que me hace sentir libre como nunca lo había sido. Mientras le toco, explorando su tacto y sus reacciones y bebiéndome los besos largos y lentos que me da, él me desabrocha los pantalones y siento sus dedos resbalar despacio entre mis piernas. Va a darse cuenta de lo excitada que estoy, ¿y qué más da? Los dos lo estamos, y vamos a hacerlo. Sus dedos resbalan entre los pliegues de mi sexo y siento como si el fuego despertase dentro de mí. Sabe exactamente cómo tocar y dónde, y al sentir que hunde uno de ellos despacio en mi interior siento que voy a enloquecer.

—Eric... ¿tienes condones? —pregunto agitadamente y Eric se limita a asentir, sin dejar de besarme. Aprieta la palma de la mano contra mi pubis mientras desliza su dedo más profundamente.

Es él el que busca en el bolsillo de sus pantalones. Maldito, ya iba preparado ¿es que lo tenía pensado? ¿O irá por ahí llevándose a la cama a todas las chicas? Esas preguntas cruzan un instante por mi cabeza, pero las barro con rapidez. Qué más me da lo que haga, no voy a casarme con él, solo quiero disfrutar de su cuerpazo y de ese... *instrumento* que calza.

Maldito sea.

Le arrebato el condón y me aparto para quitarme los pantalones a toda prisa. Vuelvo a sentarme a horcajadas sobre él y abro el envase con los dientes, aunque digan que eso es peligroso, ¡que le den a todo! Se lo pongo, demostrándole mi pericia para que no piense que soy una princesita virginal, aunque a veces pueda parecerlo por mis sofisticados modales y buen gusto.

—Ven aquí —vuelve a pedirme, y yo obedezco, rodeándole el cuello con los brazos y besándole profundamente. Eric desliza otra vez el dedo en mi interior, lo acompaña de otro, y me toca con intensidad durante unos instantes, con tanta pericia que me pregunto si seré capaz de aguantar.

—Estás muy mojada —dice al sacar los dedos, con un susurro grave y esa mirada de lobo acechando que me deshace por dentro.

—Deja de hablar y... —vacilo. Oh, Dios mío, yo soy una señorita, incluso en estas situaciones. No sé cómo pedirle que lo haga.

—¿Fóllame? —Maldito sea. Maldita su voz. Odio lo bien que suena esa

palabra en sus labios. No, en realidad no lo odio, en realidad me encanta, y quiero pedírselo.

—Sí, ¡sí!

Vuelvo a agarrarle para dirigirle, ansiosa, pero él me detiene, marcando el ritmo con sus manos. No puedo soportarlo más.

—Tú no puedes hacerlo... soy yo la que te va a... follar a ti —le suelto de pronto y me dejo caer, venciendo la breve resistencia de sus manos en mis caderas. ¡Al diablo!

Eric parece sorprendido un instante, hasta que me clava los dedos en los muslos y suelto un jadeo. Cuando vuelve a besarme, me aprieta contra su cuerpo, arqueándose para hundirse en mi interior.

La sensación es maravillosa. Mi cuerpo le acoge con facilidad. Resbala en mi interior y mi carne le abraza. Le siento llenarme y un cosquilleo de placer delicioso me recorre hasta el cuero cabelludo. Y de pronto lo estoy haciendo... me estoy moviendo sobre su cuerpo, balanceándome, sensual y desinhibida, mientras él me besa con dedicación y eleva las caderas. Tiene la espalda apoyada en el cabecero de la horrible cama, que a veces se queja por nuestro movimiento. Sus manos me tocan con pericia, pero hay algo más en sus gestos, casi dulce, provocado seguramente por su estado de debilidad. No importa, el fuego está ahí, en cada beso, cuando me aprieta y me araña la espalda con la yema de sus dedos, en el modo en el que hunde las manos en mis cabellos mientras nos movemos al compás. Aprieto los muslos contra los suyos y le siento llenarme y vaciarme con cada embestida, mis pechos aplastados contra sus duros pectorales mientras compartimos besos y caricias.

—Me has asaltado a traición... —murmura en mi oído tras mordisquear el lóbulo de mi oreja. Me he agarrado de sus hombros, intentando aguantar sin rendirme al placer que late en mi bajo vientre—, no creas que esto va a quedar así. Voy a follarte como nadie te ha follado jamás. No puedes hacer esto... y quedar impune.

Su promesa me acelera el corazón aún más. El calor se eleva y me muevo con más brío sobre él. Estoy montándole como una especie de amazona, y él es un caballo salvaje. Mis besos no lo doman, si parece domado es por la debilidad... y yo estoy aprovechándome de ella como una bruja, pero no creo que le importe lo más mínimo. Él está resollando, empujando con su pelvis contra la mía, hundiéndose en mi cuerpo y gruñendo ahogadamente cuando me muevo con más intensidad, agarrándome de sus hombros.

—No me obligues a darte tu merecido otra vez... —murmura en mi oído. Su voz suena rasgada por el placer y me eriza la piel. Recuerdo los azotes en mi trasero y cómo mi cuerpo reaccionó sin que pudiera controlarlo—. Eso te gustó ¿verdad? Pues no es nada... puedo castigarte de otras maneras, puedo hacerlo con mi boca, comerte hasta que me pidas que pare.

El restallido de sus manos contra mis nalgas me hace gemir. Él se ríe, yo le golpeo en el hombro sano y él me aprieta el trasero con más fuerza. No me ha hecho daño, solo ha sonado, como aquella vez, y como aquella vez me vuelve loca. La chulería no se la curan ni los balazos ni el haber perdido vete a saber cuánta sangre. Creo que ni muerto dejaría de ser jactancioso, y aunque a veces me enerve esa parte de mí está ahora sepultada por esta otra, intrépida, ansiosa... y en resumen, salida. Y a esta parte a la que no le importa estar montándose a un engreído y tatuado barriobajero le encanta que sea así. Le encantan los azotes y el atrevimiento con el que me toca y me habla.

Le beso con más ansiedad y su lengua se enreda en la mía, recordándome los sueños que he tenido con su boca entre mis piernas. Siento el subidón desde mi bajo vientre, el calor que comienza a elevarse y el pulso disparándose. La sensación de vértigo tirando de mí, como si estuviera en lo alto de una atracción, suspendida en el vacío y a punto de ser soltada en una caída salvaje, y tengo ganas de gritar.

—Quiero oírte gemir de nuevo... Córrete para mí, quiero ver quién eres en realidad.

Sus movimientos se vuelven más profundos, los míos desmadejados, y siento la fuerza de sus manos anclarme contra él. Su cuerpo moviéndose contra el mío, volviendo el roce de su pubis contra mi sexo más intenso y enloquecedor. Quiero gritar. ¡Quiero gritar!

—¡Sí! ¡Así! ¡Sí! —Y lo hago. Ya me da todo igual.

Eric llega donde nadie ha llegado antes, y me impulsa más lejos que nadie. El orgasmo se desata repentinamente. La atracción se suelta y caigo al vacío, y gimo con fuerza, sin pensar en las habitaciones vecinas o en el asqueroso recepcionista. Grito y le agarro del pelo para besarle, moviéndome descontroladamente, sintiendo su sexo enterrado hasta el límite en mí, colmándome y latiendo mientras me...

—¡Me corro! —Oh-Díos-mío, esa es mi voz. ¿Yo he dicho eso? Sí, he sido yo. Y no hay una palabra que pueda describir mejor lo que está pasando.

Me estoy corriendo, y decirlo en voz alta lo hace todo aún más liberador y

genial.

Por primera vez entiendo esa palabra tan vulgar y que creía exclusiva de los chicos. Correrse, como si fuera un líquido derramado o el rímel dichoso. Algo que se te va de las manos, algo que resbala y estalla y se extiende y no lo puedes contener.

No creía que pudiera ir a más, pero entonces siento cómo Eric me agarra con más fuerza y resopla, arqueándose hacia atrás. Le siento latir en mi interior. Atrapo sus labios, silenciando los gemidos graves con un beso dedicado, moviéndome con seguridad cuando le noto tensarse y apretarme contra su cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás, con la expresión crispada de placer, la mandíbula apretada y los músculos y las venas marcándose bajo su piel.

Respiro en su boca aceleradamente mientras le araño los pectorales con las yemas de mis dedos, hasta que al fin se detiene. Nuestros jadeos son lo único que se escucha en el horrible cuarto y sus ojos ardientes parecen haber adoptado un color rojizo cuando me mira, como si los tiñese un fuego interno. De pronto sé que no está satisfecho. Está débil y parece algo aturdido tras el orgasmo, pero en su mirada refulgen un millar de promesas de venganza que se quedan ahí cuando sale de mí, se quita el condón y se enfunda el tremendo *instrumento* en los pantalones.

Me abrazo a él, buscando refugio en su cuello y cerrando los ojos. Siento su respiración contra mi pecho, y adivino que su corazón late tan fuerte como el mío. Me lleno del olor almizclado del sexo. Los dos tenemos la piel húmeda de sudor y el cuarto está atiborrado de nuestro perfume... y no es desagradable, lo hace todo mucho más real. Porque esto ha ocurrido, y no me arrepiento en absoluto.

—No le digas nada de esto a tu padre —dice Eric. Rompería el hechizo si no fuera por la manera con la que me rodea la espalda con el brazo y me aparta el pelo de la cara cuando apoyo la cabeza en su pecho. Sus gestos, tal vez por la debilidad, son tiernos y cuidadosos.

—No seas idiota... no voy a decirle nada.

—Vale. Solo por asegurarme.

—Calla y duérmete.

Para mi sorpresa, Eric me obedece y cierra los ojos, acomodándose en el colchón conmigo encima. No me rechaza, y menos mal, porque entonces me vería en la obligación de romperle algo en la cabeza. Ahora mismo me siento como si hubiera perdido la virginidad, aunque no sea el caso. Pero creo que es la

primera vez que lo hago con alguien que me gusta *de verdad*, y que además, sabe lo que se hace. Aún estoy latiendo por dentro, y el mundo me da vueltas y algo se agita en mi estómago con insistencia cuando le miro. Y no es hambre.

Creo que sí, que así se siente una cuando está enamorada.

Por primera vez en mi vida estoy conociendo el amor, el amor de verdad. Puede que él no sea para mí, que sea una locura, un producto de esta situación extrema. Me da igual. Voy a vivirlo, y pienso pasarme la noche abrazada a él, exprimiendo cada segundo.

Capítulo 6

La hija del jefe

Eric

Me despierta un hilo de sol que golpea directamente en mis ojos. Gruñendo, giro sobre el colchón para apartarme de su trayectoria. Pero ya es tarde. La puta realidad va haciéndose un hueco en mi mente aún adormecida. Tengo que despertar y comprobar que todo está controlado. Estoy en una misión. No puedo hacer el vago.

—Maldita sea...

Me incorporo de mal humor, frotándome la cara con las manos. Me duele el hombro y me siento débil, como si un vampiro me hubiera chupado la sangre. Entonces me doy cuenta de que estoy solo.

«Mierda. Amber».

La adrenalina hace que me espabile a toda prisa. Me pongo en pie y casi me fallan las rodillas, así que me tambaleo hasta apoyarme en la pared. Anoche estuvimos follando, me acuerdo de eso. Sí, me acuerdo perfectamente. Fue una mala idea, lo fue por muchas razones que ahora no quiero pararme a analizar. Me rebusco en los pantalones, que tengo aún puestos, y compruebo que no tengo la llave de la habitación. La maldita niña me la ha robado y se ha largado, ¿en qué hostias está pensando? Voy hacia la puerta, demasiado hambriento y débil como para que mi furia esté al nivel que merece, y justo cuando voy a salir, esta se abre hacia adentro, casi rozándome la cara.

—¡Hostia puta!

—¡Hola, dormilón!

Ahí está ella, con el pelo rojo recogido bajo la gorra de los Yankees y la chaqueta de béisbol. Lleva entre los brazos dos grandes bolsas de papel y su sonrisa brilla casi tanto como sus ojos.

—¿Qué demonios...?

Voy a empezar a sermonearla, pero no me da tiempo. Ella empieza a hablar y hablar.

—He ido a comprar comida, no hemos probado bocado desde ayer, ¿sabes

lo malo que es eso? Hay que hacer al menos cinco comidas al día. ¿O eran seis? No lo recuerdo. ¡Ah! ¿Te gustan las hamburguesas? Espero que sí, porque prácticamente es todo lo que he traído, aunque también hay alitas de pollo, aunque tú tienes pinta de ser más de carne roja, ¿verdad? Seguro que te encantan los entrecots sangrantes y jugosos y te los comes de dos en dos. —Cierra la puerta con el culo, me lanza las llaves por el aire y va hacia la cama, donde se sienta y empieza a sacar el contenido de los paquetes. Iba a echarle la bronca, pero paso. Su cháchara desbocada me aturde. Cierro la puerta con llave mientras ella enumera el menú—: Esto son sándwiches de *pulled pork*, aquí una hamburguesa doble de Angus, esta es con queso y bacon y esta con salsa bourbon... esto... ¡Oh, las alitas! Mira, con sus salsas. También he comprado unas mazorcas, dos cervezas y agua. Iba a comprar refrescos pero no tienes pinta de beber refrescos, aunque seguro que el azúcar te vendría bien.

Mientras parlotea, miro la comida y luego a ella.

Anoche nos acostamos. Recuerdo perfectamente cada maldito momento, la expresión de su rostro, sus gemidos y el tacto de su piel. Debería haberme quitado un peso de encima tirándomela, pero no estoy tan seguro...

—Eric, ¿me estás escuchando?

—No —digo acercándome. Me siento en la cama y agarro uno de los bocadillos de carne envueltos en papel.

—No tienes remedio, eres un cretino total. ¡Te estoy preguntando que si te gustan las hamburguesas!

—Pues claro que me gustan, ¿a quién no le gustan?

—No sé, a los veganos.

—Yo no soy vegano.

—Yo tampoco, a mí también me gustan.

Ella sonrío y se sienta a mi lado, cogiendo una con queso y abriendo la botella de agua. Al dar el primer mordisco me doy cuenta de lo terriblemente hambriento que estoy. Durante varios minutos me dedico a comer en silencio mientras ella, como siempre, no se calla. Ni siquiera comiendo.

—Las he comprado en el restaurante del motel. La verdad es que no está nada mal, aunque este sitio sea, bueno, en fin, ya sabes. Terrible. Pero la cocina está bien y el dueño es muy amable, es un viejecito que parece Santa Claus. Me ha tratado muy bien, nada que ver con ese recepcionista asqueroso. Por si te lo preguntas, no he enseñado el pelo y además he fingido acento de Arizona para

que nadie me reconozca, estoy colaborando. He pagado en efectivo. ¡Había bastante gente! Una familia con un niño suuuuper pesado, no hacía más que lloriquear y...

La cama de Amber no está deshecha. Los dos hemos dormido en la mía. En la papelería hay pañuelos de papel manchados de sangre y veo asomar el borde del preservativo. Por si me quedaba alguna puta duda, sí: me he follado a Amber O'Connell. Mis sábanas aún huelen a ella.

Maldita sea.

—¿Te ha gustado?

Miro las servilletas de papel entre mis manos; sin darme cuenta ya he terminado de comer.

—Sí. Pero me he quedado con ganas de más —digo mirando directamente a la pelirroja. Ella sonrío con cara de no enterarse de nada.

—Pues coge otra, ¡hay un montón!

Será idiota. Yo no estoy hablando de comida, claro. Pero qué va a saber ella. Aun así, desenvuelvo otro sándwich de carne y empiezo a morder y masticar con frustración.

Me he follado a Amber O'Connell y me ha gustado, y ya no me importa que sea la hija de Donovan. La he visto gemir. He visto su rostro cuando se corría. He visto sus tetas perfectas rebotando, estrechándose contra mi rostro, deshaciéndose en un sabor dulce y embriagador dentro de mi boca.

De pronto, mientras me pierdo en los recuerdos pornográficos de la noche anterior me doy cuenta de que Amber se ha callado. Increíble. La miro y me la encuentro mirándome, embobada.

—¿Qué demonios te pasa?

—Es fascinante.

—¿El qué? ¿Mi cara?

—Sí... ¡No! No, es que nunca había visto comer a un hombre.

Levanto la ceja.

—¿Qué?

¿Habla en serio? A juzgar por lo estúpida que es esa afirmación, seguramente sí. Parece algo que ella diría.

—Bueno, a mi padre. Pero él no come así.

—¿Así, cómo?

—Con tanta... —Los ojos le brillan. Sus mejillas se tiñen de un suave tono rosado—. Con tanta hambre.

Sonrío a medias.

—Ya, pues... —«Pues espera a que te coja a ti por banda», quiero decirle. Pero no lo hago—. Pues tú comes como un niño de tres años. Te has puesto perdida de tomate.

Amber abre mucho los ojos.

—¡No es verdad! —grita, y empieza a limpiarse a toda prisa, por toda la cara.

—Eh, no es una queja. Esta comida hay que comerla con ganas. Odio a la gente que come hamburguesa con cuchillo y tenedor.

—¿Verdad? ¡Yo pienso exactamente igual! —Moja una alita de pollo en la salsa picante y me dedica una mirada traviesa—. ¿No es fantástico que tengamos tantas cosas en común?

—Sí, muchísimas.

—¡En serio! Piénsalo.

Sigo comiendo mientras ella enumera nuestras supuestas coincidencias. La mitad se las está inventando. De paso, aprovecha para juzgar mis gustos musicales y llamarme macarra y bruto, pero no le hago ningún caso. Tengo mis propios asuntos en los que pensar.

Poco a poco siento que me vuelven las fuerzas. Al echar un vistazo por la habitación, obviando el horrible color de las paredes y la mugrienta moqueta, veo que no está tan mal como parecía cuando llegamos. No es el peor sitio en el que he estado. La tele está encendida, supongo que Amber la ha puesto en algún momento. A través de las cortinas entrecerradas entra la luz dorada del sol. He debido dormir al menos diez horas, porque esta luz no es la de una mañana... Si no es ya mediodía poco debe faltar. «Deberíamos largarnos cuanto antes», me digo. Estar quieto durante una huida es la peor idea que se puede tener. Sin embargo...

—A los dos nos gusta el béisbol. Y los coches, porque te gustan los coches, ¿verdad? A los dos nos gusta el color azul...

Miro de reojo a Amber.

—Si has terminado de comer, hay que irse.

Ella parpadea, como si mis palabras la sorprendieran. Todo su optimismo desaparece.

—Sí. Vale. Voy a lavarme los dientes.

Se levanta y entra en el cuarto de baño. La oigo quejarse de las toallas y del lavabo. Mientras, recojo nuestras cosas y cuando ella sale, entro yo. Me dispongo a desinfectarme la herida. Tendré que tomar un par de calmantes hoy, porque aún duele como el puto infierno.

En plena operación, Amber asoma la cabeza por la puerta del baño.

—Oye, Eric, deberías descansar un poco más antes de... ¡Agh! ¡Te estás desangrando!

—Amber, es yodo.

—Dios mío, no puedo ver eso, ¡no puedo ver eso!

La chica vuelve a cerrar la puerta del baño a toda prisa. No puedo evitar reírme de ella. Termino de atender mi herida y me aseo con rapidez.

Tengo que usar el móvil. Comprobar que las carreteras no están cortadas. Tengo que revisar el plan. Tengo que asegurarme de que las armas están cargadas. Tengo que establecer la ruta y comprobar que todo sigue igual entre Donovan y sus enemigos. Sí, debería estar pensando en todas esas cosas, pero solo pienso en una. En ella.

Cuando salgo del baño, está recostada en la cama viendo las noticias. Ha recogido nuestras cosas y enreda un mechón de pelo en uno de sus dedos una y otra vez. Me mira, parpadea y aparta la mirada.

«Céntrate, Eric. Céntrate».

—¿Podemos descansar cinco minutos más? —dice ella—. Solo cinco minutos.

«No. Ni de coña».

Pero asiento con la cabeza.

Me siento a su lado, estiro las piernas sobre la cama y me cruzo de brazos, fijando la mirada en la televisión. No oigo nada. No veo nada. Solo escucho su respiración, suave. Siento su perfume. El magnetismo de su piel. El dulce olor a flores de su pelo. Con el rabillo del ojo veo sus pechos subir y bajar cuando toma aire. Y la tensión, la tensión insoportable entre los dos.

La miro. Ella me mira.

Y de nuevo lo mando todo al infierno, me lanzo sobre ella y la beso.

Amber

Las hamburguesas han debido sentarle bien, y me alegro, porque la verdad es que esta mañana me he asustado y preocupado mucho por él. Dormía muy profundamente, tanto que ni siquiera se dio cuenta cuando le robé las llaves, así que pensé que debía hacer algo al respecto.

Y lo he hecho, y ha sido una maravillosa idea. Verle comer me estaba poniendo muy mala. Ahora entiendo a mi subconsciente, porque me está besando igual que come: con ganas, disfrutando con lujuria de mis labios y hundiéndose en mi boca para buscar mi lengua. Me enredo con él, dejando escapar un gemido satisfecho y entrecortado. La energía ha vuelto a su cuerpo, ¡vaya si ha vuelto! Anoche no me agarraba con tanta fuerza, sus gestos no eran tan autoritarios. Me maneja y me empuja contra los cojines con decisión. Recuerdo la mirada insatisfecha que me lanzó justo después de que hiciéramos el amor, y las promesas que brillaban en ella. Se me eriza la piel solo de pensarlo.

Ha salido del baño sin camiseta y tiene un apósito limpio sobre la horrible herida. No entiendo cómo puede ir por la vida con eso sin quejarse, ni me imagino lo que debe doler. Aunque ahora mismo no me importa demasiado la herida, es horrible y no quiero pensar en ella. Tampoco puedo con su boca ardiente adueñándose de la mía. Ahora el sabor de su saliva es fresco, acaba de lavarse los dientes, pero debajo del mentol siento las notas maduras y viriles de su sabor y siento cómo comienzo a humedecerme.

Este hombre me pone como una moto, no necesita más que besarme para hacerlo, pero no se contenta con eso. Sus manos me tocan por encima de la ropa, estrechan mis pechos con firmeza y luego se cuelan por debajo para arañarme el vientre y abrirme el sujetador. Me maravilla que sepa abrirlo a la primera, no como el torpe de Jason. «¿Jason? ¿Quién demonios es Jason?».

—Lo de anoche no estuvo mal —ronronea entre mis labios. Le tengo que volver a besar, pero él se aparta para hablarme, agarrándome de nuevo los pechos con sus enormes manos—. Pero me pillaste a traición, ahora voy a enseñarte lo que es bueno. Voy a tocarte y a comerte desde las tetas hasta el coño... hasta que estés tan mojada que no puedas aguantarlo más.

Oh-Dios-mío. ¿Quién es este tío? Sí, es el mismo, ya lo sé, pero ¿desde cuándo me enloquece tanto? Habría que estar ciega para no sentir nada al verle pero... ¡es un grosero! ¡Y un descarado! ¡Y me encanta! ¿Por qué me encanta?

—¡Eric! —Le golpeo en el hombro, escandalizada. Luego me sobresalto porque le he dado en el hombro herido—. ¡Lo sien...!

No me deja terminar. Su boca me arrolla mientras me abre los pantalones a tirones bruscos. Su lengua me invade, se enreda en la mía y reclama mi saliva. Me saborea a conciencia y se hunde como si buscara el aliento en mi garganta. Siento el calor crecer entre mis piernas, la sensación líquida en mi sexo, que late apretado por los tejanos.

—¿No te gusta la idea? —dice al apartarse para sacarme los pantalones de un tirón. Estoy resollando y tengo la piel muy caliente.

—Eres un deslenguado.

—Ahora lo vas a comprobar —me responde con una sonrisa descarada, tirando los pantalones lejos de nosotros y levantándose después el jersey y el sujetador de un tirón para tocarme las tetas.

Ni siquiera me los quita, el muy... vulgar, zafio y... Oh-Dios-mío, es todo tan sórdido que parece una película de Tarantino. Ni las sábanas amarillas ni el motel de mala muerte me importan ya. Eric se inclina, agarrándose los pechos y hundiendo el rostro entre ellos. Comienza a lamerlos y cuando succiona uno de mis pezones y lo mordisquea siento un escalofrío intenso que me nubla la razón. Le miro. Está entregado, lamiendo, succionando, mirándose sin ninguna vergüenza y con los ojos llenos de fuego. Su deseo es abrumador, me mira como si no existiera nada más y el corazón se me acelera.

Amber, esto se nos está yendo de las manos, y es algo serio. Es una locura, y me encanta esta locura, pero tengo que pensar en frío, incluso en esta situación. Soy una persona madura, previsora, adulta, ¿no?

Eric ya me está bajando las bragas y hago un esfuerzo tremendo por tomar las riendas de mí misma. Tengo que decirle una cosa importante, una cosa que debe saber, porque soy una persona madura y no quiero hacerle daño. Le pongo una mano en el pecho y le empujo, mirándole de pronto muy seria, como la situación exige.

—Eric, un momento. —Él sonríe e intenta besarme, pero le pongo la mano en la cara. Eric entrecierra los ojos—. Eric, esto es serio, escúchame, antes de que esto vaya a más tenemos que dejar las cosas claras.

—Date prisa, no me gusta aguantar el hambre —me responde con un gruñido.

¡Será posible! Como si no me estuviera costando a mí también.

—No me lo pongas más difícil. —Él sonríe y vuelve a cerrar las manos en mis pechos, amasándolos con un movimiento circular que me complica las cosas *aún* más. Le aparto de un manotazo y le señalo, muy severa—. No podemos tener nada serio, ¿entiendes?

—Entiendo —responde, y vuelve a intentar besarme, tirándome de las bragas para quitármelas. Le empujo. ¡No he terminado!

—Lo nuestro es algo circunstancial, nacido de la emoción y del peligro que estamos viviendo en estos momentos, y que se acabará cuando yo esté de vuelta en casa con mi padre. —Eric asiente, mirándome intensamente. No sé si se estará enterando. Pero esto es muy importante—. Tú me gustas... me gustas mucho, pero si algún día formo una familia me gustaría que fuera con un hombre rubio, para que mis hijos salgan pelirrojos. Espero que lo comprendas.

Por un momento me quedo en silencio mirándole. Eric no dice nada, y me asusta haberle decepcionado o desilusionado, pero de pronto estalla en una carcajada.

—Está bien —dice cuando deja de partirse de risa. ¿Qué le hace tanta gracia? Yo estoy hablando en serio. Muy en serio—. Podré vivir con ello.

—Eric esto es muy...

Me callo, porque Eric está pasando de mí, me ha separado las piernas y se ha agachado ahí. No sé qué ha sido de mis bragas, y tampoco me importa.

La sensación que me asalta me roba la respiración. Su boca ardiente se ha abierto sobre mi sexo y succiona. Siento su lengua, resbaladiza, poderosa, lamiendo entre los pliegues mientras sus manos rudas me separan las piernas y se cierran en mi trasero. El sueño que tuve se está haciendo realidad, solo que es mucho mejor. Los roces de su lengua me provocan escalofríos, no puedo controlar mis músculos cuando se contraen. Le oigo succionar y el calor de su boca es como fuego líquido entre mis piernas.

—Oh-Dios-mío —parpadeo, y me doy cuenta de que estoy gimiendo y agarrándole de la melena mientras mueve la cabeza arriba y abajo al lamer.

Sus ojos se fijan en los míos y adivino una sonrisa maliciosa en sus labios, pero pronto se aplica con más energía, succionando mi clítoris y hundiendo después la lengua en mi interior. Estoy a punto de estallar. Es como si supiera exactamente dónde tocar para provocar estallidos dentro de mí. Nunca he sentido un placer tan intenso, nunca han sabido hacerme bien lo que Eric me está haciendo, y cuando siento que su lengua se mueve rápido sobre el nódulo endurecido y cuela uno de los dedos entre los pliegues mojados, siento que me

voy a derretir entre sus manos y le tiro del pelo sin querer.

—No puedo... no puedo. ¡Eric! ¡Para, para!

Se incorpora. Sus músculos se tensan. Miro los poderosos hombros tatuados, su cuerpo increíble y acechante. Parece un león o algo así. Un animal salvaje, mirándome con hambre mientras se relame. Tiene la barbita húmeda y se seca con la mano con un gesto macarra, como si acabase de darle un trago a una cerveza.

—Date la vuelta y agárrate del cabecero.

Le tengo entre mis piernas y cuando me agarra por las caderas para darme la vuelta, le atrapo, envolviendo su cintura con ellas y agarrándome de sus hombros para impulsarme sobre él. Se ríe con un sonido grave y muy sexy, pero antes de que diga nada le cierro la boca con un beso intenso. Él me agarra del trasero con una mano y se inclina hacia adelante, apoyándose en el cabecero mientras se baja los pantalones con la otra mano. Le tiro del pelo mientras le beso, estoy descontrolada, ¡y es genial! No me da ningún miedo.

Eric rompe el beso, jadeando con fuerza, y se lleva el envoltorio de un preservativo que no sé de dónde sacado a la boca para romperlo y sacar de dentro el plastiquito. No puedo creerme que hasta haciendo eso esté tan sexy.

—Como quieras —dice mientras se lo pone.

—Date prisa... —jadeo.

—¿Ahora me vienes con prisas? —gruñe, y le vuelvo a besar para que se calle, agarrándole el endurecido sexo enfundado en el condón y dirigiéndolo. Me dejo caer sobre él, empujando con las caderas.

—Ahh... sí... —gimo y me muerdo los labios, abrazándome a él cuando se entierra despacio en mí, controlándose. Su cuerpo tenso vibra contra el mío y me agarro de sus espaldas, agitando la melena al moverme con brío.

Estoy poseída por otra. O tal vez esta siempre he sido yo, sedienta y alocada incluso en el sexo. Nunca me he sentido tan libre compartiendo esto con otro chico, pero es que Eric provoca algo demasiado intenso en mí, algo que me arrebatara el control y me enloquece. Y no puedo parar.

Él se agarra del cabecero con una mano y comienza a moverse con embestidas firmes y fuertes. Le siento llenarme y vaciarme. Estoy mojada por su saliva y por mi propia excitación y eso vuelve cada movimiento resbaladizo y profundo. Le aprieto contra mí con las piernas cerradas en su cintura. Él tiene las rodillas abiertas en el colchón y se impulsa con energía, cubriéndome con su

cuerpo y mirándome a los ojos con descaro. Está disfrutando de cada una de mis expresiones, y respirando los gemidos que brotan de mi boca. Yo se los doy todos. Gimo cada vez más fuerte. Me da igual si me oyen, ¡que lo disfruten o se fastidien!

El primer orgasmo es intenso y me pilla por sorpresa. Grito y le araño, y Eric ríe con malicia. Ni siquiera ha comenzado a sudar y yo estoy húmeda y jadeante cuando sale de mí para darme la vuelta.

—Ni sueñes que esto se va a quedar así. Ahora, agárrate del cabecero —me ordena, y esta vez, amansada por las contracciones de placer que aún me asaltan, obedezco. Elevo las caderas cuando Eric cierra sus manos en ellas y me agarro de los barrotes de madera.

El asalto es incluso más fácil ahora, y le siento llegar más profundamente. No me ha separado las piernas, tiene las rodillas abiertas junto a mis muslos y aprieta mis glúteos al penetrarme. Siento el roce intenso por dentro, y el peso de su cuerpo cuando se inclina sobre mí y me muerde la oreja, el cuello, lamiéndome con lascivia mientras se mueve briosamente contra mi cuerpo. Una de sus manos se cuelga por debajo de mí y comienza a acariciarme el sexo al ritmo de sus embestidas.

Y yo ya no sé ni dónde estoy. Me falta el aire de tan intensas que son las sensaciones. Lo veo todo lleno de puntos de colores y no puedo dejar de gemir. Sus dedos me vuelven a hacer estallar y me sacudo debajo de su cuerpo, ladeando la cabeza para besarle con exigencia mientras me deshago en otro maravilloso orgasmo.

Cuando creo que no voy a poder más, los movimientos de Eric se vuelven lentos. Sus caderas ondulan en un movimiento rabiosamente sensual, y siento que el placer vuelve a prender en mí, despacio.

—Eric... ¿qué estás haciendo? —le digo sofocada.

—No hemos terminado aún... —dice en mi oído—. Hoy no estoy débil como anoche.

No, ya lo veo. Las hamburguesas han hecho su efecto, un increíble efecto del que estoy más que satisfecha. Sabía que Eric no se había quedado contento con lo que sucedió anoche, y eso que fue maravilloso, pero esto está siendo una locura. ¡Una locura genial! Y quiero más, claro que quiero más. Así que cuando Eric me ladea y me levanta una pierna, no le pongo ninguna pega, me acoplo a su cuerpo y me muevo al ritmo de sus embestidas. Y así, entre gemidos y besos, aún alcanzo un tercer orgasmo entre sus brazos, hasta que es Eric el que no

puede más, y cuando le agarro y me monto sobre él para tener el control, al fin estalla.

Me dejo caer sobre su pecho, sintiéndole latir dentro de mí y luego salir, pero ya no me muevo. Me abrazo a su cuerpo, apoyo la cabeza en sus pectorales y escucho el latido acelerado de su corazón, suspirando de satisfacción y de amor.

—No sabía que podía tener tantos orgasmos... —digo sorprendida.

Eric responde con una risa lenta y grave y me rodea con los brazos.

—Solo han sido tres.

Parpadeo y levanto la cabeza para mirarle. Su sonrisa pagada de sí misma y el brillo satisfecho en sus ojos me hace estremecer, y no puedo evitar volver a besarle.

Maldito idiota. Ojalá fueras rubio.

Eric

Tengo que comprobar que las carreteras no están cortadas, asegurarme de que las armas están cargadas, establecer la ruta. Intento centrar mi mente, pero se me llena de escenas lascivas. El agua de la ducha está helada. Me gusta así. Me despierta punzadas en la piel, me hace sentir vivo. Aunque no tanto como perderme en el cuerpo de infarto de Amber.

Le he dado su merecido, y aun así... Maldita sea, es como una jodida droga. La verdad es que no recuerdo haber deseado así a nadie. Me he enamorado algunas veces, por supuesto. Entregué mi corazón, y bueno... No diré que lo hicieran añicos, eso suena patético. Pero en el amor, como en la guerra, uno no puede esperar salir indemne. Y se regresa cambiado. Pero esto es diferente. Es pura sed. Es una necesidad que se impone a todo lo demás. Debería preocuparme, y me preocupa, pero la euforia que siento se sobrepone a eso. Es por ella. Porque es joven, y es un poco tonta, y es una jodida loca. No sabía que me gustaban las mujeres locas, pero se ve que sí. Tal vez es la razón de que no funcionara con las demás.

«Eso y que te gustan los problemas, Mesz».

Y hablando de problemas, aquí está el mío. La puerta se abre, las cortinas se apartan y antes de que pueda reaccionar, Amber está conmigo en la ducha.

—Hola, guapo —me dice sonriendo con picardía.

Apoyo la mano sobre los azulejos mojados.

—Pensaba que te daba asco este baño. ¿Es que no te has quedado satisfecha?

La muy cruel parece pensárselo un momento. Dios, está loca, y es preciosa.

—Mmmmh... sí. Pero he venido a tener un momento romántico contigo.

—¿De qué demonios estás hablando? Yo no soy romántico.

—Tonterías, todo el mundo lo es —resuelve ella, y se da la vuelta, apoyando su espalda contra mi pecho—. Lávame el pelo.

—¿Estás borracha?

Tengo que avisar a Donovan de que estamos viajando en coche a través de una línea segura. Tengo que calcular el trayecto hasta Nueva York. Tengo que ponerle límites a esta chica, eso lo primero. El problema es que no quiero. Ahora mismo no me apetece una mierda.

—No estoy borracha, mi padre lo hacía cuando yo era pequeña.

«¿Dónde está tu profesionalidad?».

—No soy tu padre... y cuando estoy con una tía en la ducha, no me dedico a lavarle el pelo, ¿sabes? —susurro en su oído, agarrándola con firmeza por las caderas. Pero Amber se revuelve y me mira con expresión infantil.

—Por favor... siempre he soñado con que un hombre como tú me lavara el pelo.

Cuando parece que Amber no puede decir algo más tonto, lo hace. La miro, más resignado que perplejo.

—¿Qué quiere decir eso de «un hombre como tú»?

—Ya sabes... un hombre guapo, fuerte, seguro, sexy, interesante... Todo eso...

De nuevo me río por lo bajo, mientras mi ego burbujea de satisfacción.

—Todo eso, ¿eh? Me estás regalando la oreja para que haga lo que tú quieres.

—Puede... pero eso no significa que no sea cierto.

Esto es bueno. Me gusta. Estar en la ducha con esta chica, acostarme con ella, no tener que pensar constantemente en todo. Me gusta tanto que podría acostumbrarme y tirarlo todo por la borda.

Pero sé que no lo haré. Sé que es tan efímero como las tormentas del desierto. Por eso no puedo resistir la tentación de abandonarme a ello. Pasará, y antes de que pase, puedo vivirlo... Puedo vivirlo sin cagarla. Sin hacer que nos maten a los dos.

—De acuerdo. Te lavaré el pelo... —Amber da un chillido de satisfacción—. Pero con una condición: nada de darme el coñazo hasta que llegemos a nuestro destino.

—Hasta la próxima parada. Es todo lo que puedo prometer.

Maldita sea. Encima me regatea. Al final se da la vuelta y tras unos cuantos besos y magreos, termino por aceptar. Bah, qué más da. Ese tipo de promesas no valen nada. Seguirá molestándome, como siempre.

Antes de que la cosa se ponga demasiado seria, cierro la llave del agua, le doy la vuelta por los hombros y empiezo a enjabonarle el pelo. Ella se queda en silencio durante un rato. Tiene el pelo suave, ligero, como el de una sirena.

—Lo haces muy bien... eres muy delicado —dice al cabo de un rato con la voz serena y casi adormilada.

—¿Qué esperabas, que te arrancara la cabellera, rostro pálido?

Su risa provoca un eco cristalino en el cuarto de baño.

—No me esperaba esto, desde luego. Mmmmh... Podría acostumbrarme.

—Pues no lo hagas.

—Siempre poniendo la puntilla —se queja ella. Tras otro largo silencio, vuelve a preguntar—: ¿Tienes novia? ¿Mujer? ¿Hijos?

—No. Estuve casado, pero nos divorciamos.

—Oh, lo siento.

—No importa.

No es cierto. Claro que me importó. En su momento fue jodido. Y ahora es un fracaso más en el cómputo de mis muchas derrotas. Pero de aquello ya no me queda ningún sabor dulce, solo la impresión de que nunca estuve a la altura, de que siempre me quedé a las puertas de algo. De lo que debería haber sido y nunca fue.

—¿Qué ocurrió?

Buena pregunta.

—Es una larga historia.

—Hazme un resumen.

—El trabajo.

—¿Cuál de ellos, los SEALs o lo de ser mercenario? —Detengo el movimiento de mis dedos sobre su pelo, tensándome un poco. Ella gira apenas la cabeza y me mira de reojo—. Tyrell me lo contó. Me explicó a qué te dedicabas.

Mejor, una cosa menos que tendré que contarle.

—Los SEALs.

—Debe ser duro. En las pelis sobre SEALs sus mujeres son muy abnegadas y lo pasan bastante mal, sufren mucho...

—Sí, bueno. Esas películas son un montón de mierda. En la vida real, ni todos son héroes ni todas son abnegadas. Hay mucho asesino y mucha hija de puta. Como en todas partes.

—¿Y a vosotros, qué os pasó?

—Lo típico. Cuando tenía que salir de misión, ni siquiera podía decirle dónde me iba o cuándo iba a volver. Al final, Claire acabó harta. No es culpa suya. Así son las cosas.

Abro de nuevo el grifo para aclararle el pelo a Amber mientras ella se mantiene contra mí; su espalda apoyada en mi pecho, el trasero pegado a mi pelvis. Llevo soportando la erección desde que ella entró en la ducha. Espero que acabemos pronto con esta gilipollez y poder ponerle solución.

—¿El vuestro era un amor de película? —pregunta ella mientras deslizo el agua tibia sobre sus cabellos, desenredándolos con los dedos.

—Depende de la película.

—Mmmmh... *Largo domingo de noviazgo*. ¿La has visto? —Ante mi negativa, ella se escandaliza—. ¡Tenemos que verla juntos! Es una historia preciosa.

Entonces empieza a contarme todo ese rollo. Por lo visto es una película sobre la primera guerra mundial. Es un chaval francés y una tía coja. Tal y como ella lo explica, parece algo muy empalagoso y un poco incómodo.

—El amor no es así. La vida real no es así. Y no me gustan esas películas.

Amber se da la vuelta y me echa los brazos al cuello, mirándome, desafiante.

—Eres un tipo muy duro, ¿no? Siempre estás hablando de *la vida real*, del

mundo real, como si todo fuera horrible. Pero en la vida real también hay lugar para el amor, ¿sabes? Y para la belleza. Y para el romanticismo. —Parece una sirena. La versión porno de La Sirenita. Sus ojos brillan como dos esmeraldas, fijos en los míos. Veo cómo cambia su expresión, entibiándose, volviéndose hechizada. Deslizo las manos por su cintura, recorriendo su espalda mojada. Ella se muerde el labio inferior—. Hazme el amor en la ducha, Eric, como en las películas.

—En la vida real, eso tampoco es como en las películas.

—Por que tú lo digas.

Se pone de puntillas y me besa. El sabor de sus labios es como una limonada demasiado dulce, licor de frambuesa, algo así. Maldita chica. La acaricio con rudeza, apretándola contra mi cuerpo. La quiero mía, aunque sea breve. Ni su padre ni mi pasado tienen nada que ver aquí. Así que hago lo que ella quiere, la levanto en vilo con un brazo y la penetro profundamente, apoyándola contra los azulejos.

Amber gime. Está mojada, mojada por todas partes. Su rostro es delicioso, su cuerpo es embriagador. Las gotas de agua brillan sobre sus pezones rosados y bebo de ellos ávidamente mientras entro y salgo de su interior. Estoy follándola con fuerza, deprisa. No es como en las películas, o al menos, estoy seguro de que no es como en las películas que ella ve. Es rápido, es brusco, y a ella le gusta, porque me araña los hombros y cierra los ojos, y gime.

—¡Me corro! —exclama sobresaltada.

Yo embisto con más fuerza y dejo que se deshaga alrededor de mi verga enhiesta, aguantándome con todas mis fuerzas, porque no llevo condón.

Cuando las contracciones de su cuerpo se agotan, me aparto. Me doy la vuelta y me dispongo a aliviarme cuando ella me lo impide. Me agarra de la muñeca.

—No.

—Mira, nena, tengo que acabar con esto o no voy a poder andar en...

—No me refiero a eso. Ven.

Tira de mí para que me dé la vuelta y antes de que pueda reaccionar, ella se arrodilla y se la mete entera en la boca.

Dios.

La miro, estupefacto. Las corrientes de placer me golpean como malditos

látigos del infierno. Hundo los dedos en su pelo y me dejo llevar.

Amber

A Jason nunca le hice esto. Y eso que el muy capullo intentó presionarme alguna vez. Él solo era un rollito casual. De vez en cuando teníamos algo, nos veíamos, lo hacía todo mal y cada uno a su casa. Aunque por aquel entonces a mí me parecía aceptable, después de esto creo que me voy a volver mucho más exigente.

Tampoco lo he hecho con mis otros novios. Siempre me ha parecido de zorras. De zorras muy zorras, no como mi amiga Sue, que solo es un poco fresca. La verdad es que chicos como Jason no inspiran, pero Eric... él me hace cometer locuras como esta. Estoy descubriendo que me encanta, ¿eso es de ser una zorra? Vale, entonces tal vez lo soy, al menos un poco. Y al menos con él. Y lo estoy disfrutando. Me encanta hacerlo, y me da igual.

Estoy arrodillada en la ducha y él tiene los dedos enredados en mi pelo. No tira de él, ni me empuja. Se le contraen los músculos como si estuviera conteniéndose. Su... su pene me llena la boca, me cuesta empujarlo hacia el interior por su envergadura, pero estoy experimentando y parece que a él le gusta. Aprieto los labios, saboreo deslizando la lengua sobre la piel aterciopelada, y él cierra los ojos y gime. ¡Gime! Lo hace con gravedad, respirando después con fuerza. Se está derritiendo entre mis labios, y me encanta. ¡Me encanta!

—Sí... nena... sí —le oigo animarme, con la voz ronca por el placer, y ese sonido me pone un montón—. Así... sí...

Su voz y esa expresión de estar conteniendo algo muy intenso me animan a lamerle con más ímpetu. Le meto en mi boca y le saco con un ritmo más vivo, dejando que mi saliva le empape y haciendo ruiditos que me habrían avergonzado unos instantes antes. Me siento muy transgresora, muy zorra y muy valiente, y son sensaciones que me hacen cosquillar la sangre. Cuando le miro, encuentro su mirada embriagada de placer. Tiene los párpados entrecerrados y aprieta la mandíbula. Le estoy comiendo como si fuera un dulce, y la verdad es que en estos momentos ningún dulce me parece comparable a esto. Ni me puedo creer que esté pensando algo así.

Está creciendo en mi boca, ¡no entiendo cómo puede crecer más! Siento la sangre bombear en su carne y una vibración intensa. Me agarra con más fuerza y resuella, así que chupo con más ganas, pero entonces su agarre se afloja.

—Amber... ya, ya... aparta —resuella.

Cuando me aparto, jadeando y sintiendo que me muero de calor, Eric se da la vuelta.

Le veo mover el brazo enérgicamente y me asomo junto a su muslo para ver lo que hace. Se está tocando con mucha intensidad, apretando su sexo en su fuerte mano. No necesita más que un par de sacudidas rápidas y ¡zas! Eric gruñe y veo el líquido blanco salpicar contra la pared, y el agua que rápidamente lo limpia cuando dirige el chorro de la ducha hacia ella.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto, de cuclillas aún detrás de sus piernas.

Eric se da la vuelta y me mira incrédulo. Desde esta posición tengo una vista increíble de sus abdominales y su torso.

—¿Qué?

—Darte la vuelta. No hacía falta que lo hicieras.

Su cara es todo un poema. Aprieta los dientes y resopla. No le he puesto nervioso, no es exactamente eso.

—Amber, sal de la puta ducha antes de que me hagas perder el poco control que me queda.

Ahh... así que es eso. ¡Le hago perder el control!

Así que tengo poder sobre él. ¡Le gusto! ¡Le gusto de verdad! Esto no podría ser más perfecto. Nunca pensé que hacer algo así me fuera a gustar tanto, pero es que Eric no es cualquier tío.

Le doy una palmada en el duro culo y salgo de la ducha, riéndome mientras Eric rezonga, poniendo el agua a tope.

—Estás chiflada, no tienes remedio.

Le hago perder el control, sí. Le gusto y mucho, y eso me hace sentir muy feliz, aunque solo sea una aventura, porque es moreno.

—Es una pena que no seas rubio, ¿sabes? —le digo mientras me froto la toalla para secarme.

Estoy pensando en lo preciosos que serían nuestros hijos pelirrojos cuando una mancha en la toalla me llama la atención y me estropea totalmente el momento de ensueño.

—¡Qué asco de moteles de mala muerte! ¡Estoy harta! —grito, soltando la

toalla con asco y saliendo del baño a toda prisa—. ¡La próxima vez iremos a un cuatro estrellas, como mínimo! Es lo que me faltaba.

La risa sexy y preciosa de Eric resuena en el cuarto de baño.

—Solo es una araña, miedica.

Capítulo 7

Idilio en Salt Lake City

Eric

Cruzar el puto país en coche. Quién me lo iba a decir. Habría sido un viaje idílico si lo hubiera hecho con Peluso, pero con Amber tampoco está mal.

—¡Son enormes!

La miro de reojo. Está impresionada con el tamaño de la cordillera. Salt Lake City ya se ve desde aquí, y las enormes montañas que la arropan.

—¿Siempre han estado ahí?

—No, las puso el presidente Roosevelt —replico. Ella al principio se lo cree pero después me da un puñetazo en el hombro.

—Eres idiota.

—Tú sí que eres idiota, ¿qué clase de pregunta era esa? Pues claro que han estado ahí siempre.

—Era una forma de hablar, por Dios, Eric. Eres la persona más antipática que conozco.

Acto seguido se inclina sobre mí para besarme.

—Amber, estoy conduciendo —atino a decir.

—Puedes seguir.

—No. Para. Te he dicho que pares.

Al final el que paro soy yo. Detengo el coche en una estación de servicio de nombre inspirador: El Descanso del Peregrino. Muy apropiado. Nos damos el lote en el coche un rato, pero cuando ella se emociona y se me sube encima, la aparto con firmeza. Amber me mira con decepción.

—Quiero hacerlo en el coche.

—Ahora no, nena. Tengo que hacer una llamada. ¿Por qué no vas a comprar a la tienda?

Amber entrecierra los ojos y acerca su nariz a la mía. Su perfume ya me resulta familiar.

—Me estás echando del coche con viles trucos... ¿qué te has creído que soy? ¿Me estás sobornando con compras?

—Sí.

—Y lo has conseguido. Ahora vengo.

La chica sale del coche riéndose, la gorra bien calada y las manos en los bolsillos de esa estúpida chaqueta. ¿Por qué le queda bien toda la ropa? Donovan también tiene mucho estilo, pero la madre de Amber... esa mujer debe ser un auténtico bombón. En cuanto la chica se larga, cojo el móvil y marco la línea segura de Patrick Stanford.

—Mesz, ¿cómo va todo? Tuvimos noticias de San Francisco.

—Sí. Hubo movida, pero todo está controlado.

—¿Los Petrov?

—Sí. ¿Cómo están las cosas allí?

—Los Kovalenko son cada vez más osados, pero no cruzan la línea. Eso nos hace pensar que no la tienen. Está contigo, ¿no?

Miro hacia la tienda.

—Sí, está conmigo. Está bien.

—Perfecto. El jefe lo querrá saber.

Claro que lo querrá saber, maldita sea. Ahora, mientras hablo con Stanford por teléfono me doy cuenta de lo inconsciente que he sido. Mira que tirármela... «Como diga alguna tontería ya puedo despedirme de mis huevos».

—Tenían vigilado el aeropuerto y el hotel, así que estamos yendo por carretera —digo a continuación, apartando los pensamientos culpables—. Tardaremos unos días. Tenemos ventaja sobre ellos. No saben que vamos en coche. Además, la chica va oculta.

—Espero que no la hayas metido en el maletero.

—Aún no.

Ambos reímos. Es una risa de alivio, supongo que Stanford está sometido a mucha presión estos días. «Qué coño me vas a contar».

—¿Necesitas algo?

—De momento todo está saliendo según los planes. Si sucede algo te lo haré saber.

—Después de esto, supongo que a Amber se le quitarán las ganas de escaparse.

—Sí, seguro.

—Bien. Suerte, Mesz.

—Hasta otra.

Cuelgo y me quedo mirando el teléfono. Apenas conozco a Amber, pero las palabras de Patrick... eso es mucho suponer. Dudo que esta chica sea predecible.

Al cabo de unos minutos ella vuelve al coche y me pone encima dos bolsas de papel.

—Mira, tenían ropa, ¿te lo puedes creer? ¡Ropa! Me he comprado este jersey y mira qué gorrito. ¿Ves? Así no tengo que usar siempre la gorra de los Yankees.

Se acabó la paz. Ya está removiéndose en el coche y hablando sin parar.

«Si me he acostumbrado a su perfume, también acabaré acostumbrándome a su maldito parloteo. Y eso va a ser una putada. Mejor que no lo haga. No lo hagas, Mesz».

—¡Y esto es para ti!

Ante mis ojos veo balancearse un horrible llavero. Es una fotografía cubierta por una carcasa de plástico. Representa Salt Lake City, y por si acaso soy idiota y no me doy cuenta, el nombre de la ciudad está escrito en letras de color amarillo intenso debajo de la escena.

—Es espantoso —digo con sinceridad.

Amber frunce el ceño.

—Te hago un regalo y eso es todo lo que tienes que decir, ¿no? Mira que eres gruñón. —Acto seguido vuelve a besarme, me quita las llaves del coche y engancha el estúpido llavero a ellas—. Así siempre te acordarás de mí.

Levanto la ceja. Vaya.

—¿Quieres que te recuerde al mirar esta mierda?

—Eres insoportable. ¿Nos vamos?

—Cuando termines de dar saltos sobre el asiento como si fueras una pulga.

Pongo el automóvil en marcha y vuelvo a la carretera. Esta vez no se queja de la música. No es casualidad. Como no soporta a Metallica ni a Pantera,

durante la última hora he estado probando con cosas que pudieran entrarle mejor. He tenido que rebajar el tono hasta llegar al puto Bon Jovi para que parezca a gusto con la jodida radio. En fin, Bon Jovi no está mal, y los Skynyrd también los soporta. Explotaré el filón.

Bordeamos las luces de Salt Lake City. El tráfico es tranquilo a pesar de todo. Amber mira por la ventanilla y tararea. Estoy empezando a relajarme cuando se vuelve hacia mí y empieza a mirarme de manera insistente.

Aguanto varios minutos antes de preguntarle.

—¿Qué pasa?

—Estoy tratando de calcular tu edad.

La miro de soslayo.

—¿Y bien? ¿Has sacado algo en claro?

—Treinta y dos.

—¿En serio? —Se me escapa una risa.

—¿Qué pasa? ¿Cuántos tienes, cuarenta, o qué?

—No. Vas bien. Tengo treinta.

—Oh, vaya.

¿Qué? No me jodas. ¿Está decepcionada?

—¿Qué pasa? —le suelto—. ¿Soy demasiado joven para ti?

—No, no, es que creía que eras más mayor.

—Tía, tienes un puto problema.

—No te pongas así, solo era curiosidad.

Sigo conduciendo en silencio. A la niña le gustan mayores, eso ya me ha quedado claro. Igual que su puñetero trauma con papi. Pero de ahí a poner cara de mierda porque no tengo más de treinta va un abismo. Joder. Nunca me había sentido juzgado por mi edad.

—¿Puedo hacerte otra pregunta? —me dice al cabo de unos minutos.

—Si me vas a dar por el culo con ella, no.

—No voy a darte por el culo con nada —replica malhumorada—. Qué sensible, por Dios. —Enseguida vuelve a sonreír—. ¿Me explicas tus tatuajes?

Suspiro.

—Los tatuajes no se explican.

—Bueno, vale, pero como siempre estás diciendo que soy tonta, estúpida y todo eso, tendrás que instruirme. Además, me gustan mucho. ¿Puedo hacerles una foto?

—Haz lo que quieras.

Mientras llevo el coche, ella me levanta la manga de la camiseta hasta el hombro y hace fotos con su móvil. Después me las enseña.

—Este es mi favorito —dice, mostrando el de mi hombro derecho. Tres balas y dos pistolas rodeadas por un espino y rosas.

—¿Ese? —Arrugo el entrecejo—. Pues ese no significa nada.

—¿De verdad?

—De verdad. Me lo hice cuando dejé los SEALs, por gusto. No tiene nada de especial.

Sus ojos brillan en la penumbra, me sonrío.

—Ahora sí. Es el favorito de Amber O’Connell, eso lo hace especial.

Se inclina y me da un beso en el brazo. Maldita sea. Tengo esa sensación de peligro otra vez. Como en Afganistán, cuando pisabas el suelo y no sabías si se iba a venir abajo. Miedo a la puta gravedad.

—Bueno, ¿qué quieres saber? —digo con la necesidad de llenar el silencio cómplice que se ha instalado entre los dos—. Sobre los tatuajes.

—Pues a ver, sé que te gustan los lobos porque llevas dos, ¿es por algo especial?

—Me gustan. Es mi animal totémico, o algo así.

—Vale. ¿Y los ángeles? Son terribles, la verdad, son como ángeles de la muerte, dan miedo. —Al oírla hablar, tenso los músculos de los brazos inconscientemente haciendo que mis tatuajes se muevan al contraerse la piel—. ¿Por qué uno tiene arco y flechas y el otro una espada? ¿Y por qué uno es rubio y el otro moreno? ¿Y qué significa lo que pone debajo, qué idioma es?

Amber y sus abrumadoras preguntas.

—Es húngaro. El ángel rubio de las flechas es la sangre de mi pueblo. Eso es lo que pone. *Magyar vér*. —Hago una pausa. Ella me está mirando, embobada. Nunca le he hablado a nadie de mis tatuajes, esto es extraño—. El de pelo negro tiene una espada de fuego porque es la ira de mi pueblo, *magyar düh*.

Es... no sé, es un símbolo de mis raíces. Y supongo que de mí mismo.

—¿Eres de allí, de Hungría?

—Yo no, mi abuelo lo era.

—No tengo muy claro dónde está ese país.

—En Europa.

Ella me da otro puñetazo flojo en el hombro.

—Idiota, hasta ahí llego, pero ¿en qué zona? ¿Cerca de Inglaterra? ¿Cerca de España?

—Ninguna de las dos. Ya te lo enseñaré en un mapa.

Durante un rato, ninguno de los dos decimos nada. Amber está pensativa. Cuando vuelve a hablar, sus palabras me sorprenden.

—Supongo que las alas y la espada que llevas en la espalda son lo mismo, ¿no? Me refiero al significado. Eres un guerrero, ¿verdad? —Sus ojos verdes se fijan en mí, llenos de admiración—. Tienes el símbolo de los SEALs, lobos, espadas y ángeles combatientes. Eres un guerrero. Como tus ancestros.

Sonrío a medias.

—¿He acertado? —insiste ella.

—No está mal.

—Vale, me conformo con eso. Pero el del pecho me lo tienes que explicar, porque hay demasiadas cosas ahí.

Me echo a reír y no le digo nada más. Hay que mantener el misterio.

...

Una hora más tarde, paramos en un motel de carretera. Al alquilar la habitación, Amber ya no se indigna por el hecho de que nos tomen por una pareja. Se agarra a mi brazo mientras caminamos hacia la puerta roja. Al otro lado hay otra moqueta horrible, un nuevo papel de pared, otro cuarto de baño, otra cama con colchón incómodo. Todo sigue siendo igual que al principio de este viaje, pero Amber ya no se queja.

—¡Voy a darme una ducha! ¿Pides tú la comida china? O lo que sea que toque hoy.

Asiento con un gruñido y la miro desnudarse. Enciende la radio y se va hacia el cuarto de baño, bailando *Welcome to the jungle* en bragas. Sí, todo sigue

igual pero ella ha cambiado. Eso me alivia. Sigue siendo demasiado charlatana y un puto coñazo a ratos, pero ahora confía en mí. Se siente segura a mi lado. Y eso es bueno. Significa que me obedecerá. Al pensar en eso ya no me arrepiento tanto de los polvos que le he echado. Si han servido para que pueda hacer mi trabajo mejor, entonces...

«Eric, te estás poniendo excusas».

Puede. Pero el resultado es lo que importa. Y el hecho es que ha servido.

Mientras llamo a la recepción para pedir que nos traigan algo de cena, le doy vueltas a todo el asunto de Amber. A ella, más bien.

Al principio estaba asustada, pero ahora está empezando a vivir el viaje como una gran aventura. Prefiero eso a que tenga miedo, pero al mismo tiempo me preocupa. Amber es demasiado inocente. No quiere dejar de serlo. Quiere seguir siendo una cría, aunque desde luego no lo es. Pero se comporta así porque no quiere abandonar eso. Su infancia. La irresponsabilidad. La despreocupación.

Se engaña a sí misma. Cierra los ojos ante los aspectos desagradables de la vida.

Es una cría porque no quiere dejar de serlo.

Y por desgracia, sé que la vida no te permite ser así. Algún día, su inocencia se romperá y Amber sufrirá mucho. Y me doy cuenta de que no quiero estar ahí cuando eso pase... pero al mismo tiempo, me gustaría. No quiero verla sufrir, pero quiero apoyarla.

—¿Sí? Recepción del Belvedere.

—Hola, quería pedir algo de comer para el 122.

Después de encargarme la cena, me tumbo en la cama y dejo que Amber haga lo que quiera sin llamarle la atención ni quejarme. La dejo bailar. La dejo intentar hacer volteretas laterales sin que lo consiga. Dejo que se rice el pelo con el bote de desodorante y trato de responder a todas sus interminables preguntas sobre armas, tatuajes e insultos en húngaro. Dejo que me bese en los labios y que se siente a horcajadas sobre mí mientras come sándwiches de pavo asado.

Pasada la media noche, en medio de un discurso sobre tutoriales de maquillaje y estilismo, me dice que no estoy a la moda.

—Ese pelo no se lleva, Eric. Deberías hacerte un corte más moderno, así a lo Justin Bieber —dice despreocupadamente mientras se pinta los labios.

—Estás borracha.

—Pues al menos córtatelo.

—No pienso cortarme el pelo jamás.

Ella me mira ceñuda.

—¿Por qué eres tan obtuso?

—Por lo mismo que tú. A lo mejor si me corto el pelo no me reconozco en el espejo. Yo tampoco quiero perder mi identidad.

De pronto, Amber suelta el pintalabios y me mira fijamente. Sus ojos se humedecen y antes de que entienda qué demonios está pasando, ella hace un puchero.

—Oh, Eric... —susurra, lanzándome los brazos al cuello.

Está loca. Totalmente loca. La abrazo y le acaricio el pelo.

—¿Qué demonios te pasa ahora, nena?

Ella se aparta y me mira a los ojos otra vez. Me sonrío, emocionada.

—Me estabas escuchando. Cuando dije lo de mi pelo, tú... ¡Me escuchaste! Me escuchaste de verdad.

Suelto un gruñido.

—Pues claro que te escuché. Yo te escucho siempre que no dices chorradas.

Ella se ríe y me abraza, tumbándose sobre mi pecho. Hasta lloriqueando está guapa, pero la prefiero así. Loca y riendo, como una sirena.

Amber

—*I'm Miss SugarPink, liquor, liquor lips. Hit me with your sweet love. Steal me with a Kiss*[\[8\]](#).

Estamos en camino hacia Laramie. Ha salido un día soleado precioso y el aire entra a raudales por las ventanillas bajadas. Marina and The Diamonds suena en la radio, y me encanta, por eso canto a pleno pulmón mientras conduzco a buena velocidad. El paisaje es monótono, de un color gris amarillento, seco y feo, pero la música siempre le da otro color a la vida, ¿a que sí? Por la carretera de doble carril apenas pasan coches, así que piso a fondo el acelerador, animada por la canción. Amo conducir, me encanta. Y me encanta mucho más cuando suena buena música por la radio.

—*I'm Miss SugarPink, liquor, liquor lips* —canto, mirando a Eric por el

retrovisor—. *I'm gonna be your bubblegum bitch*[9].

Eric me mira y chasquea la lengua, haciéndose el duro. Le guiño el ojo y él esboza una media sonrisa engreída que hace que me derrita. Me gusta mirarle cuando no se da cuenta, pero me está pillando mucho, y tampoco me importa. Le saco la lengua o le doy un beso en la boca cuando lo hace, para sorprenderle. A estas alturas no tengo que disimular lo mucho que me gusta, y no pienso hacerlo. Cada día de viaje es un día menos en esta aventura y no pienso desperdiciarlos con tonterías como fingir que no siento lo que estoy sintiendo.

—Estoy hasta las pelotas de estas mierdas —dice Eric de pronto, cambiando el canal de la radio. Ya tardaba en salir el señor obtuso—. En serio, no entiendo cómo puede gustarte.

La música cambia bruscamente. Las desagradables guitarras eléctricas invaden el coche y ahogan la voz de Eric, así que tengo que gritarle.

—¿Y esto es bueno?! ¡AC/DC está sobrevalorado! ¡El cantante ni siquiera canta bien! ¡Parece que se le haya atragantado un hueso de pollo y no pueda escupirlo! ¡Es más, él parece un pollo afónico!

—No te metas con Brian Johnson. No tienes ni puta idea de la vida.

Cambio el canal, de regreso a Marina and The Diamonds y Eric me mira entrecerrando los ojos.

—Tú sí que no tienes ni idea. Deberías aprender a apreciar otra música, más alegre, ¡y que se pueda bailar! Tengo que enseñarte a bailar, por cierto.

—Yo no bailo, y menos esta porquería.

—Pues te sentaría muy bien, seguro que estarías menos amargado y serías mucho más simpático. Está demostrado que la música influye en el ánimo.

Irritado, Eric vuelve a cambiar el canal. La voz rasgada y horrible de ese tal Brian vuelve a intentar perforarme los tímpanos, pero me lo tomo a risa y vuelvo a cambiar a Marina mientras acelero.

En realidad, nos da igual qué música suene. Nos peleamos por diversión. Eric me ha dejado ganar un par de veces y hemos estado horas escuchando la lista de más vendidos. He llenado su vida de luz y color con Ed Sheeran y Katy Perry y también he permitido que él me gane y me taladre la cabeza con su música de motero duro y pendenciero. Sé que le gustan Pantera, Metallica, AD/DC, Lynyrd Skynyrd y un montón de grupos más que suenan a lata. Me meto con él, pero me encanta lo diferente que es a mí, y sobre todo, me gusta que comparta algo tan importante como la música conmigo. Y a veces pone Bon

Jovi para que no me queje. Resulta que ese sí me gusta. Y algunas canciones de Pantera.

Todo está siendo genial, como un sueño, pero más real que la realidad. Eric es intenso, lo que yo siento lo es, y cada vez que me toca me siento viva, valiente y llena de energías. He descubierto que soy más fuerte de lo que creía, y el miedo ha dejado de ser el monstruo paralizante que me perseguía. Ahora apenas es un bicho molesto intentando llamar mi atención tras la música de Marina y la voz sexy de Eric quejándose por todo.

Anoche volvimos a hacerlo, tan llenos de pasión y ansiedad como la primera vez. No tengo suficiente de él. Sé que es la sensación de peligro y de inmediatez del viaje, como si la muerte pudiera estar esperándome en la siguiente curva y eso me hiciera comerme la vida a grandes bocados, pero también sé que esto no me habría ocurrido con cualquiera. Lo que estoy sintiendo por él es especial, y se expande dentro de mí como una luz vibrante, descubriéndome rincones nuevos de mí misma.

He comprado una caja de preservativos en Salt Lake City sin decirle nada. Él lleva encima, pero no sé cuántos le quedarán y vamos a repetir. Pienso repetir hasta cansarme o hasta que esto termine, sin dejar una sola ocasión sin desaprovechar. Una se da cuenta de lo deprisa que pasa la vida cuando está huyendo de unos matones, y el miedo no es excusa para no vivir a tope cada suspiro. No sé lo que puede pasar, podrían matarme, podrían pasar cosas horribles, pero antes de eso viviré.

—Ahora me toca a mí —dice Eric antes de volver a cambiar, y le dejo que ponga lo que quiera.

—Umm... ¿no huele raro?

—No comencemos, Black Berry Smoke *tampoco* apestan.

—No, no es eso.

Huele a plástico recalentado. Cuando reconozco el olor, ya es demasiado tarde. El coche emite un sonido ronco y comienza a sisear. Bajo la velocidad, pero cuando comienzo a apartar el pie del acelerador, se detiene en seco, emitiendo un último estertor.

—Ups...

—¿Qué? —Eric mira el humillo que sale del capó con cara de mala leche —. Vamos, no me jodas, ¿nos hemos quedado tirados?

—Vas a tener que empujarnos fuera de la carretera.

—Ya, ya lo sé —dice irritado, abriendo la puerta con brusquedad—. Puta cafetera de mierda. ¿De qué chatarrero lo han sacado? Maldito sea. Puta mierda. Joder.

—Eric...

—¡¿Qué?!

Me asomo por la ventana para mirarle cuando se coloca tras el coche y comienza a empujar. El freno de mano está suelto, pero aun así, le cuesta un poco hasta que comienza a avanzar.

—Ya sé que esto es un asco, no necesito que te pongas histérico.

—No estoy histérico.

—No dejas de maldecir y soltar tacos.

—Maldeciré y soltaré los tacos que me salga de las pelotas, joder.

El enfado parece darle más energías para empujar, y el coche avanza con más facilidad mientras yo maniobro con el volante. Eric sigue maldiciendo, acordándose de la familia de Tyrell y haciendo comentarios muy racistas. La verdad es que es gracioso. Le miro de vez en cuando por el retrovisor, tiene los músculos hinchados por hacer fuerza y la cara roja. El pobre tiene que empujar unos cuantos metros más hasta que llegamos a una zona de descanso y echo el freno.

Eric se apoya en el maletero, tomando aliento después del esfuerzo, y yo bajo del coche para abrir el capó. Antes de entrar en pánico o preocuparme, quiero comprobar que lo que ha pasado no es tan horrible como parece.

—Eric, ¿me pasas la caja de herramientas? —digo mientras levanto el capó.

—¿Qué haces? No hagas tonterías —responde asomándose por detrás del coche—. Acabarás jodiéndolo más. Estate quieta.

—No voy a joder nada. Dame la caja. —Me asomo para mirarle con cara de niña buena—. Confía en mí. Estas cosas se me dan bien.

Eric me mira sin creerse una palabra, desconfiado, pero abre el maletero y viene con la caja que le he pedido.

—Ahora siéntate en el asiento del conductor y cuando te diga, arrancas.

—No va a arrancar.

—Pues al menos descansas.

Con un resoplido, Eric obedece y se sienta con la puerta abierta. Al menos

está callado mientras reviso el motor y los componentes del coche. Aún está muy caliente, así que tengo que ir con cuidado y esperar para comenzar a trastear. Es un trasto viejo, Eric tiene razón, y parece que hace mucho tiempo que no le pasan una buena revisión, pero creo que puedo hacerle un apaño.

—¡Eric, dale! —grito cuando creo que lo tengo controlado, guardando las herramientas.

—No va a funcionar.

—Tú arranca —le digo al cerrar el capó, señalándole con una llave inglesa.

La cara de sorpresa de Eric cuando el motor arranca y comienza a ronronear bien ha merecido la pena esta pequeña avería. Sonrío con suficiencia, poniendo los brazos en jarras y luciéndome ante él.

—¿Qué te dije?

—Parece que has tenido suerte —dice con una media sonrisa.

—No es suerte. Ya te dije que se me da bien. —Me limpio las manos con un trapo y recojo la caja, dejándola en el asiento de atrás cuando me siento en el copiloto—. Por ahora funcionará, pero tenemos que parar. Podemos descansar un día mientras lo reviso a fondo, ¿qué te parece?

—De acuerdo —responde, encendiéndose un cigarro mientras arranca. Me mira de reojo, con un brillo de reconocimiento en los ojos que me pone muy tonta—. Haremos una parada en Laramie.

—Me encanta cuando me das la razón.

—No te acostumbres demasiado.

...

Laramie no parecía la gran cosa desde lejos. Si nos hubiéramos quedado en un motel como acostumbramos a hacer, nos habríamos perdido una encantadora y pequeña ciudad de casas bajas de colores, llena de lugares históricos y con un ambiente tranquilo. Las calles son amplias y desde ellas se ven las hermosas montañas de Medicine Bow a lo lejos, con sus picos nevados y sus imponentes laderas escarpadas.

Eric detiene el coche en el aparcamiento del Holidays Inn, un hotel precioso, que ya desde fuera parece limpio y que recibe a los visitantes con una hermosa pérgola de cristal en la entrada.

—Aquí estarás seguro —digo dándole un par de palmadas al coche al bajar—. Mañana me encargaré de ti y te pondrás bien.

—¿Estás hablándole al coche?

—Sí, con tu mala vibra seguro que lo estropeas más.

—Estás como una cabra.

Cuando entramos el recepcionista nos recibe con una sonrisa. Es un chico de unos treinta, bien vestido, limpio y con una cara muy agradable. Lleva el pelo moreno peinado hacia un lado y es la persona más normal que nos ha recibido en un hotel en lo que llevamos de viaje.

—Buenas tardes, bienvenidos al Holidays Inn. ¿Tienen reserva?

—¡Hola! —saludo con entusiasmo. ¡Me encanta este sitio!—. No, no tenemos reserva. Queremos una habitación para esta noche, ¿tenéis alguna libre?

—Por supuesto. Os daré una con vistas a la piscina.

—¿Tenéis piscina?

—Sí, una de las mejores de Laramie. El bar está abierto hasta las tres de la madrugada.

—¡Es genial!

—¿Puede mostrarme su documento de identidad?

Esta vez no me sienta tan mal que me lo pidan. El chico es tan agradable que se lo enseño sin rechistar. Teclea mi nombre en el ordenador y me devuelve el documento con una sonrisa radiante.

—Espero que tengan una agradable estancia en pareja —dice tendiéndome las llaves de nuestra habitación—. Si desean algo, solo tienen que llamar al número de recepción, estaré encantado de atenderles.

¡Me encanta! ¡Nos ha llamado pareja! Le sonrío de oreja a oreja. El chico no me mira como si estuviera pensando en cosas terribles u obscenas. Me saluda con un cabeceo cuando nos alejamos en busca del ascensor, y yo no puedo sentirme más feliz. Parecemos una pareja. De hecho, nos miro en el espejo del ascensor mientras subimos a nuestro piso y lo corroboro. Somos muy distintos, yo soy elegante, y él un rudo tipo tatuado, pero somos como Lana del Rey y uno de los moteros de sus vídeos. Me encanta.

El hotel es una pasada comparado con los demás en los que hemos estado. No es que sea el Ritz, de hecho es bastante modesto, pero después de lo que he visto me parece un lujo. Tiene los pasillos cubiertos de alfombra —no de moqueta—, hay mesitas con jarrones de flores frescas en los pasillos, entre las puertas de las habitaciones, y las puertas están lacadas en blanco radiante e

impoluto. Huele como a flores blancas y a limpieza. Cuando entramos en nuestra habitación quiero llorar de pura felicidad.

—¡Eric, me encanta! Mira esas sábanas, son blancas —exclamo al entrar y tirar las bolsas de ropa al suelo para arrojarme sobre la preciosa cama de matrimonio—. ¡Y es enorme! ¡Y huele a suavizante! —digo aspirando el aroma de las sábanas—. Gracias por haber buscado un buen sitio y no volver a meternos en otra ratonera apestosa.

Me levanto y me cuelgo de su cuello para darle un beso lento en los labios. Eric sonrío de medio lado, rodeándome la cintura con los brazos.

—No te entusiasmes tanto, pronto volveremos a los moteles de mierda.

—¡No seas aguafiestas! —le digo, golpeándole en el hombro sano—. Ahora estamos aquí, vamos a disfrutarlo a tope. ¿Sabes que el Fuerte Laramie está muy cerca?

—No lo habría podido adivinar...

...

Me he comprado un vestido verde precioso. He arrastrado a Eric conmigo esta tarde para ir de tiendas. Al fin y al cabo, es mi guardaespaldas, y aunque se haga el duro le he pillado mirándome en más ocasiones de las que puedo contar. He tenido tentaciones de meterle dentro del probador, pero la dependienta nos tenía el ojo puesto encima. En una ciudad pequeña y tranquila como esta Eric llama más la atención que yo, con todos esos tatuajes y esa pinta de expresidiario que tiene. Las abuelitas se cambian de acera cuando le ven venir. Aunque lleva toda la tarde con cara de no querer hacer lo que está haciendo, sé que en el fondo lo disfruta, porque no se ha quejado.

¿Desde cuándo no se tomará un día libre para hacer estas cosas? Intuyo que debe hacer mucho. Son cosas normales: pasear, comprar, tomar un helado... pero Eric no es una persona normal, solo hay que verle. Está muy tenso todo el tiempo, su mundo está lleno de peligros y ha debido ver tanto que le cuesta ver las cosas buenas que hay a su alrededor. Quiero hacer algo bueno por él. No es solo que desee disfrutar de esto, también quiero que él lo haga. Se está esforzando mucho por mantenerme a salvo, incluso por que esté cómoda. Al menos mientras eso es posible.

—¿Te gusta? —le digo cuando me pongo el vestido ya en el hotel. Es de hilo fino, de color verde menta, con delicados bordados de flores en el escote y tirantes con encaje—. Los diseña la misma vendedora que nos ha atendido, ¿no es precioso?

Eric está fumando, sentado en la cama. Lleva media hora listo, esperando mientras lee un libro de Joe Hill que no sé de dónde ha sacado. No se ha quejado. Me echa una mirada muy elocuente, exhalando el humo de una calada que le nubla los ojos un momento.

—No está mal.

—¿No está mal? ¿Eso es todo? —Me hago la ofendida, y me llevo las manos a las tetas para marcar más el tremendo escote—. ¿Esto no está mal? Yo diría que está muy bien.

—Vas a conseguir que acabe quedándome a cenar aquí —dice mirándome como si yo fuera el menú.

—De eso nada. No me he maquillado para quedarme aquí encerrada. ¿Has visto qué sombra tan chula compré en Salt Lake City? Es increíble lo que una puede encontrar en una tienda cutre de gasolinera.

Le oigo suspirar cuando me doy la vuelta para terminar de arreglarme.

Adoro maquillarme y ser cuidadosa con mi ropa, ponerme guapa. Lo hago por mí misma, para estar cómoda en mi piel. Pero esta vez estoy poniendo especial atención para estar irresistible para él también. Me gusta que sus ojos se escapen hacia mí como si no pudiera evitarlo, me hace sentir poderosa.

—¿Tú no piensas vestirme?

—Ya estoy vestido.

—¿Quieres que te pinte la raya del ojo?

—Ni lo sueñes.

—Pues estarías guapísimo, como un pirata.

—Los piratas no eran guapísimos. Les faltaban partes del cuerpo y apestaban. Todo lo demás son tonterías de Disney.

—¡No seas aguafiestas!

...

La noche es tranquila en Laramie. Es una ciudad universitaria, y con la llegada del buen tiempo se llena también de turistas que vienen a visitar el fuerte y los puntos de interés histórico de la ciudad. También hay un montón de deportistas preparándose para subir a las montañas. No parece el lugar en el que nos buscarían los matones, pero Eric no ha terminado de relajarse en toda la tarde. Veo cómo se fija en los coches aparcados en la calle, en los que se acercan

y en las personas que nos rodean a cada minuto. Los ruidos fuertes le tensan, aunque no es algo evidente, me doy cuenta de cómo aprieta los dientes o de la forma en la que mira. Apareta estar en calma, pero en su interior las alarmas se encienden con facilidad. Siempre está listo para la batalla. Debe ser deformación profesional... y que aunque yo me esté tomando esto como un descanso, él no puede bajar las defensas. Sé que es irresponsable pedirle que lo haga, y por eso no se lo pido, pero intento que lo pase lo mejor posible. El resto del viaje será mejor si consigue relajarse al menos un poco y descansar.

—¿Qué vas a pedir? —le digo al sentarme en la mesa del restaurante.

Hemos elegido un local con música country en directo. No me llama especialmente la atención ese tipo de música, pero el grupo que está tocando en el pequeño escenario suena realmente bien. A nuestro alrededor, hay familias y parejas disfrutando de sus cenas, y de vez en cuando, la gente sale a bailar a la pista de baile de madera que hay en el centro. Todo está decorado como si fuera el interior de un rancho, con herramientas de labranza, cráneos de bueyes, banjos y toda clase de cosas rústicas y muy sureñas. Es muy paleta, pero muy auténtico, y creo que a Eric le gusta.

—Las costillas especiales.

—Son para compartir —sonrío, poniéndole ojitos.

—No las voy a compartir.

—No podrás tú solo —le digo, dándole una patada por debajo de la mesa —. Yo quiero la hamburguesa doble.

—Tú sí que no vas a poder con eso.

—¿Nos apostamos algo? Si me la termino, bailas conmigo.

—Eso está ganado. No vas a terminártela.

—Tengo un poderoso motivo para hacerlo, y soy cabezota.

—Eso no te lo voy a discutir. Pero no vas a ganar, tu estómago tiene un límite aunque tu cabezonería te impida aceptarlo.

Los camareros no tardan en llenarnos la mesa de comida. Eric ha pedido una jarra de cerveza enorme, ensalada de col, patatas, nachos y el plato gigante de costillas empapadas en salsa barbacoa. Mi hamburguesa es enorme, me doy cuenta de que Eric tiene razón, pero estoy hambrienta, así que pongo toda mi voluntad en acabarla, ¡el premio vale el esfuerzo y el riesgo de que acabe en mi trasero! Ponerme ciega de refresco y patatas no va a ayudarme, lo sé, pero es que

me encantan. Mientras comemos, no dejo de parlotear, le cuento cómo es mi universidad, le hablo de Nica y de Sue, de lo mucho que fliparían si supieran lo que está pasándome, y Eric come diligentemente.

Al final lo único que puedo hacer es mirar con cara de corderito el trozo de hamburguesa que me sobra. Siento que si como un solo bocado más, reventaré, y el vestido no tiene botones para desabrochar. Eric se ha terminado las costillas y está comiendo patatas, cuando me ve mirando los restos de la hamburguesa, estira el brazo y agarra el plato.

—Te lo dije. Ahora me obligas a terminarla.

—¿Dónde te metes todo lo que comes? —le digo sorprendida. Encima, va a terminarse mi cena—. Es increíble, esa ración de costillas era para tres personas, por lo menos.

—No lo meto en ningún sitio. Lo quemo con el entrenamiento. Tengo rutinas diarias, dos o tres horas de entrenamiento... —dice entre bocado y bocado. Con todo lo que ha comido, y sigue masticando con las mismas ganas, como si cada mordisco fuera exquisito—. Ahora no puedo perder ese tiempo en entrenar. Cada minuto es valioso y tengo que invertirlo en devolvete con tu padre.

—Ya veo. Así que no entrenas por mí. —Esbozo una sonrisa pícaro, elevando las cejas—. Pero podrías hacerlo. Podrías entrenar conmigo, y aprovechar ese tiempo.

Eric apoya los codos en la mesa y me mira con una sonrisa jactanciosa.

—Lo que hago contigo no es tan tonificante como dos horas de entrenamiento, pequeña.

—¿Qué? —Le miro con los ojos muy abiertos, echándome hacia adelante en la mesa—. ¡Eso demuestra lo ignorante que eres! El sexo quema muchas calorías, y el sexo conmigo es tonificante, y maravilloso. Y genial —le digo ofendidísima—. Y te pone a funcionar todos los músculos, incluso el cerebro. No soy una mujer fácil de complacer... así que vas a tener que comerte más la cabeza.

Eric se ríe. ¡Se ríe! No es una risa jactanciosa, ni burlona. Es una risa relajada, viril y preciosa, grave, que aunque no pretenda ser sexy, hace que todo mi mundo tiemble. Las mariposas me revolotean en el estómago, a pesar de no tener casi espacio para moverse con tanta comida. No puedo mantener mi actitud de terrible ofensa al ver el brillo divertido en sus ojos. Parece relajado, tranquilo por primera vez en todo el viaje, y está aún más guapo así, más auténtico. Y yo

me enamoro más, no puedo evitarlo. Le sonrío, y él va a decirme algo cuando el grupo en el escenario comienza a tocar una canción lenta.

—Eric, tienes que bailar conmigo —le digo de sopetón. Él niega con la cabeza.

—No hagas trampas. Has perdido la apuesta. Y además, yo no bailo, ya te lo dije.

Le agarro las manos por encima de la mesa y le miro a los ojos, poniendo mi más genuina cara de cachorrito. Eric me mira sin inmutarse.

—Haz una excepción. Por favor —le digo implorante.

—No.

—Eric, por favor. —Él niega con la cabeza. Tiene un maldito corazón de hielo así que voy a tener que sacar la artillería pesada—. Cuando todo esto termine volveré a casa... y tendré que relacionarme de nuevo con los estúpidos chicos de la universidad. No volveré a tener una oportunidad como esta para bailar con un hombre de verdad, mi padre ni siquiera puede dedicarme dos minutos en su ajetreada vida, así que es mi única oportunidad de hacerlo. Y quiero hacerlo contigo... Eric... por favor.

Le aprieto las manos, poniéndole ojitos. Aunque suene exagerado, lo que estoy diciéndole es del todo cierto, y parece que le conmueve, porque suspira y asiente.

—Bien, de acuerdo. Pero no esperes gran cosa. Luego no quiero reclamaciones ni quejas.

—No, no me quejaré, prometido —le digo poniéndome en pie y tirando de sus manos—. Ni aunque me pises.

Eric sale conmigo a la pista de baile, hay otras parejas y los comensales miran de vez en cuando y sonrían. La canción es muy lenta, romántica, la chica que la canta tiene una voz muy dulce y melancólica, parece abrazarnos y acercarnos. Nunca me ha gustado la música country, pero estoy descubriendo que en realidad conocía muy poco. Esta canción es preciosa, y la voy a recordar toda la vida. Está hablando de un amor de verano, y casi me dan ganas de echarme a llorar de emoción. «Nuestro amor es algo así», pienso mientras miro a Eric a los ojos. «Algo efímero, precioso e intenso como un castillo de fuegos artificiales». Él me devuelve la mirada. Sus manos fuertes se cierran en mi cintura, se balancea suavemente al ritmo de la música. No lo hace tan mal como piensa. Sus ojos están fijos en mí, y siento que vuelvo a estar en el centro de su

universo. Suspiro y apoyo la cabeza en su pecho, sintiéndome flotar en medio de la pista, con las luces bajas y la preciosa música grabándose para siempre en mi corazón. Sé que este momento no durará eternamente, como no lo hacen los fuegos de artificio, por eso aspiro el aroma que desprende su cuerpo, por eso disfruto del contacto duro contra el mío, del balanceo, y de la maravillosa sensación cuando Eric me estrecha contra su cuerpo, abrazándome con un gesto que me derrite el corazón.

Ojalá esta noche no termine nunca. Ojalá pueda sentirme siempre como me siento ahora. Viva, real. En el lugar exacto donde deseo estar.

...

Sinceramente, esta noche, después de hacer el amor con Eric en la preciosa cama del limpiísimo hotel de Laramie, me he planteado estropear más el coche. La avería no tiene gran importancia, es un coche viejo y tiene mal los manguitos, pero conozco trucos para hacer que sea aún peor. He estado pensando en ello durante un largo rato esta mañana, cuando he despertado abrazada a Eric. Así, podríamos quedarnos un par de días más. Luego he pensado en la ventaja que les estaríamos dando a los matones y en lo mucho que está esforzándose Eric por mantenerme a salvo y alejada de ellos, y he cambiado de opinión. Me he levantado, me he puesto ropa adecuada, y he bajado al aparcamiento. No quería despertarle, pero no ha tardado en salir tras de mí. Tiene el sueño ligero, y por muy silenciosa que sea, cuando me muevo o me levanto incluso para ir al baño, se despierta. Siempre que vuelvo a la cama está esperándome y me cubre con su enorme brazo protector cuando vuelvo a abrazarme a él.

Mientras arreglaba la avería, Eric ha estado haciéndome de asistente, e incluso ha traído el desayuno: un café con donuts recién hechos de la cafetería del hotel. Después de comerlos sentada sobre la puerta del maletero, he terminado de arreglar el coche. La cara de Eric cuando comprueba que, efectivamente, el motor arranca, es un poema. Ojalá tuviera una cámara para sacarle una foto. Oh, vaya, acabo de recordar que tengo un móvil... pero sus palabras me hacen olvidarme por completo de él.

—Funciona. Y hasta suena mejor que antes, escucha cómo ronronea —dice al darle gas. Y es cierto. Lo he dejado limpio y lubricado, como una profesional. He visto muchos videos, y practicado mucho con los coches de mis amigas—. Eres la hostia, Amber.

¿Eso ha sido un halago? No puedo evitar dar un salto triunfal, loca de alegría.

—¡Bien! ¡Logro desbloqueado! ¡Quinientos puntos para Amber! ¡Has sido halagada por Eric!

—No seas exagerada, estoy halagándote todo el tiempo.

—Miedica no es ningún halago. Ni niñata. Ni todas las guarradas que dices en la cama.

—Pues por la cara que pones juraría que te encanta. Menos cuentos. Sube, tenemos que seguir el camino.

Me limpio las manos con el trapo de la caja de herramientas y la cierro, tirándola en el asiento de atrás y sentándome esta vez en el lugar del copiloto.

—Ahora es mi momento de creérmelo, no me lo robes. ¡Soy la hostia! Repítemelo.

—Has tenido suficiente, no te pases.

—Di que soy genial —insisto encendiendo la radio en la emisora que a mí me gusta. Está sonando Avicii y Eric pone su cara de oler algo podrido—. Ah, ni una palabra, me merezco un rato de radio por ser tan la hostia. ¿A que sí?

—No te crezcas tanto —responde mientras arranca—. Media hora. Arreglar el coche no te da derecho a torturarme.

—*Irrigliir il quichi ni ti di dirichi i tirtirirmi.* —Le hago burla mientras nos ponemos en marcha, sacándole la lengua y poniéndome bizca.

Eric sonrío de medio lado y acelera.

Capítulo 8

Las llanuras de Nebraska

Eric

—Llanuras, llanuras, llanuras, un árbol, llanuras... campo de maíz.

El trayecto desde Laramie hasta Omaha va a ser largo. Son ocho horas en coche. Llevo café y bebidas energéticas, pero no sé si aguantaré a Amber tanto rato.

—Llanuras, llanuras, llanuras, valla podrida, granja abandonada, llanuras... campo de maíz.

—¿Estás llevando la cuenta? —le digo hastiado.

—No, estoy componiendo un poema. Poesía urbana.

Pienso seriamente en parar el coche y echarle un polvo. Cuando follamos, Amber suele quedarse un buen rato callada. Quizá debería hacer eso: parar cada dos horas para darle una buena ración de medicina hasta que lleguemos. No es una mala idea. Me lo estoy pensando seriamente a medida que cambia el paisaje y también la letanía de Amber. Cada vez hay menos «llanuras, llanuras» y más «campo de maíz» y «árbol».

Hace un rato, cuando paramos a recoger suministros en una tienda de la carretera, aproveché para hacer unas llamadas. Stewart me ha confirmado que Peluso está bien, pero que me echa de menos. Eso me jode. Espero que cuando vuelva siga acordándose de mí. A lo mejor ahora le gusta más estar con Stewart. No, no creo. Eso no puede ser. Peluso y yo estamos demasiado unidos, él no me traicionaría así. También he llamado a Patrick y a Tyrell. El primero me ha confirmado que la situación sigue igual y que los Kovalenko no han hecho movimientos extraños. Tyrell me ha preguntado por Amber y me ha dado un sermón.

—Sé que no estás acostumbrado a estas cosas, Eric, pero sé bueno con ella. Solo es una cría.

—No es ninguna niña. Ya es mayor de edad.

—Como si eso significara algo.

Tyrell tiene razón, pero no quiero ser demasiado cuidadoso. Hay un límite

que no se puede cruzar. Preocuparse demasiado, querer salvar a alguien de cualquier mal... esas cosas acaban siempre en desastre. Y son mi punto débil. Es como lo que me pasó con Peluso. No tengo término medio. O me preocupo o no lo hago. Y con Amber estoy bailando en un límite muy peligroso.

Que sea la hija de Donovan me ayuda a mantener las distancias.

Sí, bueno. Emocionales. Las distancias físicas las mandé al infierno hace tiempo.

—¡Eric, para!

La exclamación de Amber me sobresalta. Me saca de mis pensamientos de forma brusca.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¡Mira qué bonito!

A nuestra derecha hay un campo de maíz con una valla blanca. Es bonito, sí. El cielo está especialmente azul y aunque aún no es por la tarde, las nubes tienen un extraño color rosa.

—Por favor, para. Vamos a sacarnos una foto.

—¿Para subirla a Instagram? Si quieres aviso a los Kovalenko personalmente de nuestra posición.

—No seas tonto, no voy a subirla a ninguna parte —espetta frunciendo el ceño. Me encanta molestarla—. Es solo para tenerla de recuerdo.

Al final, acepto. Nos detenemos junto a la valla blanca y bajamos del coche. Corre una brisa agradable. El pelo de Amber se agita y se sacude a su merced y ella tiene que sujetárselo detrás de las orejas. No lleva puesta la gorra ni tampoco la chaqueta pero ahora no me apetece regañarla por eso. Está preciosa, mirando el campo de cultivo como si fuera el puto Disneyworld. Sí... Jodidamente preciosa.

—¡Nunca había visto un cielo así! Es tan bonito que casi me dan ganas de llorar.

—Sí. Muy bonito.

En realidad estoy mirando su pelo, pero el cielo tampoco está mal.

Amber se da la vuelta con una sonrisa y saca el móvil, encendiéndolo para usar la cámara. Ya lo ha usado antes, pero caigo ahora en la cuenta de que lo está haciendo.

—Espera... ¿tu móvil no estaba estropeado?

—Ah... sí, bueno... olvidé que era sumergible, ¿te lo puedes creer? Solo tenía que cargar la batería.

—¿En serio, Amber?

Me quedo mirándola, incrédulo. A veces me sorprende lo tonta que puede llegar a ser, pero ella simplemente se ríe y se abraza a mí, estirando el brazo:

—¡Selfieeeee!

—Oye, Amber...

—¡Selfie! Oh, esta tampoco me gusta. ¿No puedes poner otra cara? Va, pon tu sonrisa de canalla, solo una vez.

Odio las fotos. Y odio los selfies. Ni siquiera sé por qué estoy haciendo esto. Yo solo me hago selfies con mi perro, joder. Aun así, me resigno y trato de mirar a la cámara con menos expresión de asesino a sueldo, pero creo que no me sale bien. Aunque a ella parece gustarle.

—Oh, mierda, estás súper sexy. Esta me la guardo, jijiji.

—Amber, escucha, hay algo importante que...

—¡Selfieeeee!

—¡Amber! —exclamo al fin, quitándole el móvil. Ella me mira con sorpresa—. Si has podido encender el móvil eso significa que puedes recibir llamadas. ¿Te ha llamado Donovan?

—¿Qué?

—Donovan. El señor O'Connell, tu padre.

—Ah. —La expresión de Amber cambia por completo. Su rostro se vuelve pétreo y una mirada de rencor asoma a sus ojos—. No, no me ha llamado.

Se cruza de brazos y se aleja, acodándose en la valla para mirar el campo de maíz. Los tallos bailan mecidos por la brisa.

—¿Y tú a él?

—No.

—De acuerdo. Mucho mejor. Si en algún momento quieres hablar con él, dímelo a mí. Me comunicaré con Patrick y le pediré una línea segura, pero tú no le llames.

—No hace falta que me lo digas dos veces.

La voz de Amber es fría y desagradable. Ha vuelto a su actitud de antes. Sé que el tema de su padre es delicado, así que no digo nada más y aprovecho la parada para comprobar que el coche sigue bien. La verdad es que la niña ha hecho un trabajo increíble. Aún no me he recuperado de la sorpresa. Levanto el capó y reviso la batería y el motor. Cuando lo cierro, ella está frente a mí.

—¿Quién es ese Patrick?

Lo pienso un momento antes de responder. No sé si debería decírselo, pero a estas alturas, supongo que da igual.

—Es uno de los hombres que trabajan para tu padre. Su segundo, por decirlo de alguna manera.

—Ya. Su empresa es muy grande, ¿sabes?

«Empresa». Buen eufemismo.

—Sí, lo sé.

Amber se recoge el pelo detrás de la oreja otra vez. No me mira. Parece amargada por algo.

—Siempre tiene mucho trabajo y no tiene tiempo para mí. Por eso me escapé... Aunque antes que yo, se fue mi madre. Ahora es lesbiana, ¿te lo puedes creer? Es lesbiana y profesora de yoga. Antes... Antes era una especie de ama de casa normal, y de pronto...

Ella suspira y se sienta sobre el capó. No dice nada más, así que lo hago yo.

—Marcharte así no ha sido buena idea.

Amber se encoge de hombros.

—Al menos ha servido para que recuerde que tiene una hija —dice amargamente.

—Tu padre sabe que tiene una hija. Lo sabe muy bien. Por eso ha intentado siempre mantenerte a salvo de sus actividades. —No debería meterme en esto, pero es injusto. Donovan es un buen hombre. Si no fuera por él, mi familia lo habría pasado realmente mal. Y está al límite con todo lo que está sucediendo por culpa de su hija—. ¿No te das cuenta de la posición en que le dejaste al interrumpir su reunión?

—Sí, ya sé que le hice quedar mal delante de sus socios. Pero se lo merecía —sisea ella, golpeando el capó con el puño—. Eso y más. Él me prometió que cenaría conmigo y...

Venga ya.

—Amber, por el amor de Dios. —Me paso las manos por el pelo, controlando la irritación que me producen sus palabras—. ¿En serio? ¿Todo esto es porque tu padre no fue a casa a cenar?

—¡No! Ya te lo he dicho, son muchas cosas... él nunca tiene tiempo para mí, estoy siempre sola, mi madre se largó... ¡Estaba harta! Solo quería hacer mi propia vida.

—No puedes comportarte así. Has puesto en peligro tu vida y la de tu padre. ¿Crees que esto es un juego? Que todavía no haya muerto nadie es un jodido milagro.

—¡Eso díselo a él! Yo no le pedí que se metiera en asuntos con la mafia rusa y no se quién más. Debería haber sido más responsable.

La miro, atónito. Debe estar de broma.

—Amber, ¿es que no sabes a qué se dedica tu padre?

Ella me mira de reojo. Baja la cabeza.

—Sí. Es constructor y empresario inmobiliario.

La forma en que lo dice la delata. Por supuesto que sabe a qué se dedica Donovan. Pero es una de esas cosas que no quiere enfrentar ni aceptar.

—Amber, tu padre es un capo del crimen organizado.

—¡Cállate! —exclama ella golpeando el capó con los puños—. No quiero hablar más de esto.

Siento vibrar la rabia en su pequeño cuerpo. La brisa arrecia y le agita la melena. Sus ojos brillantes están húmedos. Quiero olvidarlo todo, guardar silencio, pero no puedo. Tengo que hacer esto, aunque no me guste. Alguien tiene que hacerlo.

—Puedo callarme, pero eso no lo hará menos verdad. Y que tú no lo pienses tampoco hará que desaparezca.

—¡Yo no lo he elegido, joder! —Me mira, desafiante. Tiene la respiración acelerada. Sé que podría ponerse a llorar en cualquier momento, pero hay algo más fuerte que eso. Está furiosa. Yo quiero acercarme y abrazarla, pero por alguna razón me quedo donde estoy, convirtiendo esta maldita conversación en un enfrentamiento. Quizá es todo lo que sé hacer, buscar el enfrentamiento—. ¡Yo no lo elegí! Él escogió esa vida, y todo lo que yo puedo hacer es aceptarlo e intentar buscar mi lugar en el mundo. ¿Crees que es fácil?

—No es fácil, pero tu actitud no es la mejor.

—¡Deja de hablar de mi actitud! No estás en mi lugar.

—No lo estoy. Pero has escogido una forma muy cómoda de vivir. Nada de responsabilidades, ¿no? Tú eres una víctima. ¿Eso es lo que quieres ser toda tu vida? ¿Una víctima de las circunstancias?

Ella me mira, indignada.

—¡Primero soy una niña pija y ahora una víctima! ¡No te cansas de juzgarme! Te he dicho que no quiero hablar de esto, vámonos.

Se levanta y se dirige hacia la puerta del coche. De pronto, sin saber por qué lo hago, la sujeto del brazo y la obligo a mirarme. Estoy nervioso e irritado. Me siento mal, incómodo, como si estuviera viendo a Amber correr hacia un abismo sin que nadie la detenga.

—No hemos terminado, maldita sea. —Sus ojos me fulminan, pero yo sigo hablando—. Mientras sigas comportándote como una cría y fingiendo que no ocurre nada a tu alrededor, nunca te encontrarás a ti misma. Al revés. Acabarás perdiéndote más. No basta con cerrar los ojos para que las cosas dejen de existir, Amber. El peligro está ahí, quieras verlo o no.

Hay un silencio tenso entre los dos. «Quiero salvarte, maldita sea. ¿No te das cuenta?», pienso, desesperado. De pronto, ella se suelta de mi agarre con brusquedad y sus ojos fulguran como llamaradas.

—¿Y tú quién te has creído que eres para darme lecciones? —exclama—. ¿Tú me vas a explicar cómo tengo que comportarme, qué debo hacer para ser una buena hija y portarme con responsabilidad? ¡No tienes nada! Ni familia, ni aspiraciones... ¡Nada! Tratas mal a todo el mundo y nadie te aguanta. No tienes amigos. Eres un cínico amargado, ¡eso eres! ¡Y estás amargado porque no has conseguido conservar nada de lo que de verdad importa! Has tirado tu vida a la basura haciéndote el héroe, creyéndote que eres... algo, no sé, un ángel vengador o el salvador de los desvalidos, ¿y todo para qué? Para descubrir que las cosas por las que luchabas eran mentiras. No has podido salvar a nadie, ¿y me vienes a dar lecciones? ¿Tú? Eres como mi padre, lo único que te importa es el dinero. Eres tan pobre que no tienes nada más que eso: dinero y músculos. Puede que antes fueras un héroe, pero ahora solo eres un matón a sueldo, condenado a estar solo e incapaz de ser feliz.

Cuando Amber termina de hablar se queda quieta y callada. Su pecho sube y baja apresuradamente a causa de la agitación. Tiene las mejillas enrojecidas. Poco a poco, su mirada furiosa se atempera.

En cuanto a mí, no hay gran cosa que pueda decir. Las palabras de Amber son balazos. Estoy acostumbrado a recibir disparos. Y los he sufrido más dolorosos que estos. Pero aun así, escuece. Joder que sí. Quería hacerme daño y lo ha conseguido. Me lo he buscado. Debí cerrar la puta boca y no entrometerme en esta mierda. Ya sabía que Amber estaba loca y herida. No debería haberme dejado llevar.

Es como con los perros. Ves a un perro jodido y le quieres ayudar. A veces te muerden. Ya está. No pasa nada.

Voy hacia la puerta del copiloto y la abro, esperando a que ella entre. Amber me mira, desafiante.

—¿Qué pasa? ¿Ya no vas a decir nada?

—No. No tengo nada que decir. Tú ya lo tienes todo muy claro sobre mí.

—Pues igual que tú.

—Entonces no hay más que hablar.

Amber entra y cierra de un portazo.

El resto del camino ya no hay más “llanura, llanura, campo de maíz”. No hay más preguntas sobre mis tatuajes ni comentarios estúpidos. No hay música ni besos. Solo dos desconocidos en un coche.

Quizá debería haber sido así desde el principio.

Los minutos pasan y el silencio nos va devorando poco a poco. Dentro de mi cabeza hay una extraña nube oscura que convierte mis pensamientos en recuerdos cada vez más pesados.

Ella tiene razón. No he sido capaz de conservar nada. Estoy jodidamente amargado.

Nada nuevo bajo el sol.

—Amber.

—Qué.

Tomo aire profundamente.

—Puede que mi partida ya esté perdida, pero la tuya no. Tu padre te quiere y está preocupado por ti. —El ronroneo suave del motor llena el breve silencio—. Solo espero que juegues bien tus cartas y las cosas mejoren entre vosotros.

Ella no responde, pero tampoco espero contestación. Al final, tras otros

treinta largos minutos de silencio, alarga la mano hacia la radio y pone música. Esta vez elige la que ella quiere. Yo no digo nada. Ahora mismo, la puta radio es lo que menos me importa en el mundo.

Solo quiero llegar a Nueva York y dejar todo esto atrás.

Amber

Todo vuelve a ser raro. No. Antes no era raro. Antes al menos discutíamos, y aunque parecía que no nos aguantábamos, había algo atrayéndonos por debajo de todo eso. Ahora es raro, raro de verdad. Como si hubiera una pared entre los dos a través de la cual no pudiéramos hablarnos.

Cuando llegamos a Omaha, Eric detiene el coche en el parking de otro motel cochambroso y ni siquiera tengo ganas de quejarme. De pronto solo quiero que esto termine lo antes posible. Me siento sola, lejos de casa y culpable de toda esta situación.

Eric tiene razón en algunas cosas, he preferido mantener los ojos cerrados, hacerme la tonta, pero siempre he sabido que los negocios de mi padre no son limpios. Siempre he sabido que había algo peligroso en ellos, pero nunca he querido enfrentarlo. Si hubiera reflexionado antes de hacer lo que hice no estaría aquí, huyendo de unos matones ucranianos y dependiendo de la protección de un mercenario del que, para colmo, me he enamorado como una completa idiota.

«No tengo remedio».

Bajamos del coche en completo silencio. La distancia que hay entre nosotros ahora es horrible. Eric paga el motel. No me piden el carnet, ni siquiera repetimos la incómoda conversación sobre mi edad o nuestra relación. Es como si el mundo entero estuviera en silencio, tenso y distante. En la habitación nos esperan dos camas. Las sábanas están limpias y huele a naftalina. Hay un viejo televisor de tubo y un par de armarios empotrados. Las paredes están pintadas de un color verde deprimente que me recuerda a los hospitales.

Eric ni siquiera me mira cuando se mete en el baño. Le oigo pasar el pestillo y siento cómo se me encoge el corazón.

Nos hemos hecho daño. Creo que yo le he hecho más daño que él a mí. Me he sentido acorralada y le he dicho cosas horribles, le he atacado con lo que sabía que iba a dolerle porque quería que dejase de hablar sobre mi vida. Solo intentaba hacerme entender las cosas, pero su forma de arrojármelas a la cara es muy despiadada. A mí también me ha hecho daño. Sé lo que he hecho, sé el

peligro en el que estoy y no quiero estar pensando en ello cada minuto del maldito día, ¿es tanto pedir? ¿Es tan difícil de entender?

Suspiro, sentándome en la mecedora que hay junto a la ventana y sacando el móvil del bolso.

Está preocupado por mí. Por eso ha dicho todo lo que ha dicho. Pero lo ha dicho mal. Y yo también. Ahora no puedo dejar de darle vueltas a lo de mi padre. Va a pagarle un millón de dólares a Eric para que me devuelva sana y salva. Sí, me quiere, y soy afortunada a pesar de todo, aunque él sea un mafioso y no pueda dedicarle demasiado tiempo a su hija por culpa de sus turbios negocios. Eso no me gusta, no me gusta lo que es y preferiría fingir que las cosas no son así, pero sigue siendo mi padre, y debe estar tremendamente preocupado, pensando que puedo morir en cualquier momento y sin saber dónde estoy.

Me siento fatal por todo, así que abro el Whatsapp y miro la conversación de mi padre. Hay más mensajes suyos, pero son de hace días. Debió desistir al ver que ni siquiera me llegaban.

Papá, estoy bien

Estoy con Eric en Omaha, las cosas están bien

Siento mucho todo lo que ha ocurrido

Siento haberme escapado y haberte metido en este lío

¿Papá?

Responde cuando lo leas, por favor

Te quiero

Durante unos minutos observo la pantalla. Las dos marcas del mensaje me indican que ha llegado, pero no se encienden en azul y el móvil permanece en silencio cuando apago la pantalla y lo vuelvo a guardar.

Estará enfadado conmigo. Con razón. O algo peor. Tal vez no puede leerlo por culpa de esa maldita guerra que he desatado.

Desde aquí se ve la autopista. Ya es de noche y las luces de color naranja dibujan la larga carretera que se pierde en la oscuridad. Apenas pasan coches y una fina llovizna comienza a mojar el asfaltado haciendo que las luces se reflejen en él. Es como si todo se hubiera puesto de acuerdo para resultar

deprimente en este preciso instante, aunque tampoco creo que el sol me ayudase a levantar el ánimo. Todo se está desmoronando, pero era cuestión de tiempo.

Miro a Eric a través del reflejo de la ventana cuando sale de la ducha, con su toalla anudada a la cintura. Me dirige una mirada furtiva, que aparta cuando la cazo a través del cristal. Volvemos a estar incómodos. Supongo que ha llegado mi turno de abandonar la habitación, así que me meto en el baño y corro el cerrojo. Al otro lado, escucho la voz monótona de un reportero en la televisión cuando Eric la enciende.

¿Será así a partir de ahora? Supongo que ya no me queda ningún lugar seguro hacia el que mirar, ni hacia donde huir, así que tengo que ir haciéndome a la idea. Al fin y al cabo, esto no es un viaje de placer, es algo que no debería haber olvidado. Estoy tan cansada y tan abatida que ni siquiera paso demasiado rato en la ducha, y cuando salgo no me molesto en peinarme y arreglarme. Eric está viendo la tele cuando me meto en la cama y me cubro con las sábanas, encogiéndome para intentar dormir.

El silencio no tarda en hacerse. Eric apaga la tele y escucho el roce de las sábanas. El chirrido del colchón cuando se mueve para acomodarse, y luego todo queda en calma en la oscuridad. Ni siquiera le oigo respirar, pero sé que está ahí. Me gustaría que estuviera aquí, poder llamarle, abrir las sábanas y que me abrazase debajo de ellas, que volviera a alejar el miedo que está apretándome los pulmones y no me deja respirar.

Tengo miedo. Quiero decírselo, pero no puedo. Cree que soy una chiquilla, cree que no puedo enfrentarme a esto. Cree que soy frágil como el cristal, y además, está enfadado conmigo por lo que le he dicho. No puedo decirle nada, aunque desee tenerle aquí y disculparme, ¿qué cambiaría eso? Lo único que puedo hacer es ponérselo fácil para que todo esto termine cuanto antes.

Me doy la vuelta y abro los ojos en la oscuridad. Solo veo el bulto en la otra cama. El cuerpo enorme de Eric recortándose contra la luz tenue que entra por la ventana. No veo sus ojos, pero sé que están fijos en mí. Está despierto y me está mirando, lo noto, y de alguna manera eso aleja el miedo de mí.

Sin darme cuenta, bajo la mirada constante de Eric, me quedo dormida.

Capítulo 9

Miedo y asco en Fort Wayne

Eric

Llevamos dos horas de viaje y todo es silencio. Hemos salido temprano hacia Fort Wayne. Sé que voy a tener que parar unas cuantas veces, pero intentaré que sean las menos posibles. Amber está callada, escuchando la música de la radio. Ha sacado el brazo por la ventanilla y mira hacia fuera. Estamos lejos, lo sé. Por eso es tan jodido estar cerca.

Da igual. Tenía que ser así. Seguramente, debió haber sido así desde el principio.

El paisaje es algo más alegre en esta zona. Hay campos más verdes, y árboles de vez en cuando. Hay ríos y algunas colinas no muy altas. Seguro que Amber tiene muchos comentarios que hacer, pero no dice nada. No ve nada. Ni siquiera sé si escucha.

El ronroneo del motor y la voz de Johnny Cash son lo único que me da cobertura ahora mismo. Pero no consiguen apagar mis pensamientos.

La he jodido, ya lo sé. No tenía que haber abierto la boca. No es asunto mío. ¿Qué más me da a mí su vida? Solo es una cría. Una niña estúpida y loca. Pero no puedo dejar de pensar en su cara cuando terminó de arreglar el coche, en su sonrisa orgullosa... No dejo de pensar en el brillo de sus ojos. Hay fuego ahí dentro. Un fuego que no puedo entender, un entusiasmo que yo ya no reconozco.

¿Por qué se pide las hamburguesas más grandes? ¿Por qué come hasta dolerle el estómago, con tanta ansia? ¿Por qué se acostó conmigo? ¿Y todos esos selfies, es que no puede dejar de hacerse fotos?

Supongo que es eso lo que se siente al estar vivo, al ser joven. Ese fuego, esa hambre insaciable de aventuras, de cosas nuevas. Poner a prueba los límites. Darse el lujo de no pensar. Sentir y actuar, sin tener que valorar absolutamente nada.

Y yo también lo he hecho. Se me ha contagiado algo de ese fuego; su calor, tal vez, o su brillo. Me he dejado llevar. Me acosté con ella y cedí a sus caprichos de buena gana. Debería arrepentirme, pero no lo hago. Eso me sorprende.

Apenas han sido unos pocos días, ¿por qué tengo grabados a fuego tantos momentos?

Ni siquiera con Claire tengo tantos recuerdos.

Al cruzar un puente sobre un río escuálido, la radio empieza a emitir ruido de fondo. Pronto se pierde la sintonía. Amber alarga los dedos y toca el dial, buscando más música. Debe haber sintonizado una emisora de country, porque la voz de Kenny Chesney surge de pronto, clara y llena de nostalgia. Sí, cojonudo. Justo lo que necesitamos.

A mi padre le encanta Kenny Chesney. Joder. Pensar en mi padre no hace que las cosas mejoren. ¿Cuánto hace que no hablo con él ni con Grace?

—Yo también tengo un padre.

No sé por qué lo digo. Esto es una estupidez.

O quizá no tanto. Amber gira un poco el rostro y me mira, insegura.

—Tengo un padre y una hermana —repito—. Mi padre y el tuyo se conocían.

—¿Ah, sí?

Asiento con la cabeza.

La miro a través del retrovisor. Sus ojos verdes están tristes. «No puedes hacer nada», me repito. Pero daría cualquier cosa por borrar esa tristeza de su mirada.

—Se marcharon a California cuando dejé los SEALs. Querían que me fuera con ellos.

—¿Por qué no lo hiciste?

Me encojo de hombros.

—No sé. Me gusta Nueva York.

Sé que esa respuesta no le basta. A mí tampoco. Siento su atención sobre mí, su mirada inquisitiva. Claro, quiere que le cuente algo más. Y es normal. «Si no querías contarle nada, Eric, no deberías haber abierto la boca en primer lugar», me digo.

—Mi padre es carpintero. Ebanista. Yo siempre estaba metiéndome en líos desde crío.

—¿Eras como yo? —pregunta ella con cierta mordacidad.

Me lo tengo que tragar. Qué remedio. Después de todo, me lo merezco.

—No exactamente. Era un tocapelotas, pero de otro estilo. —Ella suspira con desdén—. Cuando entré en el ejército todos pensamos que era por mi bien. Yo también. Pero las cosas se complicaron en los SEALs y cuando lo dejé... En realidad, lo de mudarnos era por mí. Todo era por mí. Para que cambiara de aires, para que empezara una nueva vida.

—Y les dejaste tirados.

—Sí. Bueno, no del todo. Me fui con ellos, pero después... volví a Nueva York.

Amber hace una pausa. Está atando cabos. Luego me mira, sorprendida.

—¡Te escapaste! —No respondo. ¿Qué voy a responder? Ella se remueve incómoda, mirándome una y otra vez. Parece cada vez más indignada. Cuando empieza a hablar ya sé por dónde van a ir los tiros—. ¿Y todos esos sermones que me has echado? Menuda cara tienes...

—Precisamente. Yo ya he pasado por esta mierda, y sé que es un error. — Giro el volante para tomar una curva, sacando un cigarro de la cajetilla y poniéndomelo en los labios. Todo esto me amarga. La conversación, la situación —. No se puede huir, Amber. En la guerra sí, pero en la vida no.

Ella no dice nada, y lo agradezco.

Sigo conduciendo. Las horas transcurren en silencio, con esa maldita música country llenándome el corazón de recuerdos agridulces. Para cuando llegamos a Forth Wayne, entrada ya la noche, he hecho balance de mi vida como nunca antes lo había hecho. Viajes de diez horas, nada mejor para la reflexión. Total, ¿para qué? Tampoco he sacado ninguna conclusión interesante. He cometido errores, sí. Otras veces, lo hice bien. Pero no hay nada, ninguna frase mágica, ninguna cita con la que firmar en el álbum de fotos. Solo un montón de recuerdos y ganas de volver atrás en el tiempo para solucionar las cosas.

Al llegar a la ciudad no entro en la urbe ni busco un motel de carretera. Me dirijo directamente a Ellison Road y aparco en el Homewood Suites Hilton. Es un complejo de pequeños apartamentos en las afueras, rodeado de una explanada de césped brillante y circundado por varias carreteras.

Cuando bajamos del coche, Amber parece extrañada. Nos registramos y subimos a la habitación acompañados de uno de los recepcionistas, un tipo rubio y repeinado que tiene pinta de mormón. Nos explica dónde está todo y cómo se utilizan las cosas, hasta lo obvio. Después se despide con una sonrisa.

—Les deseo una feliz estancia, señor y señora Hudson.

—Gracias.

Luego cierra la puerta y se larga. Amber y yo nos quedamos solos. Me acerco al frigorífico, negro, equipado con toda clase de comodidades. Dentro hay bebidas, cerveza fría y snacks. Cojo una Coors y la abro contra una de las mesas perfectas de la perfecta habitación. De pronto, ella está frente a mí, con las manos cruzadas a la espalda, nerviosa. No dice nada. Y me pone nervioso a mí.

—¿Qué?

—No hacía falta que escogieras este lugar. Puedo pasar perfectamente en un motel... Lo hemos hecho hasta ahora. No me importa, de verdad.

—Ya lo sé. —Amber se acerca y coge la botella de mi mano. Da un pequeño sorbo. La huella de sus labios se queda marcada en el vidrio—. Nueva York no está lejos.

Ella asiente y me devuelve la cerveza. Cuando me la llevo a la boca, intento encontrar algo de su sabor, pero no hay nada. Esa ausencia me molesta más de lo que quiero reconocer.

La verdad es que tengo sed de ella. La verdad es que la añoro. Está junto a mí, y la echo de menos.

Maldita sea. Esto no tenía que pasar.

Sus ojos verdes se deslizan hacia mí con timidez mientras juguetea con las puertas de los muebles. Vienen y se van. Cambia el peso de pie, incómoda.

—Eric, yo...

Quiero acabar con esta estúpida distancia, pero tengo miedo.

Yo. Yo tengo miedo. Miedo a que una niña de veinte años me rechace. ¿Para esto has quedado, Mesz?

Pues parece ser que sí.

—Ya sé que no te lo he puesto nada fácil estos días pero... es verdad, Nueva York ya no está lejos. En fin, lo que quiero decir es... Supongo que... — Amber suspira y su pecho sube y baja, sus labios se entreabren—. Gracias.

Tiene los labios húmedos y el pelo rojo se escapa desde debajo de la estúpida gorra. Antes de pensármelo más, acerco la mano y la cojo de la visera para quitársela. La preciosa melena pelirroja se derrama sobre sus hombros como espuma de mar. Dios mío. Estúpida niñata, loca y hermosa.

Sus ojos están llenos de interrogantes, pero ahora no quiero hablar. De una zancada, termino con esto. La tomo entre mis brazos y la beso, desesperado.

Amber no me rechaza. Sus brazos se enredan alrededor de mi cuello y el suspiro que brota entre sus labios es de alivio.

Durante minutos enteros la mantengo contra mí, mis manos cerradas en su cuerpo, recorriendo su espalda, su cuello y su pelo. Devoro sus labios, buscando en su boca el aire que me falta. Quiero borrarlo todo. Quiero ser solamente yo, existir únicamente en el ahora. Quiero esto, porque es auténtico.

—Eric... Eric...

Su voz es como un embrujo, susurrada. Casi no la dejo hablar. Ahora no es momento de putas conversaciones, maldita sea.

—Eric, yo... siento haber dicho...

—Calla... ahora no.

—Pero...

La interrumpo a fuerza de besos, asediándola contra el armario de la despensa.

—No hay por qué pensar en eso ahora.

La agarro del trasero y la siento en la encimera, buscando la cremallera de su vestido mientras beso su cuello donde sé que le gusta.

—Ah... Eric... esa frase no es nada propia de ti...

Me quito la camiseta y la tiro al suelo. Luego le saco el vestido sin contemplaciones y vuelvo a besarla, lenta y concienzudamente.

—Qué quieres que te diga —replico cuando me separo un momento—. Soy una caja de sorpresas.

Amber

El reloj digital sobre la mesita de noche dice que son las siete y media de la mañana. No sé por qué me he despertado tan pronto, no pienso levantarme aún, pero esto me da la oportunidad de disfrutar de un instante de calma mientras Eric aún duerme. Me dormí desnuda y abrazada a él, y aquí sigo, con su calor agradable contagiándose a mi piel y el tacto duro de su cuerpo bajo mis brazos. Aunque tenga sueño, me esfuerzo por no volver a dormirme y así aprovechar este rato en el que puedo mirarle a mis anchas.

Dormido sus facciones son diferentes, se suavizan, está completamente relajado y su expresión es serena. ¿En qué estará soñando? Espero que sueñe conmigo y con la maravillosa noche que hemos pasado. La noche pasada solo podía pensar en lo terrible que iba a ser todo hasta que terminase el viaje, pero la reconciliación ha valido la pena, y ha sido muy placentera. Eric ha sido más intenso y tierno de lo que había sido hasta ahora.

Me siento flotando en una nube. Toda esa amargura y los pensamientos negativos que me asaltaron se han esfumado. No me importa sentir esto. No me importa que esté sucediendo, es verdadero y es real. Tal vez es lo más real que me ha pasado en la vida, y tengo que exprimirlo hasta el último segundo. Cada minuto que pasa es un instante que no regresará una vez llegemos a Nueva York, y ya queda poco camino.

Pronto vamos a separarnos. Tengo los pies en la tierra, soy muy consciente de eso, y lo he sido desde el principio. Tampoco podría haber detenido lo que estoy sintiendo si lo hubiera deseado, no es una cuestión de inconsciencia, sino de aceptación. Prefiero vivirlo, vivirlo con todas sus consecuencias y llevarme este recuerdo para el resto de mi vida.

No puedo evitar preguntarme qué significo yo para Eric. Por la manera en la que hemos hecho el amor esta noche creo que soy algo más que una diversión durante el viaje. Es un hombre de acción, se expresa a través de sus gestos, y aunque sus palabras suelen ser honestas, sus acciones lo son aún más. Su forma de besar, su forma de apretarme contra su cuerpo y la manera en la que me toca me dicen muchas cosas. Los dos tenemos claro que esto no llegará a ningún sitio, pero de una forma u otra, va a dejarnos una marca, y me gustaría que para él fuera también algo positivo y un recuerdo hermoso.

Nos queda poco tiempo y él solo se llevará de mí un cochino llavero de Salt Lake City. Es el regalo más cutre que le he hecho en mi vida a un chico que me gusta. Y Eric no me gusta, no me gusta como los chicos que me han gustado hasta ahora. Estoy tan enamorada de él que me quedaría horas aquí, bajo las sábanas, mirando su perfil y aspirando el aroma especiado de su piel, observando sus tatuajes hasta grabármelos en la memoria. Estoy tan enamorada que el hecho de que haya unos mafiosos persiguiéndome apenas me importa. Eric lo está haciendo bien. Lo hace tan bien que no hemos tenido noticias de los matones en muchos días. Hemos debido cogerles mucha ventaja a estas alturas, así que no creo que pase nada porque salga a comprarle algo. Quiero darle una sorpresa, hacerle un regalo mejor que ese *cutrellavero*.

Ahora parece muy dormido, así que con cuidado, aparto mis brazos de él e

intento escapar de la cama. Cuando estoy retirando las sábanas, los fuertes brazos de Eric me rodean y vuelven a empujarme contra su cuerpo.

Ni siquiera ha abierto los ojos y ya me está besando, envolviéndome en un abrazo perezoso y dulce que me derrite el corazón y me hace olvidar la frustrada huida.

—Buenos días, grandullón.

—Buenos días, pequeña —responde con un ronroneo, entreabriendo los ojos para mirarme. Parece un enorme gato adormilado. Tiene la voz ronca y ese tono sexy que me eriza la piel y me pone juguetona—. ¿Dónde ibas?

—Iba a fugarme a la cocina para traerte el desayuno —miento con soltura, aunque me doy cuenta de que estoy muerta de hambre—, pero has estropeado mi malvado plan.

—Qué pena —dice poniéndome las manos en el trasero y estrechándome contra su cuerpo. Nos volvemos a besar, despacio, saboreando nuestros labios en medio de la pereza matutina. No tenemos prisa, no hay urgencia. Las manos de Eric se deslizan por mi espalda y me acarician con calidez bajo las sábanas.

—Malditos reflejos de militar... ¿es que no puedes dormir profundamente como todos los tíos después de una noche de sexo? —susurro sobre sus labios, acariciándole el pelo cariñosamente.

—Anoche no te quejabas tanto de mis facultades —responde y me mordisquea con suavidad el labio inferior.

—Eres muy creído, ¿lo sabías? Deberías ser consecuente con tus tatuajes y hacer caso a esas siglas que tienes en el brazo derecho.

—Como si supieras qué significan.

—Pues sí que lo sé, idiota. Yo sé muchas cosas —le digo con una risilla—. Son las siglas en la insignia de los SEALs.

—Lo has buscado en Google —replica con una media sonrisa súper sexy y engreída—, eso no es saber nada.

—Saber buscar en Google es saber muchas cosas.

—Vale, ¿y qué significan?

—El único día fácil fue ayer.

—Esa es la traducción literal, ¿sabes qué significa en realidad?

—Significa que no puedes relajarte y cada día debes ser mejor que el

anterior. Así que aplícatelo, no vayas a relajarte creyéndote Casanova y acabes aburriéndome.

Eric me da un cachete en el trasero que me hace dar un respingo. Le golpeo en el pecho con la mano abierta y me río.

—Anoche me pareció que gritabas más que la última vez, así que estoy siendo más que coherente con mis tatuajes. —Vuelve a besarme y me estruja una última vez contra su cuerpo antes de estirarse sobre el colchón. Observo sus músculos tensándose, embobada por el espectáculo—. Evitaré que te fugues yendo por la comida. No salgas de la cama, luego podemos entrenar.

—Sí, después de que comas y te duches —digo entre risas, tirándole un cojín cuando se levanta. Me mira sobre el hombro mientras se dirige a la cocina, completamente desnudo. Los ojos se me van hacia su duro y torneado trasero.

—¿Insinúas que huelo mal?

—Hueles a sexo.

—Tú también, y eso no es malo.

—Me gusta más cuando hueles a jabón —replico. Necesito distraerle el tiempo suficiente para escapar a alguna tienda y comprarle algo bonito, aunque me quedaría encantada a disfrutar de ese cuerpazo antes de volver a la carretera.

—Menuda excusa de mierda —dice, volviendo a la cama con un montón de cosas que ha sacado de la alacena—. De acuerdo, me sacaré tu olor de encima si tan desagradable te resulta.

—¡No es mi olor! Yo huelo a rosas y a dulces, como un unicornio.

—Y a pecado —dice con una sonrisa maliciosa, abriendo los paquetes de bollos, pastelillos y snacks que ha traído.

Me doy cuenta de que estoy muerta de hambre y me envuelvo con las sábanas para sentarme. Yo no tengo tan poca vergüenza como Eric, que está ahí, desnudo, comiendo como si tal cosa.

—Esto sí que es pecado. Sobre todo para ti, que debes mantener la línea de un héroe, no creo que esos músculos se críen a base de brownies y patatas fritas —digo llenándome la boca con el delicioso pastelillo de chocolate al que estoy criticando. No soy la reina de la coherencia, lo sé—. Y ni hablemos de lo poco saludable que es este tipo de dieta para cualquiera. Cuando llegemos a Nueva York voy a estar hecha una vaca, y tú tendrás la culpa, tendrás que indemnizarme o algo.

—¿Por mi culpa? Eres tú la que te pides las hamburguesas XXL sin que nadie te coaccione.

—Es porque quiero impresionarte, eres una mala influencia.

—Sí, pero no precisamente por mi dieta.

En un instante hemos dado buena cuenta de todo entre los dos, entre bromas y pullas. Eric me besa una última vez antes de meterse en la ducha y yo corro a ponerme el vestido verde para bajar a la calle. Ni siquiera me maquillo, tengo muchísima prisa, Eric no es precisamente lento a la hora de asearse, así que tengo el tiempo muy limitado. Me peino deprisa en el tocador de la habitación y me echo la colonia por encima de la ropa, saliendo apresuradamente tras coger el bolso donde llevo el móvil y la tarjeta.

Ni siquiera sé a dónde voy, no tengo tiempo de buscar en el móvil si hay tiendas cerca del hotel, pero no tardo en encontrarlas por mí misma. Solo he caminado unos cien metros tras cruzar la carretera cuando encuentro una tienda maravillosa de artículos de piel. La chopper antigua que tienen en el escaparate, llena de pulseras en los manillares y de bolsas y chalecos sobre el asiento me dice que he dado con el lugar adecuado. A Eric le encantaría, y cuando entro parece que ha sido el mismo destino el que me ha traído aquí. En la misma vitrina del mostrador hay una serie de muñequeras expuestas, pero solo una me llama la atención: de cuero negro, ancha y con una preciosa águila de plata con las alas extendidas en el centro. Me recuerda a Eric, parece, de hecho, hecha para él, y es de plata de ley, así que no es un regalo miserable como lo fue el llavero. La compro sin pensarlo y salgo precipitadamente de la tienda, dejando al dependiente con cara de póker. No tengo tiempo para la educación, han pasado unos quince minutos y Eric debe estar saliendo de la ducha. Con suerte no se ha enterado de nada cuando vuelva y puedo tener el regalo preparado sobre la cama.

Al salir de la tienda corro por la acera en dirección al hotel, apretando la bolsa donde llevo el regalo contra mi pecho. El corazón me late como un loco, lleno de felicidad con un gesto tan sencillo como este. Fantaseo con que Eric me recuerde el resto de su vida cada vez que mire la muñequera, y que le guste tanto que siempre la quiera llevar puesta. No puedo esperar a ver su expresión cuando se la dé, estoy segura de que es para él.

Cuando llego a la altura del hotel Eric está en la puerta, mirando alrededor con un gesto preocupado y tenso. Está buscándome. Nos separa la carretera, por la que fluye un tráfico constante. El semáforo está en rojo para mí, y le hago señales desde este lado, levantando los brazos y sacándole la lengua mientras los agito en el aire. Su expresión se relaja cuando me localiza, parece aliviado, pero

sé que está molesto. No pretendía preocuparle, ni siquiera tenía que darse cuenta de que había salido, pero ha sido más rápido que yo.

El semáforo se pone en ámbar para los coches. Algunos aceleran para pasarlo antes de que se ilumine en rojo, así que espero, ansiosa, mirando a Eric y sonriendo. Cuando se pone en rojo y los coches se detienen, cruzo, y entonces un estruendoso chirrido me hace dar un respingo y detenerme. Un coche ha frenado en seco justo delante de mí.

Apenas tengo tiempo de reaccionar, ni siquiera sé qué está ocurriendo. La bolsa se me cae de las manos. Eric grita al otro lado de la calle y corre hacia mí, no entiendo lo que dice. Unos brazos fuertes me empujan sin miramientos hacia el interior del vehículo.

La voz se me traba en la garganta cuando una enorme manaza me cubre la boca, y un miedo atroz me paraliza cuando comprendo lo que ocurre.

«Estúpida. Estúpida. Me han cogido».

Eric

Al salir de la ducha y ver que Amber no está, tengo un mal presentimiento. Me suelen pasar estas cosas de vez en cuando. No siempre acierto. Pero soy pesimista por naturaleza, así que me visto deprisa para ir a buscarla. Seguramente estará comiendo en el restaurante, o en el McDonalds de enfrente. No creo que haya ido mucho más lejos. Tampoco hay muchos lugares a donde ir, estamos en las afueras, solo hay algunas tiendas y restaurantes de carretera.

«Relájate, Eric», me digo. Pero no me relajo.

Si algo puede salir mal, saldrá mal. Ese ha sido mi lema desde la guerra.

Bajo a la calle, aún colocándome bien la camiseta, y salgo del hotel sin hacer caso al recepcionista, que me está diciendo no sé qué historias.

Entonces la veo, y el mundo se detiene.

Está frente a mí, al otro lado de la carretera. Lleva el pelo suelto, el vestido verde, y me sonrío. Agita la mano para saludarme.

Vale, puedo relajar mi estado de alerta. Amber está aquí, conmigo, y está bien. Cruza la calle. Y en ese momento, vuelvo a sentirlo. Más intenso, más oscuro.

Esa sensación. La premonición.

Una sombra negra se interpone entre los dos. Oigo el chirrido de los neumáticos. Veo la cara de Amber, su rostro sorprendido, sus ojos muy abiertos. Su pelo se agita cuando tiran de ella. Me mira. Tiene miedo.

La puerta se cierra, y entonces la arrancan de mí.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

No pienso. Me arrojo sobre el coche, agarrándome al techo del sedán negro. El vehículo toma una curva, acelera y luego vuelve a girar, y no puedo hacer nada: salgo despedido y caigo rodando sobre la carretera.

Me levanto casi de inmediato y echo a correr detrás de esos hijos de puta.

Se la han llevado. Se la han llevado delante de mí, en mi puta cara. No me lo puedo creer, ¡maldita sea!

Memorizo la matrícula casi de forma automática. Sé que no voy a llegar a ninguna parte corriendo, y así es. Les pierdo al poco rato por la interestatal. Malditos sean. Hijos de puta.

Vuelvo andando hacia el hotel, a buen paso, mientras hablo por teléfono. Pasan tres tonos hasta que me contestan al otro lado.

—Mesz, ¿va todo bien?

—Nada va bien, Tyrell. Escucha, necesito que me consigas todas las localizaciones de los Kovalenko y los Petrov en Fort Wayne.

—¿Qué? Eric, sabes que no puedo...

—¡Sí que puedes, maldita sea, Tyrell!

Estoy perdiendo los nervios. El zumbido en mis oídos, los puntos de colores... Sé lo que es esto. Es como cuando nos rodearon en aquel maldito edificio en Qunduz. Todo pende de un hilo. A vida o muerte. No puedo cometer errores, tengo que actuar, y deprisa. Pero ahora no sé qué hacer. De pronto, por primera vez, tengo algo que perder... y no sé qué coño hacer.

—Eric, dime qué ha pasado.

Mierda.

—Se han llevado a Amber. Se la han llevado delante de mi cara, ¿entiendes? ¡Delante de mí! No lo vi venir... Maldita sea, no lo vi venir.

Hay un silencio largo, y después, Tyrell vuelve a hablar.

—Vale... relájate, mantén la calma y piensa. Puedes hacerlo.

—¿Es que no lo entiendes?! ¡Ya no soy un puto SEAL! ¡Dejé de mantener la puta calma cuando ocurrió lo de Kamal y tú lo sabes! ¿Vas a ayudarme o no?

Me cuesta respirar, y el silencio al otro lado no me ayuda. Pero al fin, Tyrell responde.

—Dame la matrícula. Usaré mis contactos en la policía. Te llamaré cuando tenga algo, pero no me jodas, Eric. No hagas ninguna tontería. Tengo un hijo. Si acabo teniendo problemas por esto, te haré responsable.

—No tendrás problemas. Gracias, Tyrell.

El sol golpea con fuerza. Hace un día absurdamente bueno. Un día perfecto para perder a la chica de tus sueños.

Al llegar frente a la puerta del hotel, miro el lugar donde se han llevado a Amber. En el suelo hay algo envuelto en papel de regalo y una bolsa al lado, moviéndose al compás del viento. Lo recojo y lo abro con los dedos temblorosos. Es una muñequera de cuero con un águila.

—Os voy a matar a todos.

Nadie escucha mi amenaza, pero me da igual. No necesito que la oigan.

A toda prisa, voy hacia el aparcamiento. Tengo trabajo que hacer.

Amber

No he gritado, y estoy esforzándome por no llorar. Me duele la garganta, y siento como si me estuvieran estrujando los pulmones. No me han amordazado, y tampoco me han atado, no es necesario, me tienen rodeada. Tengo a un tipo a cada lado, los dos son enormes, imponentes y llevan el pelo repeinado hacia atrás, engominado. Parecen hermanos, aunque no sean del todo iguales, van vestidos con trajes fotocopiados, negros, y sus narices son muy grandes. El conductor, calvo y también corpulento me lanza miradas a través del retrovisor. Sus ojos me causan escalofríos, son pequeños y oscuros, y maliciosos. A su lado, un hombre de pelo castaño y unas pronunciadas entradas parece darle indicaciones en un idioma que no entiendo. Lleva unas oscuras gafas de sol.

—Parece que Donovan te ha dado una buena educación —dice el tipo que se sienta a mi derecha. Intento no tocar a ninguno, pero sus brazos me rozan, me tienen atrapada entre los dos, en el centro del asiento—. Es mejor así, sería

inconveniente que te resistieras, porque entonces tendríamos que hacerte daño, y no es lo que queremos.

Le miro, sujetándome los dedos de una mano con la otra para evitar que me tiemblen, y tomo aire despacio, infundiéndome calma y valor. Me duele la tripa del miedo que tengo, y siento una losa en mi pecho que me impide respirar, pero tengo que estar lúcida e íntegra. Me he metido en un lío, soy una inconsciente, pero voy a salir de él, tengo que salir de él e intentar que no perjudique a nadie. Y sobre todo, no darles el placer de verme asustada y perdiendo el control.

—No voy a resistirme —respondo con una serenidad que en realidad no siento.

El tipo asiente. Habla con el resto en ruso, o ucraniano, o lo que demonios sea lo que hablan, y todos se ríen. El coche se está alejando de la ciudad. Les da igual que sepa a dónde vamos, me han quitado el bolso y no tengo opciones de escapar. Veo que cruzamos por un polígono industrial. Las naves de las fábricas son cada vez más escasas, y están más alejadas las unas de las otras, hasta que nos detenemos frente a un edificio abandonado de ladrillo. Es siniestro, como en las películas de asesinatos, y eso no me ayuda a tranquilizarme. El nudo en mi estómago se vuelve punzante. Me bajan del coche, solo agarrándome del brazo, y parece que me están escoltando más que secuestrándome cuando me llevan a la nave. Allí, en la sala principal, esperan cuatro hombres rodeando una mesa sobre la que un foco de luz blanca ilumina una serie de cuchillos, sierras, punzones y tenazas expuestos sobre ella. Un escalofrío cruza mi columna vertebral y siento unas repentinas ganas de vomitar. La mano firme de uno de los tíos engominados me mantiene sujeta y cierro los ojos con fuerza. No quiero ver esas cosas.

«No basta con cerrar los ojos para que las cosas dejen de existir, Amber», resuena la voz de Eric en mi cabeza. Recuerdo lo que me dijo cuando discutimos. «El peligro está ahí, quieras verlo o no».

Y tenía razón. Ojalá le hubiera escuchado. Ojalá lo hubiera tenido en cuenta antes de salir como una idiota del hotel y alejarme de él. Ahora no tengo más remedio que abrir los ojos y enfrentarlo. El peligro ha venido a por mí.

El matón tira de mí y me obliga a sentarme en una silla. Lo hago, mostrándome colaborativa, y miro a la cámara cuando me sacan una foto. Siempre he adorado las fotos y los vídeos, pero ahora mismo lo estoy odiando. No he estado tan asustada en mi vida, pero miro al frente, tragándome las lágrimas de terror que quieren brotar de mis ojos.

—Ahora vas a repetir lo que vamos a decirte —dice el que sostiene el móvil, con un fuerte acento—, y le enviaremos el mensaje a tu padre.

Asiento, poniéndome más recta en la silla. Cuando comienzan a dictar, me sorprende que la voz apenas me tiemble al hablar.

—Querido papá, por ahora estoy bien —repito mirando a la cámara—. Nadie me va a hacer daño. Estos hombres me han respetado como muestra de respeto hacia ti. Ahora eres tú quien tiene que devolver ese respeto, y entonces podré regresar a casa. Te quiero, papá.

—Hay que repetirla. —dice el que sujeta el móvil. ¿Qué es lo que he hecho mal?—. No parece muy afectada.

—¿Y si le damos un par de golpes? —dice uno de los engominados, a mi espalda. Aprieto las manos sobre mis piernas y tomo aire. Solo quieren asustarme, solo quieren verme acobardada. Eso es lo que les gusta a estos tipos, no son hombres, son menos que animales—. Así le meteremos el miedo en el cuerpo, será más realista.

—¿Habéis olvidado las órdenes? —interviene el de las gafas de sol, el que iba de copiloto en el coche. Está junto al del móvil y mira a unos y otros con un gesto duro en los labios—. Los jefes no quieren que le toquemos un pelo.

—Pues esto no hay quien se lo crea, si queremos asustar a Donovan no...

—Las órdenes son las órdenes —les interrumpe de nuevo el de las gafas, y yo respiro con más tranquilidad—. La señorita repetirá la toma las veces que haga falta, y enviaremos la mejor, ¿verdad? —pregunta, volviéndose hacia mí.

Tengo ganas de escupirle, y de salir corriendo, pero no podría ni dar tres pasos estando rodeada como estoy. Ojalá pudiera hacerlo, pero solo puedo asentir, con la cabeza alta e intentando controlar el ritmo de mi respiración, que quiere desbocarse.

—Querido papá —repito de memoria cuando empiezan a grabar, y reproduzco el mensaje hasta el final, palabra por palabra. No se quedan contentos, vuelven a mirarse entre sí, discuten un poco sin que pueda entenderles, y siguen grabando.

Querido papá... querido papá... Me duele la garganta, la espalda y el estómago por los nervios. No quiero que mi padre me vea asustada tampoco, quiero que sepa que soy valiente, y que haré lo posible por salir de este lío en el que le he metido. No quiero que se preocupe más de la cuenta al ver mis lágrimas o el terror que en realidad siento. Por eso lo empujo al fondo de mi

estómago, y repito cada una de las palabras que quieren que pronuncie, tantas veces como es necesario hasta que se dan por vencidos.

—Tendrá que bastar con esto, al menos hasta la próxima vez.

—No habrá una próxima vez —les digo.

—Cállate, niña —dice uno de los engominados, agarrándome del brazo y obligándome a ponerme en pie. Está tenso, seguramente está irritado porque no salgo gimoteando en su maldito video, y eso me hace sentir bien—. No tienes a la suerte, si Donovan no responde lo que queremos tendrás que pasar con nosotros una temporada, y cada vez será más divertido.

El matón me conduce hasta una puerta en el lateral de la nave y me mete en una habitación pequeña. Una bombilla colgada del techo la ilumina con luz blanca. El suelo está roto y hay un camastro, que al menos está limpio, en la pared del fondo. Echo de menos los malditos moteles en los que me metía Eric. Echo de menos a Eric. Espero que esté bien.

—Aquí tienes tu cena —dice el matón, dándome una botella de agua y un sándwich precocinado antes de salir de la habitación y cerrar la puerta. Cuando me acerco a ella escucho el sonido del cerrojo corriéndose al otro lado, pero aun así, compruebo que la ha trabado girando el picaporte y empujando.

Al soltar el pomo se me cae la botella y el sándwich. Me tiemblan las manos, sin control, y el dolor en mi estómago se expande como un frío aterrador por todo mi cuerpo. Ahora no me ven, y me siento en el suelo, apoyando la espalda en la puerta y encogiéndome para abrazar mis rodillas y echarme a llorar como no he podido hacerlo hasta ahora.

Tengo que llorar todo mi miedo, tengo que temblar hasta quedarme exhausta, y no volver a hacerlo. No permitiré que me vean asustada.

Eric

Marjah, Afganistán. Año 2010.

El viento sopla con fuerza, turbio de arena. Los dos hombres aguardan en el terrado, sentados, con la espalda apoyada en el balcón de ladrillo. Ninguno lleva puesto el casco reglamentario. El más alto y corpulento tiene el pelo oscuro y los ojos rojizos, brillantes, con expresión de lobo. Así le llama Kamal: el lobo estepario. Le hace gracia llamarle así por el libro de Hermann Hesse. Aunque su compañero le parece mucho menos cabrón que el protagonista de esa novela, pero igual de inadaptado. El otro es menudo, casi bajito, con grandes ojos color

avellana y la tez acaramelada. Tiene el cabello tan negro como la pez y los dientes muy blancos.

Los dos son jóvenes, guapos, valientes. Son soldados de élite.

Los dos quieren que todo termine y volver a casa, pero al mismo tiempo, saben que nunca acabará. No hasta que ellos pongan punto y final.

—¿De verdad no te gusta *Star Wars*?

El ruido de los disparos cesó hace rato. Tampoco hay bombas. Al parecer, así es la guerra: horas de silencio, de espera, y minutos breves en los que todo se decide.

—No he dicho que no me guste. He dicho que no me interesa.

—Vale, pero las has visto.

—Sí.

A Kamal no le importa que él sea de pocas palabras. Insiste hasta que el Lobo responde. Le gusta hacerle hablar. Él tiene más experiencia en la dureza de la vida, ha aprendido, y sabe que es necesario sacarse las palabras de dentro.

—Entonces, ¿*La Guerra de las Galaxias*, *El Imperio Contraataca*, o *El Retorno del Jedi*?

El Lobo le mira de reojo, levantando la ceja con gesto hastiado.

—¿En serio me estás haciendo elegir?

—Claro.

Kamal sonríe. Eric —que así se llama el Lobo en realidad— le observa como si no comprendiera esa sonrisa... ni a él.

—No sé, tío. La de la princesa en sujetador.

Kamal suelta un gruñido y se cubre la cara con las manos.

—Eres terrible. Cuando volvamos al campamento haremos una maratón. Tienes que volver a verlas.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque necesitas verlas en serio. Si solo recuerdas un sujetador, es que no te has enterado de nada.

—Me he enterado de lo importante.

Ambos ríen por lo bajo. Comparten un cigarrillo, mirando el cielo azul surcado de líneas blancas. Nunca han hablado de su amistad, pero en opinión de

Kamal, la amistad no se discute... y no cree que Eric sea de esos que hablan de sus sentimientos. Pero tiene que hacerle hablar. Hablar es importante. Si no, la amargura y el miedo se enquistan en el alma.

—¿Qué harás cuando volvamos a casa?

El Lobo sonrío a medias.

—Es mejor no pensar en eso.

—Chorradas. Yo lo primero que haré es comerme un perrito gigante. Con mostaza y mucha cebolla. ¿Y tú?

El viento arrecia. La arena hace difícil ver el firmamento, que se vuelve de un extraño color verde.

—Yo me sentaré con mi padre, me beberé una cerveza y jugaremos a las damas.

Kamal suspira, sonriendo otra vez.

—Eso suena bien.

—No tanto como comerse un puto perrito, ¿eh?

Vuelven a reír.

Entonces llegan los disparos y ya no hay más risas. Kamal se queda arriba para cubrir a su compañero. Es francotirador. Eric baja a eliminar objetivos y a apoyar en una extracción. Si alguien está salvando tu vida cada día, hablar de la amistad no es necesario. Si alguien moriría por ti sin pensarlo, da igual no abrazarse. Ya tendrán tiempo de hacerlo cuando estén en casa. Entonces podrán ver películas, discutir sobre deportes y libros y jugar al fútbol. Ahora solo importa sobrevivir.

No hay día fácil para ellos. Tal vez mañana. Tal vez.

Fort Wayne, 2017

De nuevo estoy en un terrado. Pero aquí no hay arena, y Kamal tampoco está. Él murió hace años. Ahora estoy solo.

Tyrell cumplió su palabra, me dio las direcciones y me dijo dónde demonios estaba el puto coche. Al fin, tras dos horas de agonía, estoy frente a la nave en la que tienen retenida a Amber. Sé que no van a dañarla seriamente, no hasta que no negocien con su padre, así que estoy relativamente tranquilo. Relativamente.

He dicho que estoy solo, pero eso no es del todo cierto. A mi lado están mis

armas: el rifle de asalto y el MK11. Debajo de la chaqueta llevo la Heckler, lista para entrar en acción. Cargo las armas, monto el rifle como me enseñó Kamal y me posiciono en un lugar adecuado. Puedo ver sin ser visto.

La nave es antigua, de ladrillo rojo, con muchas ventanas. Eso está bien. Las ventanas son una ventaja para mí.

Vuelvo a repasar mis armas, me cercioro de que están cargadas y me coloco en posición con el rifle. Voy siguiendo las ventanas con la mira telescópica, atento a cualquier movimiento. He preparado la operación, y es buena. Ahora solo tengo que actuar paso a paso, sin cagarla, y todo terminará bien.

«Puedes hacerlo», me digo a mí mismo.

Recuerdo a Michael, a Santos, a Forrester. Recuerdo a Kamal.

«Puedes hacerlo».

Por primera vez en años, siento que están conmigo. Su ausencia se anuda en mi garganta. Entonces veo las sombras. Los muy idiotas comienzan a pasearse por delante de las ventanas como patitos en la caseta de disparo de una feria. Supongo que no tienen ni idea de la clase de persona que soy. Pero aquí estoy. Y voy a por ellos.

Tomo aire, exhalo y cuento hasta tres. Mi dedo acaricia suavemente el gatillo, y espero.

Amber

Desde aquí no oigo nada. No hay movimiento tras la puerta, aunque estoy segura de que hay alguien vigilando al otro lado. Ahora mismo soy como una especie de mercancía, no me hacen daño porque intacta soy más valiosa. Es asqueroso, y no imagino a cuánta gente le habrán hecho esto antes que a mí. Y cosas peores. Un escalofrío me cruza la columna vertebral al pensarlo.

No, tengo que centrarme. Ya está bien de llorar y morir de miedo.

Lo segundo, al menos, no lo puedo evitar, cualquiera tendría miedo. Es desagradable, y es horrible y solo quiero encogerme y sollozar y llamar a mi padre, pero no puedo permitírmelo, ni voy a darles ese gusto. Me limpio las lágrimas de la cara. Ojalá tuviera el maquillaje aquí, aunque es una suerte no haberme maquillado esta mañana, ahora mismo tendría el rímel corrido y sería evidente que he estado llorando. Me abanico con las manos, intentando que mis ojos se descongestionen, y luego me peino con los dedos y me arreglo la ropa.

Llevo mucho rato aquí, no sé cuánto tiempo ha pasado, pero se me está haciendo eterno.

Mi padre ya habrá recibido el mensaje. Pronto responderá, todo esto se acabará y podré volver a casa. Sé que nada volverá a ser como antes. Una vez que has abierto los ojos y has visto la realidad ya no puedes cerrarlos. Ahora no podré volver a negar este mundo. Me guste o no, es el mundo de mi padre, son sus negocios. Me pregunto si él también hará estas cosas, si secuestrará a gente inocente para chantajear a sus enemigos, si en su guerra habrá hecho daño a personas que no tenían nada que ver, a los hijos de sus rivales, a sus esposas. Realmente no le conozco, todo lo que yo pensaba de él es falso. No es un gran hombre, es un delincuente, y aunque siempre supe esa verdad, no quería aceptarla. Mi madre se fue por eso, no me obligó a ir con ella, me permitió elegir, pero también me mantuvo al margen. Los dos han sido bastante irresponsables con esto, la verdad. Pero aunque sea un mafioso es mi padre, él me ha dado una vida como poca gente pueda soñar. Él me ha querido, con sus errores, como cualquier padre, e intentando hacerlo lo mejor posible. Sigo sintiéndome culpable por todo esto, pero tal vez si hubiera sido honesto conmigo, si no hubiera querido protegerme de su propio mundo, yo habría sabido moverme en él sin ponernos en riesgo de esta manera. Puede que solo sea una niña, como dice Eric, o una inconsciente, pero no me ha tratado de otra manera.

Espero que Eric esté bien, y que no haga ninguna locura. Nuestro idilio ha terminado de la peor manera por mi estúpida idea de hacerle un regalo sorpresa... ¿pero cómo iba a sospechar que estaban tan cerca? Debí pensarlo, ser más cuidadosa. Cuando recuerdo que envié un mensaje a mi padre hace dos noches siento una sensación fría y angustiada en el pecho. Fue eso, estoy segura. Fue ese mensaje. Nos localizaron porque no me paré a pensar en que pudieran tener el móvil de mi padre, o el mío, pinchados. Eric me lo dijo, Eric me advirtió, y aquella noche estaba tan angustiada que no pude pensar en nada más.

Oigo el cerrojo de la puerta. No tengo tiempo para estar culpándome por todo, ni para sentirme aún peor con lo que está pasando. Cuando me pongo en pie ya estoy esforzándome al máximo por aparentar que estoy calmada. Los dos matones trajeados que entran dejan la puerta abierta y la flanquean.

—Señorita O'Connell, acompáñenos —dice. Es el de las gafas de sol, el copiloto. Y a su lado, el tipo que sostenía el móvil me mira con una expresión fría. No puedo olvidar cómo insistía en pegarme para que pareciera más asustada.

Paso entre ellos para salir, levantando la cabeza y fijando la mirada al frente. Tomo aire despacio. Me conducen de nuevo a la silla frente a la terrible mesa llena de instrumentos de tortura. Son eso exactamente, no es el atrezo de ninguna película aunque todo me parezca irreal como una pesadilla. El resto de los matones están vigilantes en la sala, dispersos a mi alrededor. ¿Tanto temen a mi padre que necesitan a ocho hombres para custodiarme?

—No nos gusta tener que darte esta noticia pero tu padre no ha respondido al mensaje —dice el de las gafas. El otro se ha dirigido a la mesa y parece estar eligiendo entre todos los juguetitos que tienen ahí. Cabrón enfermo.

Trago saliva, me duele la garganta, pero me esfuerzo por que la voz me salga sin temblar.

—Dadle tiempo, lo hará. No va a dejarme aquí.

—Lo sabemos. Pero el tiempo lo marcamos nosotros, y se está retrasando. Hemos sido deferentes, pero un retraso es una falta de respeto, así que tenemos que enviarle un recordatorio.

Dios mío. El matón regresa de la mesa con una sierra y un punzón y se queda junto al de las gafas. El resto mira impasible. El miedo me recorre como una oleada fría y siento que mi corazón late demasiado deprisa.

—Pero no te preocupes —continúa—, vas a poder elegir qué le enviamos.

—Si me hacéis daño le cabrearéis. —La voz no me tiembla, aunque estoy aterrorizada. No he sentido tanto miedo en mi vida, pero mantengo la cabeza alta. Eso no les gusta, les gustaría verme llorando y suplicando, pero no voy a hacerlo—. Vuestros jefes no querían eso.

Ambos se ríen y hablan entre sí en ucraniano o lo que sea. Los muy idiotas me miran como si fuera una cría. Están enfermos, porque también veo en sus ojos que disfrutan con la idea de hacerme daño.

—¿Qué va a ser? —pregunta el otro, ansioso por comenzar—. ¿Un dedo? ¿Un ojo? Ah, con una oreja bastará. Incluso algunos dientes. No todos tienen el privilegio de elegir, niña, así que elige, o lo haremos nosotros por ti.

Están locos. Están locos, ¿cómo va a ser esto un privilegio? Pero no puedo dejarles elegir a ellos. Miro alrededor. No tengo escapatoria, estoy rodeada de matones trajeados y las salidas están cerradas. Si intento algo se lo tomarán como una excusa para hacerme más daño, estoy segura.

Dios mío, no sé cómo puedo estar planteándome esto, ¿pero qué opciones tengo? No quiero que me corten ningún dedo, ¡ni la oreja! Eso es horrible, y me

desfiguraría para toda la vida... pero... los dientes...

Dios mío.

—Prefiero que... —comienzo, pero no puedo terminar. Escucho un estallido de cristales, un silbido y veo un punto rojo en la frente del tipo que sostenía los instrumentos. La sierra y el punzón caen al suelo antes de que lo haga él, fulminado, con un tiro entre ceja y ceja.

Oigo exclamaciones que no comprendo. Todos se ponen alerta de inmediato, levantan sus pistolas y apuntan hacia todas partes, buscando el origen de los disparos. Mi corazón late con fuerza y me quedo muy quieta al escuchar otros dos silbidos cortando el aire. El sonido de los cuerpos cayendo detrás de mí me indica que han caído otros dos.

Es Eric. Sé que es él. Viene a sacarme de aquí. Está chiflado. Es una locura. Son demasiados, pero mi corazón late esperanzado, y no hay tiempo para pensar en lo peligroso que es todo.

Siento que un brazo tira de mí, obligándome a ponerme en pie, y el cañón frío de una pistola me aprieta contra la sien. El tipo de las gafas de sol me agarra con fuerza y me arrastra a través de la nave, en dirección a la salida. Los demás están moviéndose alrededor, buscando al francotirador y lanzando maldiciones en su idioma, tensos y cabreados. El cañón del arma no se aparta de mi sien ni un momento. Cada vez me aprieta más y me hace daño mientras me lleva con brusquedad hacia la persiana bajada de la nave. Al llegar junto al coche en el que me trajeron, que permanece aparcado junto a la salida, se oyen más disparos.

Una ráfaga rugiente, el sonido ametrallador y los tiros estallando en respuesta me dejan petrificada. Cierro los ojos con fuerza, y escucho la respiración acelerada del que me apresa. Está jadeando y sudando copiosamente, puedo olerlo con una claridad pasmosa. Todo esto es real, demasiado real.

—¡La voy a matar! —grita. Está acojonado, sus compañeros están cayendo y no parecen capaces de encontrar al causante—. ¿Me oyes, cabrón? ¡La voy a matar! ¡Sal ahora mismo y tira el arma o la mato!

Cierro los ojos con más fuerza. El tipo me sacude. Me hace daño con el brazo con el que me sujeta, y siento el frío metal clavándose en mi sien. Un solo movimiento y estaré muerta. Todo se habrá acabado, no podré volver a hablar con mamá, no podré ver a mi padre de nuevo, no podré besar a Eric, no habrá más oportunidades para nada. Ojalá hubiera llamado a mamá. Ojalá me hubiera quedado en el cuarto. Ojalá...

Abro los ojos al escuchar los pasos. Eric está ahí, ante nosotros. Sus ojos

arden con un fuego frío y penetrante cuando los fija en mi captor al apuntarle con un rifle. Ya no queda nadie más, y está herido, veo su ropa desgarrada en el costado, manchada de sangre.

Oh, Dios mío. Un latido angustioso me roba el aire. Sé que va a pasar algo horrible.

—Eric, no... —le digo, pero Eric niega con la cabeza.

—Voy a dejar el arma, y tú la soltarás.

—¡Deprisa! ¡Deja la maldita arma!

El tiempo se distorsiona, estirándose como una goma. Sé lo que va a suceder cuando dejo de sentir la presión del arma en mi cabeza y Eric se agacha para dejar su rifle. La pistola apunta hacia Eric y escucho el crujido del gatillo. Ahora podría huir, pero en lugar de eso empujo con todas mis fuerzas su brazo. El estallido del disparo hace que mis oídos zumben, y entonces el tiempo se contrae, precipitándose como si hubieran soltado una goma tensa.

Un golpe y caigo al suelo. El cuerpo de Eric sobre mí, puedo oler su sangre y veo su rostro enfurecido como en un relampagueo. Otro disparo, y Eric me libera rápidamente. Golpes junto a mí. Ruedo y me aparto de ellos. El ruso gruñe y Eric le golpea con ferocidad, le tiene debajo y le está machacando la cara a puñetazos. Las gafas de sol han salido volando y la sangre salpica desde su rostro mientras intenta defenderse.

Y la veo. La pistola. Está en el suelo, entre ellos y yo. Temblorosa, la agarro y tomo aire. Ese hombre iba a matarme. Iba a matar a Eric. Le apunto, acercándome cuando Eric se pone en pie. El hombre me mira, apretando los dientes, su rostro es una mancha roja de sangre.

Cierro los ojos. Voy a dispararle. Voy a matarle. No parece tan difícil. Es muy fácil: solo apretar el gatillo, y todo terminará. Estará muerto.

Ya no estaremos en peligro.

Entonces la mano de Eric me detiene, firme y cálida sobre la mía.

—No lo hagas —dice con firmeza. El ruso escupe sangre en el suelo, le oigo respirar con dificultad, mascullar algunas palabras rabiosas en su idioma—. No es necesario que lo hagas.

Abro los ojos y le miro cuando me quita el arma. Entonces es él quien apunta al ruso.

—Para eso estoy yo.

El disparo esparce la sangre por todo el suelo. Me salpica, pero no miro hacia él. Es horrible. He estado a punto de matar a un hombre. Hemos estado a punto de morir. El alivio me llena los ojos de lágrimas y me abrazo a Eric, aún temblando. Comienza a faltarme el aire.

La pesadilla ha terminado, y por fin puedo permitirme llorar.

Capítulo 10

New York, New York

Eric

Amber está en mis brazos. He matado, me han herido, pero merece la pena. Esta vez lo tengo más claro que nunca: ha valido la pena, maldita sea. La chica no deja de llorar. La abrazo durante un rato, acunándola, y le acaricio el pelo.

—Amber... ya está. Ya ha pasado.

—Dios mío, Eric... Oh, Dios mío... Dios mío...

Está temblando y pronto empieza a hiperventilar. La policía llegará en cualquier momento, cuando alerten de los disparos, así que la cojo en brazos y la llevo al exterior. Rodeo el edificio a buen paso, con la chica hecha un flan, apretada contra mi pecho, y la guío hasta el coche, en la manzana contigua. Tengo que subir a recoger las armas del terrado, pero no quiero dejarla sola.

Abro el coche y la siento en el asiento del copiloto.

—Toma aire despacio, Amber.

Tiene el rostro arrasado en lágrimas, el pelo revuelto y la piel muy pálida. Gracias a Dios, está bien. No le han tocado un pelo.

—Es culpa mía, Eric... Todo esto es culpa mía... tú tenías razón...

—Ahora no pienses en eso. Concéntrate en respirar —le digo a media voz, pasando los dedos por su cabello.

Todo ha sucedido deprisa, o eso me parece ahora. Los recuerdos de lo ocurrido se almacenan en ese rincón oscuro de mi mente, encerrados, espero que para siempre. Ahora estoy aquí, estoy con ella. No me arrepiento de nada.

Cuando la respiración de Amber se regula, le doy agua y una pequeña pastilla blanca.

—¿Qué es?

—Diazepam. Tómalo. Te sentará bien.

—No... no lo quiero...

—Por favor.

Ella me mira y obedece, aún le tiemblan las manos. Pero se está

recuperando. Lo hace deprisa. Es una superviviente, qué demonios.

Me subo al vehículo, le pongo el cinturón y arranco. Mi rifle de francotirador se ha quedado en el terrado, pero no me importa. No tiene licencia y no creo que me encuentren, pero si lo hacen, al infierno. He librado al mundo de unos cuantos cabrones asesinos, no me siento mal por ello. Y no creo que la policía de Fort Wayne me vaya a culpar.

Arranco y guío el vehículo lentamente hacia la carretera. Hace un día precioso, lo cual convierte todo lo que hemos vivido en algo aún más irreal. Yo estoy acostumbrado. O lo estaba. Pero para Amber debe ser duro.

—Has sido muy valiente —le digo.

Ella niega con la cabeza. Tiene la ropa sucia y desarreglada y el pelo hecho un desastre.

—No. Lo que he sido es estúpida, Eric... Le envié un mensaje a papá. Seguro que nos han encontrado por eso. Es culpa mía. Es culpa mía...

—Deja de decir eso —le exijo con firmeza, poniendo la mano sobre su pierna—. Amber, basta.

—¡Pero es la verdad!

—Repartir culpa no nos va a ayudar en nada. Ahora intenta relajarte, duerme un poco. Todo se va a arreglar.

Ella niega con la cabeza, mirándome. Sus ojos están quebrados. La inocencia ha desaparecido.

Puede que esto la cambie para siempre. Joder.

Ojalá nunca hubiera ocurrido.

—Toda mi vida he querido estar ciega, y mira dónde me ha llevado. No quiero más mentiras, Eric. Dime la verdad... ¿qué va a pasar ahora?

—Amber... —Suspiro—. De acuerdo.

Me siento como una mierda. Al final, la burbuja de Amber ha explotado, y aquí estoy yo para verlo. Lo que nunca quise ver. Algo en lo que nunca quise participar. Pero aquí estoy. Espero que sirva de algo, joder.

Conduzco hasta salir a la autopista. Llamaré al hotel para que nos envíen el equipaje, ahora mismo es mejor que nos larguemos de Fort Wayne cuanto antes.

—Han intentado secuestrarte y utilizarte. Al ir en tu rescate, yo he comenzado la guerra en nombre de tu padre.

—Así que habrá una guerra —susurra ella, retorciéndose el pelo con un dedo nerviosamente.

—Sí. Los Kovalenko y los hombres de tu padre, junto con sus aliados, se atacarán y conquistarán posiciones de los demás hasta que uno de los dos grupos gane... o hasta que el desgaste les obligue a firmar otra tregua. Durante todo este tiempo, tú serás un objetivo.

—¿Y quién va a ganar? —pregunta tras un rato de silencio.

Parece pensativa. Me pregunto qué demonios tiene en la cabeza ahora mismo. Ya no parece la misma chica loca y salvaje que encontré en San Francisco.

—Tu padre.

—¿Cómo lo sabes?

—Es quien más tiene que perder. —Busco su mirada a través del retrovisor. Ella asiente despacio, como si comprendiera. Siento que tengo que añadir algo, y aunque no sé si sabré escoger las palabras, prosigo—: Tu padre te quiere, Amber. Te quiere mucho. Hará arder el mundo si con eso puede conseguir que estés a salvo.

Durante un rato ninguno de los dos dice nada. El sonido del tráfico y el olor de la sangre nos acompañan parte del trayecto. Entonces alza el rostro hacia mí.

—¿Y tú?

Sus ojos verdes me atraviesan con un anhelo insoportable. Tengo ganas de parar el coche en cualquier parte, abrazarla, besarla y hacerla mía ahí mismo.

—Yo solo soy un mercenario.

—Claro. —Me dedica una sonrisa agri dulce y pone su mano sobre la mía. Luego apoya la cabeza en el cristal de la ventanilla—. Aun así, gracias.

No es eso lo que quería decir, pero es todo cuanto voy a decir. Pongo la radio y dejo que suenen las estúpidas canciones que tanto le gustan a ella. Nueva York está cerca. Es la última vez que tendré que aguantarlas.

...

Llegamos a las inmediaciones de Nueva York cuando ya es noche cerrada. Las luces de la ciudad se distinguen con claridad. Me siento bien. Vuelvo a casa, nadie nos ha seguido, la chica está viva... supongo que no se puede pedir más.

—Eric, ¿puedes parar un momento aquí? Antes del puente.

En la radio está sonando una canción que no conozco, pero ella sí. La va canturreando a media voz mientras yo detengo el automóvil en el arcén. Los dos salimos al exterior. El viento agita los cabellos de Amber, ella se sienta en el capó y mira al horizonte, silenciosa.

Jamás ha estado más callada que estas últimas horas. Me pregunto en qué está pensando. Me pregunto cuán profunda será la huella que quedará en su alma después de este viaje. Luego miro a la ciudad, tomando aire.

«¿Y la que me quedará a mí?».

Sí, bueno. Eso es otra historia. Ya veremos. Nada tiene por qué cambiar demasiado. Solo he recorrido el país de lado a lado con una pelirroja loca.

Solo eso.

—Gracias por todo, Eric. Por ir a buscarme, por salvarme la vida... por todo. Estos días me has dado mucho.

Sus ojos siguen fijos ahí delante, en la silueta perfecta de Nueva York, que nos espera para abrazarnos con su lujo y su sordidez. Saco un cigarrillo y lo enciendo.

—No es nada. Es mi trabajo.

Veo su perfil cuando gira a medias el rostro, retirándose el pelo detrás de la oreja.

—Ya, siempre lo dices... Te deseo lo mejor. Y disfruta del dinero que te pagará mi padre. La verdad es que te lo has ganado con creces.

Ese comentario... ¿Por qué me siento como un hijo de puta? Todo esto es mala idea. Deberíamos volver al coche, seguir la carretera y separarnos de una maldita vez. Pero estamos despidiéndonos. Esto es una despedida. No soy tan idiota como para no darme cuenta. Lo que pasa es que no se me dan nada bien.

—Supongo que va siendo hora de comenzar una vida de verdad —digo, exhalando el humo—. Tengo un perro. Quizá podría comprar una casa con jardín. Seguro que a él le gusta.

—¿Tienes un perro?

La sonrisa de Amber es casi la misma de siempre.

—Sí.

—No me lo habías dicho.

—Bueno, ahora ya lo sabes.

Ella sonríe y me mira de forma extraña.

— Y qué tal una chica?  No has pensado en buscarte a una buena mujer y formar una familia?

— Te est s presentando voluntaria? —le suelto directamente.

Ella se echa a reír, cosa que en parte me alivia.

—Ya sabes que no puede ser.

—Ya. Es verdad, quieres tener hijos pelirrojos.

Los dos nos miramos. Aunque estamos bromeando, estamos cerca de una línea que ninguno queremos cruzar. Ella parece estar perdiendo la entereza y me preocupa que diga alguna estupidez, algo que lo vuelva todo más difícil, más doloroso... pero no lo hace.

—Deberías buscar a alguien, hablo en serio.

—Puede que lo haga. Pero será un hombre. —Su gesto de sorpresa hace que tenga que reprimir la risa—. Después de estos días contigo, me voy a cambiar de acera.

—*Disp s di istis diis quintigui mi vii i cimbir di iciri* —se burla, bizqueando.

Mi risa estalla al fin. Ahí está. Es Amber, la misma gilipollas de siempre. Menos mal.

No puedo describir en palabras el alivio que siento cuando empieza a meterse conmigo. Volvemos al interior del vehículo, y antes de que termine de explicarme por qué nunca voy a encontrar a nadie y lo cretino incorregible que soy, la agarro de la nuca y la beso, profunda e intensamente.

Eso siempre funciona para hacer que se calle.

Amber

La ciudad es como un decorado pasando a nuestro lado. Las luces brillantes, la gente que atesta las calles, los altos edificios... todo me resulta familiar y a la vez extraño, como si ya no perteneciera del todo a este lugar. Como si durante este tiempo algo hubiera cambiado. No han sido muchos días, s  que no es nada que tenga que ver con la ciudad, s  que soy yo, y todo lo que ha ocurrido. Ahora que el peligro ha pasado todo me parece un sueño, brillante a veces, bonito, y horrible y borroso otras. Hay cosas en las que no quiero volver a

pensar nunca, y otras que sé que nunca me abandonarán, que brillarán dentro de mí como estrellas.

Eric detiene el coche ante uno de los edificios de oficinas de mi padre en Manhattan. Llevamos rato callados. Ya no hay mucho más que decirnos, los dos sabíamos que esto terminaba aquí, en el momento en que llegásemos a la ciudad. Nos miramos un instante cuando el motor deja de ronronear.

—Echaré de menos esta cafetera —le digo, sonriendo sin poder evitar cierta tristeza.

Tenía tantas ganas de llegar como de que el viaje fuera eterno, y aún no sé cómo me siento. En realidad quiero decirle otra cosa, que le echaré de menos a él, que me sigue gustando más que Justin Bieber y... que me gustaría que las cosas fueran de otra manera. Pero nada de eso sale de mis labios.

—¿Estás lista? —me pregunta al cabo de unos instantes.

Asiento, y Eric baja, rodeando el coche para abrirme la puerta. Ya nos hemos despedido, ya no somos los amantes intrépidos que fuimos, ese espejismo de pareja que durante un instante fuimos en la pista de baile de aquel restaurante country. Ahora no somos más que protector y protegida, el mercenario con su mercancía, listo para cobrar y largarse, y la niña que regresa junto a su padre con una historia que contar a sus futuros hijos pelirrojos.

Eric camina detrás de mí cuando me dirijo a la puerta del edificio. No puedo evitar acelerar mis pasos, mi corazón se encoge cuando cruzamos las puertas de cristal y veo a mi padre ante el mostrador de recepción. Está allí, con tres de sus hombres. Siento unas tremendas ganas de llorar, de echarme en sus brazos y sollozar como una cría, dejando que el alivio borre todos los reproches que le he estado haciendo en mi mente desde que me fui, pero no lo hago. Me detengo y trago saliva, sintiendo cómo me duele la garganta al aguantar las lágrimas.

Es mi padre el que se acerca. Me mira de arriba abajo y me toca la cara. La calidez de sus manos casi manda al traste mi control, pero aprieto los labios y le miro sin derramar una sola lágrima.

—Amber... hija, ¿estás bien?

Veo el cansancio en sus ojos, la sombra de la preocupación marcándose bajo ellos, y el alivio que siente al verme de vuelta. He debido hacerle sufrir mucho, pero ni siquiera después de lo ocurrido Donovan O'Connell es capaz de abrazarme.

—Sí, papá... —respondo. Una parte de mí quiere tomar el control, llorar y pedirle perdón—. Gracias por enviar a Eric. —Es lo único que le digo finalmente.

Sé que actué como una niña. Al mirar atrás, sé lo que hice mal, y sé cómo me he comportado, pero si Donovan hubiera sido honesto conmigo nada de esto habría sucedido. Si Donovan no fuera lo que es, nunca habríamos estado en peligro.

Mi padre se vuelve hacia Eric y me suelta el rostro para acercarse a él. No ha sido capaz de abrazarme a mí, pero sí lo hace con él. Le rodea con los brazos y le palmea la espalda como hacen los machotes.

—Te estoy agradecido, Eric.

—Le dije que la encontraría.

—Sí, y nunca has incumplido tu palabra —le responde, apartándose y haciéndole un gesto a uno de sus hombres para que se acerque—. Yo tampoco incumpliré la mía. Aquí tienes lo que acordamos.

El hombre se acerca con una bolsa y se la tiende a Eric. Cuando la agarra, parece confuso. Mira a Donovan y luego la bolsa, con el ceño fruncido como cuando algo le preocupa. Está incómodo.

—¿Qué ocurre, Eric? —pregunta mi padre—. ¿Va todo bien?

—No, no puedo aceptarlo, señor O'Connell. Lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

Le miro con los ojos muy abiertos. ¿Qué hace? Debería aceptarlo, ¿cómo puede ser tan cabezota? Sin embargo, algo dentro de mí se vuelve blando al ver que no ha hecho esto simplemente por el dinero. Eric no es de esos tíos, es algo que comprendí al poco de conocerle. No se mueve por intereses, realmente tiene principios, y un corazón que se preocupa mucho por ocultar.

—¿Cómo? —mi padre le mira confuso, algo ofendido—. ¿Qué problema hay? Estaba en nuestro acuerdo. Has hecho bien tu trabajo, y este es tu pago, ¿es que quieres otra cosa?

—No —Eric saca algunos fajos de billetes de la bolsa, guardándoselos en la chupa, y le entrega el resto al hombre que le ha dado la bolsa—. Con esto me bastará. Usted va a necesitar ese dinero para poner a salvo a su familia. Esta guerra no ha terminado. Necesitará armas, hombres... los recursos que sean necesarios, y el trabajo ha resultado más fácil de lo que esperaba.

«Eres un mentiroso», pienso.

—¿Fácil? Permíteme dudar. No creo que te lo haya puesto fácil —dice mi padre volviendo la mirada hacia mí. Me cruzo de brazos y le devuelvo una mirada enfadada. «Será posible»—. Acéptalo, es un pago justo por lo que has hecho. Es menos de lo que en realidad mereces.

—No, señor O’Connell. No me siento bien aceptándolo, espero que lo entienda, y no lo tome como una ofensa. No sabría qué hacer con tanto dinero, en cualquier caso.

Mi padre suspira y asiente. No está nada contento con eso, pero parece aceptarlo. Eric le tiende la mano y se la estrecha con firmeza. Le mantiene agarrado al responderle.

—Estoy en deuda contigo, Eric. Si necesitas algo, dinero, un favor, sea lo que sea, acude a mí. Siempre estaré aquí para ti.

Eric asiente y se sueltan las manos.

—Todo en orden, entonces, señor O’Connell. Espero que no vuelva a necesitarme para algo parecido.

—Y yo, desde luego —responde mi padre con una breve risa aliviada.

Eric se da la vuelta. No me ha dirigido ni una sola mirada, y no se lo tengo en cuenta. Ya nos hemos despedido, me lo repito mientras le veo alejarse con paso seguro. Ya nos hemos despedido, le he dicho todo lo que tenía que decirle, pero es como si algo se hubiera quedado trabado en mi corazón. Eric está a punto de salir cuando corro hacia él, mis pies toman vida propia y no puedo detenerlos.

—¡Eric! —Se para en seco cuando estaba a punto de abrir la puerta, y se vuelve. Parece alerta, como si esperase que yo hiciera alguna estupidez como lanzarme en sus brazos, y aunque ganas no me faltan, me limito a tenderle la mano—. Gracias. Gracias por todo, Eric.

Me estrecha la mano con firmeza y le sonrío, apretando la suya de igual manera. No voy a cometer locuras, ni a besarle delante de mi padre. Lo que hemos vivido es solo nuestro, es solo mío, y es un tesoro que siempre brillará en mi corazón. Durante un instante me parece ver ese pensamiento reflejado en sus ojos. Yo también he dejado una huella en él.

No me responde. Se cuadra y se lleva la mano a la frente, dedicándome un saludo militar lleno de respeto. Luego, sonrío de medio lado con un gesto canalla y se da la vuelta para irse.

—¿Te has acostado con él? —pregunta mi padre a bocajarro cuando vuelvo junto a él.

Le miro abriendo mucho los ojos. Será posible. Como si le importara. Como si no pudiera haber hecho lo que me diera la gana.

—¡Papá! —exclamo escandalizada.

—Más vale que no. Ese hombre vale su peso en oro, no quiero que le vuelvas loco igual que me estás volviendo loco a mí.

—¿Qué yo te he vuelto loco? Tal vez si hubiera sabido que estabas reuniéndote con la mafia rusa no habría hecho lo que hice —le suelto, molesta.

—Te comportaste como una cría, y sabes de sobra lo importantes que son mis negocios.

—¿Negocios? No uses eufemismos conmigo, papá, a estas alturas ya sé muy bien lo que haces.

—Sí, negocios. No es un eufemismo, son los que han permitido que crezcas con todas las comodidades y te han costado los estudios.

—Ahora va a resultar que eres un delincuente por mí. —Está enfadándose, su mirada se vuelve dura, pero dejo que vuelva a hablar. Estoy aliviada por volver a casa pero no voy a permitir que me haga sentir más culpable de lo que toca—. Cambiaría todas esas comodidades por haber tenido un padre normal, ¿sabes? Por que mamá no se hubiera ido y hubiésemos sido una familia. Yo solo quería eso, papá, que fuéramos una familia. Tal vez no lo hice bien, pero tú tampoco has sido honesto conmigo.

Me mira en silencio. Ni siquiera ahora es capaz de actuar como un padre, abrazarme y decirme que lo siente y que todo irá bien. Y maldita sea, es mi padre, y le quiero, pero no voy a responsabilizarme de más cosas de las que me tocan.

—Si vuelves a escaparte te internaré en un centro, o te enviaré a Malibú con tu madre —dice con firmeza, como si no me hubiera escuchado—. ¿Entendido?

No va a disculparse, ni va a hablar más de ese tema. Sé cómo es, y en eso nos parecemos bastante. De alguien he debido aprender a dar la espalda a lo que no me gusta, y por lo visto, ni los sentimientos ni los problemas familiares son algo que mi padre sepa gestionar bien. Mi madre siempre se lo echaba en cara, y mi padre siempre actuaba ignorándola, yéndose a trabajar, ocultándose en sus sucios negocios.

Le he hecho sentir culpable, y sabe manejar mejor su maldita guerra que eso. Sus ojos se han amargado. Seguramente se haya sentido así todo este tiempo, así que aflojo un poco, suspiro y asiento. No voy a escaparme, no, pero siento que todo ha cambiado. Esas amenazas ya no me dan miedo. No puede internarme en ningún sitio porque no estoy loca, y en cuanto a mi madre... debería llamarla y decirle que a pesar de todo, la quiero, y no quiero perderla. Debería visitarla cuando las cosas se calmen. He estado a punto de morir, no quiero vivir el resto de mi vida desperdiciando el tiempo en rencores. Ni siquiera con mi padre.

—Sí, papá. No volveré a escaparme, te lo prometo.

Al final, soy yo la que lo hace. Le abrazo, y siento cómo el alivio le hace relajarse y rodearme con los brazos. Donovan O'Connell no es el mejor padre del mundo, tal vez, pero como todos los padres, lo hace lo mejor que sabe.

Abrazada a él, de vuelta en casa, me doy cuenta de que ya nada volverá a ser como antes, y eso me llena de una fuerza desconocida. Me asusta y me excita a la vez. Soy capaz de ver las cosas más claras, y aunque le quiera, sé que ya no le necesito como antes. Ya no soy una niña y la vida es corta. Puede terminar en cualquier momento, y tengo que agarrar el volante y transitar por sus carreteras hacia el destino que yo elija. Ya no me da miedo tomar los caminos que sean necesarios, sé lo fuerte que soy, y sé que podré con aquello que me proponga.

Epílogo

—Esta noche iremos al cine.

Papá se asoma tras la puerta después de llamar con un suave golpeteo. Estoy sentada frente al tocador, pintándome los labios y preparándome para salir. A través del espejo veo que se ha vestido con los vaqueros y la americana que suele usar para nuestras salidas.

Hace meses que mi padre no se pasa por mi habitación. Su guerra le ha tenido muy ocupado, y aunque me he hecho la tonta con la soltura que da la experiencia, me he enterado de muchas cosas. Sé que los Kovalenko siguieron presionándole, que las cosas estuvieron realmente feas, pero Donovan O'Connell fue acorralándoles, dejándoles poco a poco sin recursos. Hizo alianzas, puso de su parte a antiguos aliados de los rusos, se acercó a sus enemigos y reventó sus negocios en Nueva York, hasta que no tuvieron más remedio que aceptar la tregua que mi padre les ofreció. Después de nueve meses, podemos dar esa guerra absurda por zanjada. Ahora tengo bastante claro que yo solo les di una excusa para comenzarla. No fui la causante, solo algo que aprovecharon al vuelo. Si yo no hubiera ido aquella noche a la reunión de papá, habrían buscado otra cosa, incluso puede que me hubieran encontrado tan solo investigando y me hubieran secuestrado de camino a la universidad. Al final, tomar decisiones, aunque a veces sean desafortunadas, es la única manera de hacer que las cosas avancen, y de encontrar un camino para solventarlas.

—¿Esta noche? Pensaba que estarías ocupado.

—La he reservado para pasarla contigo. —Menudo morro tiene.

—Pues es una pena, si me lo hubieras dicho hace unos días lo habría apuntado en mi agenda.

—¿Tienes una agenda?

—Claro que tengo una agenda, papá. Aunque me hayas llenado de guardaespaldas y haya seguido a rajatabla las instrucciones de seguridad, he seguido con mi vida.

Sé que eso le ha traído de cabeza, pero me da igual. A mi regreso tras la aventura por las carreteras de América, decidí dejar la carrera de relaciones públicas. Fui consciente de pronto de lo poco que me aportaba, de lo mucho que me aburría y de las razones absurdas que me habían llevado a elegirla. Solo

había estado haciendo tiempo, esperando a que llegase la iluminación que me aclarase las ideas. Y bueno, no es que ahora vea el camino claro y despejado, pero he elegido algo que me gusta. Ni siquiera es en la universidad. Mi padre se enfadó cuando le dije que iba a estudiar el módulo de tecnología y electricidad. Me echó un sermón insufrible sobre lo necesaria que es la universidad que fingí escuchar y acto seguido me matriculé en el curso, y no me arrepiento. Las horas allí se me pasan volando, y aunque hay más chicos que chicas y eso era raro al principio, me he adaptado y soy una de las mejores de la clase.

—Es un chico, ¿no? —dice con reticencia—. Has quedado con un chico. ¿Quién es? ¿Ese Jason?

—Papá, hace meses que no veo a Jason. No es ningún chico.

—¿Y qué es entonces? Parece que estés poniendo excusas para no salir conmigo, antes siempre querías hacerlo.

—Las cosas han cambiado mucho.

—Es tu madre, has estado hablando mucho con ella. —Papá no suele hablar mal de mi madre, pero cree que ella sí lo hace de él. Últimamente está inquieto con la idea de que la llame por teléfono y esté recuperando mi relación con ella, pero es algo que va a tener que aceptar, como todo lo demás—. No le habrás contado nada de lo que ha sucedido, ¿verdad?

—No, papá, no le he contado nada —respondo armándome de paciencia—. Y no es mamá. Ella ni siquiera habla de ti, ya lo tiene superado y es feliz con su novia. Pero hazte a la idea de que pronto iré a verla, ahora ya no hay rusos en la costa, ¿verdad?

—No, pero sigue siendo peligroso que vayas sola por ahí.

—¿No me digas? Pues para eso me apunté al curso de defensa personal. Parece que no voy a poder vivir tranquila mientras te dediques a lo que te dedicas.

—Ya hemos hablado de eso, Amber —me dice con frialdad.

En realidad no lo hemos hecho, todas las veces que he intentado hacerlo ha cambiado el tema o lo ha dado por zanjado bruscamente. Salir de su mundo no es fácil, pero creo que en el fondo a papá le gusta estar en él. En el fondo y en la superficie. Por eso no quiere ni oír hablar de dedicarse a otras cosas.

—Sí, da igual. —Ya sé que no vale la pena discutir con él, ni intentarlo. Mejor así—. La cuestión es que voy a irme esta noche, y voy a irme sola. No quiero tener a ninguno de tus hombres haciéndome de sombra.

—¿Con quién has quedado? —dice entrando en el cuarto. Me levanto y me doy la vuelta para mirarle, apoyando el culo en el tocador. Me cruzo de brazos.

—He quedado con mis amigas de defensa personal. Deja de ser tan cotilla —le digo con brusquedad. Me está poniendo nerviosa ya.

—Vale, bien. De acuerdo. Pero vas a ir con guardaespaldas.

—Papá, nos bastamos solas. Si alguien nos molesta le daremos una buena tunda.

—No necesitas defensa personal teniendo guardaespaldas. Ya sé que lo pasaste mal —dice con tono comprensivo—, pero el peligro ya ha pasado, Amber.

Donovan cree que estoy traumatizada. Me pagó un psicólogo al que no fui una sola vez. No es que lo ocurrido no me haya afectado. Claro que me ha afectado, y mucho, pero no de la manera que él piensa. No estoy traumatizada, simplemente me he dado cuenta de muchas cosas. Eric tenía razón, no basta con cerrar los ojos para que las cosas desaparezcan, así que ahora voy con los ojos bien abiertos por la vida. No quiero volver a sentirme indefensa, y no quiero volver a necesitar que nadie me saque las castañas del fuego.

—Si ya ha pasado, no necesito un guardaespaldas.

—Siempre existen riesgos. Si vas a salir esta noche con tus amigas, llevarás uno, o no saldrás.

Abro mucho los ojos y le miro enfadada.

—Ya no soy una cría. No puedes prohibirme salir. ¡Y no necesito un puto guardaespaldas! Lo único que necesito es un padre normal.

—Amber O'Connell, te has vuelto una malhablada —me regaña con un tono duro que ya no me causa ningún temor—. Vas a tener que corregir eso también.

—Papá, ya tengo veintidós años, no puedes seguir controlándome. No soy una cría, no puedes darme permiso para salir o para entrar, ni ponerme a tus hombres para que me vigilen, ¿entiendes? Y si me los pones, me escaparé.

—Pues tú decides. Sales con guardaespaldas o no sales —dice tajante.

—¡¿Cómo puedes ser tan cabezota?! Te da igual lo que te diga, ¿no? —resoplo.

En cuanto termine los estudios y encuentre un trabajo voy a largarme a algún lugar donde no existan los guardaespaldas, ni los padres plastas.

—Amber... no estaré tranquilo si no te acompaña alguien. La guerra ha terminado, pero sigo teniendo enemigos, siguen existiendo riesgos. No quiero que vuelvas a pasar por nada parecido.

«Ya, claro. Pues deja de ser un mafias. Maldita sea».

Suspiro. Esto es como darse de cabezazos contra una pared, así que tengo que pensar en una alternativa. Y la idea no tarda en iluminarse en mi cabeza, acompañada de la excitación de una travesura.

—Está bien. Pero yo elegiré al guardaespaldas. Dame tu teléfono.

—No sabes quiénes...

—Dame tu teléfono o no hay trato —le digo, acercándome y plantándome frente a él con los brazos en jarras.

Donovan entrecierra los ojos.

—Te pareces demasiado a mí.

A regañadientes, mi padre me tiende el teléfono y le doy la espalda cuando abro la agenda y busco el número al que quiero llamar.

—Si vamos a hacerlo, lo haremos a mi manera, y como yo decida.

Encuentro a mi contacto enseguida, papá le tiene inscrito por su apellido, como esperaba. Pulso la tecla de llamada y me llevo el auricular a la oreja, mirando a mi padre, desafiante.

Suenan tres tonos y empiezo a desesperarme, nunca he sido muy paciente. Pero entonces, al fin, descuelga. Su voz al otro lado es grave y aterciopelada.

—¿Señor Donovan?

—Hola, Eric. Soy yo. —La cara de mi padre es un poema. Le respondo con una sonrisa triunfal—. El señor Donovan dice que necesito un guardaespaldas para salir con mis amigas. ¿Qué opinas tú?

La risa suave al otro lado me hormiguea por todo el cuerpo.

—Que tiene razón.

—Bien. Te esperamos en diez minutos.

Cuelgo y le doy el móvil a papá, que me observa, desconfiado.

—Por si te lo preguntas, me parece bien. Creo que es la persona adecuada.

—Yo también.

Sonrío y le cierro la puerta en la cara.

Me miro al espejo, retocándome con el pintalabios y haciendo tiempo hasta que llegue. Una emoción nerviosa, indescriptible, empieza a burbujear en mi vientre y mi pecho. Es como si tuviera dentro algo muy grande, algo demasiado grande para medirlo o controlarlo. Con Eric siempre ha sido así, desde la primera vez que le vi. Y espero que siempre siga siendo así, aunque tenga que renunciar a tener hijos pelirrojos.

No, Eric y yo no nos hemos visto desde que nos despedimos. Hemos intercambiado algunos mensajes. Le he mandado fotos mías en bragas y él me ha enviado fotos de su perro. Puede sonar un poco raro, pero de alguna manera, hemos mantenido vivo algo de lo que tuvimos, esperando algo, no sé muy bien el qué.

Hoy ya no tendremos que esperar más.

Enciendo la radio y, como si fuera una señal, está sonando la misma canción que aquella noche, cuando Eric detuvo el coche antes de entrar a Nueva York y no nos dijimos que nos queríamos.

Dicen que la vida es un suspiro. Ahora mismo, a pesar de todo lo que me ha pasado, la muerte me parece algo irreal. Soy joven, soy fuerte, puedo comerme el mundo si quiero. No sé cuánto durará. Supongo que no importa cuánto duren las experiencias, lo importante al final es vivirlas. Vivir, vivir sin miedo, siempre hacia adelante. Vivir de verdad.

Suena el timbre y me da un vuelco el corazón. Es él. ¡Dios mío!

Salgo de la habitación a toda prisa y cierro la puerta, dejando la barra de labios destapada y la música puesta.

Esta sensación, esta locura... esto es la vida.

*Where'd you wanna go?
How much you wanna risk?
I'm not looking for somebody
With some superhuman gifts
Some superhero
Some fairytale bliss
Just something I can turn to
Somebody I can kiss*

I want something just like this[\[10\]](#)...

...

[\[1\]](#) Nena, sabes que te quiero, tu amor fue hecho especialmente para alguien como yo.

[\[2\]](#) Apelativo utilizado en Estados Unidos para referirse a los inmigrantes de Europa del este, checos, polacos y húngaros, que trabajaban en la industria siderúrgica. También hace referencia a algo rudo y basto. Curiosamente, en la actualidad también se usa para designar a varones sexualmente atractivos y musculosos, como Eric. Eric es de ascendencia húngara, por eso Harold intenta molestarle llamándole *hunky* y gitano.

[\[3\]](#) La cara de Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, es la que aparece en los billetes de cien dólares americanos.

[\[4\]](#) Tenderloin significa literalmente filete de lomo.

[\[5\]](#) El club no es el mejor lugar para encontrar un amante, así que es al bar a donde voy.

[\[6\]](#) Puede que esté loco, no me hagas caso. / Dices, chico, no hablemos demasiado.

[\[7\]](#) Estoy enamorado de tus formas. / Empujamos y tiramos como un imán. / Aunque mi corazón se esté enamorando / estoy enamorado de tu cuerpo.

[\[8\]](#) Soy Miss SugarPink, labios de licor. Golpéame con tu dulce amor. Róbame con un beso.

[\[9\]](#) Soy Miss SugarPink, labios de licor. Voy a ser tu zorra de chicle.

[\[10\]](#) ¿Dónde quieres llegar? / ¿Cuánto quieres arriesgar? / No busco a alguien / con poderes sobrehumanos, / alguna clase de superhéroe, / ni una felicidad de cuento de hadas, / solo busco a alguien a quien poder acudir, / alguien a quien pueda besar. / Quiero algo justo como esto.

Table of Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)